

UAN

UTÓNOMA DE NUEV

GENERAL DE BIBLIOTEC

Comité de Investigación Científica

Comité de Investigación Científica

C



LA QUIMERA
EL TRONO
Y EL
SUPPLICIO



O. TORO



F 1233

T 67



104000



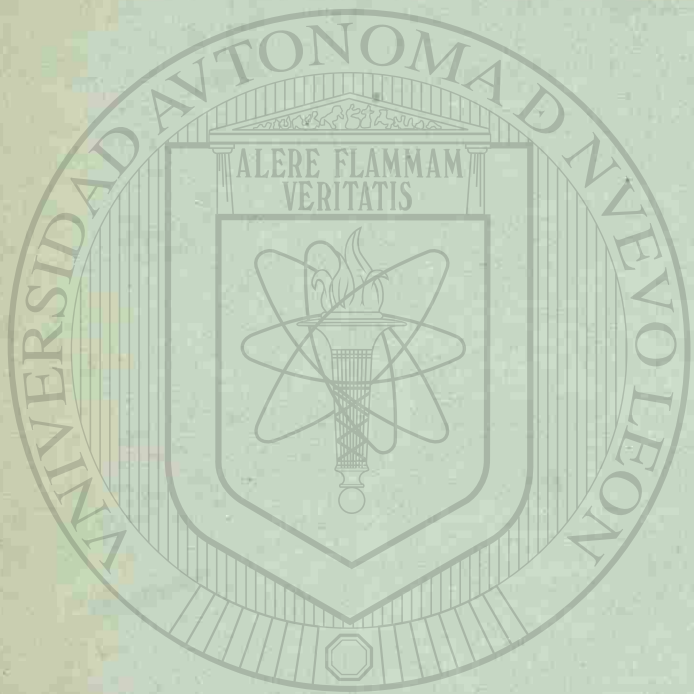
1020002923

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

UNIVERSITATIS
MADRIDENSIS

NOUVEVOLETO

DE LAS



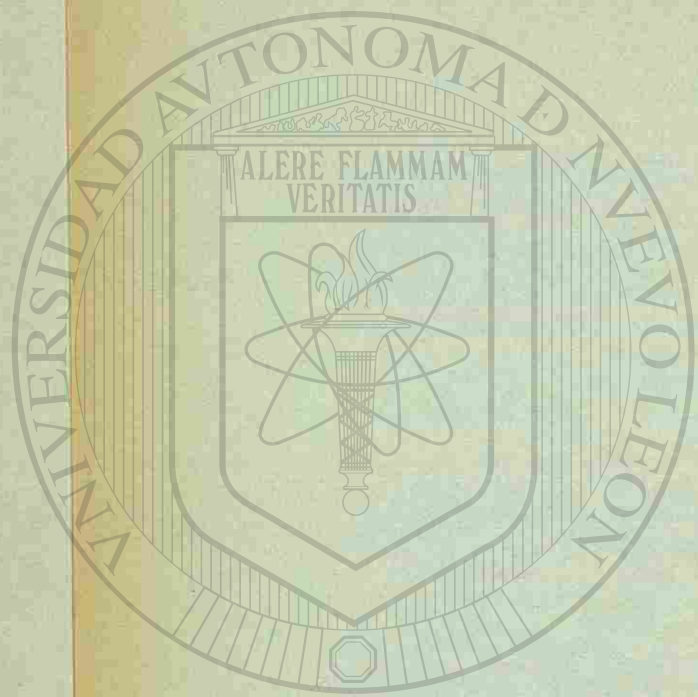
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



104681



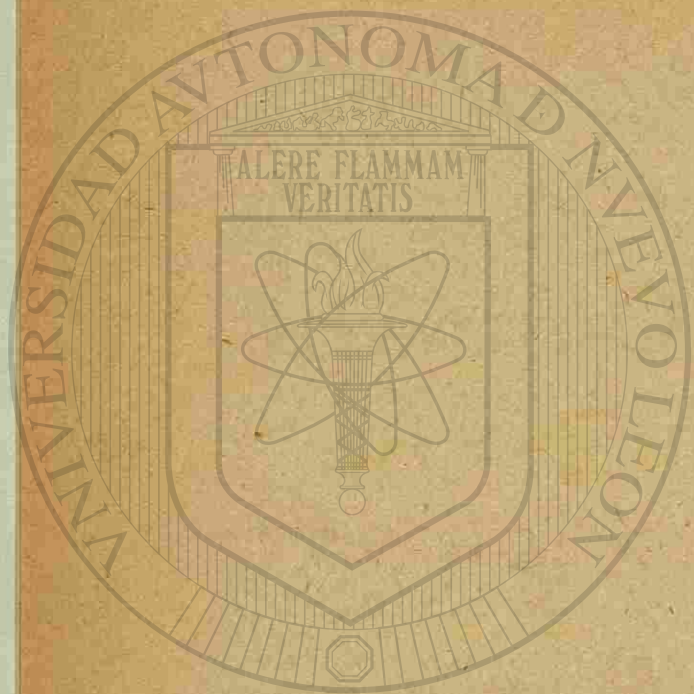
1/2 CAEE

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





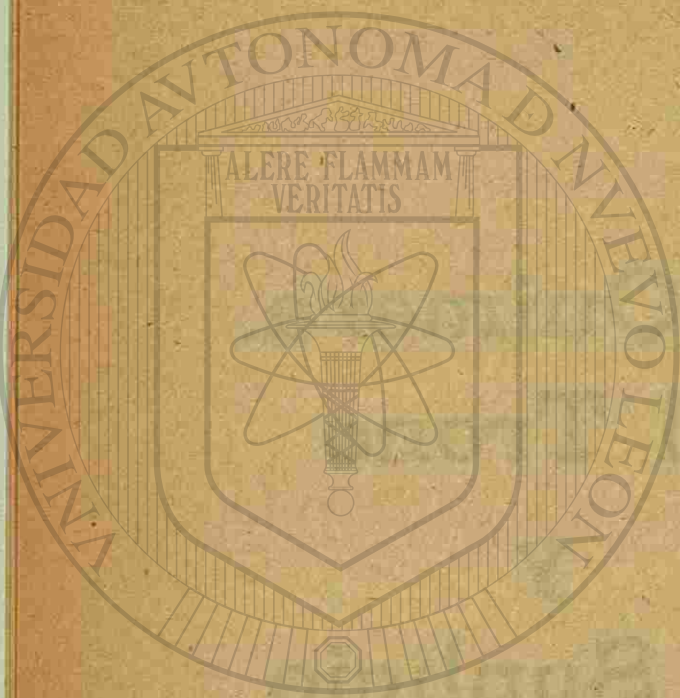
**La Quimera,
El Trono
y
El Suplicio**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Oliverio Toro



LA QUIMERA,
EL TRONO
y
EL SUPPLICIO

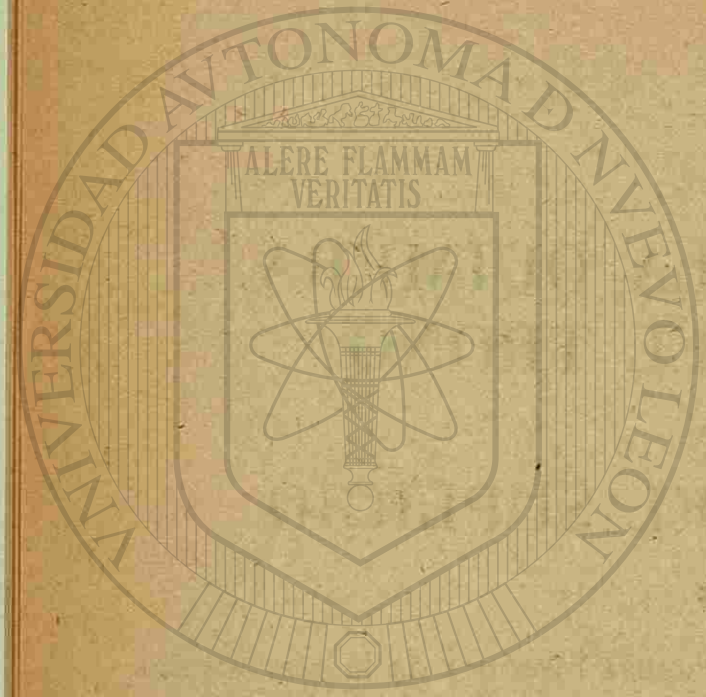
■
Ataujía Histórica de la Intervención
Francesa, del Imperio de Maximiliano
y de la Segunda Guerra de la
Independencia Nacional

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

México, D. F.

F1233

T 67



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

(No Crear es Morir)

PRIMERA PARTE

TOMO I

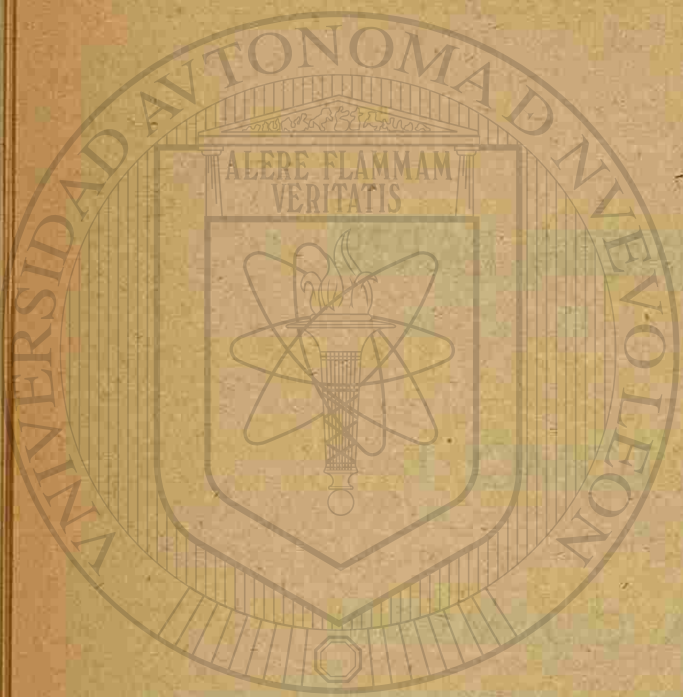
LA QUIMERA

Desde los orígenes de la Intervención hasta la llegada del
Habsburgo a Veracruz, el 28 de mayo de 1864.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS





"TROYA Y NAPOLEON NO SON MAS
QUE POEMAS". —Honorato DE BALZAC.

HISTORIA DE LA PRESENTE HISTORIA

"El derecho de libre examen subsistirá en pleno vigor, mientras subsistan en el mundo hombres verdaderos".

CARLYLE

NO una montaña, una cordillera de montañas fuere posible levantar con las obras que sobre la intervención, francesa, el segundo imperio y la segunda guerra de independencia nacional han sido escritas por historiadores y por aficionados, así mexicanos como extranjeros.

Y, sin embargo, es estéril afán buscarlas hasta en las librerías de lance: todas, o casi todas, están agotadas y continúan agotándose a medida que son reimpresas o, las de nuevos autores, dadas a la estampa por primera vez.

No cabe duda que ese afán del público, de conocer hasta en sus detalles más insignificantes, hombres y sucesos pertenecientes a una de las épocas más dramáticamente interesantes, más fecundamente trascendentales en enseñanzas, de toda nuestra historia, en lugar de templarse, excítase conforme los años transcurren.

Estas consideraciones han influido poderosamente en nosotros para impulsarnos a poner manos a esta empresa que acometemos; pero que, apresurémonos a declararlo, no dará por fruto una obra para eruditos ni para especialistas, ni que

rinda una sensacional cosecha de afortunadas y novedosas investigaciones.

Y, pues si toda historia no es más que recopilación, aún la escrita sobre material de primera mano y, en consecuencia, no crea, sino refleja; ésta que ahora presentamos, merece como ninguna otra llamarse recopilación de recopilaciones, y nada más. Huelga recalcar que desde ningún punto de vista deberá confundirse la historia a secas con la crítica histórica, ni con la filosofía de la historia, que son haces de otras eras.

Si alguna novedad ofreciere la presente, sería, si acaso, la de agrupar en sus páginas conjuntos o de antecedentes o de personajes, que rara vez o nunca se vieron antes de ahora agrupados, por lo menos con tanta latitud, en una sola producción.

Pues si bien es cierto que primeramente imaginamos facilitar a los curiosos tan sólo algo así como un epitome de la Intervención y del Imperio, conforme leíamos o releíamos el material que nos fué posible allegar, nuestro primitivo plan fué ensanchándose, dilatándose y asumiendo más ambiciosas proporciones... Hasta volverse tan vasto que, dada la claudicante salud y los años nada escasos, mucho dudamos que la vida nos alcance para conducirlo a cabal ejecución.

Del prontuario que inicialmente nos proponíamos escribir, limitado a casi registrar nombres y fechas, nuestra imaginación, espoleada por el torbellinesco mundo en que se mueve uno de los dramas más apasionantes y perfectos de la historia, acabó ideando una producción dilatadísima y, apoyada en autores consagrados como respetables, propendió a exponer el proceso de causa a efecto. Y, puesta ya a penetrar en la revesada psicología de los personajes más resaltantes, que condujeron a México al más doloroso de sus calvarios, esmeróse en examinar también con detenimiento algunos de los sucesos que, con elocuencia contundente, nos revelan el estado de la sociedad de aquellos tiempos, y acabó con el firme convencimiento de que presentar, por otra parte, a los inmaculados y abnegados varones republicanos, con sus austeros ejemplos; era tanto como refrescar a los hombres de buena voluntad, recuerdos que siempre debieran tener presentes cuando toman en sus manos los destinos de la

Patria. Semejantes escarmientos del pasado jamás debieran hundirse en el olvido, para así evitar que vuelva a correr el riesgo de despeñarse por el abismo en que estuvo a punto de perecer definitivamente y dolorosamente.

Apresurémonos a declarar que habrá ocasiones en que no acertaremos a prescindir de un comentario o de una observación personal. Cuando esto sucediere, justifiquenos o disculpenos las siguientes atinadas reflexiones de Baltasar Gracián, aquel ingenio alquitarado y sutil, del Siglo de Oro:

"Los historiadores se vandeán lisonjeando el gusto con su agradable variedad. Más que vulgar ignorancia, es querer ajustar un historiador a la seca narración de los sucesos, sin que comente, pondere ni censure; ¿quién presumirá condenar a Valerio Máximo, que pondera, y a Tácito, que censura, y a Floro, que aprecia, y a Patérculo, que comenta? Y si esta paradoja fuera verosímil, no había de haber más que un historiador de cada materia; porque en refiriendo uno los sucesos, no les quedaría quehacer a los demás, sino cansar con repetir. La desnuda narración es como el canto llano; sobre él se echa después el agradable artificioso contrapunto. Es amóvalo el humano gusto, que apetece un mismo manjar mil diferencias de sainetes de los Poetas, los Epicos se explayan, los Epigramatarios se ciñen".

Ni tampoco desdeñosos hemos de apartarnos por completo de la anécdota; repetidas ocasiones, más que un hecho solemne y públicamente ostensible, denunciadora de la índole de un hombre, o de la tendencia de un carácter o del matiz de un temperamento. Sávida especia también, que si a ella con tiento se recurre, el sustancioso manjar de la historia gustosamente sazona y condimenta.

La nuestra, como se verá por las fuentes de información de que dispusimos, y cuya lista insertamos en el lugar que es costumbre, —para así evitar al lector las fatigosas y frecuentes interrupciones que las notas al pie de cada página impondríanle— se alimenta con obras cuyo número no puede ser más reducido; pero que al mismo tiempo no pecan ni de poco autorizadas ni de poco escogidas.

El apremio de nuestras labores periodísticas nos vedaba frecuentar bibliotecas y archivos públicos; por lo que aquí, no cesaremos de repetirlo, será inútil buscar material de pri-

mera mano: recopilación de recopilaciones, ya va el lector advertido.

Otra razón de no menor peso, contribuyó a acotar el campo de nuestra cosecha. Y fué la de que, si hubiéramos quitado frenos a nuestra curiosidad, toda nuestra vida, a contar desde que tuvimos uso de razón, fuera incapaz, no digamos ya para resumir, ni siquiera para leer las obras que sobre la intervención francesa, el imperio de Maximiliano y el triunfo de la República, han sido escritas. Viene aquí a pelo, la exacta y bella apreciación del poeta amigo y abogado Joaquín Méndez Rivas, cuando sentencia: "Para cada pupila hay un lindero".

Confesemos sin ambages que muy difícil nos fuera representar nuestra admiración por aquellos immaculados adalides de la Segunda Independencia, que, invulnerables a todas las penalidades, a todas las privaciones y a todos los sacrificios, despojados de todo egoísmo y sin tener otra mira que la necesidad de que la Patria tuviera existencia digna, noble y honrosa; pudiera decirse que con los puños desnudos, enfrentáronse, y acabaron superándolas, con fuerzas que parecían incontrastables. Como eran: el avasallamiento de los espíritus, ejercido por un clero corrompido hasta los tuétanos, y más interesado en conservar, aún a costa de las más infandas desventuras populares, el disfrute de sus cuantiosos bienes temporales, que conducir a la sumisa grey a la conquista de una gloria eterna expendida al menudeo y a costo subidísimo; el poderío, basado si no en el valor de sus hombres, sí en los elementos materiales de que disponían, de un partido retrógrado, pronto a la infamia, a la traición y al crimen, con tal de mantener incólumes sus privilegios y su maquinaria de opresión; de un ejército en que abundaban los jefezuelos concupiscentes, venales, truculentos y bárbaros. Fuerzas a las que a la postre vino a sumarse la más temible: un elemento militar que por aquel entonces estaba justamente ungido por la fama de ser invencible.

Pero la indómita resistencia de los liberales no llegó a flaquear ni durante los más afflictivos infortunios ni cuando sobre ellos se abatían las más desesperadas adversidades, y por final de cuentas alcanzó una victoria que todo hacía presumir imposible; "porque un pueblo que marcha al combate con la firme certidumbre de que puede perecer, pero no dejar de ser libre, rara vez es vencido. ¡Dios lo guía!".

Y sin embargo, indigna y desconcierta ver que todavía en nuestros tiempos, ya no los que Maximiliano llamaba respectivamente "mandarines, pelucas viejas y cangrejos" —esos galeotes del oprobio de los que ya difícilmente quedará vestigio sobre la haz de la tierra—, sino algunos de sus dignos sucesores, continúan abominando de quienes hicieron posible la existencia de una Patria libre, y maldicen y escarnecen su memoria de la manera más tontamente inofensiva; mas no por eso menos detestable.

No sin lástima supimos hace poco que un joven periodista, a cuyas manos ha sido confiado un órgano de prensa capaz de pesar más o menos poderosamente en la opinión pública; jamás pasa por frente al Hemiciclo de Juárez, sin escupir y lanzar, "sotto voce", una maldición procaz al libertador y a sus antepasados.

Digno émulo aquel mozo, de cierto afónico sochantre de una catedral provinciana, que se imponía el sacrificio de fumar cigarrillos de hoja, pese a su repugnancia por el tabaco; tan sólo porque la envoltura llevaba impreso un retrato del Padre Hidalgo, efigie que se daba el placer de pisotear en cuanto agotaba el contenido de la cajetilla.

Estúpidamente ridículos, pensará el lector; pero más ridículamente estúpidos le aparecerán, cuando se entere de que muchos de estos sujetos, más que movidos por la pasión, obran así porque la ignorancia les ofusca.

Preguntando al antijuarista hasta dónde alcanzaban sus conocimientos relativos a la vida del patricio, resultó que no había leído la más insignificante obra histórica o biográfica a él relativa, y que su proceder no era sino la reacción que en él producía un fanatismo clerical, trasnochado y reflejo.

Con razón Urueta, al hacer el panegírico de Juárez en un discurso memorable, exclamaba: "... los que te atacan es porque no te conocen".

Precisamente a divulgar ese conocimiento quiere contribuir el presente libro. Y si lograre aliviar los escozores que a esós entes lastimosos les suscita en los ojos todavía la cal de la pasión sectaria, daríamosos, por ese solo hecho, la enhorabuena. Desentiéndanse de nuestros juicios y de nuestras simpatías y de nuestros comentarios; aténganse a los hechos com-

probados y a los documentos palpitantes y fehacientes... y fallen. Si su cerebro es todavía capaz de discernir, el resultado no es dudoso: la rectificación no tardará en producirse.

Su sola disculpa es ésa: que el hombre no existe para quien no le conoce. Y quien tan sólo imperfecta o equivocadamente le ha columbrado, no puede preciarse de conocerlo.

Pero cuando tropecemos con un obcecado impenitente, recordemos las sabias palabras de un conspicuo pensador: "Hay dos clases de hombres, los libres y los otros. Dejemos a los otros".

El autor debe explicar también cómo le atrajo —aparte el deseo ya expuesto de resucitar realidades para desvanecer calumnias, las arteras y enherboladas armas predilectas del partido del entreguismo y de la discordia—; la grandiosidad subyugadora de una de las tragedias, decíamos, más perfectas de toda la historia. Tragedia en que se trenzan, se entrechocan y se estremecen, las más urentes pasiones humanas, y de una riqueza inagotable y varia en escenarios y en personajes:

Napoleón el Pequeño, crápula, falacia, tartufismo.

Eugenia, su mujer, fanatismo delirante, febril anhelo de desempeñar el papel de heroína de la fe católica, de reivindicadora de la grandeza hispana.

Maximiliano, intemperancia, abulia, veleidad, glotonería, erotomanía, hipocresía. Lamentable pelele cuyos hilos mueren ora las maquinaciones de Napoleón y de su mujer, ora el obsesor antojo de Carlota, de ceñir una corona.

Carlota, ambición frenética de poder, ansia de brillar, rayana en la demencia.

Bazaine, codicia, trapacería, perfidia.

Juárez, excelsas virtudes ciudadanas, férrea voluntad, austera vida pública y privada.

Pero detengámonos; porque de continuar enumerando los personajes del drama, no acabaríamos en mucho tiempo.

Luego viene el coro, formado por los monarquistas que acicateados por el sueño de adueñarse del poder, no se detienen ante la traición ni ante la infamia. La cauda imperial

y farandulesca, de clérigos simoníacos, de milites rapaces e infidentes, de pintorescos aventureros, de viles cortesanos que intrigan y se muerden a hurtadillas; de dignatarios eclesiásticos que, al igual de una nobleza de trastienda, lamen las plantas de "su emperador" improvisado y advenedizo. Dóciles bestias que halagan al amo que los maneja a su capricho, y que si hoy los acaricia, mañana los apalea... pero a quien ellos podrán también, a hocico salvo, cuando la oportunidad se brinde, asestar triturantes tarascadas.

¡Qué contraste con los republicanos que, aunque famélicos, se lanzan impertérritos a la conquista de la libertad!

Mas para estar en guardia contra el peligro de que nuestra devoción por los defensores de la Patria nos ciegue; en las cuestiones más peliagudas, como el lector menos avisado advertirá, procuramos acudir a testigos que pudiéramos calificar de "mayores de toda excepción".

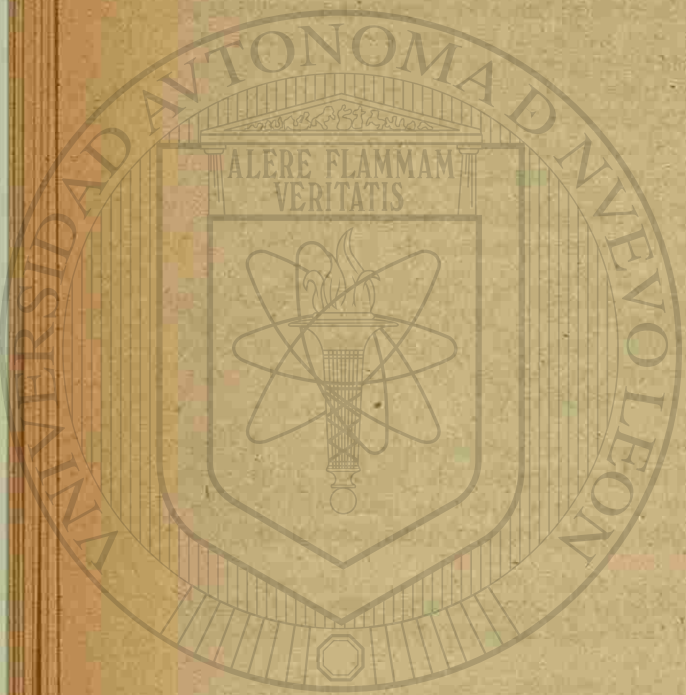
Por ejemplo, para exponer el estado de cosas en la corrupta Francia bajo el régimen séptico de Napoleón III, nos atenemos exclusivamente a la autoridad de escritores franceses; entre los que no falta algún fervoroso admirador del sobrino del Gran Corso.

Para el perfil de Juárez, nos conformamos con el trazado por un ex ministro del segundo imperio francés. Y así por ese orden.

Pléganos tomarnos la libertad de adoptar una nueva denominación para trabajos de tan multiplicados aspectos como el que presentamos al lector. Y es esta: ataujía o taracea de la historia.

¡Ojalá no nos atraiga la ira fulminante de los celosos defensores de las nomenclaturas rutinarias!

... Pero es tiempo ya de que la cortina empiece a levantarse sobre el escenario en que transcurre el estúpido drama que, con la vida del Habsburgo, concluye en el árido altozano a cuya falda se tiende la luminosa y colonial Querétaro.



ITINERARIO

UANI

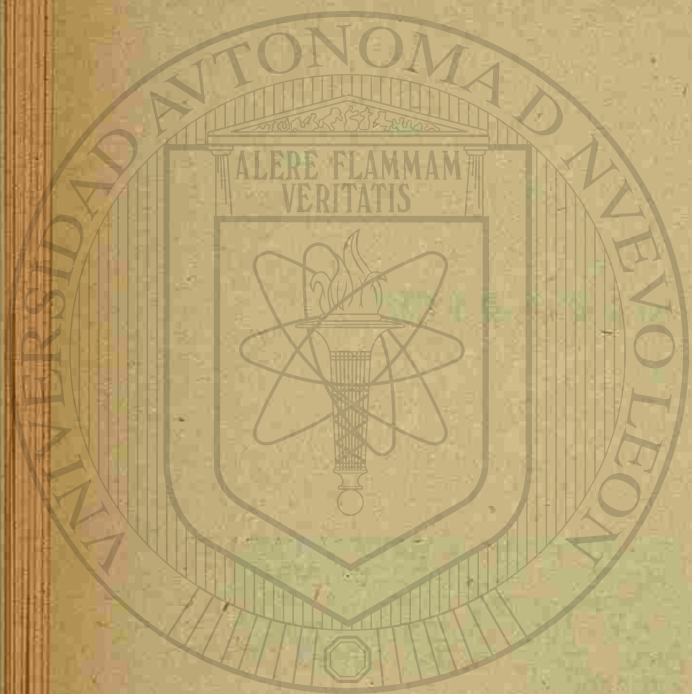
"EL CAMINO NO ATRAVIESA PAISAJES
IDENTICOS. DEJEMONOS EMBAUCAR
SUCESIVAMENTE POR LAS PERSPEC-
TIVAS QUE VIOLENTAN NUESTROS
OJOS: ES EL UNICO MEDIO DE NO
ABURRIRSE..."

Remy DE GOURMONT.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





ITINERARIO

Desde los orígenes de la intervención francesa, hasta la llegada de Maximiliano y de Carlota a Veracruz, el 28 de mayo de 1864.

SIRVA de proemio a la presente obra; esta sinopsis, que viene a ser a manera de itinerario dedicado al viajero que quisiere acompañarnos por las veredas de esta primera parte de nuestra historia, a la que atribuimos el título general de: LA QUIMERA.

Haya acaso quien quisiere ir a nuestro lado sin apartarse un punto de nuestro derrotero; pero no faltará de fijo quien prefiere detenerse en este o el otro paraje del camino previamente fijado, para espaciar el ánimo en tal o cual detalle del panorama vasto y vario; o asomarse a las vertiginosas profundidades de un abismo, o avizorar lontananzas desde lo cimero de una montaña; o abrir paréntesis para dialogar con un viandante, o ensimismarse en el examen de una flor, o embelersarse con el trino de un ave canora, o espeluznarse con el rápido y temeroso resbalar de un reptil, o divagar con el vuelo de una mariposa, o estremecerse con el amenazante rugido de una fiera, o maravillarse con el nacimiento de un astro,

o sentir sobrecogido su ánimo con el lívido fulgor de un relámpago, seguido por el ensordecedor retumbo del imponente trueno.

Los habrá que sólo busquen los parajes apacibles y amenos; otros más sentiránse atraídos por las tumultuosas corrientes de los rápidos; aquellos, admirarán la grandiosidad devastadora de tormentas y de vendavales. Ni escasearán quienes observen cómo las aguas del pantano mismo, bajo los rayos ardorosos del infatigable astro del día, suelen adquirir falaces irisaciones de precisas gemas.

Pero nadie coarta al lector la libertad de errar a su antojo, a semejanza del vagabundo despreocupado y libérrimo, por las páginas que siguen.

Porque, si uno es el itinerario, no implica la imperiosa necesidad de ceñirse con la rigurosa disciplina del militar que con su columna va marchando. Haga cada quien un alto donde mejor le petare.

Y ese itinerario, en lo que mira a la primera parte de nuestra excursión por el período de la historia que nos hemos propuesto recorrer, es el siguiente:

Ni siquiera el fusilamiento de Agustín de Iturbide, el otro inconsistente y efímero emperador de México, convenció a los retrógrados, al clero ni a los militarones reaccionarios, de la imposibilidad de implantar en México un duradero régimen monárquico.

Bien por lo contrario, todos ellos continuaron intrigando por instaurarlo, y a la postre en Napoleón III, que con un golpe de mano audaz había usurpado el trono de Francia, encontraron el más decidido factor de sus designios. Obraba el Pequeño Bonaparte bajo la sugestión de Eugenia, su consorte, "una falsa devota impregnada de un fanatismo sin convicciones, sin base, sin estudio"; a quien a su vez acuciaban una religiosidad morbosa y una vanidosa megalomanía de española.

Así fué cómo Napoleón III acabó dando oídos a las intrigas de los entreguistas mexicanos; aunque ocultando la verdadera tendencia de sus aviesos planes, de convertir a nuestro país en una colonia francesa administrada por un emperador pelele, y ocultándola con la necesidad, que preconizaba, de

constituir aquí una poderosa monarquía que opusiese una barrera infranqueable al codicioso imperialismo yanqui.

A efecto de sumar a las del Estado francés la fuerza naval y militar de otras dos grandes potencias —Inglaterra y España—, tomó por pretexto una resolución del Presidente Juárez que, compelido por las apuradas circunstancias económicas que la República atravesaba, expidió un decreto que ordenaba la suspensión temporal del pago de la deuda Extranjera —17 de julio de 1861—.

El gobierno del Pequeño Bonaparte, a inspiración de su ministro y medio hermano el duque de Morny —hijo adulterino de la reina Hortensia—, para disponer de un argumento de agresión que esgrimir contra nuestra Patria; infló desorbitadamente unos créditos que contra nuestro país poseía Juan Bautista Jácker, peligroso usurero y aventurero cosmopolita, suizo de origen, aunque nacionalizado francés con el exclusivo objeto de intentar con éxito aquel monstruoso fraude internacional.

Pero en cuanto quedaron al descubierto los verdaderos inícuos propósitos de Napoleón III, España e Inglaterra negáronse a seguir siendo los instrumentos de su rapacidad, y decidiendo arreglar sus reclamaciones contra el gobierno de Juárez por la vía diplomática, retiraron de nuestro territorio y de nuestras aguas, hombres y barcos.

Con lo que el Pequeño Bonaparte hubo de proseguir sólo una aventura que finalmente había de tener una resolución funesta para su imperio.

Firme, pues, en sus siniestros designios, mantuvo en México un cuerpo expedicionario, primero a las órdenes del general Lorencez; quien, aun antes de dar el asalto a Puebla, donde le derrotó el general Ignacio Zaragoza el 5 de mayo de 1862, jactábase ya de ser, con sus seis mil soldados, el amo absoluto del territorio mexicano, casi cuatro veces más grande que el de Francia.

Aquel descalabro produjo en el imperio del sobrino del Gran Corso, una sorpresa y una desazón indescriptibles; por lo que Napoleón III envió, bajo las órdenes del general Elías Forey, refuerzos que sumados a las tropas que ya en México se hallaban, alcanzaron a treinta y un mil hombres en núme-

ros redondos. Aparte de los contingentes de traidores que se les unieron.

Obstinado Forey en vengar la derrota sufrida por Francia en Puebla, principió a cercar nuevamente la plaza el 16 de marzo de 1863. El sitio se prolongó por espacio de sesenta y dos largos días, durante los cuales multiplicáronse los actos de valor temerario y de heroísmo espartano entre los defensores, cuyo jefe supremo era el general zacatecano Jesús González Ortega. Pero al agotarse las últimas municiones de boca y de guerra, y después de destruir las armas aun utilizables, rindióse la plaza incondicionalmente. Así se desenlazó uno de los más gloriosos episodios de nuestra historia patria.

El 10 de junio los expedicionarios, sin disparar un solo tiro, entraron en la capital de la República, de donde el gobierno constitucional del licenciado Benito Juárez había salido el 31 de mayo; para continuar, en el éxodo, manteniendo enhiesta la bandera de la legalidad y de la integridad patria.

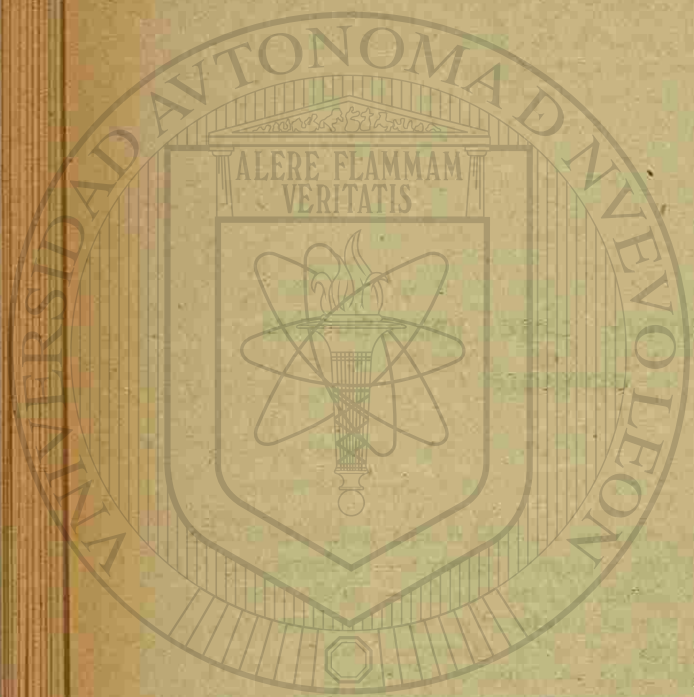
Designada una junta de notables, que no fué sino máscara con que se encubrió la dictadura que de hecho ejercían Forey y el intrigante y crapuloso ministro de Francia en México, Dubois de Saligny; nombróse una regencia y fué proclamada la monarquía como forma de gobierno escogida por el pueblo mexicano (!).

Una comisión de renegados se trasladó ex profeso a Miramar a ofrecer la corona al archiduque Maximiliano de Habsburgo; el cual la aceptó públicamente el 10 de abril de 1864; aunque ya de mucho tiempo atrás estaba comprometido con Napoleón III a empuñar el cetro.

El 28 del siguiente mes, atracó en aguas de Veracruz La Novara, el barco en que el príncipe y Carlota, su mujer, hicieron la travesía. El tantas veces heroico puerto, mostró una glacial indiferencia ante la aparición de los intrusos; al extremo que, herido su orgullo en lo más vivo, la archiduquesa derramó abrasadoras lágrimas de desesperación y de despecho, que no serían las únicas que habían de anegar en México sus ojos.

Los Monarquistas, clase improductiva y opresora

Autores de desventuras patrias — Obstinada imploración de apoyo extranjero — Valor y talento escasos — Saboreaban las humillaciones — Seres de raza inferior — Definición del traidor, hecha por un infidente — "Los traidores son villanos hasta con ellos mismos", exclama el general Díaz — Para el siervo el argumento contundente es el látigo — Calumnias de doble filo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

CAPITULO I

LOS MONARQUISTAS. CLASE IMPRODUCTIVA Y OPRESORA

"Vivimos en un siglo que tiende irremisiblemente a la abolición de toda clase de privilegios".

Dr. MORA.

APENAS hecha la declaración de que la Independencia Nacional había quedado consumada, no por desgracia sin la intervención directa de Agustín de Iturbide, aquel brutal perseguidor de insurgentes, padre de infidencias y de cuarteladas y astuto maestro de malversaciones y de venalidades, que defecionó de las filas realistas poseído del anhelo de convertirse en el árbitro omnipotente de los destinos de México, apareció, en lo que había sido Nueva España, el grupo de partidarios del régimen monárquico, que vió con malos ojos la emancipación y que, ora subterránea, ora descaradamente, según los vientos soplaban, intrigó por el establecimiento del trono.

No escarmentados con el fusilamiento de Iturbide, que pagó con la vida su locura de revestir el manto imperial, el partido conservador dióse al empeño de restaurar un gobierno monárquico en que el latifundismo esclavista, la aristocracia de trastienda, el ejército ávido, inconstante y truculento, y el clero concupiscente y usurario, recuperaran en toda su omnipotencia, fueros, privilegios y prebendas.

Cierto que, al rematarse la perniciosa componenda que dió por desaparecido el poder colonial, no habían sido muy hondas las lesiones inferidas a las clases favorecidas desde tiempo inmemorial; pero ninguna de ellas conformábase con la perspectiva de que el pueblo, una vez iniciado en la manumisión, pudiera continuar exigiendo la parte que le correspondía en el gobierno de un país que, a costa de los sacrificios y de la sangre de sus hijos, lograba quebrantar la pesada cadena de una dependencia tricentenaria y asfixiante.

AL PARTIDO CONSERVADOR DEBE LA PATRIA SUS MAS PENOSOS DOLORES

A ese grupo de recalcitrantes partidarios del poder absoluto, debe México las más dolorosas desventuras de su historia.

Aún concediendo que entre la funesta pandilla de monarquistas o intervencionistas —términos que, dentro de la política mexicana, siempre se confundieron—, por rarísima excepción hubiera individuos que de buena fe creyesen en que sólo con la autocracia era nuestra patria gobernable; no por ello dejan tampoco éstos de tener su parte de responsabilidad en las desdichas que sobre el suelo que les vió nacer, atraían.

Para librarse del dictado de proditorio asesino, es inútil que el homicida arguya que si mató alevosamente a un semejante, fué con objeto de suprimir una existencia perniciosa.

Y, como quiera que sea, quienes se afanaban en reimplantar un régimen monárquico, en su inmensa mayoría no obraban sino estimulados por bastardos intereses personales; por la bajeza de su condición moral; por su insaciable codicia de riquezas y de mal calificados honores. Mal calificados, sí; porque los honores obtenidos en premio de la traición, no vienen a ser, en suma, sino baldón de oprobio y de ignominia.

Incapaces de disfrutar una libertad de que eran indignos, prestos en todo instante a entregar la patria al extranjero y fascinados con la vaga esperanza de poder besar las plantas de un príncipe, acción en que parecían hallar un deleite inefable, como el que encuentra un cañ en lamer la mano que lo apalea; desplegaban una tenacidad que frisa en lo increíble.

Pero no cabe duda que hay individuos para quienes sostener la posición vertical, es una insoportable tortura.

DESDE 1840 GUTIERREZ DE ESTRADA HABIA IMPLORADO AYUDA DE EUROPA

Desde el año de 1840, José María Gutiérrez de Estrada había publicado un folleto, panegírico de la monarquía, tan ofensivo al decoro nacional, que no tuvo más remedio que expatriarse; pero en Europa continuó maquinando la restauración, por cuantos medios se le ofrecieron a su alcance. A contar de 1846, fueron más ostensibles las gestiones que en Inglaterra y en Austria desenrollaba para conseguir apoyo a la idea de la implantación del estado monárquico en México.

Ni el espectro sangriento del ajusticiado de Padilla, ni la forma unánime en que el sentimiento nacional se expresó cuando la tentativa hecha por España para volver a apoderarse de lo que había sido la más preciada joya de su imperio colonial desarmaban ni debilitaban la tenacidad de los monarquistas mexicanos. Los cuales, lo mismo desde la penumbra pestilente y sofocante de las sacristías, que desde las oropeles cortas europeas, continuaban urdiendo planes, firmes en el designio de ahogar las más legítimas aspiraciones de un pueblo, cuya marcha hacia la redención de sus derechos, tenía que ser arrolladora; pese a todas las penalidades, pese a todos los sacrificios, pese a todos los obstáculos.

Ya el licenciado Benito Juárez, desde que, como miembro del gabinete del general Alvarez, habíase ocupado en redactar la ley general sobre administración de justicia, con su penetrante perspicacia de vidente, escribía, en "Apuntes para mis hijos":

"Triunfante la revolución, era preciso hacer efectivas las promesas, reformando las leyes que consagraban los abusos del poder despótico que acababa de desaparecer. Las leyes anteriores sobre administración de justicia adolecían de ese defecto, porque establecían tribunales especiales para las clases privilegiadas, haciendo permanente en la sociedad, la desigualdad que ofendía a la justicia, manteniendo en constante agitación el cuerpo social. No sólo en este ramo, sino en todos los que formaban la administración pública debía ponerse la mano, porque la revolución era social..."

Cierto que, al rematarse la perniciosa componenda que dió por desaparecido el poder colonial, no habían sido muy hondas las lesiones inferidas a las clases favorecidas desde tiempo inmemorial; pero ninguna de ellas conformábase con la perspectiva de que el pueblo, una vez iniciado en la manumisión, pudiera continuar exigiendo la parte que le correspondía en el gobierno de un país que, a costa de los sacrificios y de la sangre de sus hijos, lograba quebrantar la pesada cadena de una dependencia tricentenaria y asfixiante.

AL PARTIDO CONSERVADOR DEBE LA PATRIA SUS MAS PENOSOS DOLORES

A ese grupo de recalcitrantes partidarios del poder absoluto, debe México las más dolorosas desventuras de su historia.

Aún concediendo que entre la funesta pandilla de monarquistas o intervencionistas —términos que, dentro de la política mexicana, siempre se confundieron—, por rarísima excepción hubiera individuos que de buena fe creyesen en que sólo con la autocracia era nuestra patria gobernable; no por ello dejan tampoco éstos de tener su parte de responsabilidad en las desdichas que sobre el suelo que les vió nacer, atraían.

Para librarse del dictado de proditorio asesino, es inútil que el homicida arguya que si mató alevosamente a un semejante, fué con objeto de suprimir una existencia perniciosa.

Y, como quiera que sea, quienes se afanaban en reimplantar un régimen monárquico, en su inmensa mayoría no obraban sino estimulados por bastardos intereses personales; por la bajeza de su condición moral; por su insaciable codicia de riquezas y de mal calificados honores. Mal calificados, sí; porque los honores obtenidos en premio de la traición, no vienen a ser, en suma, sino baldón de oprobio y de ignominia.

Incapaces de disfrutar una libertad de que eran indignos, prestos en todo instante a entregar la patria al extranjero y fascinados con la vaga esperanza de poder besar las plantas de un príncipe, acción en que parecían hallar un deleite inefable, como el que encuentra un cañ en lamer la mano que lo apalea; desplegaban una tenacidad que frisa en lo increíble.

Pero no cabe duda que hay individuos para quienes sostener la posición vertical, es una insoportable tortura.

DESDE 1840 GUTIERREZ DE ESTRADA HABIA IMPLORADO AYUDA DE EUROPA

Desde el año de 1840, José María Gutiérrez de Estrada había publicado un folleto, panegírico de la monarquía, tan ofensivo al decoro nacional, que no tuvo más remedio que expatriarse; pero en Europa continuó maquinando la restauración, por cuantos medios se le ofrecieron a su alcance. A contar de 1846, fueron más ostensibles las gestiones que en Inglaterra y en Austria desenrollaba para conseguir apoyo a la idea de la implantación del estado monárquico en México.

Ni el espectro sangriento del ajusticiado de Padilla, ni la forma unánime en que el sentimiento nacional se expresó cuando la tentativa hecha por España para volver a apoderarse de lo que había sido la más preciada joya de su imperio colonial desarmaban ni debilitaban la tenacidad de los monarquistas mexicanos. Los cuales, lo mismo desde la penumbra pestilente y sofocante de las sacristías, que desde las oropeles cortas europeas, continuaban urdiendo planes, firmes en el designio de ahogar las más legítimas aspiraciones de un pueblo, cuya marcha hacia la redención de sus derechos, tenía que ser arrolladora; pese a todas las penalidades, pese a todos los sacrificios, pese a todos los obstáculos.

Ya el licenciado Benito Juárez, desde que, como miembro del gabinete del general Alvarez, habíase ocupado en redactar la ley general sobre administración de justicia, con su penetrante perspicacia de vidente, escribía, en "Apuntes para mis hijos":

"Triunfante la revolución, era preciso hacer efectivas las promesas, reformando las leyes que consagraban los abusos del poder despótico que acababa de desaparecer. Las leyes anteriores sobre administración de justicia adolecían de ese defecto, porque establecían tribunales especiales para las clases privilegiadas, haciendo permanente en la sociedad, la desigualdad que ofendía a la justicia, manteniendo en constante agitación el cuerpo social. No sólo en este ramo, sino en todos los que formaban la administración pública debía ponerse la mano, porque la revolución era social..."

Sí, como siempre lo fué, aunque no explícitamente, desde los primeros malogrados intentos para sacudir el yugo colonial, para modificar más tarde aquel estado de cosas que se prolongó más allá del virreinato, y que por desgracia ni los últimos períodos revolucionarios han conseguido corregir, al haber arraigado en las filas avanzadas, los caudillos depredadores y la burocracia relajada. Aquel estado de cosas, decíamos, en que la gran masa de población permanecía sierva, hambrienta, explotada y oprimida por una minoría de zánganos —seudo nobleza, latifundismo, clero, ejército—, que de hecho, y no obstante el triunfo de la insurgencia, mantenía la más odiosa de las esclavitudes en el México independiente, donde hasta la enseñanza elemental era privilegio de las clases adineradas.

ESPELUZNANTE ERA LA CONDICION DE LOS PEONES DEL CAMPO EN EL PAIS

Una imagen aterradora, por ser de un realismo que destila sangre y lágrimas, fué la que, precisamente sobre la condición lastimera del paria mexicano, desplegó el 19 de agosto de 1865, ante los ojos de Maximiliano, el ingeniero agrícola francés Bournof, para dar al príncipe una noción exacta de lo que era la vida infeliz de los peones del campo:

"He visto, escribíale, a hombres azotados con vergajos hasta sangrar; he puesto literalmente el dedo en las cicatrices; he alimentado familias que morían de hambre y eran llevadas al trabajo a latigazos por el mayordomo; he visto a hombres agonizantes de extenuación, cargados de cadenas, arrastrándose al sol para acabar su vida bajo la mirada de Dios, y luego arrojados en un agujero como un perro muerto! El hacendado especula hasta con la comida de esta pobre gente y hasta con el andrajo que la cubre a medias. La obliga a comprarle todos sus alimentos, y a un precio superior, al del mercado de la ciudad; véndele con usura todas las ruines telas de que tiene necesidad, de manera que, en último resultado, el indio no recibe más de un real (0 fr. 65) por un trabajo de catorce horas. Es preciso que el indio se endeude cada vez más; en esto el amo es poderosamente ayudado por los sacerdotes, todos los cuales obligan a pagar precios exorbitantes por los sacramentos de la religión, y explotan a ultranza la

credulidad supersticiosa del indio. Particularmente la liquidación de semana santa se arregla siempre con pérdida para el peón —originalmente el español—, y su situación no cesa de empeorar. Con tal sistema, se ha llegado a que no exista una sola familia india que no deba por lo menos cien pesos".

Eternamente aparecerán en connivencia el poder temporal —por el latifundismo y el ejército absorbido—, y el poder espiritual —monopolizado por el clero—; porque su pética alianza garantizaba a éste y a aquéllos la subsistencia de su predominio, y la posibilidad de seguir animalizando y fanatizando a un pueblo trabajado y famélico, a quien apenas si concedían el sustento más indispensable para que no pereciera por inanición, y dejase de continuar aumentando las insolentes riquezas de los privilegiados.

EN LAS FILAS CONSERVADORAS LOS HOMBRES DECIDIDOS NO ABUNDABAN

Más por fortuna, excepción hecha de algunos militares de bien reconocida bravura, los conservadores no descollaban ni por su resolución ni por su audacia, y siempre se manifestaron dispuestos a sacar la castaña con la mano del gato, aun cuando sus uñas refulgieran con destellos de bayonetas extranjeras. Mas para, cuando quien se alió con ellos estaba a punto de perderse, abandonarlo con el apresuramiento con que las ratas se ausentan del barco, cuyo naufragio, irremediable y próximo, son las primeras en prever.

Así sucedía, repetimos, por ventura para los destinos nacionales; ya que la pusilanimidad de carácter, la tacañería incurable y la infamia en el proceder, proporcionaban a los graníticos varones republicanos algunas de sus mejores armas, para combatir al enemigo de la Patria.

Apocamiento e ignominia eran tan patentes, que para ponerlos de resalte, basta con acudir a testimonios históricos irrefragables, algunos de ellos suministrados por los mismos clericales, conservadores o monarquistas, o por sus cómplices en la empresa de que tan mal librados por último salieron.

Clero, ejército, políticos reaccionarios... fueron ellos los instigadores de la última intriga imperial, que había de culminar, para eterno escarmiento, en el patíbulo de Querétaro.

EL CORTESANO ACEPTA GUSTOSO LAS
HUMILLACIONES MAS OPROBIOSAS

Acopiemos algunos apuntes para bosquejar el retrato de los monarquistas, que a la postre resultará principalmente pintado por ellos mismos y por sus patrocinadores. Así destacarán algunas de aquellas sus deformaciones psicológicas, que les volvían indispensables, tan indispensables como el oxígeno al aparato respiratorio, la humillación, el vejamen y el oprobio.

"El general Forey, —asienta Arrangoiz, uno de los conservadores más recalcitrantes y que fué funcionario del imperio de Maximiliano—, olvidó por completo la parte más sensata de las instrucciones que le dió el emperador Napoleón: **reprimir rigurosamente todo acto o palabra que pudiera herir a los mexicanos; no olvidar la altivez de su carácter** —poco demostrada, subrayaremos nosotros, por quienes aventuráronse a apoyar la descabellada aventura del iluso archiduque—; conciliarse ante todo a las poblaciones. Así el general comandante, como la mayor parte de los jefes y oficiales del ejército expedicionario, se daban aires de conquistadores, no de aliados y amigos; manifestaban un orgullo despreciativo hacia los mexicanos, tanto paisanos como militares; con lo cual se enajenaban las voluntades, en lugar de atraérselas, de los conservadores —tampoco esta afirmación está avalada por los hechos— y los indiferentes, y complacían a los enemigos del imperio... Tan impolítica y ofensiva era para los militares mexicanos la conducta de los franceses, que llegó a tratarse —pero no a realizarse, seguiremos recalando nosotros— en el ejército de no recibir las pagas, que se afectaba dárselas como limosna".

NADA ATEMORIZA TANTO AL SIERVO COMO EL
LATIGO QUE FRENTE A SUS OJOS RESTALLA

Los invasores no se tentaban el corazón para fusilar a los cabecillas reaccionarios sospechosos de tibieza o convictos de desafección. Los que habiendo una vez defecionado regresaban a sus filas —como ocurrió con Buitrón— eran indefectiblemente liquidados en el patíbulo, y sus secuaces sufrían los castigos más vejatorios e infamantes; deportaciones, azotes, etc.

Penas que, con citas eruditas y efusivos comentarios, defendía o panegirizaba "L'Estafette"; a la vez que colocaba a los

mexicanos al nivel de los siervos más despreciables, como se verá por la siguiente transcripción:

"Habiendo invadido los escitas del Ponto Euxinio el Asia Menor, hicieron allí grandes conquistas y se disponían a penetrar hasta el corazón de Persia, cuando los detuvo una noticia enojosa. Un correo llegado de Escitia anunciaba a su príncipe que, rebelados los esclavos, amenazaban con destruirlo todo. No había vacilación: dióse la orden de emprender la retirada y de volver a Tartaria forzando marchas. La vanguardia encontró a los esclavos formados en batalla, trabó el combate y salió de él maltrecha. El príncipe avanzó inmediatamente y se desquitó de esta manera: mandó a sus soldados que, dejando flechas y jabalinas, se echaran sobre los insurrectos látigo en mano. Al ver a sus amos blandiendo el arma infamante, sobrecogidos de terror los esclavos y transidos de respeto, se rindieron sin hacer resistencia..."

"El castigo de los azotes —agregaba el diario del ejército de ocupación— es humillante, no cabe duda; pero somos también de los que opinan que cuando el encarcelamiento es un castigo irrisorio; cuando la reclusión, lejos de ser un suplicio o una vergüenza, se convierte en un cambio de lugar cómodo y en título de gloria para bribones y viles, es bueno, es justo, es necesario que la ley ate una correa en la punta de una cuchilla, e infame sin misericordia a los bribones que tienen gastadas y endurecidas las cuerdas de la honradez. Cuando un ser humano está envilecido hasta el grado de que la vergüenza no puede subir a su frente sino pasando más abajo de los cuadriles, debe herirle la ley en el lugar ignominioso".

Y después de referir cómo los clericales, que torpemente llegaron a suponer que el ejército francés no sería sino dócil instrumento para la realización de sus ambiciones, vieron frustrarse sus esperanzas, la hoja periodística, sin circunloquios declara: "nunca partido alguno se halló en posición más forzada y humillante: los conservadores se veían obligados a aplaudir los triunfos de sus mismos enemigos, pues enemigos eran los que los dejaban en peor predicamento que los liberales, sin que pudieran sacudir la cadena que se habían echado al cuello".

El general francés Naige, llamaba al clerical, partido "infimo".

PARA LOS ARCHIDUQUES ERAN LOS MEXICANOS SERES DE RAZA INFERIOR

Maximiliano y Carlota consideraban seres de raza inferior a los mexicanos que iban a darles su efímero imperio. Para nada el primero les tomó en cuenta al concertar convenios con los acreedores ingleses, cuando ya preparaba la salida de Miramar hacia México. Y de las tres históricas ocasiones que la archiduquesa, en la tierra de que iba a sentirse emperatriz, derramó públicamente lágrimas —siempre por su orgullo ofendido—, una de ellas fué cuando, al llegar a la capital, cierta horrible vieja, mujer de algún dignatario, con sus brazos sarmientosos abrazó el apetitoso cuerpo, y con sus hediondos bellos rozó los labios tentadores de la imperiosa emperatriz.

La princesa, al sentir el repulsivo contacto de aquella sibilante boca, estuvo próxima a desmayarse, de indignación, de rabia, de asco.

Maximiliano prodigaba sin rebozo, a sus lacayunos y sumisos partidarios, los más ofensivos motes: mochos, pelucas viejas, mandarines, cangrejos.

Pero el olímpico desprecio con que el príncipe intruso y la canda de audaces aventureros que desde Europa trajo, les ofendían, no provocaban en los clericales la menor protesta. Si no es que contribuía a hacer más incondicional y ciega la obediencia frente a los amos que ellos mismos se habían dado; sin perjuicio de farfullar censuras en las reconditeces de las sacristías olorosas a quemado incienso y a combusta cera, y acumulados hediondos humores de beatas histéricas y haldudas.

A QUIENES PIDEN ENVIOS DE TROPAS, BAZAINE CONTESTALES: ¡SED HOMBRES!

A los requerimientos que los traidores elevaban para que se les mandasen guarniciones francesas que les dieran garantías, poco faltó para que Bazaine les respondiera: "sed hombres, se desvanecerá vuestro miedo y podréis defenderos vosotros mismos de los amagos republicanos".

Al contestar la reiterada renuncia del prefecto de Morelia, Maximiliano asentó que "el partido conservador hacía traición

al Imperio; pero que el gobierno tenía los ojos abiertos para castigar a los traidores, lo mismo en México que a los que influían en Roma".

¡Y los traidores a él, entiéndase bien, eran los que habían comenzado por traicionar a la Patria!

Al inaugurar en la plaza de Guardiola un monumento erigido a la memoria del Cura Morelos, el archiduque asesta otro latigazo en el rostro de sus dóciles partidarios; cuando, en uno de los períodos del discurso que en tal solemnidad pronunció, expresa: "No veo a mi derredor sino personas tituladas: que se llame a todos los BUENOS MEXICANOS; quiero verme rodeado de mi pueblo".

Al llegar la noticia del buen éxito obtenido por los belgas en las proximidades de Tacámbaro: "La archiduquesa sintió un placer extraordinario con el triunfo de sus compatriotas sobre los mexicanos con quienes no le ligaban ningunos vínculos de nacionalidad, y a los cuales, lo mismo que muchos extranjeros, veía con el mismo desprecio que inspiran seres de una raza inferior.

"Había encontrado Hidalgo —José María— a la sociedad honrada —no se olvide que Arrangoiz llama "honrada" a la sociedad precisamente deshonrada por el apoyo que ofreció al invasor extranjero y al gobernante intruso—, casi unánime en sus quejas contra Maximiliano, particularmente a los monárquicos verdaderos, que se dolían de que S. M. se hubiera separado de la política conservadora y de los hombres que la representaban, que se manifestaban ofendidos de que S. M. se burlara de las personas más dignas y respetables, delante de mexicanos y de extranjeros aventureros que eran conocidamente hostiles al imperio y al catolicismo, aunque de ellos se rodeaba S. M."

OPINION DE POLITICOS ACOMODATICIOS HABIAN CONQUISTADO LOS MONARQUISTAS

El concepto que Bazaine mismo abrigaba sobre los imperialistas, no era más favorable que la que Maximiliano había formado: "En cuanto a los funcionarios que han prestado su concurso al gobierno de S. M., dice aquel, los creo **demasiado hábiles** para comprometerse inútilmente, o para exponerse a

eventualidades previstas por ellos. Todos han sabido hasta ahora, y sabrán en el porvenir, colocarse por sí mismos al abrigo de todo peligro".

Diestro y exacto retratista nos ha resultado el mariscal. Todos los monarquistas prominentes procuraban vivir en la tranquilidad y en la abundancia. A la caída del imperio, los que no se apresuraron a fijar su residencia en Europa, donde vivían como nababs, obtuvieron del gobierno republicano acomodos más o menos pingües. De aquel mismo gobierno republicano al que tan implacable y rabiosamente habían combatido, cuando disputaban el triunfo de los advenedizos por incuestionable.

Ante el temor de que Maximiliano abdique, Lares acude en solicitud de entrevistarle, para entregar el pliego de dimisión del gabinete de que es jefe. El archiduque no se digna siquiera recibirle; pero Bazaine, el militar ordenancista, encárgase de evitar que los ministros se desbanden, no sin acudir a la amenaza categórica.

Al obstinarse los clericales en retener a Maximiliano, como reteniéndole acabaron, para poder seguir enarbolando su nombre por bandera de los intereses de la traición, "L'Estafette", al replicar a "La Patria", les estigmatiza con estas duras palabras:

"¡Es, pues, en los deplorables sucesos de 1858, 1859 y 1860 en lo que el periódico ministerial funda sus esperanzas; es allí donde va a buscar los estímulos y el presagio de un triunfo seguro! ¡Oh, torpes, que evocáis el recuerdo de una época en que se vió a vuestros campeones del orden escandalizar a la República con sus excesos de indisciplina, a vuestros campeones de la propiedad forzar las cajas fuertes, a vuestros campeones de Dios, deshonorar a la humanidad con ejecuciones feroces! ¡Es a esos días de exacciones sin número, de persecuciones, a donde se querría conducirnos, y no se teme decirlo, y se atreven a proponer a un soberano que levante esa espada y se convierta en aventurero! —Pues bien, señor, le diremos a nuestra vez: ese gobierno modelo, cuyas tradiciones se os pide que sigáis, fusilaba a los niños y a los médicos, y colgaba después de un largo martirio a gentes honradas arrancadas de sus hogares. ¿Os gustan los fusilamientos y la horca? —En esa época, cuando los hombres de Estado estaban alcanzados de fondos, enviaban a forzar un depósito de dinero y encerraban en las letrinas de la Diputación a los capitalistas hasta que medio as-

fixiados, se decidían a capitular pagando lo que no debían. ¿Podrías, señor, arrastrar vuestro manto imperial en esas inmundicias?"

EL INFIDENTE URAGA DEFINE LA CONICIA CUAL ES LA PSICOLOGIA DEL TRAIOR

Pero ni palabras ni acciones vejatorias parecían hacer mella en el ánimo de los intervencionistas, cuya muy peculiar psicología define con lacónica elocuencia un militar, que por haber sido infidente, debió haberla estudiado y conocido muy a fondo.

Reunidos en Coeneo, Michoacán, algunos de los más prominentes patriotas de la región, el general López Uraga, invítóles a defeccionar de las filas republicanas para incorporarse a las del Imperio.

—"No sean ustedes tontos —díjoles—; si ahora nos hacemos traidores, es para traicionar mañana a la misma traición".

Consideraba ya perdida la causa de la independencia y buscaba el acomodamiento con el régimen de los intrusos; pero a la postre había de pagar su "cambio de chaqueta" con la vida.

El dócil carácter de los intervencionistas aveníase a todo. Hasta aceptar con mansedumbre la posición de inferioridad que, con respecto a los extranjeros, érales asignada; "pues es una de las humillaciones que tienen que sufrir los imperialistas mexicanos, la de que reunidos a una fuerza extranjera, el **mexicano** por alto que sea su empleo en la jerarquía del ejército, debe reconocer como superior al oficial, francés, belga o austriaco, aunque sea inferior a él".

TIPICO EJEMPLO DE ABYECCION EVOCADO POR EL GENERAL DIAZ

Uno de los ejemplos más lastimosos de los extremos a que llegan estos seres, nacidos con el alma monstruosamente formada por una irresistible inclinación a la más vil y espontánea servidumbre, nos lo ofrece en sus memorias el general

Porfirio Díaz, cuando recuerda a un individuo llamado Juan Pablo Franco que, "... si es dable creer a la crónica de antecámara, desde su primera entrevista con el Emperador se prosternó a sus pies, le tomó la mano y la besó, exclamando: "Vos sois el hombre de ojos azules y cabellera rubia que hace tiempo fué prometido al país, para darle riqueza y prosperidad"! La adulación, el atrevimiento o la venalidad del cumplimiento agradó a Maximiliano, quien lo levantó, le abrazó, le condecoró, le nombró Prefecto de Oaxaca, le hizo Comisario Imperial de Tres Estados, etc., etc...

La náusea incoercible que en el general Díaz provocabla la condición moral de traidores de la calaña del licenciado Juan Pablo Franco, tiene que ser común a todo hombre bien nacido.

EL ALMA CORTESANA ES UNA MISMA EN TODOS LOS CLIMAS Y LATITUDES

Pero hay que admitir que el bajo nivel moral del cortesano, es uno mismo también en todos los tiempos, en todos los climas y en todas las latitudes. Al leer las anteriores líneas, viene el recuerdo lo que el duque de Saint-Simon cuenta de las adulaciones de que era objeto, no digamos ya un monarca omnipotente, sino el mariscal duque de Vendome, cuando gozaba de la privanza de Luis XIV, e irradiaba en el apogeo de su grandeza. Transcribámoslo, para completar aquí nuestra semblanza:

"Cuando estaba con su ejército, levantábase muy tarde, sentábase en el sillico —o letrina portátil— y expedía sus órdenes matinales. Quien tenía algún pendiente con él, esto es, oficiales, generales y gentes distinguidas, era el tiempo en que le hablaban. Tenía acostumbrado al ejército a esta infamia.

Y he aquí cómo prosperó su fortuna el famoso italiano Alberoni:

"Como el duque de Parma tuviera que tratar algún asunto con M. De Vendome, le envió al obispo de Parma, que quedóse estupefacto de que le recibiera en su sillico.

"Sintióse tan indignado que, aunque sin decir palabra, se volvió a Parma sin dar término al negocio que le había lleva-

do, y declaró a su señor que nunca en su vida regresaría después de lo que sucedídole había. Alberoni era hijo de un jardinero que, sintiéndose con talento, habíase endilgado un alzacuellino, para, bajo la apariencia de un abate, colarse allí donde su esclavinilla de tela no hubiera tenido acceso. Era bufón, y a M. de Parma agradábale como cualquier villano camarista que divierte; y divirtiéndose con él, encontró que no carecía de talento, y que podía ser capaz de llevar algunos negocios a feliz conclusión. No creyendo pues que el sillico de M. de Vendome reclamara otro emisario, envióle a reanudar y a dar término a lo que el obispo de Parma no había acertado a rematar.

"Alberoni, que no sabía fruncir el entrecejo, pero sí al dedillo quién era Vendome, resolvió hacérsele grato a cualquier precio, para conducir a dichoso desenlace la encomienda que su amo le daba, y aprovechar la coyuntura para sacar él mismo la tripa de mal año. Púsose al habla, pues, con M. de Vendome que seguía como enclavado en su sillico. Amenizó el negocio con ocurrencias que hicieron desternillarse de risa al general, a quien de antemano había preparado con una lluvia de elogios y de reverencias. Vendome lo trató lo mismo que al obispo había tratado, y acabó levantándose del sillico. A la vista de lo cual, Alberoni, exclamó: "¡O culo di angelo!" y corrió a besárselo. Nada hizo adelantar más sus negocios que aquella infame bufonada. M. de Parma, que por su posición tenía más de un asunto que tratar con M. de Vendome, al ver los felices comienzos de Alberoni, sirvióse siempre de él".

El inmundo adulador acabó cambiando de amo, y llegó a ser el privado de Vendome y su principal secretario, para quien no hubo ya secretos.

A las más oprobiosas acciones estarán siempre dispuestos individuos de tan ruin condición moral; máxime cuando la proximidad del peligro presientan.

Pero volvamos al general Díaz, cuya repugnancia por esa clase de gente, estalla en las siguientes palabras:

"Antes de mi llegada a la ciudad de México, Portilla, que se titulaba Ministro de Guerra, ofreció entregarme la ciudad si se le daban garantías personales, y O'Horán me hizo la misma proposición, asegurando que me entregaría a Márquez, con tal que le asegurase su vida y le diese un pasaporte para el extranjero. Los traidores son villanos aun entre ellos mismos".

REACCIONARIOS: NIÑOS, TONTOS, INTRIGANTES
PIO IX DEFINIO EN TRES PALABRAS A LOS

Hemos procurado acumular elementos que ayuden a reproducir la vera efígie de los monarquistas que, en su despecho y acuciados por la propensión maligna que el leproso siente, de contagiar a cuantos le rodean con su repugnante padecimiento, desvergonzadamente arrojaban sobre los republicanos el epíteto de traidor. No sin echar mano del especioso argumento de que quienes a la Patria defendían, contaban no solamente con el apoyo moral, sino también con la ayuda material de los Estados Unidos del Norte.

Argumento risible, si no fuera monstruoso en boca de quienes, relamiéndose de gusto, habíanse adelantado a declarar que "aceptaban gustosa y agradecidamente, la intervención generosa que al pueblo mexicano ofrece S. M. el Emperador de los Franceses" . . . y que, en consecuencia, poníanse "directamente bajo la protección del Sr. Forey, general en jefe del ejército franco-mexicano, como representante de S. M. el Emperador".

El cargo que en contra del partido republicano los conservadores esgrimían —por otra parte en manos de tan recomendables sujetos peligrosa arma de dos filos—, y por el que afirmaban que los mantenedores de la segunda independencia estaban vendidos a la Unión Norteamericana; resultó una insidiosa fábula, que el tiempo se encargó de destruir.

Sin embargo, no deja de resultar curioso que lo que los intervencionistas proclamaban en ellos mismos como una "patriótica virtud" (!), en los adversarios lo condenaran como lo que efectivamente era: un crimen de lesa Patria.

Crimen de que los monarquistas mexicanos no podrán lavarse nunca; y a la perpetración del cual empujábales su impotencia para asumir en buena lid el gobierno nacional; no menos que sus cortos alcances para prever hasta dónde llegarían las consecuencias de su punible conducta, cuando no de su perversidad deliberada.

Su incapacidad e impreparación, no fué nunca ni mejor ni más concisamente reflejada, que cuando Pío IX, refiriéndose a tres de los más conspicuos representantes del partido clerical mexicano, respectivamente los describió así: Un niño . . . un tonto . . . un intrigante.

TAMBIEN LA PROTECCION DE ESTADOS
UNIDOS IMPETRARON LOS MONARQUISTAS

Pero lo más irritante es que esa protección material de Estados Unidos, que los reaccionarios imputaban a los liberales haber aceptado, fueron ellos, los conservadores mismos, quienes llegaron a impetrarla con febril ansiedad, aunque en vano; en cuanto vieron que el andamiaje imperial se desplomaba.

En carta particular, escrita el 30 de mayo de 1867, don Manuel Romero de Terreros, dice, desde París, a don Matías Romero:

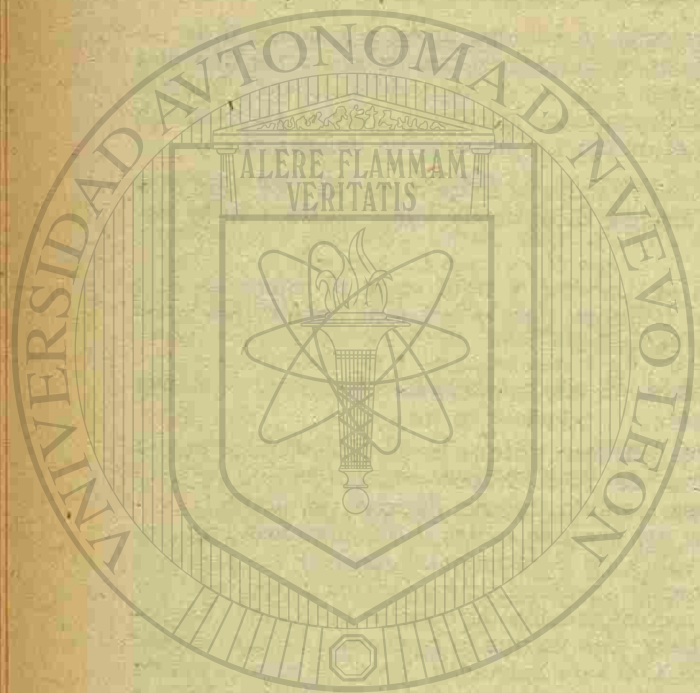
"Almonte está en Londres y aquí corre el rumor de que trabaja por azuzar a fin de que el gobierno americano intervenga en nuestros negocios".

Y, por otra parte, al señor Maynero, comunica al mismo tiempo lo que sigue:

"... los traidores trabajan porque los Estados Unidos arranquen a Juárez garantías para la conservación de sus vidas y propiedades; en este sentido trabaja Almonte en Londres, valiéndose del influjo del ministro inglés y del americano en París, para que se realice tal pensamiento. Almonte ha escrito a varias personas notables de los Estados Unidos y obtenido para ellas cartas de recomendación de cuantos personajes ha podido . . . El mismo clero cree ya que la protección de los Estados Unidos es su única tabla de salvación. Para mí este proyecto hace tiempo que lo tienen meditado, y las proposiciones hechas en el Congreso de los Estados Unidos, prueban que ellos lo han promovido".

Es indudable que ni los niños, ni los tontos, ni los intrigantes . . . ni los cavilosos perversos, son los más indicados para desafiar los peligros de las grandes empresas, ni para conducir las tampoco al de ellos ambicionado venturoso remate. Así eternamente ha ocurrido en nuestro país con los reaccionarios que, aun cuando sean peligrosos como intrigantes, han significádose, en cambio, como mediocres militantes, que si de su persona no exponen ni lo negro de una uña, de sus caudales no arriesgan tampoco ni el canto de un centavo.

"La abstención, asevera Alberto Hans, capitán que fué de las tropas expedicionarias francesas, es lo que pierde en todas partes a los conservadores".



El Clero Católico, su relajamiento
y venalidad

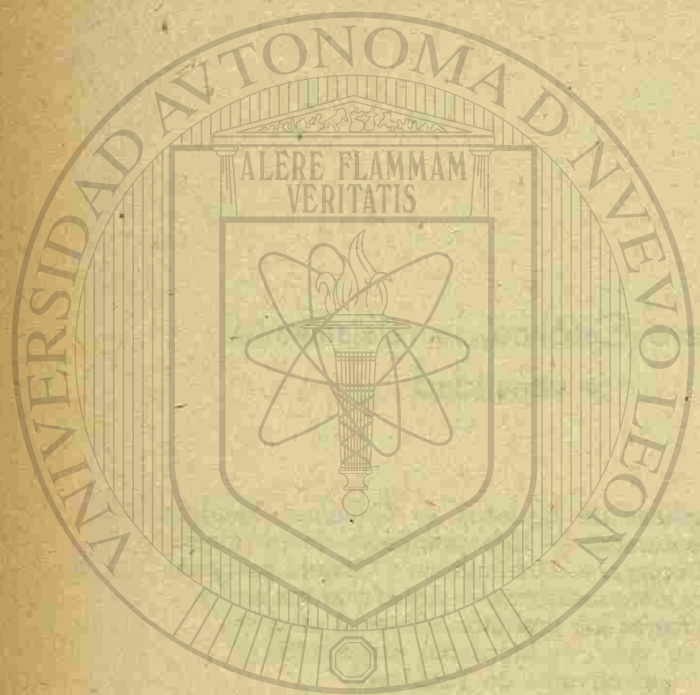
Desapoderado apetito de riquezas — Crímenes benditos —
Sacerdotes aventureros — Hijo predilecto de la iglesia y
verdugo de Ocampo — Maximiliano y Carlota conocían
al dedillo al clero mexicano — Antes que sus rentas
y sus placeres los prelados hubieran abando-
nado su cruz — Monseñor Labastida y
sus olivares de Tacubaya

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPILLA ALFONSO
MUSEO DE HISTORIA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL

CAPITULO II

EL CLERO CATOLICO, SU RELAJAMIENTO Y VENALIDAD

"Lo peor que hasta ahora he encontrado en este país, lo forman tres clases: los funcionarios de justicia, los oficiales del ejército y la mayor parte del clero. Todos éstos no conocen sus deberes y viven única y exclusivamente por el oro. Los jueces son corruptibles. Los oficiales no conocen ningún sentimiento del honor y al clero le falta amor cristiano y moralidad".

POR su insaciable apetito de riquezas, por su concupiscencia, por su desmedido deseo de acaparar el poder temporal, y por su corrupción profunda y al parecer irremediable; el clero católico, desde tiempo inmemorial, ha venido atrayendo sobre sí los más terribles y justificados anatemas, que no le perdonan ni aun aquellos pocos de sus miembros que han conseguido conservarse más o menos indemnes al general contagio.

Explotando con inverecundó alarde, precisamente las máximas de humildad, de castidad, de probidad y de pobreza que

la doctrina de Jesucristo pregona, los apostólicos sacerdotes romanos, se entregan a los más odiosos excesos, propagan el fetichismo más ultrajante a la dignidad humana, y perpetúan su absoluto dominio sobre una gran parte del mundo cristiano; al que sujetan a las más abusivas y despiadadas explotaciones, alternativamente o atemorizándole con las atroces penas del infierno, o engriéndole con las delicias de una gloria eterna que, a quienes sumisos se le muestran, deparará una divinidad de que los clérigos arróganse la superintendencia sobre la tierra.

Pero, restringiendo ese funestísimo influjo a los límites de nuestra Patria, diremos que al clero es deudora de sus más graves miserias, de sus más pungentes cuitas y de sus más irremediables desventuras.

Aliado a las otras dos principales castas opresoras —capitalistas y militares reaccionarios—, tenía que desplegar, aunque subrepticamente cuando el triunfo del oscurantismo mostrábase indeciso, una terca oposición al partido liberal. Y, en la defensa de sus fueros, mostrarse indiferente al derramamiento de sangre humana, al sacrificio de víctimas por millares, al menoscabo del decoro patrio.

Procurando no dar nunca la cara con franqueza, hurtándose a la vista, y encubriendo sus intrigas con el manto amplísimo de las virtudes religiosas; mantendrá constantemente al acecho de la oportunidad propicia, para recuperar su parcialmente arrebatado dominio. Agazapado como el felino, dará el salto sobre su víctima, cuando ésta menos se lo espere.

Bulnes conviene en que, a no haber sido por su ineptitud y relajamiento, el clero era el indicado para ejercer la tutela del pueblo; tutela que, dada esa corrupción, le quitó afortunadamente el partido liberal.

Pero escuchemos, en toda su fidelidad, las palabras de aquel paradojista genial:

“... Sólo el partido conservador —dice— era lógico al proclamar la tutela para la gran mayoría del pueblo. ¿Quién debía ser el tutor conforme a un partido católico? La Iglesia debió tomar a su cargo la defensa de los labriegos contra la codicia y crueldad de las “clases acomodadas” y de las “desacomodadas”, que buscaban “acomodo”. Pero el alto clero fué inepto y el bajo clero relajado y el clero regular insoportable por su si-

monía, lujuria y escandalosa depravación. Fué laudable y humanitario el esfuerzo que hizo el partido liberal para privar al clero de la tutela de los abyectos”.

NO SACIARA JAMAS EL CLERO SU APETITO DESAPODERADO DE PREDOMINIO Y RIQUEZA

El eterno peligro, más o menos latente, de que el clero reconquiste su omnipotencia, induce a condenar la actitud de ciertos gobernantes que, aunque clardeando de revolucionarismo, entran en componendas con la iglesia; y, en sus contemporizaciones, olvidan que con ellas, en un futuro más o menos próximo, no están exentos de encender una nueva guerra más devastadora y feroz que la de Reforma.

La anterior advertencia no es tan solamente un arranque de verbalismo trivial.

Datos estadísticos que persona fidedigna nos asegura tuvo oportunidad de conocer, demuestran que la iglesia católica, si legalmente incapacitada para poseer bienes raíces, aparte de los que de éstos adquiere por interpósitas personas, viene acudiendo a los más inauditos expedientes para continuar acumulando caudales y seguir siendo, en México, el árbitro de la economía nacional.

Así es como en la actualidad le pertenece aproximadamente un noventa por ciento de los depósitos bancarios en efectivo y a la vista; por lo que, en un momento dado y sólo con retirar esos caudales, estaría en aptitud de precipitar la más aterradora de las bancarrotas.

Controla, además, aunque tampoco en forma visible, la mayoría de las cédulas hipotecarias y numerosas acciones de empresas mineras, agrícolas e industriales.

Lo que patentiza que el clero católico mexicano, uno de los más corruptos, inescrupulosos e inmorales del globo terráqueo, no abandonará jamás su designio de ejercer sobre nuestro pueblo, aparte de una tiranía absoluta sobre las conciencias, la más desenfrenada de las dominaciones materiales, ora directa ora indirectamente.

Y, sin dejar de reconocer que entre el sacerdocio humilde, durante la intervención y el segundo imperio, diéronse, aunque

la doctrina de Jesucristo pregona, los apostólicos sacerdotes romanos, se entregan a los más odiosos excesos, propagan el fetichismo más ultrajante a la dignidad humana, y perpetúan su absoluto dominio sobre una gran parte del mundo cristiano; al que sujetan a las más abusivas y despiadadas explotaciones, alternativamente o atemorizándole con las atroces penas del infierno, o engriéndole con las delicias de una gloria eterna que, a quienes sumisos se le muestran, deparará una divinidad de que los clérigos arróganse la superintendencia sobre la tierra.

Pero, restringiendo ese funestísimo influjo a los límites de nuestra Patria, diremos que al clero es deudora de sus más graves miserias, de sus más pungentes cuitas y de sus más irremediables desventuras.

Aliado a las otras dos principales castas opresoras —capitalistas y militares reaccionarios—, tenía que desplegar, aunque subrepticamente cuando el triunfo del oscurantismo mostrábase indeciso, una terca oposición al partido liberal. Y, en la defensa de sus fueros, mostrarse indiferente al derramamiento de sangre humana, al sacrificio de víctimas por millares, al menoscabo del decoro patrio.

Procurando no dar nunca la cara con franqueza, hurtándose a la vista, y encubriendo sus intrigas con el manto amplísimo de las virtudes religiosas; mantendrán constantemente al acecho de la oportunidad propicia, para recuperar su parcialmente arrebatado dominio. Agazapado como el felino, dará el salto sobre su víctima, cuando ésta menos se lo espere.

Bulnes conviene en que, a no haber sido por su ineptitud y relajamiento, el clero era el indicado para ejercer la tutela del pueblo; tutela que, dada esa corrupción, le quitó afortunadamente el partido liberal.

Pero escuchemos, en toda su fidelidad, las palabras de aquel paradojista genial:

"... Sólo el partido conservador —dice— era lógico al proclamar la tutela para la gran mayoría del pueblo. ¿Quién debía ser el tutor conforme a un partido católico? La Iglesia debió tomar a su cargo la defensa de los labriegos contra la codicia y crueldad de las "clases acomodadas" y de las "desacomodadas", que buscaban "acomodo". Pero el alto clero fué inepto y el bajo clero relajado y el clero regular insoportable por su si-

monía, lujuria y escandalosa depravación. Fué laudable y humanitario el esfuerzo que hizo el partido liberal para privar al clero de la tutela de los abyectos".

NO SACIARA JAMAS EL CLERO SU APETITO DESAPODERADO DE PREDOMINIO Y RIQUEZA

El eterno peligro, más o menos latente, de que el clero reconquiste su omnipotencia, induce a condenar la actitud de ciertos gobernantes que, aunque clardeando de revolucionarismo, entran en componendas con la iglesia; y, en sus contemporizaciones, olvidan que con ellas, en un futuro más o menos próximo, no están exentos de encender una nueva guerra más devastadora y feroz que la de Reforma.

La anterior advertencia no es tan solamente un arranque de verbalismo trivial.

Datos estadísticos que persona fidedigna nos asegura tuvo oportunidad de conocer, demuestran que la iglesia católica, si legalmente incapacitada para poseer bienes raíces, aparte de los que de éstos adquiere por interpósitas personas, viene acudiendo a los más inauditos expedientes para continuar acumulando caudales y seguir siendo, en México, el árbitro de la economía nacional.

Así es como en la actualidad le pertenece aproximadamente un noventa por ciento de los depósitos bancarios en efectivo y a la vista; por lo que, en un momento dado y sólo con retirar esos caudales, estaría en aptitud de precipitar la más aterradora de las bancarrotas.

Controla, además, aunque tampoco en forma visible, la mayoría de las cédulas hipotecarias y numerosas acciones de empresas mineras, agrícolas e industriales.

Lo que patentiza que el clero católico mexicano, uno de los más corruptos, inescrupulosos e inmorales del globo terráqueo, no abandonará jamás su designio de ejercer sobre nuestro pueblo, aparte de una tiranía absoluta sobre las conciencias, la más desenfrenada de las dominaciones materiales, ora directa ora indirectamente.

Y, sin dejar de reconocer que entre el sacerdocio humilde, durante la intervención y el segundo imperio, diéronse, aunque

excepcionales, casos de patente patriotismo; deberemos desconfiar siempre de los opulentos dignatarios, de cuya política funesta tiene que lamentarse todavía en el presente, casi toda la América hispanoparlante, desde el Río Bravo del Norte hasta la Patagonia.

Por lo que a México particularmente se refiere, nos proponemos compilar aquí algunos hechos de autenticidad indiscutible, que pintan con impresionante exactitud, la calidad moral de sus desenfrenados sacerdotes, que jamás se detuvieron ni ante el crimen, para conservar su poder y sus riquezas.

LAS NEFANDAS ACCIONES DE LOS ACTIVOS AGENTES DE LA IGLESIA

A manos de los agentes clericales fueron asesinados personajes del partido liberal, tan conspicuos como Ocampo, como Degollado, como Comonfort y como Valle; pero no pocos de los más recalcitrantes paladines de la causa oscarantista, fueron también a la postre por la iglesia traicionados; en cuanto le resultaron estorbosos para la consecución de sus planes, o dejaron de mostrar ciega obediencia a sus imperativos mandatos.

Naturalmente, la iglesia, en cuanto se convenció de que en México era imposible la existencia de una teocracia neta y descarada, tendió hacia la instauración del régimen monárquico, dirigido por un príncipe hechura suya, y que asumiendo aparentemente el poder temporal, no fuera más que un instrumento dócilmente manejable; útil para que aquella conservara su omnímodo poder sobre las conciencias, su tiranía sin freno sobre las voluntades, y la posibilidad de proseguir la acumulación de bienes terrenales, para dicha de templos y de comunidades religiosas, mientras el pueblo trabajador desfallecía de necesidad.

El eterno conflicto de la riqueza poseída por unos cuantos individuos opresores e improductivos, frente a las privaciones y a la miseria de la inmensa mayoría formada por las clases que trabajan y producen; ese eterno conflicto atizado por el clero mexicano, del que tan acerbamente habían de expresarse precisamente quienes él mismo escogió por dóciles peleles —Maximiliano y Carlota—, y que había de poner repetidas muestras de los excesos a que puede llegar una clase divinizada que, sin remordimiento de ninguna especie, se dispone a

defender, con garras y con colmillos sus prerrogativas seculares.

VARIADOS Y CAPRICHOSOS DISFRACES ERAN ADOPTADOS POR LOS CLERIGOS AVENTUREROS

Del seno de esa iglesia atesoradora y relajada, llegaron a nacer individuos inquietos, audaces y aventureros, que, aunque por excepción, daban el rostro en ocasiones a la lucha y afrontaban sus riesgos.

Como aquel Joaquín Arenas, fraile dieguino que, en 1827, comprobada su complicidad en la conspiración para restituir México a la corona de España, fué fusilado en compañía de otros sediciosos, en las proximidades del Bosque de Chapultepec.

O como aquel padre Miranda —Francisco Javier—, que, "bajo todos los disfraces, burgués, militar y lépero, se presentaba por doquiera sin poder ser cogido en parte alguna". Pero que, a la postre, decepcionado y arrepentido de trabajar por la intervención francesa y por el imperio, desde que echó la vista encima al archiduque Maximiliano, en Miramar, dió por errada la elección; pues con su penetrante sentido psicológico, percibió al punto la ligereza de carácter del príncipe, "que no era emperador por la gracia de Dios", ni ponía la cruz sobre la corona.

Sin embargo, su batallona energía frailuna, flaquea frente a Forey, que acaba obligándole a retractarse y a jurar que colaborará con las fuerzas de ocupación.

LAS BRUTALES EXTORSIONES A QUE LOS PARROCOS SUJETABAN A LOS FELIGRESES

Cuanto a lo que decíamos, respecto de que el clero no se contuvo ni ante el crimen, para desembarazarse de adversarios, pondremos como ejemplo típico el asesinato del licenciado Melchor Ocampo, uno de los varones liberales que mejor comprendieron y más empeñosamente lucharon por sacudir la infamante y pernicioso servidumbre, y cuya valerosa sinceridad acabó con su existencia.

Testigo presencial de las exacciones y de las brutalidades de que los párrocos hacían víctimas a los fanatizados indigentes, a quienes, como de su desvalidez no arrancaran las monedas exigidas, dejábanles hundirse en las hogueras de la condenación eterna y que sus cuerpos se pudrieran fuera de sagrado; no tuvo empacho en exhibir en toda su rapaz codicia, ni en abominar de su conducta infame.

Porque al licenciado Ocampo crispaban acciones como las que abajo quedan relatadas por un historiador verídico:

"Una infeliz mujer fué a ver al cura D. Agustín Dueñas, de Maravatío, para que enterrase de balde a su difunto esposo, porque era muy pobre. El sacerdote le contestó:

"—Pues si no tienes con qué enterrarlo, sálalo y cómetelo, porque yo no les he de dar de comer caridades a los vicarios, al sacristán ni al campanero.

"La viuda supo que había llegado Ocampo a la población y se le presentó deshecha en lágrimas, refiriéndole lo que le había sucedido. El cura recibió un atento recado del hacendado para que hiciera un entierro de segunda clase al desgraciado, que ya contaba tres días de insepulto. Dueñas, al tener bien seguros los ocho pesos que eran el pago de las honras fúnebres, hizo al cadáver todas las ceremonias de la iglesia: gran doble vigilia, cruz alta y sacerdote detrás de los restos hasta el camposanto.

"Otra vez el mismo Dueñas no quiso devolver al Sr. Mateo Echaiz el importe de los derechos de casamiento de uno de los sirvientes de la hacienda de Apeo, el cual no pudo verificarse por el arrepentimiento de los novios en el instante de darse las manos".

**GRAVOSÍSIMOS PARA LAS CLASES HUMILDES
SON LOS DERECHOS DE INGRESO AL CIELO**

La inicua explotación a que el clero mexicano ha tenido sujetos a sus feligreses, la describe, con plausible fidelidad, un autor norteamericano, en las siguientes líneas:

"Entre las más altas clases populares, la confesión y los últimos sacramentos, eran las principales fuentes de bonanza. Los pecados podían ser atenuados y el pobre pecador hacer

las paces con la iglesia, gracias al pago en oro y plata. Y cuando el creyente, enseñado desde la niñez a que sin la extrema unción posiblemente no podría ingresar en el cielo, llegaba a los umbrales de la muerte, el padre confesor estaba a su cabecera. En una mano el "sacramento" era sostenido y muchas veces con la otra el seudo hombre de Dios, sacudiría sobre el alma trémula, las penas del purgatorio y los terrores del infierno, hasta que una buena porción de sus bienes terrenos era cedida a la Iglesia... custodia de las llaves del Cielo! Estos conceptos los justifica completamente el testimonio de un autor católico romano, el Abate Doménech, capellán en jefe del ejército francés, y quien en **México tal cual es**, declara, en lo concerniente a los sacerdotes, que "hacen del sacramento una mercancía, y sacan dinero de todas las ceremonias religiosas". Agrega: "Una de las mayores desgracias de México, es el exorbitante derecho de la ceremonia matrimonial; pues los sacerdotes obligan a los pobres a vivir sin casarse al exigir por la bendición nupcial más de lo que un obrero mexicano, con sus exiguos salarios, puede acumular en cincuenta años de la más estricta economía. Esto no es exageración".

**UNO DE LOS "HIJOS PREDILECTOS" DE LA
IGLESIA FUE EL VERDUGO DE OCAMPO**

Melchor Ocampo empeñóse, desde el Ministerio de Gobernación, en redimir al exprimido pueblo de tan bochornosas extorsiones, y en colaborar eficazmente a la consumación de la Reforma. Pero los indicios de la suerte que, en venganza, le deparaba el clero, no tardaron en emerger a la superficie.

"Un cura de Michoacán, anunciaba sin embozo su trágica muerte, desde el 29 de marzo de 1851: "NO SE OLVIDE USTED —decíale— DE QUE UN SACUDIMIENTO SOCIAL DE ESTE GENERO PUEDE ENVOLVER EN SUS RUINAS A SU AUTOR..."

La réplica al presbítero que aquel seudónimo adoptaba, no pudo haber sido más serena: "Sólo siento que haya usted levantado el estandarte de esta farsa que se me hace, hasta el punto de HABER INFUNDIDO VARIOS TEMORES POR MÍ VI-DA a las personas que por mí se interesan".

Los "ministros del Señor" no acostumbran dejar sus amenazas incumplidas. Y si dos intentos de asesinato contra Melchor Ocampo fracasaron, uno en 1853, el otro en 1857; el terce-

ro, en 1861, a la distancia de diez años de "dictada la sentencia", tuvo el mortal remate, de los clericales apetecido.

Capturado el erudito y progresista varón en la hacienda de Pomoca por Lindoro Cagiga, el dignísimo jefe de este bandolero español, el feroz Leonardo Márquez, "hijo predilecto de la iglesia", le fusiló en la hacienda de Caltengo, y el cadáver fué objeto de las más diabólicas profanaciones.

Pero los sacerdotes no hacían distinción, cuando de desplegar su jamás saciada ferocidad y su indolegable intransigencia se trataba, ni con los infelices curas que en las filas del ejército liberal desempeñaban las funciones de su ministerio, o que se mostraban desafectos a la monarquía. En cuanto cogíanles prisioneros, los militares al servicio de la iglesia, los mataban con la despreocupación con que a los soldados republicanos arrebataban la existencia.

Así, cuando los heroicos patriotas Arteaga, Salazar, Villagómez y Díaz, junto con un sacerdote que acompañaba a sus fuerzas, cayeron prisioneros en Santa Ana Amatlán; éste y aquellos fueron "asesinados sin fingir siquiera un consejo de guerra", según reza el parte que el general Riva Palacio rindió al Presidente Juárez sobre aquel espantoso crimen. Y, agregaba: "Hemos llegado ya por aquí —Michoacán—, a un grado tal, que las sangrientas Cortes marciales son ya una garantía: calcule V. cómo estará esto".

NI LA ANCIANIDAD PONIA A SALVO DE VEJACIONES A LOS CURAS LIBERALES

Manuel Nicolás González, anciano párroco de Zinacantepec, debió a su audacia el escapar de la muerte que quería aplicársele por haberse atrevido a aconsejar a sus feligreses, desde el púlpito, que se negaran a firmar una acta de adhesión al imperio; pero si escapó al fusilamiento, no se libró de las humillaciones y vejámenes a que le sujetaron sus crueles aprehensores.

Venido, después de consumada la fuga, a presencia del general Riva Palacio: "Refirió que, como lo tenía de costumbre, el domingo anterior había subido al púlpito y predicado a sus feligreses. Que después del sermón les había manifestado que no debían acceder a las pretensiones del jefe de la guarnición

imperialista que acababa de establecerse en el pueblo, el cual les exigía que firmasen una acta de adhesión al Imperio, y que se comprometiesen a tomar las armas contra los chinacos; les había dicho que aquel Gobierno, fundado en las bayonetas extranjeras, era un poder intruso que más tarde había de arrebatarse sus derechos a los habitantes del país, y por último, que los chinacos, lejos de ser bandidos, eran los defensores de la independencia nacional. Contó, además, que concluida la misa, iba saliendo del templo, cuando se vió rodeado por una escolta de soldados y conducido a presencia del comandante Calleja, jefe del destacamento; que este oficial lo insultó cobardemente y lo mandó preso, dando orden de que al siguiente día fuese pasado por las armas y colgado su cadáver en la puerta del atrio de la parroquia; que en virtud de estas disposiciones fué encapillado en el cuartel, y en la noche solicitó se le permitiera ir al corral a satisfacer una necesidad, y que yendo acompañado del jefe de guardia, ya en el sitio mencionado, dicho jefe le propuso que salvaran ambos las tapias y huyesen a lugares ocupados por los liberales; que así lo hicieron, andando toda la noche, sin seguir camino practicado, sino tomando solamente la dirección, y que habían logrado llegar sanos y salvos a Zitácuaro".

MAXIMILIANO DEMOSTRABA CONOCER AL DEDILLO LOS SARCOMAS SACERDOTALES

Hemos visto cómo ni ante el crimen retrocedían el clero y sus agentes incondicionales; pero tampoco estaban los sacerdotes exentos, —ni parece que a la fecha consigan estarlo—, de otras deformidades morales, que mucho desdican de la misión que alardean han venido a cumplir sobre la tierra. Su lubricidad, mal encubierta bajo las severas vestiduras religiosas, es proverbial. Su fiebre de poder, no encuentra paliativo. Su sed de oro, no se templará con nada.

Ni a sus "emperadores" ni a los demás extranjeros ávidos de fortuna a quienes la iglesia, de consuno con políticos y militares, pretendió entregar nuestro país como fácil botín, merecíanles los clérigos elevado concepto.

Al azar trasladaremos aquí algunas de sus opiniones.

Maximiliano, afirmaba: "Lo peor que hasta ahora he encontrado en este país, lo forman tres clases: los funcionarios de

justicia, los oficiales del ejército y la mayor parte del clero. Todos éstos no conocen sus deberes y viven única y exclusivamente por el oro. En lo que se refiere al clero es necesario un buen concordato y un nuncio de buen corazón cristiano y de voluntad de hierro para su reforma. Sólo de esta manera se podrá reorganizar el clero y hacerlo católico (lo que hasta ahora no es) y así ganará después la buena influencia que por el momento no posee...

Conte Corti, recalca: "había —en México—, es cierto, algunos buenos católicos, pero pocos. La gran mayoría era indiferente, como en casi todo el continente americano. Incluso la gran mayoría del clero no sabía lo que es buen catolicismo. En muchas comarcas que había visitado como emperador nunca había aparecido un obispo, personas de 20 años estaban sin bautizar, eran las menos las que recibían los sacramentos... El Nuevo Mundo se encontraba en una decadencia religiosa de la que no se puede formar idea..."

Como Gutiérrez de Estrada, recordara a Maximiliano los sacrificios de víctimas humanas que practicaban los aztecas, y los pusiese en parangón con la "obra civilizadora" de la conquista, el archiduque, frenéticamente indignado contra el cauto monarquista que en Europa llevaba la vida fastuosa de un fúcar, replicábale: "¿Había él, pues, olvidado el alto grado de cultura que había sido alcanzado antes de la llegada de los conquistadores españoles? Entonces no había ladrones, en cambio florecía el comercio en maravillosas ciudades y ricos pueblos. Gutiérrez de Estrada diría: "¿y los sacrificios humanos?", pero entonces había que recordar los autos de fe ordenados por la Inquisición, que presenciaban los soberanos españoles en compañía de toda su corte y de todos los dignatarios, y en los cuales, al parecer para gloria de Dios, se sacrificaban innumerables víctimas. Sí, pero sólo para, al mismo tiempo, explotar al país durante tres siglos. La magnificencia del Escorial testimoniaba el dinero que había sido arrancado al país. Esta había sido una monarquía injusta que sólo había producido revueltas y revolución y que, por último hizo que el pueblo se acogiese a la forma de gobierno republicano por la que no sentía ninguna simpatía.

"Después Maximiliano impugnaba del modo más mordaz la afirmación de Gutiérrez de Estrada de que el pueblo de México no era supersticioso, esta afirmación demostraba sólo

que él se había "europeizado" por completo. Si viniera a México vería que un enorme número de gentes adoraba a la virgen de Guadalupe como a una diosa superior a Dios; que en amplios círculos reinaba una idolatría que parece, en realidad, pagana, que, por ejemplo, se compraban muy caras estampas con las que las almas podían ser sacadas del purgatorio y otras cosas por el estilo".

Y, cuando dió contestación a la protesta elevada por un grupo de prelados, contra el sesgo que tomaban las negociaciones con el nuncio Meglia, incluyó esta filípica: "Quiero, antes de terminar, llamar vuestra atención sobre un error en que habéis incurrido en vuestra exposición. Decía que la Iglesia Mexicana no ha tomado parte nunca en los asuntos políticos. ¡Pluguiera a Dios que así fuese! Pero desgraciadamente tenemos testimonios irrecusables, y en gran número por cierto, que son una prueba bien triste, pero evidente, de que los mismos dignatarios de la Iglesia se han lanzado a las revoluciones, y que una parte considerable del clero ha desplegado una resistencia obstinada y activa contra los poderes legítimos del Estado.

"Convenid, mis estimados obispos, en que la Iglesia mexicana, por una lamentable fatalidad, se ha mezclado demasiado en la política y en los asuntos de los bienes temporales, olvidándose en esto y despreciando completamente las verdaderas máximas del Evangelio; y México, yo os lo prometo, será católico".

"Tiene necesidad que se le instruya y se le administren los sacramentos, como quiere el Evangelio, gratuitamente".

¡Pasmosa coincidencia con el sentir de don Melchor Ocampo!

CARLOTA NO ESTABA MENOS ENTERADA QUE SU ESPOSO DE LOS SACERDOTALES EXTRAVÍOS

En carta de 18 de junio de 1864, a la emperatriz Eugenia, la archiduquesa expresaba, entre otras cosas, lo siguiente:

"Casi todos los indios saben leer y escribir —aseveración monstruosamente inexacta—, el pueblo es soberanamente inteligente y si el clero lo instruyese como se necesita, sería un pueblo ilustrado".

En otra, del 8 de diciembre de aquel año, de la misma a la misma: "El seudocatolicismo formado por la conquista de la mezcla con la religión india, ha muerto con los bienes del clero, su base principal. Y como un pueblo necesita de religión, muchas personas inclinanse al protestantismo como más cómodo, y, sobre todo, como menos dispendioso, pues los sacramentos cuestan una enormidad; quizás también en previsión de un porvenir que parece próximo, y es la absorción por la raza angloamericana. En semejante estado de cosas el reconocimiento de la religión católica como religión de Estado, consiste efectivamente en reemplazar con el catolicismo del siglo XIX, con sus luces, su caridad y sus sacrificios, a los descompuestos residuos del 16 e **introducir** un nuevo culto, depurado, indispensable desde el punto de vista de la conservación de la raza española en América, y solo capaz de contener la invasión de las sectas americanas".

Y, el 9 de enero de 1865: "... los conservadores se imaginan ser vasallos temporales del Papa y son bastante estúpidos, pido perdón por la palabra, para creer que la religión consiste en el diezmo y en la facultad de poseer. Detrás de todos los pasos del Nuncio, que no es más que un maniquí, aparece de una manera demasiado transparente la figura de Mons. Labastida cuyo mal italiano conozco lo suficiente para reconocerlo en cada línea... Esto proyecta una triste luz sobre los hombres del país, pues bien claro está que no es la religión lo que a ellos, que pretenden ser los adalides, les interesa. No creí que esto produjera llama tan rápidamente, aunque es cierto que desde hace mucho tiempo estaba escondida bajo las cenizas. La tarea de reducir a un clero corrompido es muy ingrata, y por mi parte hubiera preferido que los gobiernos precedentes se hubieran encargado de ella. No hay trapacería que el espíritu del mal no invente para aconsejar la resistencia y la obstinación".

**ANTES QUE SU POLTRONERÍA Y SUS RENTAS
LOS PRELADOS DE MEXICO ABANDONARIAN SU CRUZ**

El 26 de enero de 1865: "... el clero, mortalmente herido por la carta del 27 de diciembre, no se deja abatir tan fácilmente, todos los viejos elementos se coaligan para eludir el efecto de las disposiciones del Emperador en cuanto a aquel se refiere. Hay en estos elementos no quizás fanatismo, pero

tal tenacidad no conocida en ninguna otra parte, sorda y pérdida, que me parece imposible que los actuales miembros del clero sean capaces nunca de formar otro nuevo. Me pregunto qué será de ellos. Cuando Napoleón I consiguió del Papa la dimisión de los obispos emigrados, vivían en el extranjero y, como santos varones, resignáronse. Los que aquí tenemos, de buena gana abandonarían sus sedes y su cruz, pero no sus rentas. Un sueldo del Estado jamás produciríales tanto, y su ideal en vivir en Europa de su dinero, mientras nosotros trabajamos aquí para consolidar la posición de la iglesia...".

El 29 de enero de 1865, siempre bajo la obsesión de que los Estados Unidos se proponen evangelizar a México, escribe Carlota a Eugenia: "... planteábase una grave cuestión de crédito que había que zanjar a cualquier precio, ya que desde luego era preciso escoger ahora entre el Imperio católico o una anexión a los Estados Unidos, en consecuencia protestantizar a México, pues siendo Vuestras Majestades las únicas áncoras de salvación, era el deber de todos facilitarles su tarea y no hacérselas imposible por exigencias que nadie comprendería, pues sacrificaríase a los bienes temporales de un clero desdichadamente libertino, el aspecto moral y más importante de la regeneración de todo un país...".

El 27 de abril de 1865: "El partido clerical cayó al mismo tiempo que sus bienes, está muerto y enterrado y nadie se ocupa de él, como no sea desde el punto de vista histórico...".

Desde mucho tiempo antes, Napoleón III había pronosticado los escollos que ese clero inmoral y rapaz crearía al régimen de los intrusos. Nada menos el 15 de mayo de 1864, escribía: "... El clero paréceme siempre animado de ideas absolutas y poco conciliadoras, creará muchas dificultades a Vuestra Majestad".

**PARA LA EMPERATRIZ NADA, Y EL CLERO
MENOS AUN, ERA VENERABLE EN MEXICO**

"Decididamente adversos al clericalismo eran los vientos que corrían en la corte de Maximiliano. Desde que llegó a México y conoció a la gente de iglesia, la princesa Carlota le profesó la mayor antipatía, a tal punto que habiéndole presentado una vez el programa de un acto público, al que debían asistir el arzobispo y el "venerable cabildo", tomó un

En otra, del 8 de diciembre de aquel año, de la misma a la misma: "El seudocatolicismo formado por la conquista de la mezcla con la religión india, ha muerto con los bienes del clero, su base principal. Y como un pueblo necesita de religión, muchas personas inclinanse al protestantismo como más cómodo, y, sobre todo, como menos dispendioso, pues los sacramentos cuestan una enormidad; quizás también en previsión de un porvenir que parece próximo, y es la absorción por la raza angloamericana. En semejante estado de cosas el reconocimiento de la religión católica como religión de Estado, consiste efectivamente en reemplazar con el catolicismo del siglo XIX, con sus luces, su caridad y sus sacrificios, a los descompuestos residuos del 16 e **introducir** un nuevo culto, depurado, indispensable desde el punto de vista de la conservación de la raza española en América, y solo capaz de contener la invasión de las sectas americanas".

Y, el 9 de enero de 1865: "... los conservadores se imaginan ser vasallos temporales del Papa y son bastante estúpidos, pido perdón por la palabra, para creer que la religión consiste en el diezmo y en la facultad de poseer. Detrás de todos los pasos del Nuncio, que no es más que un maniquí, aparece de una manera demasiado transparente la figura de Mons. Labastida cuyo mal italiano conozco lo suficiente para reconocerlo en cada línea... Esto proyecta una triste luz sobre los hombres del país, pues bien claro está que no es la religión lo que a ellos, que pretenden ser los adalides, les interesa. No creí que esto produjera llama tan rápidamente, aunque es cierto que desde hace mucho tiempo estaba escondida bajo las cenizas. La tarea de reducir a un clero corrompido es muy ingrata, y por mi parte hubiera preferido que los gobiernos precedentes se hubieran encargado de ella. No hay trapacería que el espíritu del mal no invente para aconsejar la resistencia y la obstinación".

**ANTES QUE SU POLTRONERÍA Y SUS RENTAS
LOS PRELADOS DE MEXICO ABANDONARIAN SU CRUZ**

El 26 de enero de 1865: "... el clero, mortalmente herido por la carta del 27 de diciembre, no se deja abatir tan fácilmente, todos los viejos elementos se coaligan para eludir el efecto de las disposiciones del Emperador en cuanto a aquel se refiere. Hay en estos elementos no quizás fanatismo, pero

tal tenacidad no conocida en ninguna otra parte, sorda y pérdida, que me parece imposible que los actuales miembros del clero sean capaces nunca de formar otro nuevo. Me pregunto qué será de ellos. Cuando Napoleón I consiguió del Papa la dimisión de los obispos emigrados, vivían en el extranjero y, como santos varones, resignáronse. Los que aquí tenemos, de buena gana abandonarían sus sedes y su cruz, pero no sus rentas. Un sueldo del Estado jamás produciríales tanto, y su ideal en vivir en Europa de su dinero, mientras nosotros trabajamos aquí para consolidar la posición de la iglesia...".

El 29 de enero de 1865, siempre bajo la obsesión de que los Estados Unidos se proponen evangelizar a México, escribe Carlota a Eugenia: "... planteábase una grave cuestión de crédito que había que zanjar a cualquier precio, ya que desde luego era preciso escoger ahora entre el Imperio católico o una anexión a los Estados Unidos, en consecuencia protestantizar a México, pues siendo Vuestras Majestades las únicas áncoras de salvación, era el deber de todos facilitarles su tarea y no hacérselas imposible por exigencias que nadie comprendería, pues sacrificaríase a los bienes temporales de un clero desdichadamente libertino, el aspecto moral y más importante de la regeneración de todo un país...".

El 27 de abril de 1865: "El partido clerical cayó al mismo tiempo que sus bienes, está muerto y enterrado y nadie se ocupa de él, como no sea desde el punto de vista histórico...".

Desde mucho tiempo antes, Napoleón III había pronosticado los escollos que ese clero inmoral y rapaz crearía al régimen de los intrusos. Nada menos el 15 de mayo de 1864, escribía: "... El clero paréceme siempre animado de ideas absolutas y poco conciliadoras, creará muchas dificultades a Vuestra Majestad".

**PARA LA EMPERATRIZ NADA, Y EL CLERO
MENOS AUN, ERA VENERABLE EN MEXICO**

"Decididamente adversos al clericalismo eran los vientos que corrían en la corte de Maximiliano. Desde que llegó a México y conoció a la gente de iglesia, la princesa Carlota le profesó la mayor antipatía, a tal punto que habiéndole presentado una vez el programa de un acto público, al que debían asistir el arzobispo y el "venerable cabildo", tomó un

CAPILLA ALFONSA
BIBLIOTECA
V. A. N. E.

lápiz y borró la palabra "venerable" diciendo que nada lo era en México y menos el clero".

El 29 de marzo de 1865, en una carta a su abuela María Amelia, Carlota incluía esta otra apreciación:

"Es imposible entenderse con Roma antes de presentarle los hechos consumados, y aquí no se trataba de los bienes del clero propiamente dichos, sino de los bienes de los obispos que nadaban en la abundancia, en tanto que los simples sacerdotes se morían de hambre".

Forey, aunque con eufemismos, no se mostraba más indulgente hacia la clase sacerdotal mexicana; pues escribía a Napoleón III: "concibo que se honre a la religión y a sus ministros; aunque éstos en este país no sean siempre muy honorables. . ."

Rebelde a toda disciplina, en cuanto el clero de México se persuadió a que Maximiliano defraudaba sus ambiciones, redobló sus intrigas contra el príncipe a quien había exaltado al trono, aunque dispuesto a traicionarlo como no se plegara a su capricho, y como primeramente había traicionado a la Patria Mexicana. Pues no conforme con avasallar las conciencias, manteníase firme en el designio de acaparar también el poder temporal.

"Tan es esto verdad, que el abate Testory, escribía en 1865, dirigiéndose al clero mexicano: "Reflexionad un poco en vuestra situación presente: comparad lo que sois ahora con lo que erais apenas, hace dos años, y comprenderéis toda la gratitud de que sois deudores a la Francia y a nuestro amado Emperador.

"Los soldados de nuestro ejército han derramado su sangre generosa por derrocar un poder que os tiranizaba y deshonraba la nación, para fundar vuestra gloria, y vuestra prosperidad, para daros un digno Emperador y una amable Emperatriz que la Europa os envía. Y porque no se ha accedido a todos vuestros deseos, porque se ha preferido el interés general y la prosperidad pública a vuestro interés privado y personal, ¡os habéis vuelto contra nosotros, nos habéis hecho una guerra sorda!"

¡Con cuanta razón, parodiando a uno de los primates

sacerdotales mexicanos, pudiera exclamarse: "Desventurado CLERO mexicano, —mandar no sabe, obedecer no quiere!"

RECRIMINACIONES DE ZORRILLA Y KERATRY Y LOS OLIVARES DE MONSEÑOR LABASTIDA

El inspirado y estrafalario poeta José Zorrilla, en su "Drama del Alma", poema en que desfogó su despecho de ver que con el derrumbamiento de Fernando Maximiliano, ocurrido mientras el trovador estaba ausente de México, se le iba de las manos el puestecito de lector del archiduque y de director del Teatro Imperial; no deja tampoco de anatemizar a ese pérfido, resbaladizo y peligroso clero mexicano, cuando, en el apéndice, dirigido a Alarcón, predice:

"Y verás también cómo, si los **religioneros** vuelven al poder y publican su **memorándum**, para emparejar con el de Lerdo, te prueban también en él que la ignorancia, la ineptitud y la terquedad del herético Maximiliano, fueron la causa de la caída del Imperio; porque aquel obcecado príncipe no se dejó gobernar y aconsejar por ellos, que le hablaban en nombre de Dios".

¡Desaforada codicia de poder y de bienes temporales! . . . Pero prosigamos nuestra recopilación:

" . . . Olvidábase Maximiliano, dice Kératry, de que bajo su cetro se reunían cerca de seis millones de indios, raza sobria, industriosa y amiga del trabajo, que habiendo sido reducida a la esclavitud por la raza conquistadora, y **explotada por el clero mexicano**, asombraba a Cortés por su civilización no menos que la corte de Moctezuma por su esplendor. . ."

Por otra parte, el clero habíase convertido en el enemigo personal de la corona, y no podía, pues, sino favorecer el descontento de los **hacenderos**, celoso como estaba de recobrar su desastrosa acción sobre los **peones**, cuya emancipación tenía que disminuir el fanatismo y las ofrendas piadosas. El partido clerical, por otra parte, no procuraba ocultar la existencia de sentimientos hostiles que no habían hecho sino aumentar desde la coronación de Maximiliano, que se inclinaba hacia el partido liberal. . ."

" . . . pues si el clero francés es el primero en presentar admirables ejemplos a ambos mundos, el de México, salvo

contadas excepciones, está tan corrompido por el abuso y el ansia de deleite, que toda ausencia de disciplina no ha hecho sino acrecer en estos tiempos de prolongadas revoluciones. No hemos podido olvidar cómo la primera palabra pronunciada por Mons. Labastida, arzobispo de México, al volver a la capital de una patria desolada que llevaba años de no ver, había sido para inquirir si los olivares de su dominio episcopal de Tacubaya, no habían sufrido daño con la guerra. La cuestión de la iglesia y de los fieles, habíase borrado frente aquellos ingresos".

El Clero Católico, su relajamiento y venalidad

—Continúa y Concluye—

"¡Habría que colgar a los obispos!", exclamaba la lectora de Carlota — El arma política de los castigos espirituales — De las danzas caníbales a los Te-Deums católicos — Maximiliano complacía en postergar al clero en el ceremonial de la corte — Codicia y desenfreno sacerdotales — Crueldad, atributo indeclinable de los clérigos — Ignorancia, gran aliada de la iglesia. El mejor indio, el indio muerto

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPILLA ALFONCINA
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

contadas excepciones, está tan corrompido por el abuso y el ansia de deleite, que toda ausencia de disciplina no ha hecho sino acrecer en estos tiempos de prolongadas revoluciones. No hemos podido olvidar cómo la primera palabra pronunciada por Mons. Labastida, arzobispo de México, al volver a la capital de una patria desolada que llevaba años de no ver, había sido para inquirir si los olivares de su dominio episcopal de Tacubaya, no habían sufrido daño con la guerra. La cuestión de la iglesia y de los fieles, habíase borrado frente aquellos ingresos".

El Clero Católico, su relajamiento y venalidad

—Continúa y Concluye—

"¡Habría que colgar a los obispos!", exclamaba la lectora de Carlota — El arma política de los castigos espirituales —
De las danzas caníbales a los Te-Deums católicos —
Maximiliano complacía en postergar al clero
en el ceremonial de la corte — Codicia y des-
enfreno sacerdotales — Crueldad, atributo
indeclinable de los clérigos — Igno-
rancia, gran aliada de la iglesia.
El mejor indio, el indio muerto

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPILLA ALFONCINA
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD
N.º 11



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

CAPITULO III

EL CLERO CATOLICO, SU RELAJAMIENTO Y VENALIDAD

—Continuación—

"... En lo que se refiere al clero es necesario un buen concordato y un nuncio de buen corazón cristiano y de voluntad de hierro para su reforma. Sólo de esta manera se podrá reorganizar el clero y hacerlo católico (lo que hasta ahora no es) y así ganará después la buena influencia que por el momento no posee..."

MAXIMILIANO

COMO es fácil suponer, ese mismo clero que no se tentaba el corazón para victimar a sus opositores en la forma que la oportunidad le presentara, así fuese la más torturante, la más inhumana, la más cruenta, solapaba, procuraba la impunidad y aún abrumaba a bendiciones a sus adictos y a sus incondicionales, aunque de los más peligrosos y abominados malhechores se tratase.

MULTIPLICABA EL CLERO SUS BENDICIONES
SOBRE LOS CRIMENES QUE LE FAVORECIAN

Entre los contraguerrilleros, pútrida escoria del prostituido ejército invasor, que más se distinguieron por su sadismo y por su ferocidad, figura en lugar prominentísimo, casi al nivel de Dupin, el comandante Berthelin, que en septiembre de 1866, comunicaba al general imperialista Gutiérrez: "Todo hombre que se trae y que se reconoce que forma parte de las gavillas es fusilado inmediatamente. Ya he hecho pasar por las armas a cuarenta y dos de éstos.

"Bueno es recordar, subraya un escritor, que en el lenguaje imperialista se designaba con el nombre de **gavillas** toda clase de fuerzas que sostenían la bandera de la independencia, y que la más ligera sospecha bastaba para declarar pertenecientes a esas **gavillas** a los infelices campesinos que caían en poder de los intervencionistas, verdadero azote de los pueblos. Pues bien, ese hombre cubierto de sangre mexicana, y cuyo nombre llegó a ser símbolo de terror y de muerte, mereció la honra de ser especialmente recomendado por el arzobispo de Guadalajara don Pedro Espinosa, a los curas de la diócesis, según se ve por la siguiente circular: "**Gobierno eclesiástico** del Arzobispado de Guadalajara. Guadalajara, agosto 22 de 1866.—Debiendo pasar a varios lugares de esta Diócesis de mi cargo, el señor comandante del ejército francés Barthelin, para desempeñar una comisión importante, y siendo bien conocido dicho señor por sus relevantes antecedentes y servicios en este departamento, no menos que por sus cualidades personales, lo recomiendo muy particularmente a todos los señores curas de esta arquidiócesis por cuyos distritos parroquiales tuviere que pasar, a fin de que en lo que estuviere de su parte lo atiendan y consideren, impartiendo aquellos servicios que pudieren, atentas sus particulares circunstancias y localidades que presiden.

"A este efecto se expide el presente documento que presentará en cada caso el señor comandante Berthelin.

"Dios Nuestro Señor guarde a usted muchos años.—Pedro, Arzobispo de Guadalajara".

¡Con razón la mujer del cajero Kuchacsevich, que se llamaba a sí misma camarera mayor, encargada de recibir,

lectora, secretaria, inspectora de las cuadras, sirvienta, lechera, mozo de cuadra, de Carlota, llega a exclamar: "¡Todos dicen aquí que habría que colgar un par de obispos!".

LOS CASTIGOS ESPIRITUALES UNA ARMA
CONTUNDENTE EN EL TERRENO POLITICO

Los castigos espirituales, cuya aplicación la iglesia ponía en manos de sus ministros, eran, en poder de éstos, elásticos instrumentos, según sobre quien los descargaban. Hacían de ellos también recursos políticos, cuya fuerza desenvolvían o replegaban, no según la magnitud de la herejía perpetrada, sino de la importancia del culpable, de su capacidad para tomar represalias o de su posición económica.

Cuando Labastida resolvió fulminar excomunión sobre los franceses y vedarles el acceso al sacrificio de la misa; en cuanto el comando de las fuerzas expedicionarias le replicó que abriría las puertas de la catedral a cañonazos, levantó la excomunión más que de prisa y dejéles libre la entrada en el templo. Más tarde bendecirá a aquellas mismas tropas de Napoleón III, contra cuyo poderío estrellóse toda la venerabilidad arzobispal.

Un bledo se les daba a los santísimos sacerdotes de la decantada salvación de las almas. Si las supersticiones reiteradamente difundidas, requerían la redención de los pecadores por medio de los últimos sacramentos, muy lejos estaban aquellos de procurarla: "...es triste mencionar el proceder anticristiano del gobernador de la mitra de Puebla, quien prohibió al padre don Vicente Guevara, capellán del ejército, "administrar —durante los combates— socorros espirituales a los moribundos, porque en el estado de excomunión en que se hallaban sus confesiones no tendrían ningún valor".

Y cuando el general Forey declaró esperar que los clérigos "predicarían la reconciliación a todos los mexicanos y el olvido de sus recíprocas ofensas, y les inspirasen el amor de hermanos"... que era de esperarse de su patriotismo aceptasen ciertos hechos consumados... y que el clero mexicano emulara la abnegación del francés, y "que sacrificase sus intereses personales a los generales de la nación"... "Estas palabras no debieron sonar muy bien a los oídos de los clérigos que las escuchaban, y el general Forey se equivocaba

grandemente al suponer que ellas encontrasen eco en una corporación profundamente obcecada, dispuesta a sacrificar a la nación entera en aras de sus intereses y de sus odios".

A LAS DANZAS RITUALES DE LOS CANIBALES CORRESPONDEN LOS SOLEMNÍSIMOS TE-DEUMS

Como las tribus primitivas del corazón de Africa celebran con alaridos y con danzas y con antropológicas comilonas, los triunfos alcanzados sobre los clanes enemigos, así los muy piadosos "ministros del Señor", festejaban las más desbordadas y sangrientas carnicerías en que los traidores y los expedicionarios extranjeros exterminaban a los grupos de patriotas republicanos, que no cejaban en su designio de vencer o de morir en la lucha desigual por la independencia de la patria.

Y las festejaban con solemnísimos Te-Deums; hecho que sugiere al señor Vigil, el siguiente justísimo comentario: "Si a los ojos de la razón no puede ser más que un acto de salvaje antropomorfismo esas fiestas religiosas que tienen por objeto celebrar los azares felices de la guerra, obtenidos mediante la destrucción de millares de seres, toman un carácter de repugnante monstruosidad cuando se trata de glorificar al injusto invasor de la patria, al traidor que llegaba ante el altar con las manos teñidas en la sangre de sus hermanos".

A ese respecto, **El Constitucional** insertaba en sus columnas el juicio que a continuación transcribimos: "Cuando el heroico ejército de Oriente quemaba las banderas de sus batallones, inutilizaba sus armas triunfadoras y se entregaba prisionero en poder del invasor —después de la gloriosa rendición de González Ortega en la plaza de Puebla—, el clero romano, que tiene sus guaridas en Puebla, engalanaba la catedral y ufano se ponía sus hábitos prohibidos para recibir a sus bienhechores, los enviados del cristianísimo emperador Napoleón III. Aun se oían los lamentos de las víctimas inocentes, aun estaba fresca la sangre de las monjas asesinadas por los franceses, cuando el clero que se llama mexicano se apresura a dar gracias a Dios por el asesinato de sus hermanos, conduciendo ante la Divinidad a los extranjeros, que con sus plantas inmundas manchaban de sangre el pavimento del templo del Señor de paz y caridad. Allí, mientras el mun-

do admira el heroísmo de nuestros soldados, el clero, incapaz de comprender nada noble, nada grande, nada sublime, eleva a Dios sus oraciones por los invasores de su patria. Allí, mientras nuestros generales y soldados prisioneros sufren con resignación el infortunio, porque saben que toda la República los secundará en el combate, sólo él, el clero, el traidor, festeja al invasor con los repiques de sus campanas....".

NI EN EL CEREMONIAL CORTESANO DISIMULABA EL PRINCIPE SU DESPRECIO POR EL CLERO

Maximiliano, que venía íntimamente convencido de la baja condición moral de los prelados, tratóles con no menor desprecio que a los demás "mandarines, cangrejos, mochos o pelucas viejas".

Al crear la orden de El Águila Mexicana, abstuvo de otorgarla al arzobispo de México, "y desde los primeros días de su llegada le había despojado del cargo de canciller de la orden de Guadalupe, dándola al general Almonte".

En la misma fecha —1.º de enero de 1865—, se expidió otro decreto de tanto alcance como el anterior, pues considerando que era "**de primera necesidad** fijar el orden de precedencia de los dignatarios de la corona", se hacía una larga clasificación de ellos... "en que los arzobispos, ocupando el UNDECIMO LUGAR, figuraban después de los generales de brigada. En todo eso se veía el empeño del archiduque por humillar al clero poniendo especial estudio por el lado sensible de su vanidad aristocrática".

Cuando los prelados mexicanos protestaron ante Maximiliano contra los decretos que respectivamente ponían en vigor las leyes y demás disposiciones, anteriores y posteriores a la Independencia, sobre bulas, rescriptos y despachos de Roma, que quedaban sujetos al pase del Ministerio de Justicia y Negocios Eclesiásticos, y reconocían como religión de Estado la católica, pero a la vez establecían amplia y franca tolerancia para todos los demás cultos; "su emperador" ni siquiera se dignó dar respuesta a la inconformidad.

Y, por añadidura, **L'Estafette** motóse de las beatas que, para reforzar los argumentos esgrimidos por el clero, entrevistaron al archiduque.

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

La mojigatería de Arrangoiz, uno de los más recalcitrantes clericales que, después de disfrutar en el extranjero de jugosísimas comisiones zafas de todo riesgo, y de haber sido uno de los niños mimados de Habsburgo, tuvo para éste las más acres censuras, no podía tampoco menos de encrespase: "Llego a tanto, dice, el deseo de ofender a los católicos, que en la calle de San José el Real, una de las principales de la capital, se anunciaba la venta en una tienda establecida con autorización de Maximiliano, de **Biblias sin comentarios, y de libros que probaban que era mentira cuanto decía el padre Ripalda**". ¡Horror!

Al darse publicidad a la cuarta o quinta reiteración de la renuncia del prefecto imperial de Morelia, Antonio del Moral, que lanzaba duros reproches a Maximiliano y echábale en cara que no hubiera cumplido su programa de prescindir del apoyo extranjero, el archiduque irritóse y, según Arrangoiz, dijo y escribió, que "la publicación de la carta era una vil traición, y había llamado a la corte a su autor para que respondiera; que el partido conservador hacía traición al Imperio; pero que el gobierno tenía los ojos abiertos para castigar a los traidores, lo mismo en México que a los que influían en Roma". —Franca alusión al arzobispo Labastida.

Cuando, ya próximo a expiar en el cadalso la culpa de haberse convertido en dócil marioneta para que Napoleón III avasallara a nuestra patria, y abandonado por éste, Maximiliano se echó en brazos de los clericales, a quienes, como ya hemos visto, olímpicamente desperciaba; el 15 de agosto de 1866 designó ministro de Justicia a Teodoro Lares, "amigo y agente del arzobispo de México", y quien, en cuanto asumió sus funciones, el 27 del propio mes, devolvió los cementerios al clero, que volvió a negar entierro "en sagrado", a quienes no profesaban la religión católica.

APEGO A LOS JUGOSOS BENEFICIOS Y DESENFRENO DE LOS SACERDOTES

Los señores representantes de Su Divina Majestad en este mundo, defendían con uñas y colmillos su autonomía, sus usufructos y sus prebendas. Mitrados y otros miembros del alto clero y de las clases privilegiadas, eran adversos al concordato, "como puede verse en los siguientes párrafos de una

carta dirigida por don Pedro Espinosa, obispo de Guadalajara, al obispo don José María Covarrubias, en 1862: "probablemente se tratará de patronato, es decir de **servidumbre y esclavitud** de la iglesia y de que perdamos aquella poca libertad que con tantos sacrificios conquistaron nuestros inmediatos predecesores y quedemos como el clero español **besando la mano a Su Majestad** y percibiendo una renta o salario más miserable que un cómico y tal vez que un cochero".

No cabe duda que... "el clero mexicano no poseía ni la ilustración, ni el patriotismo, ni las demás virtudes del clero de otras partes..." Pues en cuanto ve a continencia, o moralidad, a morigeración de costumbres, los señores sacerdotes no andaban mucho mejor que en lo que a desprecio al dinero se refiere: "La triste idea que tenía la Emperatriz Carlota, cuyo profundo catalicismo nadie puede poner en duda, de la moralidad del clero mexicano, era exacta y basta ver las opiniones de cuantos extranjeros vinieron entonces a México, para convencerse de que no hay en ello exageración.

"Un fervoroso creyente, el general barón de Barail, recogió en sus memorias esta anécdota:

"Mi boleta de alojamiento me condujo —en Cholula— a la casa del señor cura... Allí, si yo no hubiese tenido otras ocupaciones, habría podido escribir una monografía completa sobre las costumbres del clero mexicano. Creo que no exageraría si pretendiese que esa conducta en nada se parece a la manera de vivir de nuestro buen clero francés.

"Había en el curato no sé cuántas mujeres, jóvenes, viejas, criollas, indias, y jamás pude desentrañar exactamente el carácter de sus funciones. En las noches las oía charlar a todas en una recámara contigua a la mía, y de cuando en cuando, la voz del padre, en bajo profundo, dominaba en el palomar, porque aquel bravo hombre no desdeñaba mezclarse en la conversación. Yo me dormía recordando otra historia que se me había referido:

"Un capellán tenía a su servicio dos recamareras, una de veintidós años y otra de veinticuatro. Y como el obispo le hiciese observar que debía haberse contentado con una sola que tuviese la edad **canónica**.

—"Ilustrísimo señor —respondió el clérigo— yo no infrin-

jo la regla. Solamente que he tomado mi criada en dos volúmenes.

"Pero no eran dos volúmenes, era una biblioteca entera la que poseía el buen cura de Cholula".

Por otra parte: "El abate Doménech, sacerdote católico, cuenta que al pasar un obispo por una aldea, un cura le dijo con todo descaro: "Monseñor, tened la bondad de bendecir a mis hijos y a su madre", y que el buen obispo los bendijo. Y añade: "el cuarto estaba lleno".

CRUELDAD, ATRIBUTO INDECLINABLE DE LOS CURAS DE TODOS LOS BANDOS

Entre los párrocos humildes, los hubo patriotas, sinceros y de buena fe, que ayudaron con entusiasmo a la causa republicana; pero aun entre éstos solía retoñar el espíritu eclesiástico, despiadado y cruel, como buenos descendientes que de los inquisitoriales achicharradores eran.

Otros hacíanse notar por su temperamento levantisco, como aquel cura Traspeña, que se significó por sus andanzas en Michoacán, durante la intervención francesa... "liberal descamisado que se había hecho coronel en la revolución de Ayutla y que, de genio díscolo, había llegado a no tener cabida ni entre los republicanos ni entre los liberales".

Y, como muchísimos más de aquel entonces y de posteriores tiempos, en el propio Michoacán, durante las correrías del asombroso forajido José Inés Chávez García, o cuando la asoladora sublevación de los cristeros de 1875-76, o de la de nuestros días, en Jalisco y en otros rumbos del país.

Al narrarnos su viaje al Estado de Guerrero, el licenciado Eduardo Ruiz, expresa: "Me iba acercando a Acapulco. En Atoyac de Alvarez recibí hospitalidad del cura Díaz, CUYA SEÑORA, de cuerpo frondoso y corazón alegre, hizo perfectamente los honores de la casa...".

"El cura del lugar —alude al de Apatzingán—, un padre apellidado Ruelas, acudió a facilitar hombres a Villada. Fué a proponerle que cogiese de leva a todos los que vivían con sus mujeres sin estar casados, como lo mandaba nuestra madre la Santa Iglesia, a cuyo efecto le ofreció predicar los

domingos y desarrollar en su tema una terrible amenaza. Villada lo estimuló para que no abandonase aquel santo propósito, y el lunes siguiente comenzó la leva bendita con la lista que le había dado el padre Ruelas; pero el chasco de éste fué tremendo, pues que todos los de la mala vida prefirieron ser soldados a ir a pagar al párroco los derechos matrimoniales. Y lo curioso fué que el jefe de la patrulla, QUE-RIENDO OBEDECER TEXTUALMENTE LA ORDEN, TRATABA DE RECLUTAR TAMBIEN AL SEÑOR CURA".

Otro juicio sobre la casta sacerdotal lujuriosa y aurívora, que no debe ser omitido, es el que encontramos en "Siguiendo la Vida de Juárez", obra del licenciado Pablo Prida Santacilia, y que dice así:

"En Veracruz se había organizado una espléndida recepción al desterrado de Turbaco, en la que, sin embargo, hubo un incidente que la deslució y fué que el licenciado Joaquín Ruiz, liberal poblano, QUE GOZABA DE ALTA CONSIDERACION ENTRE EL CLERO, PUES ERA CATOLICO FERVIENTE, en el momento más álgido de la fiesta, se acerca a Santa Anna y le dice: "Esta pompa, señor, este exagerado entusiasmo que os rodea, es la irrisión de la verdad. La nación no cree, ni puede tener esperanza en vos, que la habéis sacrificado siempre a la ambición y al capricho. Vuestra Excelencia viene de la mano del partido enemigo del progreso del país; órgano de las clases privilegiadas; ladrón de los intereses del pueblo, y a V. E. lo creen un manequí a quien hace sumiso la ambición de mando.

"Santa Anna dijo medias palabras y se mostró furioso contra Ruiz, mas éste, impasible, siguió diciendo:

"Yo he sido enviado para decir a V. E. la verdad. V. E. no tiene principio alguno político, y es ídolo del CLERO RELAJADO y del soldado prostituido.

"Santa Anna no quiso oír más. Mandó que se sacara a Ruiz del salón y desde entonces lo desterró y molestó de mil maneras".

El Lic. Prida advierte que el anterior sucedido pertenece a "Don Guillermo Prieto y su Epoca", de Salvador Ortiz Vidales.

ES NECESARIA LA IGNORANCIA POPULAR AL
MANTENIMIENTO DEL PREDOMINIO CLERICAL

Veamos ahora en qué vil nivel de ignorancia mantenía el clero a la clase indígena; en la mente de cuyos individuos, sus siervos opresos e incondicionales, no ha logrado hasta ahora más que sustituir sus atávicos fetiches, por las acarameladas imágenes de la nueva idolatría:

"Dice también, —el abate Doménech, sacerdote católico— que a consecuencia de la falta de instrucción los dogmas de la religión han sido atacados seriamente, que el catolicismo mexicano presenta un carácter idolátrico; que el culto de los santos y de las vírgenes absorbe la devoción del pueblo que no piensa en Dios. "En las iglesias hay un descuido deplorable. Los indios oyen misa juntos con los animales que llevan al mercado; el glu glu de los pavos; el quiquiriquí de los gallos; los ladridos de los perros; se mezcla con el canto de los pájaros, que han instalado su domicilio en las bóvedas.

"En las grandes fiestas de los santos, los indígenas se entregan en la iglesia a danzas y contorsiones poco ortodoxas. Un campellán del cuerpo expedicionario, vió así en San Luis de la Paz 24 muchachas y 24 jóvenes bailando en el coro a la vista del cura. Un personaje enmascarado disfrazado de diablo dirigía las figuras del baile y como el francés se admirara que tales diversiones tuvieran lugar en una iglesia, el cura repuso:

"Las antiguas costumbres son respetables. Es bueno conservarlas; sólo es necesario impedir que degeneren en orgía".

"El general D. Ornano, en un informe rendido al mariscal Bazaine acerca del estado de los asuntos políticos de Oaxaca en la primera quincena de marzo de 1865, dice: **Clero**... En general el clero está tranquilo, es disoluto y poco ilustrado; su influencia en los pueblos es muy positiva".

En "Querétaro.—Memorias de un oficial del emperador Maximiliano", su autor, el francés Alberto Hans, describe así la superstición reinante entre los católicos mexicanos, no tan sólo entre la población indígena, deliberadamente mantenida por sus "padres espirituales" en la más criminal de las igno-

rancias, para que no llegue a intentar levantarse de su estado de abyecta sumisión:

"En el momento de separarme, no sin emoción, del señor A... , cuyo carácter y cuyas ideas me recordaban los cristianos viejos de la antigua Castilla, su anciana y respetable esposa se llevó un escapulario procedente de un lugar vecino de Querétaro, llamado **el Pueblito**, célebre por las peregrinaciones que hacen a él las gentes piadosas para venerar a una imagen de Nuestra Señora. En su fe por el poder de ese escapulario, la buena señora le daba virtudes de tal manera poderosas, que se transformaba en verdadero talismán. "Nuestra Señora del Pueblito, me decía, no puede dejar de proteger al que lleva al cuello este escapulario".

EL MEJOR INDIO ES EL INDIO MUERTO
SEGUN EL FRANCO SENTIR DE UN PRIMATE

Ese, el fanatismo fetichista, porque en su interés está sin duda el difundirlo, al par que la idolátrica superchería, ha sido el sentimiento que se esmera en fomentar una iglesia que, según el decir de un escritor famoso, siempre ha reinado por el terror. Terror, agregaríamos nosotros, excitado ora por los quemaderos inquisitoriales, ora por los desmanes que perpetran los sicarios a su servicio durante las guerras intestinas, ora por los calderos infernales, en oleosa y constante ebullición, y prontos a engullirse al hereje para afligirlo con eternas torturas.

Por lo que se refiere al clero mexicano, tozudamente subversivo, hasta en el imperio que él mismo había engendrado, la condenación de parte de quienes miden en toda su espantosa latitud su nefasta influencia, no puede ser ni más rigurosa ni más unánime. Contra él fulminan condenaciones, inclusive quienes han sabido redimirse de ella; individuos que por su carácter sacerdotal o por sus creencias, supusiéranse inclinados a amortiguar censuras. Pero no ocurre así, como por las transcripciones con que enriquecemos este capítulo habráse podido comprobar.

La deducción es clara: a pesar de que nuestro país sobresale, entre los de la América hispanoparlante, en el afán de sacudirse la funesta influencia clerical, está aún muy lejos de lograrlo.

Y no debemos echar en olvido que mientras nuestro pueblo no acierte a despojarse del fanatismo que, elevado hasta la idolatría, desventuradamente en él arraiga; no dejará de estar al borde del peligro de que la siempre acechante y cautelosa iglesia, pretenda apoderarse una vez más de sus destinos, total y descaradamente.

El sacerdote, que alardea de ser el vicario de la divinidad sobre la tierra, jamás se conformará con restringir su acción al decantado imperio de las almas. Todo nos demuestra que aún las naciones que consiguieron sacudir el yugo, lo tienen acechante de la ocasión propicia para exterminar a sus adversarios, asumir el gobierno y acaparar los bienes temporales.

En cambio, donde quienes se arrojan la representación del humilde Maestro sobre la tierra, no se ven compelidos a embozar sus desapoderadas ambiciones, exhibenlas con una brutal insolencia, ostentan sin empacho su vesánica soberbia, y lanzan diatribas contra el México que se aplica a establecer un nivel más decoroso para las clases eternamente explotadas.

Semejante actitud es explicable, porque presienten que, tarde o temprano, las adormecidas pero justificadas aspiraciones de la población que permanece postrada a sus plantas, habrán de despertar, y que entonces empeñaráse la lucha por el reconocimiento de los más elementales derechos que, en un mundo de libertad, son atributos imprescriptibles de un ser humano consciente de su dignidad y de su decoro.

Confirmación evidente de nuestras anteriores afirmaciones, son los preceptos publicados por un primate de la iglesia sudamericana, para mayor escarnio "cholo", esto es, indio incorporado a la civilización, durante diálogo sostenido con el periodista mexicano Luis Spota, cuando éste visitó tierras peruanas, en marzo de 44.

He aquí la forma en que el colega dió, en el diario **Excelsior**, a la estampa esa entrevista, de la que tomamos la parte que a nuestro plan conviene:

"Fué un prelado cholo —Monseñor Herrera, arzobispo de Puno— quien, durante un viaje de las riberas del Lago Titicaca a la ciudad de Arequipa, condensó el sentir de la iglesia sobre el indio y sus problemas.

"En los preliminares de una conversación entre Herrera y los tres periodistas mexicanos, arremetió el Arzobispo contra la política indigenista de México.

"—Se les ha dado en México demasiada beligerancia a los indios. Los perjuicios se cosecharán después, como en el caso de Juárez", dijo.

"El caso de Juárez, según el arzobispo, era el siguiente: Juárez, indio, fué a la escuela; se ilustró, se inquietó, con lecturas, sobre el porvenir de su patria. Llegó al poder y "cometió un crimen abominable: dictar las Leyes de Reforma, contrarias al espíritu de la iglesia, de Dios y de su pueblo".

"Sarcástico, el prelado cholo, agregó:

"Darle la mano al indio es jugar con fuego... Ahora tienen a Cárdenas, otro indio: está lo del petróleo y el reparto de los campos. Verán ustedes, los mexicanos, otro desastre semejante al de Juárez...."

"Al preguntársele su opinión sobre los indios —casi un millón de los cuales pertenecen a su diócesis— dijo el arzobispo:

"Si yo no fuera católico, si no fuera, además, dignatario de la iglesia, sería el primero en iniciar el exterminio de tanto ser inútil. Mi lema, al respecto, es simple; el mejor indio es el indio muerto".

Siempre deberá tenerse presente que este primate de la iglesia católica, apostólica y romana, es indio... Y que su piadosa doctrina, expuesta en un raptó de sinceridad desbordada, contrasta con el subterráneo proceder de sus congéneres; que resume la que, si no las palabras, sí con elocuencia los hechos, están proclamando: la que a pie juntillas observan los miembros del clero, a quienes posee una desmesurada codicia de bienes terrenos, inclusive del monopolio de la propiedad raíz rústica y urbana.

Monopolio que si antes de la Reforma depositó en las "manos muertas" casi toda esa propiedad, estimada entonces en mil millones de pesos de aquella época, que se convertirían en aproximadamente dos mil quinientos de nuestra actual moneda; hoy está devolviéndoles, o por interpósitas personas

CAPILLA ALFONSA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
H. A. N. E. I.

o por medio de inversiones en valores bancarios y en depósitos a la vista, gran parte de la riqueza nacional.

Además, como queda ya de manifiesto, los previsores preladados, no se conforman más con la desaparición de este o aquel enemigo conspicuo de su opulencia, de su bienestar y de su prosperidad; ambicionan el exterminio total de aquellas masas de población que, venida la hora, pudieren ser despertadas del profundo letargo secular que las pone al arbitrio caprichoso y despótico de sus cristianísimos preladados.

Pues bien, un clero de esta especie, inhumano, salaz, omnipotente, — porque era dueño absoluto de las conciencias y de la más considerable porción de los tesoros materiales—, constituía otro de los tres entusiastas aliados de la intervención extranjera en nuestra patria. A la que, de consuno con una aristocracia abaceril, ociosa y prematuramente decrepita, y de un ejército veleidoso, vandálico y feroz; estaba ansioso de entregar a los intrusos, con la vana esperanza de mantener incólumes sus prebendas, sus fueros y su poderío, y de recuperar las vastas propiedades que habían sido desamortizadas.

A continuación nos ocuparemos en la facción armada y en los hombres que la capitaneaban; quienes, fuere de suponerse, desempeñarían primerísimo papel en la traición. Pero no pudieron o no quisieron asumirlo, porque quizás para el mejor logro de sus ambiciones, debióles parecer necesario subordinarse al poder eclesiástico y al poder político.

Un Ejército con Jefes Sanguinarios y Felones

Los ascensos, premio a la oportuna defección — Santa Anna y sus veleidades — Autorretrato de Almonte — Miramón no sabía de convicciones — Rechazado por la República, firma oprobiosa adhesión a los invasores — Márquez, un nombre que se escribe con sangre — Ramón Méndez, otro arquetipo de trogloditismo encharreterado — Maximiliano lo asciende a general por los asesinatos de Arteaga y Salazar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPILLA ALFONSA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
V. A. N. L.

o por medio de inversiones en valores bancarios y en depósitos a la vista, gran parte de la riqueza nacional.

Además, como queda ya de manifiesto, los previsores preladados, no se conforman más con la desaparición de este o aquel enemigo conspicuo de su opulencia, de su bienestar y de su prosperidad; ambicionan el exterminio total de aquellas masas de población que, venida la hora, pudieren ser despertadas del profundo letargo secular que las pone al arbitrio caprichoso y despótico de sus cristianísimos preladados.

Pues bien, un clero de esta especie, inhumano, salaz, omnipotente, — porque era dueño absoluto de las conciencias y de la más considerable porción de los tesoros materiales—, constituía otro de los tres entusiastas aliados de la intervención extranjera en nuestra patria. A la que, de consuno con una aristocracia abaceril, ociosa y prematuramente decrepita, y de un ejército veleidoso, vandálico y feroz; estaba ansioso de entregar a los intrusos, con la vana esperanza de mantener incólumes sus prebendas, sus fueros y su poderío, y de recuperar las vastas propiedades que habían sido desamortizadas.

A continuación nos ocuparemos en la facción armada y en los hombres que la capitaneaban; quienes, fuere de suponerse, desempeñarían primerísimo papel en la traición. Pero no pudieron o no quisieron asumirlo, porque quizás para el mejor logro de sus ambiciones, debióles parecer necesario subordinarse al poder eclesiástico y al poder político.

Un Ejército con Jefes Sanguinarios y Felones

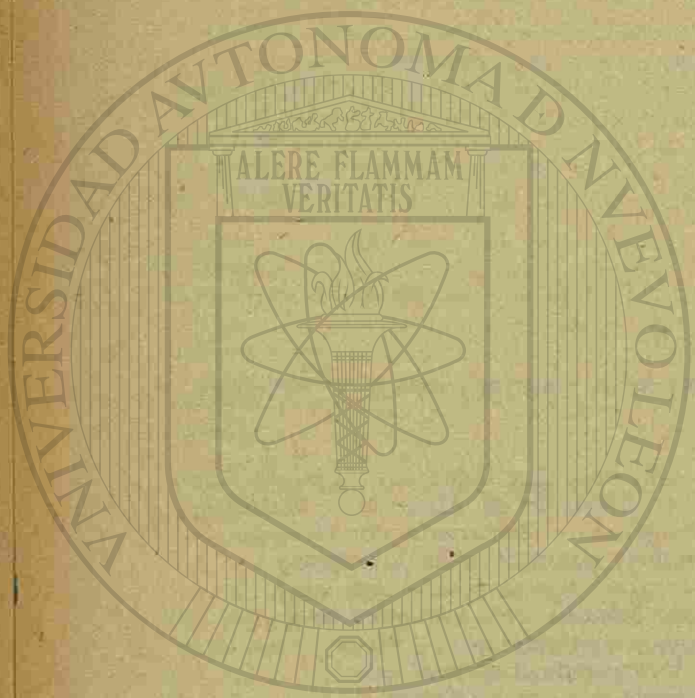
Los ascensos, premio a la oportuna defección — Santa Anna y sus veleidades — Autorretrato de Almonte — Miramón no sabía de convicciones — Rechazado por la República, firma oprobiosa adhesión a los invasores — Márquez, un nombre que se escribe con sangre — Ramón Méndez, otro arquetipo de trogloditismo encharreterado — Maximiliano lo asciende a general por los asesinatos de Arteaga y Salazar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPILLA ALFONSA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
V. A. N. L.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO IV

UN EJERCITO CON JEFES SANGUINARIOS Y FELONES

"Una guerra civil en que la religión está en juego, es terrible. El hombre se vuelve feroz cuando cree vengar los ultrajes inferidos a Dios. Iturbide, para celebrar dignamente el viernes santo después de un combate afortunado, mandó fusilar trescientos prisioneros, so pretexto de que estaban excomulgados".

EMILE OLLIVIER.

DESDE que Agustín de Iturbide defecionó del partido realista, engolosinado con la perspectiva de improvisarse en grotesco emperador de un país que se desangraba en la pugna por quebrantar, no nada más de nombre, las prisiones que secularmente le habían aherrojado; el ejército mexicano vino especializándose en asonadas, pronunciamientos y cuartelazos.

La componenda que permitió a aquel padre de deslealtades, cambiar de chaqueta para acomodarse en el primer lugar del México emancipado, puso en postergación a muy ilustres

BIBLIOTECA
CAPITULO ALFONSIANA
A. N. L.



caudillos insurgentes que, sobreviviendo a la lucha cruenta y desigual, a despecho de las penalidades sin cuento sufridas y de los sacrificios sin número consumados, alcanzaron el momento en que parecía por último tornarse esplendorosa realidad el ideal tan tenaz como bravamente perseguido.

NO PREMIABA EL ASCENSO LA LEALTAD
SINO LA OPORTUNIDAD EN LA DEFECCION

La deplorable fusión de los dos bandos combatientes, respetó rangos, aún de los jefes que significándose habían como los más crueles perseguidores de los adalides de la independencia; lo que debió influir poderosamente en aquellos militares en quienes no estaba muy arraigado el sentimiento del deber, para persuadirles a que no eran los méritos contraídos en su leal y estricto cumplimiento, los que atribuían ascensos, distinciones y honores, sino, más que nada, la oportunidad en la defección.

Así fué cómo el ejército vino a degenerar en una banda armada, compuesta de facciosos oportunistas, y pronta siempre a sumarse al partido del triunfo, por medio de la cuartelada o del pronunciamiento; ya que, de hecho, su conglomerado no constituía una corporación dedicada al apoyo de las instituciones, legítimamente establecidas, sino un conjunto de hombres ignaros, o enganchados por la fuerza o de equívocos antecedentes, que prestaban una obediencia ciega a quien su mando inmediato asumía.

Por lo general la tropa se formaba con la hez de la sociedad: presidiarios a quienes en la hora del tumulto se abrían las puertas de las cárceles; individuos "agarrados de leva", viciosos, miserables, ignorantes y degradados, verdaderos detritus sociales que mal podían discernir entre el honor y el deshonor, ni tener opiniones, ni distinguir entre la venalidad y la rectitud.

Y, sin embargo, el recluta mexicano, como veremos en el curso de esta historia, es con frecuencia ensalzado por propios y extraños, como modelo de resistencia, de frugalidad y de valor.

Pero antes, aunque sea con brevedad y tan sólo para exhibir la despreciable estatura moral de los más significados je-

fes militares reaccionarios, examinemos las acciones de algunos de sus prototipos; no sin empezar con la presentación que de ellos nos hace el general Porfirio Díaz, en las siguientes líneas:

"Antes de mi llegada frente a la ciudad de México, Portilla, que se titulaba Ministro de Guerra, ofreció entregarme la ciudad si se le daban garantías personales, y O'Horán me hizo la misma proposición, agregando que me entregaría a Márquez, con tal que le asegurase su vida y le diese un pasaporte para el extranjero. Los traidores son villanos aún entre ellos mismos".

LAS ONDULACIONES POLITICAS DEL AVIESO,
NEFASTO Y AMBICIOSO LOPEZ DE SANTA ANNA

Dignos herederos de aquel Iturbide que dejó imborrable memoria de una crueldad que ni a las mujeres respetaba; de una codicia sin límites; de una infidencia inmensurable, y de una delirante fiebre de poder, fueron, en su mayoría, los más descollantes jefes reaccionarios que tomaron parte activa en la Guerra de Reforma, y se aliaron con la intervención y con el Imperio.

Uno de los más insignes entre ellos, el atroz Antonio López de Santa Anna, desde 1854 había encomendado a Gutiérrez de Estrada que atrajera la ayuda de Europa, a efecto de implantar en México el régimen monárquico. Y cuando la instalación del imperio con apoyo de las bayonetas francesas es un hecho, desde su destierro de la Isla de Santo Tomás, se declara partidario incondicional del trono.

En febrero de 1864, desembarca en Veracruz, después de haberle precedido, en junio del año anterior, su hijo; quien esperaba le preparara el terreno para dar cumplimiento al propósito de volver a representar uno de los papeles culminantes en la farsa política nacional. Pero si el vástago fué reembarcado por Forey, al inverecundo vendedor de la mitad de nuestro territorio, Bazaine lo aprehende y lo expulsa a moción nada menos que de Juan N. Almonte.

En el mismo 1864, el cínico mutilado impetra la ayuda de la Unión Norteamericana, aunque estérilmente, para volver a adueñarse de los destinos de México.

CAPILLA ALFONCINA
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO

caudillos insurgentes que, sobreviviendo a la lucha cruenta y desigual, a despecho de las penalidades sin cuento sufridas y de los sacrificios sin número consumados, alcanzaron el momento en que parecía por último tornarse esplendorosa realidad el ideal tan tenaz como bravamente perseguido.

NO PREMIABA EL ASCENSO LA LEALTAD
SINO LA OPORTUNIDAD EN LA DEFECCION

La deplorable fusión de los dos bandos combatientes, respetó rangos, aún de los jefes que significándose habían como los más crueles perseguidores de los adalides de la independencia; lo que debió influir poderosamente en aquellos militares en quienes no estaba muy arraigado el sentimiento del deber, para persuadirles a que no eran los méritos contraídos en su leal y estricto cumplimiento, los que atribuían ascensos, distinciones y honores, sino, más que nada, la oportunidad en la defección.

Así fué cómo el ejército vino a degenerar en una banda armada, compuesta de facciosos oportunistas, y pronta siempre a sumarse al partido del triunfo, por medio de la cuartelada o del pronunciamiento; ya que, de hecho, su conglomerado no constituía una corporación dedicada al apoyo de las instituciones, legítimamente establecidas, sino un conjunto de hombres ignoros, o enganchados por la fuerza o de equívocos antecedentes, que prestaban una obediencia ciega a quien su mando inmediato asumía.

Por lo general la tropa se formaba con la hez de la sociedad: presidiarios a quienes en la hora del tumulto se abrían las puertas de las cárceles; individuos "agarrados de leva", viciosos, miserables, ignorantes y degradados, verdaderos detritus sociales que mal podían discernir entre el honor y el deshonor, ni tener opiniones, ni distinguir entre la venalidad y la rectitud.

Y, sin embargo, el recluta mexicano, como veremos en el curso de esta historia, es con frecuencia ensalzado por propios y extraños, como modelo de resistencia, de frugalidad y de valor.

Pero antes, aunque sea con brevedad y tan sólo para exhibir la despreciable estatura moral de los más significados je-

fes militares reaccionarios, examinemos las acciones de algunos de sus prototipos; no sin empezar con la presentación que de ellos nos hace el general Porfirio Díaz, en las siguientes líneas:

"Antes de mi llegada frente a la ciudad de México, Portilla, que se titulaba Ministro de Guerra, ofreció entregarme la ciudad si se le daban garantías personales, y O'Horán me hizo la misma proposición, agregando que me entregaría a Márquez, con tal que le asegurase su vida y le diese un pasaporte para el extranjero. Los traidores son villanos aún entre ellos mismos".

LAS ONDULACIONES POLITICAS DEL AVIESO,
NEFASTO Y AMBICIOSO LOPEZ DE SANTA ANNA

Dignos herederos de aquel Iturbide que dejó imborrable memoria de una crueldad que ni a las mujeres respetaba; de una codicia sin límites; de una infidencia inmensurable, y de una delirante fiebre de poder, fueron, en su mayoría, los más descollantes jefes reaccionarios que tomaron parte activa en la Guerra de Reforma, y se aliaron con la intervención y con el Imperio.

Uno de los más insignes entre ellos, el atroz Antonio López de Santa Anna, desde 1854 había encomendado a Gutiérrez de Estrada que atrajera la ayuda de Europa, a efecto de implantar en México el régimen monárquico. Y cuando la instalación del imperio con apoyo de las bayonetas francesas es un hecho, desde su destierro de la Isla de Santo Tomás, se declara partidario incondicional del trono.

En febrero de 1864, desembarca en Veracruz, después de haberle precedido, en junio del año anterior, su hijo; quien esperaba le preparara el terreno para dar cumplimiento al propósito de volver a representar uno de los papeles culminantes en la farsa política nacional. Pero si el vástago fué reembarcado por Forey, al inverecundo vendedor de la mitad de nuestro territorio, Bazaine lo aprehende y lo expulsa a moción nada menos que de Juan N. Almonte.

En el mismo 1864, el cínico mutilado impetra la ayuda de la Unión Norteamericana, aunque estérilmente, para volver a adueñarse de los destinos de México.

CAPILLA ALFONCINA
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO

Pero convencido por último de que no medrará bajo el cetro del austríaco, desde su obligado ostracismo insular antillano, en junio de 1865, con su acostumbrada veleidat, y conjeturando que sellada la suerte del imperio, volverá a caerle en las manos el fruto en sazón; circula un manifiesto en que, declarando defraudadas las esperanzas que de dicha para México bajo el régimen monárquico había incubado, termina con esta exclamación: "¡Abajo el imperio y viva la República!"

En cuanto le llega la noticia de que Escobedo ha capturado, el 15 de junio de 1866, un gran convoy procedente del puerto de Matamoros que marchaba hacia Monterrey, don Antonio se transporta a Washington; para entregarse en cuerpo y alma a conspirar, acariciando, como de costumbre, el sueño de revivir los pasados días de esplendor en que hacíase llamar "Alteza Serenísima". Compromete a algunos de sus corifeos, que son desterrados a Yucatán, y en tanto que Juárez rechaza los servicios que a la República ofrece, Maximiliano ordena que sus bienes sean intervenidos.

Sin embargo, ya para noviembre de aquel mismo año, había celebrado con el Habsburgo un convenio, de cuya existencia, que era puesta en duda, nos enteramos don José María Vigil, que la declara por cierta, en virtud de una certificación que M. M. Meza, representante del ex dictador, levantó en 1887, ante notario, en Washington.

Maximiliano, sintiéndose ya perdido, anulaba la confiscación de los bienes de Santa Anna, a quien nombraba general en jefe del ejército mexicano; aparte de comprometerse solemnemente, a la llegada de éste a México, a abdicar la corona y a proclamar la República bajo los auspicios de la Constitución de 1857.

Inmediatamente después de la abdicación, el príncipe asumiría "los oficios de Presidente de la República por un período legal que principiará a correr desde el mismo día de la abdicación".

Auténtico o no ese documento, lo cierto es que el desasosegado y funestísimo político jalapeño, al percibir el olor a carroña que despedía el régimen imperial, emprendió desde el extranjero el vuelo a playas veracruzanas, a donde llegó el 3 de junio de 1867, y propuso a la guarnición del puerto, que

todavía estaba en poder de los traidores, proclamara la República, pero fué desoído.

El juicio del austríaco, sobre ese desprestigiado ambicioso, no puede ser ni más exacto, ni más lacónico, ni más terrible: "un traidor, un charlatán, un polichinela político".

AUTORETRATO DE ALMONTE Y LA FALTA DE CONVICCIONES DE MIGUEL MIRAMON

Almonte tiene por fuerza que figurar tan prominentemente en toda historia de la intervención francesa y del imperio, que fuera ocioso dedicarle aquí mayor espacio que el que requiere la transcripción de un juicio suyo, sobre las características, al decir de él, del mexicano; pero en que no parece sino haberse empeñado en autoretratarse. "La falta de conciencia del mexicano, dice, era en realidad diabólica"... ¡Y tan diabólica, que don Juan Nepomuceno, cuando se convenció de que el imperio iba a desplomarse irremisiblemente, pretendió, aunque en vano, obtener la protección de los Estados Unidos de Norteamérica!

Muy pocas palabras bastaron a Almonte para burilar el bosquejo de su voltario temperamento.

A Miguel Miramón, el panegirizado "joven Macabeo" de beatas, clérigos y reaccionarios, Ollivier nos le pinta como a un joven aventurero, casquivano, insensible, sanguinario y rapaz: que, cuando llegó a Veracruz en compañía del padre Miranda, no era, a los ojos de los invasores, más que "un vulgar malhechor, un ladrón de sellos británicos."

A los veintiocho años había saboreado las delicias del poder, y sobresalido en la carrera de las armas.

Su volubilidad y su falta de convicciones, están irrecusablemente demostradas.

En carta de 5 de noviembre de 1862, dirigida a *El Diario de la Marina*, rechaza la imputación de que él hubiera pedido al gobierno imperial de Francia, su intervención armada para sostenerse en el gobierno que heredó de Zuloaga.

Invasido ya nuestro país por los expedicionarios de Napoleón III, Miramón y Cobos se habían colocado en una situación excepcional, puesto que sin adherirse al gobierno constitucional

y aun hostilizándolo, creían posible formar una tercera entidad para luchar contra la intervención. Como casi todos sus correligionarios, Miramón mostraba una increíble versatilidad de convicciones; durante su estancia en París, en marzo de 1861, acordado por el duque de Morny para que declarara por el proyecto de Napoleón III, para que Francia extendiese su imperio a Sonora y Baja California, "declinó toda participación en un proyecto que envolvía el desmenbramiento del territorio mexicano y declaró que no vendía a su país."

Además, en una epístola misiva que escribió a Almonte o a alguno de los otros conservadores residentes en México, expresó su sentir del momento, en estas frases categóricas: "La intervención no es más que un pretexto para invadir el país; se trata de una dominación extranjera y por consiguiente **yo ofreceré mi espada a los demócratas.**"

Ya por noviembre, desde Londres, anuncia ambigüamente que saldrá para México, "a ponerse al lado de los buenos patriotas de la sociedad."

El 26 de diciembre, hallándose en Nueva York, celebró una entrevista con el cónsul de México. Este último la reseña así: "... al llegar a mi casa, me encontré con la visita del señor Miramón; tuvimos una larga conversación de dos horas, y me repitió lo que ya sabía acerca de sus intenciones de ir a México, añadiendo que si no ofrecía sus servicios al señor Juárez, era porque se le hacía muy duro asociarse con hombres como Carvajal y Pueblita, (estas son sus palabras), y segundo porque no creía que le aceptasen, y que si al llegar a México veía que sus hombres apoyaban al gobierno, él también lo haría, pero que sino, trabajaría por lograr una fusión, de la que resultase una **tercera entidad**, que llevase a cabo la defensa de la República contra los invasores".

SOLO POR EL TEMOR DE QUE SUS ENEMIGOS
LE FUSILARAN NO SE SUMO A LA REPUBLICA

Pasa a la Habana, donde, al preguntarle don Manuel Nicolás Corpancho, que venía en viaje a México como ministro del Perú, por qué no ofrecía sus servicios al gobierno de la República, replicó: "que porque temía que lo fusilaran si iba solo, pues tenía muchos enemigos mortales que se encuentran hoy en el poder; pero que en cuanto reuniera alguna fuerza

con la que se pudiera hacer respetar y que le sirviera de garantía, los ofrecería".

A don José G. de Arboleya, que por aquellos días vió al ex presidente conservador en el susodicho puerto habanero, parecióle que, como la amnistía decretada por Juárez no le comprendía, esperaba una coyuntura favorable. "Su conducta reservada en aquellos días y su alejamiento de los altos círculos, que en época anterior había frecuentado, hacían sospechar en él intenciones más hostiles que amigas, respecto al pensamiento de Europa..."

Peró una visita que hizo al general Prim, a la llegada de éste a la Perla de las Antillas, parece que decidió a Miramón a abandonar sus plausibles designios de combatir al invasor de la Patria.

Lo cierto es que obtuvo un pasaporte bajo nombre supuesto y que, embarcado con rumbo a Veracruz, a despecho de tantas precauciones como para viajar de incógnito adoptó, apenas acércase a aguas mexicanas, cuando se descubre su presencia en el Avon, de donde el 28 de enero, por orden de Wyke, es recogido en una canoa —los ingleses no perdonan, y Miramón había ordenado el saqueo de los seiscientos mil pesos que estaban en depósito en la Legación Británica, para pago de deudas inglesas—, y en una fragata devolviósele al punto de su inmediata procedencia.

RECHAZADOS SUS SERVICIOS POR JUAREZ
FIRMA OPROBIOSA ADHESION A LOS FRANCESES

El 19 de junio de 1863, don Manuel Doblado escribía desde San Luis Potosí a Miramón, que el licenciado Joaquín Alcalde, que conferenciaría con él, haríale ofrecimientos en su nombre —de Doblado— y en el de Juárez, con que el que procuraría un acomodamiento; ofrecimientos que serían respetados. Miramón mandó entonces a su familia a la hacienda de Cerro Prieto, cerca de la capital potosina, hacia donde, poco después, él mismo emprendió la marcha; pero ya en la finca enteróse de que su mujer e hijos habían sido expulsados por orden del gobernador.

Esto no obstante, estaba decidido a permanecer allí, cuando llegó a su noticia que Escobedo le buscaba, y que llevaba

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD
CAPILLA ALFONSEINA



instrucciones de fusilarlo sin formación de juicio. Sin pérdida de momento, el hasta entonces indeciso general reaccionario, trasladóse a la ciudad de México, donde Forey le obligó a suscribir una adhesión oprobiosa, que decía de la "intervención noble y generosa con que la Francia ha querido auxiliar a mi desgraciada patria... (!)"

Mas no por esto vaya a suponerse que una vez convertido en una de las más sólidas pilas tras que sostenían el trono del Habsburgo, Miramón dejara de flaquear, ni de titubear, ni de hacer sondeos en el campo republicano.

Hallándose en París, en el disimulado destierro que tanto a él como a Márquez, impuso el receloso Maximiliano, llevó a cabo una nueva tentativa para sumarse a los defensores de la Independencia nacional; naturalmente dispuesto a defecionar de las filas imperialistas.

A este respecto, el activo agente diplomático del gobierno de Juárez en Europa, dice al Secretario de Relaciones Exteriores, en nota que vale oro para destacar esta característica de incertidumbre, distintiva de Miramón, lo que pasamos a trasladar aquí:

"—Reservada.—D. Miguel Miramón, que se halla actualmente en esta ciudad, solicitó hablar conmigo por conducto del Sr. don Luis Maneiro. Me presté a ello, y me ha manifestado su resolución de ir a servir a la causa constitucional. Al efecto desea que el Supremo Gobierno lo nombre Comandante Gral. de los Estados del centro, es decir, Jalisco, Guanajuato, Querétaro y México, ya sea con éste o con cualquiera otro nombre, como Gral. en Jefe del ejército de operaciones, del centro u otro semejante, pues dice que lo que le importa es un título para ponerse a la cabeza de las fuerzas conservadoras que se le pasen, utilizando al mismo tiempo las partidas volantes que existen en el distrito de su mando.

"Me dice que está en relaciones con muchos jefes conservadores, y espera que, con excepción de don Tomás Mejía, todos los demás se le unan.

"También me manifestó que, en otras circunstancias, no hablaría de recursos para sí; pero que en la actualidad carece de los necesarios para irse y dejar aquí asegurada por algún tiempo la subsistencia de su familia, y que en consecuencia

tendrá que hablar de eso cuando reciba contestación del gobierno.

"Por mi parte, me limité a manifestarle el gusto que me causaba ver que los mexicanos de todos los partidos comenzaron ya a unirse alrededor de la bandera nacional, ofreciéndole transmitir al Supremo Gobierno, como lo verifico, todo lo que me expuso, y a comunicarle la contestación luego que la reciba.

"Dígnese Ud. pues, elevar el contenido de esta nota a conocimiento del C. Presidente, comunicándome la resolución que tenga a bien dictar.

"Reitero a Ud. las protestas de mi consideración y aprecio.

"París, octubre 8 de 1865.—Jesús Terán.—Rúbrica".

Subsecuentes comunicaciones nos ponen al tanto de que como la República, por su pobreza, estaba muy lejos de hallarse en condiciones de comprar con oro las voluntades; el Presidente Juárez hizolo notificar así a Miramón, no sin serle advertido, por el intermediario don Jesús Terán, que si podía efectuar su regreso al territorio de la República, "y con alguna de las fuerzas que cree poder disponer, comenzar a prestar sus servicios a la causa constitucional, tan luego como él —don Benito— tuviese noticia de ellos, dispondría que fuesen debidamente considerados".

Cabe preguntar si exclusivamente a esa falta de numerario, debería el joven Macabeo no haberse lanzado a la demolición del imperio por las armas francesas en México establecido, y el permanecerle leal hasta el cadalso.

Ignoramos si al archiduque llegaron indicios de la cavilada traición de don Miguel; pero la verdad patente es que su conducta no le inclinaba a formarse muy elevado concepto de sus prendas morales.

Que desconfiaba de él, como de Leonardo Márquez, nos lo demuestran las comisiones que, para alejárselos, les encargó desempeñar respectivamente en Prusia y en Constantinopla.

Y sobre la rapacidad del joven Macabeo, así ponderativamente apodado por los clericales el general Miramón, que si desenfadadamente saqueaba fondos extranjeros, tampoco desdenaba ni los retales de lona que se le ponían al alcance de

la mano; contamos con un testimonio del propio Habsburgo, y en consecuencia irrecusable.

Es una carta que con fecha 29 de mayo de 1866, escribió a su ministro Aguilar y Marocho —el autógrafo lo hemos tenido frente a nuestros ojos— y que, en la parte que cumple a nuestro propósito, expresa lo siguiente:

"La Emperatriz vuelve hoy de Cuernavaca para asistir a la fiesta del Corpus que no hacemos esta vez como el año pasado en Puebla, en las calles, careciendo de una vela que robó en su tiempo Miramón, no pudiendo así exponer a los viejos consejeros y empleados y a las señoras, a los rayos del sol tropical. La procesión tendrá pues lugar solamente con el gran séquito en los corredores del gran Patio de Palacio".

Hay que reconocer, sin embargo, que Miramón supo estoicamente redimir sus culpas, ante su emperador, en los últimos instantes de la monarquía.

**DE TODA LA FAUNA MILITAR REACCIONARIA
ES MARQUEZ UNO DE LOS TIPOS MAS ODIOSOS**

No así, en cambio, Leonardo Márquez, de quien a continuación vamos a ocuparnos, pues no llegó a corresponder a la confianza en él por Maximiliano depositada en la agonía de la catástrofe; su único interés cifrábase en salvar a toda costa la pelleja.

"El Tigre de Tacubaya", es, sin lugar a duda, uno de los más aborrecibles y siniestros ejemplares de la aterradora fauna militar en nuestro país multiplicada. Su sed de sangre fué insaciable, sus truculentas tropelías fueron incontables. Su triste celebridad queda unida con aquel felino mote que conquistó a partir de los asesinatos perpetrados en la ciudad que desde entonces fué llamada de los Mártires; y donde apoyándose en la orden, ya de suyo feroz, recibida de Miramón, para que fusilara a los jefes y oficiales presos después de la victoria que alcanzó sobre las fuerzas de don Santos Degollado, arrancó la vida hasta a los pasantes de medicina que espontánea y abnegadamente acudieron a atender a los heridos que cayeron en la acción librada el 11 de abril de 1859.

La celebridad que su sanguinarismo había conquistado a Márquez, rebasaba las fronteras patrias.

Kératry, al deplorar la derrota infligida a los franceses por el general Zaragoza en Puebla, que en parte principal imputa a la ignorancia de Saligny, el tortuoso diplomático francés investido de poderes omnímodos; duelese de que el general Lorencez tomara por aliado a Leonardo Márquez, "conocido en México por su crueldad y culpable de haber, bajo la orden del presidente Miramón, rebelde a la autoridad de Juárez, hecho romper por sus soldados el sello oficial y los cofres de la legación inglesa, para sustraer siete millones de francos que allí estaban depositados; y que era, además, culpable del fusilamiento de los heridos nacionales y extranjeros encamados en los hospitales de Tacubaya".

"Su bandera, agrega, precedía a la nuestra, y fué saludado por el país como se lo merecía. ¡Márquez llamó la invasión! ¡Y así era como teníamos que presentarnos a los mexicanos llenos de odio hacia Márquez, soldado vigoroso, pero en quien el soldado tenía apetitos de verdugo! El último sitio de México, que este general defendió durante tres semanas, se significó por excesos que, según confesión del mismo infortunado Maximiliano, deshonoraban la causa imperial. Pero desde entonces sufrimos las consecuencias de nuestras faltas. El general Márquez debía naturalmente ser nuestro aliado; ya que desde 1861, tenía entre sus manos los hilos de la conspiración francomexicana".

Veamos ahora cómo, uno de los de su propio partido, el general Félix María Zuloaga, juzga al inhumano militar: "... todo concluyó bajo su dirección, y un ejército tras de otro fueron perdiéndose en las derrotas de Jalatlaco, Huisquilúcan, Pachuca, San Luis de la Paz, hasta llegar el caso de que nadie quisiese estar subordinado a un jefe tan desafortunado y de tan escasa inventiva para la guerra... el carácter de ese jefe es el más a propósito para convertir en enemigos a los amigos más entusiastas y decididos, y aun para esto no necesita de mucho tiempo, bástale para conseguirlo pasar de tránsito; su huella se conoce aún a larga distancia; allí, donde hay desolación y lágrimas; donde la barbarie se ha cebado en alguna víctima, por allí sin duda, ha pasado el general don Leonardo Márquez".

UN NOMBRE QUE SE ESCRIBE CON SANGRE Y
AL OIR EL CUAL ALEGRANSE LOS BUITRES

L'Esprit Public, periódico parisiense, oficioso, al ocuparse, por principios de la intervención, de los militares reaccionarios que presumiase estarían dispuestos a apoyarla; alude a Márquez con las siguientes palabras: "Leonardo Márquez... este nombre se escribe con sangre. Cuando se le pronuncia, las aves de rapiña se estremecen de gozo, y el eco de los sepulcros parece un toque de alarma; los espectros de los fusilados se levantan de sus tumbas, quemados por la pólvora y atravesados a boca de jarro. Hay entre ellos cadáveres de extranjeros que nada tienen que esperar de su patria, y sólo de Dios aguardan justicia y reparación. ¡Y Márquez es hoy el general en jefe de las fuerzas que defienden la religión!".

Sí, el "hijo predilecto de la iglesia", que entre sus patibularias proezas contaba la inicua ejecución de don Melchor Ocampo.

Era tan inmenso el pavor que el sólo pronunciar su nombre en todos suscitaba, que cuando los cónsules se trasladan de México a Puebla, a solicitar que Forey ocupe la primera de estas dos ciudades, encarecen al jefe de la expedición que por ningún motivo incluya a Márquez entre los militares comisionados para adueñarse de la plaza.

Cuando en diciembre de 1863 los republicanos atacaron Morelia, quizás resentido porque en la capital michoacana recibió la herida en la mejilla, en la que se le perpetuó una cicatriz horrenda y visible; Márquez fusiló a los oficiales que habían caído prisioneros y que afrontaban sus cuitas en las lobregueses inmundas de los cuarteles imperialistas. Las ejecuciones las llevó a cabo en los mesones de Las Animas y del Socorro, y ordenó que a los cadáveres se les diera sepultura en las caballerizas.

El licenciado Eduardo Ruiz, comenta: "¡Qué fatal destino el de Márquez de empañar siempre con sangre el brillo de sus victorias!".

Era tal la repugnancia que "El Tigre" provocaba en todos, que durante su visita a la capital michoacana, Maximiliano estuvo eludiendo el recibirle, "y este general se hubiera

quedado sin verlo en Morelia, a no ser porque se le ocurrió presentarle al paso, en una de las calles, a sus tropas, como para que le hicieran honores. Maximiliano apenas se detuvo algunos instantes y saludando fríamente al general, siguió adelante".

DURANTE EL SITIO DE MEXICO, MARQUEZ
PERPETRO INDESCRIPTIBLES EXACCIONES

Hé aquí cómo el general Díaz pinta el proceder de Márquez durante el sitio de la plaza de México: "Dentro de la ciudad no hay violencia ni extorsión que deje de cometerse por Márquez, a fin de hacerse de recursos y aumentar sus fuerzas. Los comerciantes extranjeros han cerrado sus establecimientos, y están ahora bajo la protección de sus respectivos Ministros, quienes han protestado contra los actos de Márquez; los periódicos de ayer por la tarde dicen que expedirá próximamente una orden severa contra ellos".

En febrero de 1867, el archiduque, en carta a Lares, se refiere en estos términos al implacable exactor y matancero de hombres:

"...después de haber arrancado todo por los medios más violentos a los ciudadanos laboriosos y pacíficos, ha ordenado una expedición mal calculada, cuyos sangrientos resultados no se deplorarán nunca lo bastante".

El imperialista Ramírez de Arellano, al parangonar a Márquez con Miguel López, a quien generalmente, como es sabido, se acrimina la entrega, por traición, de la plaza de Querétaro, mientras por otra parte algunos le declaran precisamente víctima de su inquebrantable lealtad al austríaco; ya que no hizo, agregan, sino obedecer al pie de la letra sus explícitas instrucciones, asienta esta información: "Si existía este acuerdo, como lo prueban los hechos, hizo bien el partido republicano en aceptarlo. El derecho de gentes autoriza no solamente para usar de la traición en la guerra, cuando aquella se ofrece, sino también para obtenerla por cuantos medios sea posible. Si no hubo acuerdo, no dejarán por esto de conservar su odioso aspecto los crímenes de Márquez".

Este, a semejanza de los más vulgares asesinos, que si cuando disputan por indefectible su impunidad despliegan el

más insolente sanguinarismo, en cambio se amedrentan y huyen al menor indicio de peligro; en cuanto se convenció de que le era imposible sostener por más tiempo la defensa de la capital de la República, resignó el mando en el general Tabera, y, como la mayoría de los jefes imperiales que estaban bajo sus órdenes, no se preocupó más que por ocultarse, en espera del momento oportuno de escapar al extranjero para conservar la existencia".

Alberto Hans, no puede menos de dedicar estas reflexiones a la salvación de aquel monstruo del averno: "¡Extraño capricho del destino: El hombre de entre nosotros más mortalmente aborrecido por los republicanos, Márquez, cuyo nombre y cuyos fusilamientos hacían temblar de cólera y de espanto a nuestros adversarios: Márquez, el terrible jefe de estado mayor que daba en aquel momento —en Querétaro, durante el sitio— órdenes breves y repetidas, en las que todos ponían su confianza y de las que se aguardaba el triunfo; Márquez, el hombre más fácil de reconocer en todo México, a causa de la cicatriz de una herida en la mejilla, que el hábil cirujano Nelton no ha podido cerrar sino imperfectamente; Márquez, en fin, debía ser el único que escapara a la venganza de nuestros implacables enemigos, después de haber causado en parte la pérdida del Emperador y de los defensores de Querétaro..."

Un Ejército con Jefes Sanguinarios y Felones

—Continúa y concluye—

Ramón Méndez, la ferocidad cavernaria — El asesinato de dos grandes patriotas le confiere ascenso y honores — Atroces represalias — Un ejército de detritus sociales — Juicio de un testigo de toda excepción — Imposturas y defecciones — La leva bajo el imperio — Desprecio olímpico de Maximiliano hacia los soldados clericales — Arrojo, frugalidad y resistencia de la tropa — Ignominiosa sumisión a los invasores.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPILLA ALFONCINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
N.º 1

más insolente sanguinarismo, en cambio se amedrentan y huyen al menor indicio de peligro; en cuanto se convenció de que le era imposible sostener por más tiempo la defensa de la capital de la República, resignó el mando en el general Tabera, y, como la mayoría de los jefes imperiales que estaban bajo sus órdenes, no se preocupó más que por ocultarse, en espera del momento oportuno de escapar al extranjero para conservar la existencia".

Alberto Hans, no puede menos de dedicar estas reflexiones a la salvación de aquel monstruo del averno: "¡Extraño capricho del destino: El hombre de entre nosotros más mortalmente aborrecido por los republicanos, Márquez, cuyo nombre y cuyos fusilamientos hacían temblar de cólera y de espanto a nuestros adversarios: Márquez, el terrible jefe de estado mayor que daba en aquel momento —en Querétaro, durante el sitio— órdenes breves y repetidas, en las que todos ponían su confianza y de las que se aguardaba el triunfo; Márquez, el hombre más fácil de reconocer en todo México, a causa de la cicatriz de una herida en la mejilla, que el hábil cirujano Nelton no ha podido cerrar sino imperfectamente; Márquez, en fin, debía ser el único que escapara a la venganza de nuestros implacables enemigos, después de haber causado en parte la pérdida del Emperador y de los defensores de Querétaro..."

Un Ejército con Jefes Sanguinarios y Felones

—Continúa y concluye—

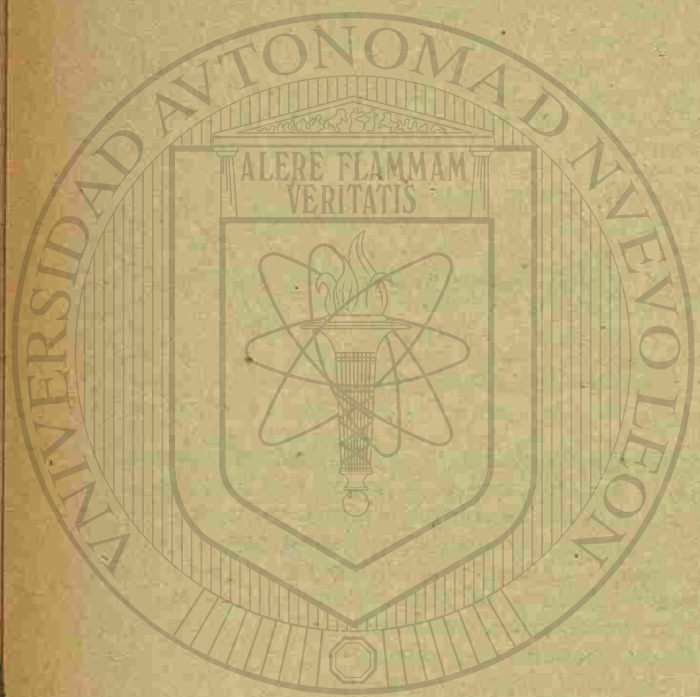
Ramón Méndez, la ferocidad cavernaria — El asesinato de dos grandes patriotas le confiere ascenso y honores — Atroces represalias — Un ejército de detritus sociales — Juicio de un testigo de toda excepción — Imposturas y defecciones — La leva bajo el imperio — Desprecio olímpico de Maximiliano hacia los soldados clericales — Arrojo, frugalidad y resistencia de la tropa — Ignominiosa sumisión a los invasores.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
H. A. N. L.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

CAPITULO V

UN EJERCITO CON JEFES SANGUINARIOS Y FELONES

—Continúa y concluye—

"Se compara a veces la crueldad del hombre con la de las fieras; la comparación entraña una injuria para las últimas. Las fieras no llegan nunca a los refinamientos del hombre".

DOSTOYEWski.

DIGNO compañero del anterior, aborto de Huitzilopochtli, infando agente de la muerte, Ramón Méndez, otro de los más mimados jefes militares al servicio del imperio.

Elevado, en el torbellino de las guerras intestinas, desde un oscuro oficio a las más brillantes jerarquías y a las más engreidoras distinciones, distinguírase por su ferocidad inconcebible.

BIBLIOTECA ALFONSINA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

EX OFICIAL DE SASTRE O DE VELERO ERA
UN ARQUETIPO DE FEROCIDAD CAVERNARIA

"Ramón Méndez nació en Ario; era hijo de un velero y en su mocedad ejerció este mismo oficio; más pareciéndole muy humilde para su ambición, solicitó entrar como escribiente —tenía muy buena letra— en la Oficina de Rentas de aquel pueblo, pasando luego con igual empleo a la de Huetamo; sin embargo, como le agradaban más los gallos, la **paseada**, las aventuras de todo género, abandonó su empleo y fué a buscar la suerte en la ciudad de México. Al comenzar el gobierno de Santa Anna, en 1853, fué cogido de leva e ingresó a la fuerza que mandaba el general Tavera; se desertó una vez, y aprehendido, fué castigado con un banco de palos. Se propuso entonces servir bien en el ejército, y su instrucción en la escritura y en la contabilidad, su talento natural, su audacia, su valor nunca desmentido y su vocación a la carrera de las armas, que entonces se reveló en él, lo colocaron sobre el nivel de sus compañeros. Al triunfo de la revolución de Ayutla era capitán del ejército del dictador, desempeñando el empleo de pagador en tiradores de la guardia; en la guerra de Reforma, militó a las órdenes de Márquez, conquistando sus charreteras de comandante de batallón. Siempre al lado de Márquez, hizo la campaña contra el gobierno en 1861 y 1862 y se unió luego al ejército invasor, figurando en el sitio de Puebla con el empleo de teniente coronel, mandando el batallón que se llamó después del Emperador, la mejor tropa **mexicana** del Imperio, que contaba en su seno a los veteranos del antiguo ejército reaccionario".

Otro es el oficio que, a diferencia del licenciado Ruiz, atribuye el belga Vander Smissen, al chacal de Ario, según nos lo comunica Emilio Ollivier, en las líneas que transcribimos: "Maximiliano al quedar abandonado, necesitaba imperiosamente del apoyo de un ejército vernáculo. De él escribía el teniente coronel Vander Smissen, al ministro belga: En Bélgica no pueden formarse idea del ejército mexicano, esto es, de los cinco o seis mil bandidos que lo componen, mulateros, oficiales panaderos, llegados de la noche a la mañana al grado de coronel. Méndez mismo, uno de los mejores, hace doce años oficial de sastrería, perseguido en México por robo de pañuelos".

Con semejante opinión, era imposible que el propio Vander Smissen ni los demás filibusteros belgas a sus órdenes, se le subordinaran, cuando Méndez fué nombrado por Maximiliano comandante superior de Michoacán.

Su proceder impío con los enemigos, corre parejas con el de Márquez.

POR LOS ASESINATOS DE ARTEAGA Y SALAZAR SE
LE CONFIEREN EL ASCENSO Y GRANDES HONORES

Una vez que coge prisioneros a los inmaculados patriotas Arteaga y Salazar, los fusila inexorablemente; cuando ni siquiera habíase hecho pública en Michoacán la inhumana ley de 3 de octubre de 1865, cuya expedición habrá de ser uno de los elementos decisivos para que Maximiliano, al expirar su imperio, sea pasado por las armas.

Y en compañía de aquellos dos héroes de la segunda independencia nacional, Méndez ejecuta a otros varios defensores de la patria.

Infames ejecuciones que le son premiadas por Napoleón III con el grado de Oficial de la Legión de Honor; por el archiduque, con la banda de general efectivo de brigada.

Sin embargo, y aunque se resista uno a creerlo, aquella misma fiera humana que tan implacable se mostraba en la persecución de quienes combatían por la integridad de México; llegó a entablar negociaciones para defeccionar e incorporarse en las filas de los republicanos. El licenciado Ruiz, traslada a su obra, "Historia de la Guerra de Intervención en Michoacán", muy elocuentes datos al respecto:

"He aquí como consigna Rubio, dice, estos rumores respecto de Méndez:

"Hallándose en Pátzcuaro (Méndez) provocó, con gran sorpresa para el general Arteaga, arreglos reservados de alta trascendencia, pretendiendo pasarse al servicio de la República.

"Las condiciones que para abandonar el Imperio sentaba Méndez eran éstas: que se le daría el ascenso inmediato a general de brigada, y se le conservaría, invariablemente, en el mando de las tropas con que ingresara al Ejército Nacional.

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
H. A. N. L.

"En las difíciles circunstancias porque los independientes atravesaban, después de haber perdido la mayor parte de sus elementos en la jornada de 16 de julio, y cuando no podía esperar ningún auxilio extraño, era de creerse que la proposición los sedujese sin dar tiempo a reticencias ni a regateos. Sin embargo, la desgracia había traído consigo una prudente desconfianza: bien pudiera ser que las redes de Miramar quisiesen envolver a las tropas de la República para sacrificarlas indefensas. Méndez lo dejaba entender muy claramente, al imponer por condición que sus tropas no mantendrían otra autoridad que la suya.

"Discutiase el punto indicado, cuando el cabecilla Méndez, queriendo sin duda explanar verbalmente sus proposiciones para que se le admitiese en las filas de la República, invitaba al general D. Nicolás de Régules para una conferencia privada en las cercanías de Pátzcuaro. Dado por este jefe conocimiento de tal llamado al Cuartel General, Arteaga se inclinaba porque acudiera a la cita, que no podía traer ningún compromiso; pero Régules se excusó rehusando semejante conferencia, y allí quedó todo".

CON SU BESTIALIDAD INAUDITA RAMON MENDEZ
INUNDABA EN SANGRE EL ESTADO DE MICHOACAN

De otras de las más espeluznantes muestras de la índole cavernaria de Méndez, nos ofrecen pálido reflejo las siguientes líneas:

Hecho preso por sorpresa en Corral de Piedra el patriota campirano Nieves Sosa, condújosele entre cadenas a Ario para fusilarle; pero fueron tan vehementes las instancias de los vecinos para que Méndez lo indultara, que éste empeñó su palabra de honor, a las señoras implorantes, entre quienes se hallaba su anciana madre adoptiva, de que el cautivo no sería muerto. Sin embargo, al salir para Pátzcuaro había dejado ya instrucciones terminantes al teniente coronel Rodríguez comandante militar de la población; quien sujetó a Sosa a un consejo de guerra, y una vez dictada la fatal sentencia, ordenó hacer los preparativos de ejecución, que debería llevarse a cabo en la fecha que Méndez regresase. A su encuentro salieron las damas, seguras de que respetaría el compromiso con ellas contraído.

Una vez que le hubieron saludado, el ex oficialillo sastre ordenó en alta voz que el fusilamiento fuera suspendido; pero, con la falacia propia de los traidores, al mismo tiempo guiñó casi imperceptiblemente un ojo al emisario que debía transmitir el acuerdo de perdón.

"El ayudante y el teniente coronel Rodríguez anduvieron tan listos, que en el acto fué sacado Nieves Sosa de la capilla, y con la cadena al pie, conducido junto a la iglesia, en donde fué asesinado. Las señoras oyeron los disparos, y llenas de indignación increparon a Méndez, diciéndole una de ellas:

"—Dejara usted de ser traidor".

"No se contentaron los asesinos con lo hecho, sino que mandaron levantar un poste y de él colgaron el cadáver, sin permitir que se le diera sepultura".

La madre adoptiva de Méndez, doña María Bejarano, falleció de indignación a los dos días, y sus últimas palabras fueron para maldecir al "traidor Méndez".

SOLAZABASE EN SUJETAR A LOS PRISIONEROS
A HUMILLANTES FATIGAS Y LARGAS CAMINATAS

Una de las más íntimas satisfacciones del desalmado imperialista, en cuanto cogía enemigos prisioneros, era obligarlos a hacer inmensas caminatas a pie, así para exhibirlos como fieras encadenadas, cuanto para aumentar sus penalidades, antes de hacerles subir al cadalso.

En esa forma llevó en peregrinación a los republicanos que logró capturar en el rancho de La Raya, por Zamora, por Uruapan, por Pátzcuaro. "De allí envió a Quiroga a veinte de ellos, oficiales y algunos soldados belgas y franceses —de los que habían defecionado— para que fuesen fusilados en aquella villa, lo que se verificó... después de doce días de camino en que se trajo exhibiendo a sus víctimas. Los traidores fusilaban irremisiblemente a todos los extranjeros que militaban en las filas liberales y que caían en su poder".

Precursor, como tantos otros de sus conmlitones, de los procedimientos que en nuestra época había de adoptar la Gestapo para los campos de concentración, cuéntase que, ya a punto de salir de Morelia rumbo a la ratonera de Querétaro, impuso un

préstamo exorbitante entre los hacendados y comerciantes de la localidad, "... y como se resistiesen a pagarlo, los mandó poner presos con orden de que permanecieran en pie, sin hacer movimiento alguno, hasta satisfacer las cuotas respectivas. En vano eran las lágrimas de las familias de las víctimas, en vano ofrecer pagarés a cortos plazos. Aquellos infelices no quedaron libres sino hasta el día siguiente, cuando cubrieron el préstamo, haciendo sacrificios onerosísimos para conseguir el dinero".

Como se ve ni con los civiles ajenos a la lucha, ni con los militares que caían en su poder, aquel monstruo refrenaba su soñía ni su encono.

En Barranca Honda, coge prisionero al coronel Juan Valencia, después de una sorpresa que los reaccionarios dieron a los republicanos. El cautivo estaba muy gravemente herido; pero ni por estar yéndosele la vida por la sangre que de sus venas fluía, mueve a compasión al feroz jefe imperialista, que ordena el fusilamiento, y una vez que Valencia es ejecutado, manda suspender el cadáver de un poste que en la plaza de Zitácuaro sostenía un farol.

Sus apocalípticas cargas de caballería en que la muerte parecía ir a horcojadas en la grupa de sus dragones, aumentaron la macabra celebridad de Méndez.

En el combate sostenido en Tacámbaro a mediados de julio de 1865, mismo que habiendo principiado a las doce del día concluyó antes de las dos de la tarde con la derrota de los liberales: "El coronel Ramón Méndez destacó al coronel Wenceslao Santa Cruz sobre la muchedumbre de dispersos. Santa Cruz era un jefe español que había abrazado la causa del Imperio y que odiaba a los mexicanos. Mandaba el 4o. cuerpo de caballería, y en aquel día hizo montar a la grupa de sus jinetes otros tantos infantes. A medida que iban alcanzando a los fugitivos los mataban sin piedad, bajándose los infantes a fusilarlos. Creo que en nuestras revueltas jamás se había dado el caso de una carnicería igual. ..."

En Cruz de Caminos, Méndez da alcance a una guerrilla republicana, la de Solorio, a la que despedaza, "y no pudiendo hacer prisionero a ninguno de los dispersos, se apoderó de siete rancharos pacíficos y los fusiló sin concederles los honores de un proceso, siquiera fuese éste tan sumario como lo prevenía la ley de 3 de octubre".

EN REPRESALIA POR LA MUERTE DE UN OFICIAL ORDENA FUSILAMIENTOS EN NUMERO INCREIBLE

Para vengar la muerte, en combate, de uno solo de sus oficiales, apellidado Pineda, a quien estimaba particularmente, Méndez contó a los prisioneros que tenía en su poder, los que sumaban el número de ciento, y los dividió en dos categorías; una de ellas de oficiales y soldados de caballería voluntarios, y a todos los pasó por las armas en Puruándiro.

Pero no había de tardar a la postre en cumplirse la terrible sentencia: "el que a hierro mata a hierro muere". Descubierto en Querétaro, a la hora del triunfo republicano y por un infeliz sastrecillo jorobado a quien Méndez en su soberbia había ofendido gravemente, el fenomenal indígena tarasco acabó la larga carrera de sus crímenes en la Alameda de la ciudad que fué el sepulcro de la aventura imperialista, fusilado por la espalda, como es costumbre ejecutar a los traidores.

Hemos presentado a algunos de los más conspicuos caudillos militares del clericalismo, y creemos que con estos bastará para que el lector aprecie las prendas que a la inmensa mayoría de ellos adornaban; pues de seguir enriqueciendo la galería no bastarán quizá los tomos de una extensa biblioteca.

Dejaremos en el tintero a tipos como Félix M. Zuloaga, que de gancho de garitos salta hasta el generalato y hasta la Presidencia del país; o Manuel Lozada, el otro "Tigre", el de Alica, que de hecho mantenía sustraídos a toda influencia gubernamental los territorios que depredaba. Forajido muy temible que, sin embargo, mereció en premio de sus meritorias hazañas, de Maximiliano, una espada de honor, y de Napoleón III, emperador de los franceses, el nombramiento de oficial de la Legión de Honor.

Y nos los dejaremos, porque la masa del heterogéneo ejército reaccionario, la chusma de bandidos de que hablaba Van der Smissen, entre los que los hubo dotados de ese valor temerario en que es tan pródiga la sangre mexicana, está reclamando nuestra atención.

EL REACCIONARIO ERA UN EJERCITO DE FORZADOS Y DE DESECHOS SOCIALES

Casi en su totalidad las clases y tropa del ejército reaccio-

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD
 H. A. R. E.
 CAPILLA ALFONSIANA

nario, se formaban con la escoria de la sociedad. Individuos forzados que caían en las trampas dispuestas para cogerlos de leva, enfundarles el uniforme, hacerles empuñar el fusil y despacharlos al matadero.

Cuando algunos de aquellos infelices se mostraban remisos, en los cuarteles multiplicábanse las carreras de baquetas, y para apagar los ayes de los olvidados de Dios, las bandas militares ejecutaban sus más estrepitosas marchas.

También había en filas infortunados campesinos, hombres ignorantes, pero útiles y vigorosos, con cuya sangre sus amos contribuían, para congraciarse con los franceses y con el archiduque.

La mayoría de aquella hez social y de estos rudos hombres de trabajo que iban a dar a filas, incapaces de discernir sobre partidos políticos ni sobre tendencias sociales, acaba consagrando, como el can a su amo, una ciega adhesión al jefe que inmediatamente les mandaba.

De allí que las impresiones que dejaran grabadas en los comentaristas que al respecto escribieron, sean tan contradictorias.

Permítasenos que repitamos aquí algunos conceptos del belga Van der Smissen: "En Bélgica, expresa este soldado de fortuna, no pueden formarse idea del ejército mexicano, esto es, de los cinco o seis mil bandidos que lo componen, mulateros, oficiales panaderos, llegados de la noche a la mañana al grado de coronel... El mismo Méndez, uno de los mejores, hace doce años era oficial de sastrería, perseguido en México por robo de pañuelos. Para disponer de hombres, había que cogerlos a la fuerza y conducirlos al cuartel entre dos filas de bayonetas. Pero en cuanto se les llevaba a través de un cañamalar donde pudieran esconderse, desertaban".

Otro autor, expresa: "Del ejército mexicano, cuya formación preconizaba vivamente Napoleón III, más valdría no hablar. Comprendía apenas 3.000 indios, que por todo armamento tenían un fusil y una bayoneta y, sujeta a un cinturón demasiado ancho, una deforme cartuchera; aquellos soldados eran reclutados por la fuerza o por la astucia en los presidios o en las encrucijadas. Huerta, gobernador de Morelia, era célebre por sus reclutamientos: una noche ordenó a una patrulla que reco-

riese las calles, con la música a la cabeza, y se llevara a todos los hombres que acudiesen a la cita. Otra vez anunció una corrida gratuita y echó mano de todos los que habían entrado en la plaza: los mozos, para servir, y los burgueses acudados, para que pagasen la vestimenta de los reclutas. De todo esto resultó un ejército de harapientos, salteadores y pordioseros, de los que solamente se podía esperar la traición o el pánico".

Castelnau, cuyo juicio sobre los legionarios extranjeros no es nada halagüeño tampoco, y que exhibe a esos soldados como temibles depredadores, que infringían constantemente las más elementales leyes del honor militar, y para quienes la palabra empeñada no tenía valor alguno; rindió a Napoleón este informe sobre el ejército imperialista:

"El llamado ejército regular mexicano, está en tal estado de desorden y disolución, tan miserablemente compuesto en oficiales y soldados, que es imposible depositar en él confianza de ninguna especie. Todos los días defecciones y pronunciamientos; no resisten al enemigo sino por excepción, y muchas veces se pasan al enemigo a la hora del combate. Durante las marchas sus filas disminuyen en cada jornada hasta reducirse a veces a un puñado. Los oficiales improvisados, sin instrucción ni experiencia ni moralidad ni honor, están, bajo todos conceptos, a la altura de sus soldados..."

SEGUN EL PADRE MIRANDA SOLO POR EL MENDRUGO QUE LES ARROJABAN SE AGREGABAN AL INVASOR

El padre Miranda, aquel exaltado y pintoresco sacerdote aventurero, cuya parcialidad, en todo cuanto al partido conservador concierne, está fuera de duda; no se mostraba más indulgente en sus fallos sobre aquel ejército sanguinario, vandálico y desleal. En carta escrita el 12 de mayo de 1863 a su entrañable amigo y correlativo Rafael de Rafael, a la vez que pone cual digan dueñas a los clericales, entre los que naturalmente cuéntase, habla así de los soldados intervencionistas:

"... Pasaré en seguida a darte una idea del estado en que vine a encontrar el pequeño cuadro de los mexicanos que se habían incorporado al ejército francés. Almonte, despojado del título de Jefe Supremo por el famoso decreto de Forey, conservaba, sin embargo, el simulacro de Ministerio que había for-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CAPILLA ALFONSO SINA

mado desde un principio, y todos los días, aunque sin tener nada que hacer, ni que tratar, se reunían los oficiales mayores en la casa del Jefe Supremo; Forey se servía de Almonte, como de conducto de comunicación para los asuntos de los mexicanos, y Márquez de hecho quedó de General en Jefe. Sus tropas, de seis mil hombres que tenía al principio, estaban reducidas, en el tiempo a que me refiero, a cerca de dos mil. La caballería había concluido en la tierra caliente, y todos los jefes, oficiales y soldados estaban desnudos y muertos de hambre. Su falta de disciplina, sus hábitos inveterados de vandalismo y sus verdaderas necesidades, que nunca quiso socorrer el general Lorencez, habían ocasionado el exterminio y asolamiento de todos los lugares que ocupaban o que visitaban los **marqueses**, como los llamaban los franceses a los soldados de Márquez, quienes en su desenfreno cometieron en las rancherías todo género de violencias, hasta obligar a los jarochos a levantarse contra ellos para defender sus propiedades y familias. Los mismos generales iban en persona a robarse los ganados para venderlos después a la proveeduría francesa. El mal que los **marqueses** hicieron, todavía lo resentimos; pues desde su levantamiento hasta ahora no han dejado de hostilizar los convoyes, ni han podido volver a la paz. Algo cesó el desorden cuando se presentó Forey y comenzó a cubrirse el presupuesto del ejército mexicano por la Intendencia francesa; pero como el desorden de los nuestros es tan profundo, no han podido evitarse muchos escándalos, como los que da, entre otros, el Jefe de la Legión de Honor, que en presencia del ejército francés y de todo el mundo seduce a una joven, hace que abandone a su familia y la mete en una carretela, que se roba con todo y caballos, y así marcha a la campaña. Me fijó en este hecho por haberse perpetrado por el Jefe de la Legión de Honor, general Taboada, y quien, por lo mismo, debe suponerse que es de lo más decente del ejército. La Legión de Honor, **o de horror**, como la llaman los pueblos, se formó de los capitanes, tenientes coroneles y coroneles que quedaron sueltos en la organización que se le dió al ejército a la llegada de Forey. Tiene esa Legión tanto honor, que a cabeza de silla jalaba en los malos pasos la carga que llevaba su digno Jefe. Menudencias son estas que bien revelan el estado de nuestros valientes. Estos no tienen ideas ni sentimientos de ningún género, con excepción de una docena. Aceptan la intervención sin saber lo que significa y lo que busca; han permanecido a su lado por el mendrugo de pan que por ella reciben; por lo demás, yo no encuentro nin-

guna diferencia entre el ejército de Juárez y el de Márquez. Ambos ejércitos son idénticos en su instrucción, en su disciplina, en su inmoralidad y en todo. El llamado de Márquez tiene, además, la cualidad de la desunión; no hay un solo jefe de prestigio, pues el mismo Márquez se hace reconocer en fuerza de que sus soldados más parecen presos que soldados; y de paso te diré que este general es uno de los opositores a la monarquía, porque, habiéndose llenado de ambición, no puede menos que ver con sentimiento que se derrumba la silla presidencial".

Huelga recalcar que la diferencia que el padre Miranda no acertaba a descubrir entre uno y otro ejércitos, residía en que el republicano, improvisóse, con las explicables deficiencias de toda organización improvisada, que se lleva a cabo con urgencia y por imposición de las circunstancias, para defender a la Patria contra la intervención extranjera; mientras que el ejército clerical, el cual ya hemos visto de qué clase de elementos humanos estaba integrado, trabajaba precisamente por entregar el país a los intrusos. Y tan grande o mayor la distancia que de sus antagonistas separaba a los leales y pundonorosos jefes militares al servicio de la República.

LA REVISION DE DESPACHOS DE OFICIALES ORIGEN DE IMPOSTURAS Y DE DEFECCIONES

Militares oportunistas, ayunos de convicciones, más allá de todo límite impúdicos, que no habían visto en el imperio sino, ora un expediente de medro, ora un posible ascenso, ora la impunidad en crímenes que estaban clamando justicia, era un conjeturable mando sobre zonas del territorio, pingües a la exacción y dóciles al capricho del jefezuelo en ellas dominante; era natural que abandonaran a los intrusos en cuanto veían defraudadas las esperanzas de prosperar su fortuna.

Kératry relata que, en cuanto se puso en ejecución el acuerdo dictado para que empezaran a funcionar las comisiones permanentes que revisaban los despachos de los oficiales de toda graduación; la medida, de imperiosa necesidad ante la existencia de estados mayores y de cuadros excesivos, ruinosos para el tesoro, "... levantó tempestades y dió origen a inevitables defecciones, porque oficiales y coroneles en crecido número habíanse improvisado tales de su propia autoridad para ejercer la rapiña sobre los caminos reales".

A PESAR DE TODO JAMAS DEJO DE ACUDIRSE
AL ULTRAJANTE SISTEMA DE COGER LEVA

En lo tocante al bochornoso y vejatorio sistema de "coger **leva**", para proveer de carne de cañón al ejército; el gobierno de Maximiliano, a despecho de su aparente renitencia, no prescindió jamás del reclutamiento forzoso. "La leva, especie de presa militar, subraya Kératry, había sido anteriormente abolida por la regencia, obediente a una inspiración del mariscal Forey; el Imperio había ratificado la formal prohibición de recurrir a este sistema inhumano y brutal para reforzar las filas del ejército mexicano. A despecho de todo, la **leva** era cogida aún. Indios tomados a la fuerza por los **hacenderos**, la hez de la sociedad mexicana sacada de las prisiones públicas, esos eran los pobres elementos que los prefectos políticos de las provincias se obstinaban en poner a disposición de los comandantes franceses; con lo que se podrá comprender lo que nuestros propios voluntarios, que tenían dignidad personal, deberían sentir al codearse en sus filas con compañeros de armas que habían trocado la cadena por el fusil..."

El comandante del recién organizado batallón de "cazadores", en carta que dirige al mariscal Bazaine por 15 de septiembre de 1866, se le queja amargamente del reclutamiento compulsivo: "Acábase de adoptar el reclutamiento por **la leva**, a pesar de las instrucciones del Emperador. En tal virtud, el comisario imperial Iribarren, pretendía dejar encomendados a mi custodia y manutención a seiscientos juaristas, todos ellos prontos, como nadie aquí lo ignora, a volverse contra nosotros en la primera oportunidad, y esto en el momento en que debemos evitar a toda costa armar en el interior a cierto número de enemigos... Por lo demás, no acertaría yo a aceptar el mando de soldados de **leva**, prisioneros que es preciso conservar a la vista noche y día, en el combate como dentro de las poblaciones. Con un reclutamiento de esa especie, la misión de organizar y de instruir, es imposible..."

"Declárome, pues, incapaz de mandar un cuerpo sometido a reclutamiento semejante; y esta declaración, señor mariscal, me la impongo como un deber, para rogáros os sirváis retirarme el mando del... **batallón de cazadores**".

Y, en otra carta, del 23 del mismo mes y año, el remitente avisa a Bazaine: "Se ha echado **leva** para formar la guardia,

a lo que cada habitante debía cooperar. Pero muchos de ellos se eximieron mediante algunos pesos. Solamente nos llegan va-gos, enemigos declarados a quienes ha sido necesario mantener en reclusión..."

MUY Poca SIMPATIA INSPIRABAN AL ARCHIDUQUE
LOS SOLDADOS MEXICANOS QUE LE ERAN ADEPTOS

"Propiamente hablando, el ejército nacional no existía; al menos no era sino una aglomeración sin consistencia de hombres que obedecía a tal o cual jefe, y que no había sido posible someter a una centralización enérgica de mando y administración; excepto las divisiones Mejía y Márquez, las tropas mexicanas se empleaban en las expediciones como un agregado a las columnas francesas", afirma Niox.

El mismo agrega que, a Maximiliano: "Los soldados mexicanos le inspiraban poca simpatía. Los indios enclenques, desmañados, mal vestidos, tenían, en verdad, una triste apariencia militar, y no ofrecían nada que pudiese halagar el amor propio de un soberano; así es que se había cuidado poco de saber qué partido podía sacar de esas pobres gentes. En cuanto a los oficiales, lo que de ellos había oído decir, lo que había visto por sí mismo, no era a propósito para corregir la mala impresión producida por el aspecto exterior de los soldados. El emperador Maximiliano tenía, pues, en poca estima al ejército mexicano: lo desatendió, y el día que se ocupó de él, sólo fue para arruinar la poca organización que poseía, y reducir su efectivo, so pretexto de que costaba demasiado".

"El 7o. batallón de línea enviado a Yucatán, se componía, según informe del general Casanova, de dos oficiales superiores, doce subalternos más o menos capaces, que no tenían sable ni pistola, diez sargentos, seis cabos, sesenta vagabundos varias veces condenados y ciento quince deportados; así es que aquel jefe, que debía conducir dicho batallón, se rehusaba a partir si no se le hacía acompañar y guardar por otra tropa de efectivo igual al menos".

PERO A PESAR DE TODO LOS INDIVIDUOS DE TROPA
ADMIRABAN POR SU FRUGALIDAD Y POR SU VALOR

Y, sin embargo, Alberto Hans, el oficial francés que sirvió en el ejército de Méndez, en Michoacán, y después hasta la

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD
CAPILLA ALFONSO X
M. D. L. I. I. I.

A PESAR DE TODO JAMAS DEJO DE ACUDIRSE
AL ULTRAJANTE SISTEMA DE COGER LEVA

En lo tocante al bochornoso y vejatorio sistema de "coger leva", para proveer de carne de cañón al ejército; el gobierno de Maximiliano, a despecho de su aparente renitencia, no prescindió jamás del reclutamiento forzoso. "La leva, especie de presa militar, subraya Kératry, había sido anteriormente abolida por la regencia, obediente a una inspiración del mariscal Forey; el Imperio había ratificado la formal prohibición de recurrir a este sistema inhumano y brutal para reforzar las filas del ejército mexicano. A despecho de todo, la **leva** era cogida aún. Indios tomados a la fuerza por los **hacenderos**, la hez de la sociedad mexicana sacada de las prisiones públicas, esos eran los pobres elementos que los prefectos políticos de las provincias se obstinaban en poner a disposición de los comandantes franceses; con lo que se podrá comprender lo que nuestros propios voluntarios, que tenían dignidad personal, deberían sentir al codearse en sus filas con compañeros de armas que habían trocado la cadena por el fusil..."

El comandante del recién organizado batallón de "cazadores", en carta que dirige al mariscal Bazaine por 15 de septiembre de 1866, se le queja amargamente del reclutamiento compulsivo: "Acábase de adoptar el reclutamiento por **la leva**, a pesar de las instrucciones del Emperador. En tal virtud, el comisario imperial Iribarren, pretendía dejar encomendados a mi custodia y manutención a seiscientos juaristas, todos ellos prontos, como nadie aquí lo ignora, a volverse contra nosotros en la primera oportunidad, y esto en el momento en que debemos evitar a toda costa armar en el interior a cierto número de enemigos... Por lo demás, no acertaría yo a aceptar el mando de soldados de **leva**, prisioneros que es preciso conservar a la vista noche y día, en el combate como dentro de las poblaciones. Con un reclutamiento de esa especie, la misión de organizar y de instruir, es imposible..."

"Declárome, pues, incapaz de mandar un cuerpo sometido a reclutamiento semejante; y esta declaración, señor mariscal, me la impongo como un deber, para rogáros os sirváis retirarme el mando del... **batallón de cazadores**".

Y, en otra carta, del 23 del mismo mes y año, el remitente avisa a Bazaine: "Se ha echado **leva** para formar la guardia,

a lo que cada habitante debía cooperar. Pero muchos de ellos se eximieron mediante algunos pesos. Solamente nos llegan va-gos, enemigos declarados a quienes ha sido necesario mantener en reclusión..."

MUY POCA SIMPATIA INSPIRABAN AL ARCHIDUQUE
LOS SOLDADOS MEXICANOS QUE LE ERAN ADEPTOS

"Propiamente hablando, el ejército nacional no existía; al menos no era sino una aglomeración sin consistencia de hombres que obedecía a tal o cual jefe, y que no había sido posible someter a una centralización enérgica de mando y administración; excepto las divisiones Mejía y Márquez, las tropas mexicanas se empleaban en las expediciones como un agregado a las columnas francesas", afirma Niox.

El mismo agrega que, a Maximiliano: "Los soldados mexicanos le inspiraban poca simpatía. Los indios enclenques, desmañados, mal vestidos, tenían, en verdad, una triste apariencia militar, y no ofrecían nada que pudiese halagar el amor propio de un soberano; así es que se había cuidado poco de saber qué partido podía sacar de esas pobres gentes. En cuanto a los oficiales, lo que de ellos había oído decir, lo que había visto por sí mismo, no era a propósito para corregir la mala impresión producida por el aspecto exterior de los soldados. El emperador Maximiliano tenía, pues, en poca estima al ejército mexicano: lo desatendió, y el día que se ocupó de él, sólo fue para arruinar la poca organización que poseía, y reducir su efectivo, so pretexto de que costaba demasiado".

"El 7o. batallón de línea enviado a Yucatán, se componía, según informe del general Casanova, de dos oficiales superiores, doce subalternos más o menos capaces, que no tenían sable ni pistola, diez sargentos, seis cabos, sesenta vagabundos varias veces condenados y ciento quince deportados; así es que aquel jefe, que debía conducir dicho batallón, se rehusaba a partir si no se le hacía acompañar y guardar por otra tropa de efectivo igual al menos".

PERO A PESAR DE TODO LOS INDIVIDUOS DE TROPA
ADMIRABAN POR SU FRUGALIDAD Y POR SU VALOR

Y, sin embargo, Alberto Hans, el oficial francés que sirvió en el ejército de Méndez, en Michoacán, y después hasta la

CAPILLA ALFONSIÑA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
M. I. I.

caída de la plaza de Querétaro en manos de los patriotas, y quien convivió con los forzados del imperio; exalta las cualidades combativas, la resistencia para las penalidades y las privaciones, el valor en el combate, llevado en veces hasta la temeridad, y la abnegación de estos infelices enganchados por la violencia en las filas de los defensores del intruso archiduque.

Así se expresa ese autor, del coronel Juan Berna, defensor de la plaza de Zamora, Mich., en los siguientes párrafos que extraemos precisamente de la obra que dedica al epílogo de la loca aventura imperial: "Este rechazó a los liberales; pero habiéndole faltado las municiones, se abrió paso por entre los sitiadores, con la guarnición, y fué, **marchando de la manera que sólo los mexicanos saben marchar**, a unirse a las tropas concentradas en Morelia".

En otro lugar, recalca: "Yo quería mucho a aquellas buenas gentes. El soldado mexicano es dulce, humilde y servicial; desprecia la muerte y soporta las fatigas y las privaciones con un estoicismo increíble. Adicto a sus oficiales cuando le tratan bien, está dotado de una obediencia pasiva y ejemplar".

En suma, el infeliz "juan", era, mientras no conseguía escapar de su brutal dominio, materia dócil en las ensangrentadas manos de sus jefes, que entregaban a la Patria al yugo extranjero; y los que no se distinguían ni por su pericia militar, ni por otras prendas, y eran vistos con recelo y hasta con repugnancia aun por aquellos mismos a quienes habían jurado sostener en su insensata empresa.

Clara idea de lo que venimos aseverando, nos la da la cláusula 5a. del tratado de Miramar, suscrito por Maximiliano al representar la comedia de que aceptaba el cetro.

Explícitamente y sin paliativos, ese apartado declaraba que, en caso de expediciones combinadas de tropas francesas y mexicanas, "los mandos de estas tropas pertenecerán al comando francés".

EL INJERTO DE LA FEROCIDAD FRANCESA CON LAS DEL PAÍS PRODUJO UNA GUERRA ESPANTOSA

Por cierto que los expedicionarios no se distinguían tampoco ni por la templanza, ni por el humanitarismo, ni por la nobleza hacia los vencidos. Su impasible crueldad se injertaba en

la sanguinaria ferocidad ancestral, refinada en la conjunción de dos razas, ambas tan despiadadas en las guerras como en los ritos religiosos —lo mismo en las exorbitancias fenomenales de la Inquisición que en las ceremonias de los cultos precortesianos, multiplicábanse los sacrificios humanos.

Ferocidad de los nuevos intrusos que, entrelazada a la ferocidad hispana —por añadidura entre los cabecillas imperialistas había no pocos iberos—; a la indígena, a la criolla, a la mestiza, engendró una monstruosamente despiadada guerra de exterminio.

Eterna memoria de la implacabilidad de los franceces queda, independientemente de cortes marciales y de contraguerrillas asoladoras, con la concluyente circular de Bazaine, a que antes hacíamos referencia.

"Las represalias han venido a ser una necesidad —reza— y un deber. Todos esos bandidos, incluyendo sus jefes, han sido puestos fuera de la ley por virtud del decreto imperial —el terrible y fulminante de 3 de octubre de 1865—. Ruego a usted que haga saber a las tropas que están a sus órdenes que **no admito que se hagan prisioneros**. Todo individuo, cualquiera que fuere, que sea cogido con las armas en la mano, será fusilado. En lo sucesivo, no se hará canje alguno de prisioneros. Es preciso que nuestros soldados sepan que no deben entregar las armas a semejantes adversarios. **Es una guerra a muerte, una lucha hasta el último extremo**, entablada entre la barbarie y la civilización. **Hay que matar o hacerse matar**".

Praviel, subraya: "Se reanudó la guerra con un carácter particularmente implacable. Los juaristas habían fusilado al coronel Friquet y a ocho soldados. —Invasores del suelo patrio, advertiremos nosotros—. El coronel imperialista Ramón Méndez hizo pasar inmediatamente por las armas a los generales Arteaga y Salazar, a los coroneles Díaz y Villagómez y al comandante González. Salazar, descubriendo el pecho y mostrando a los soldados su corazón, les gritó: "¡Aquí, traidores!" Escenas de puro salvajismo, que allí se prolongaron durante mucho tiempo. Lo más lastimoso es que el verdugo se vió de pronto promovido al grado de general de brigada".

MILITARES Y POLITICOS CLERICALES MOSTRABAN
UNA OPROBOSA SUMISION A SUS AMOS DE FUERA

Ya se ve cómo, a despecho de la ignominiosamente humillante situación en que los conservadores habíanse colocado, con respecto a sus por ellos escogidos amos extranjeros, y de su poco efectiva colaboración para el triunfo definitivo de la causa intervencionista; solidarizábanse sin chistar con cuantas disposiciones éstos dictaban. A reserva, como hemos dicho, de murmurar de algunas de ellas en la rejilla del confesionario o en cabildeos de sacristía.

Pues lo que a toda costa les importaba, era el exterminio de los patriotas que, muchas veces apenas si cubiertos de andrajos y sin más armas que los puños desnudos, sostenían enhiesta la bandera de la libertad.

Cuando, para refrendar las penas decretadas por la bárbara ley de 3 de octubre de 1865, expedida por Maximiliano a sugestión de Bazaine, y avalada por la firma de sus ministros Ramírez, Robles Pezuela, Esteva, Peza, Escudero y Echánove, Siliceo y César —todos ellos **mexicanos**—; el mariscal giraba la circular a que nos hemos referido, en que prohibía a sus tropas hacer prisioneros y les imponía la obligación de ejecutar a cuanto republicano —según él bandidos— capturaran con las armas empuñadas; el ministro de la guerra, Peza, lanzó a su vez a las odiosas cortes marciales, la conminación de que, aquellas "que no desplegaran la mayor actividad y energía en el cumplimiento de aquella terrible ley, serían responsables por una lenidad y clemencia que repugna la civilización, la humanidad y la moral (!)".

Como es fácil conjeturar, los sostenedores del imperio, descritos ya a maravilla y en lacónicas palabras por el general Díaz, conocían a fondo su propia condición moral, y recelábanse unos de otros. En una palabra, semejantes a ladrones de una misma gavilla que constantemente se mantienen ojo avizor, temerosos de que sus propios compinches les maten, les entreguen o les despojen; han de haber permanecido en perpetua alarma, por las asechanzas de que sus colegas en la siniestra aventura pudieren hacerles víctimas.

Así es como, en la hora del peligro, desaparecía de su ánimo todo escrúpulo, toda consideración ética, todo principio de honor.

ECHARON EN OLVIDO QUE UN INDOMABLE PUEBLO
PREFIERE ANTES MORIR QUE SER AVASALLADO

Exhibida quedó, pues, aquí la triade tenebrosa y funesta que formaron las corporaciones intervencionistas, en indestructible alianza desde que se derrumbó el otro vano trono del que poco más tarde debía convertirse en el ajusticiado de Padilla: partido católico, clero y ejército reaccionario; o, lo que es lo mismo, esclavizadora insidia, idolátrica superchería y desorbitado vandalismo.

Triade que, acuciada por desorbitados cuanto reprobables apetitos, aferrábase a la idea de llevar al triunfo en México, el establecimiento de una monarquía encabezada por un príncipe europeo, con el apoyo de las armas extranjeras. Príncipe que, en suma, no debería ser más que el emperador fanteo subordinado a Napoleón III, que lo accionaría a su sabor y a su antojo; con la facilidad con que los ágiles y diestros dedos del juglar mueven los ocultos hilos del jiboso, deforme y grotesco Polichinela.

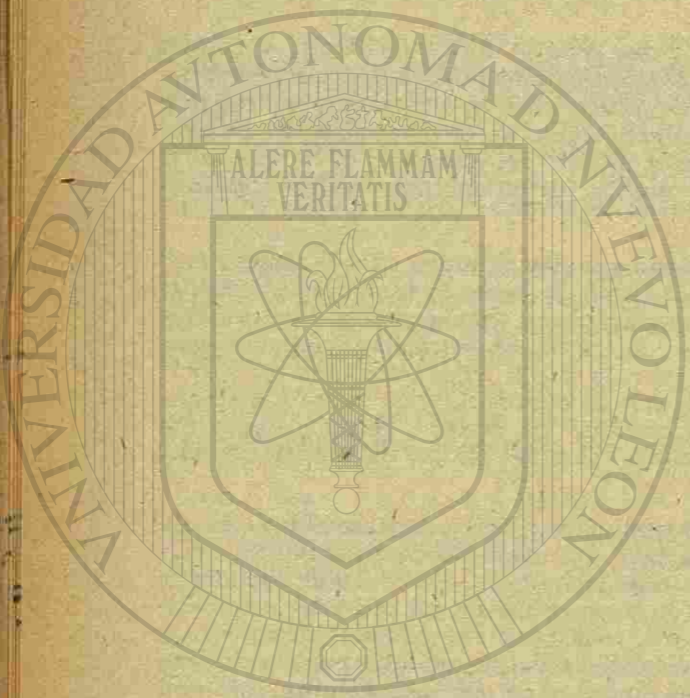
El anatema de la posteridad, "de los hombres libres, no de los otros", entiéndase bien, ha caído desde hace mucho tiempo, inapelable, sobre aquellas clases —sacerdotal, capitalista, pretoriana—. Porque si, a despecho de un proceder incalificable, no consiguieron ver realizados sus infandos designios, sí, en cambio, atrajeron sobre la Patria los más pungentes, dramáticos y agobiadores duelos, y en ello perseveraron, a lo que su historia nos recuerda, desde que México se emancipó del despótico, cruel y sofocante poderío español.

Y si fracasaron, fué porque no contaban con que, frente a ellos, frente a los poderosos ejércitos de Napoleón III, frente al vástago de la estirpe secular de los Hapsburgo, iba a erguirse un pueblo indómito, que, estimulado por el más heroico y puro patriotismo, estaba resuelto antes a perecer que a ser avasallado.

Así fué como tartufos, mojigatos y bastardos, —de los que en ese sucio monopodio hubo superabundancia—, que tramaron en Europa, al amparo del fanatismo histórico de Eugenia, la infame intriga, salieron vencidos a la postre.

Toque ahora su turno a esos "mexicanos" execrables.

BIBLIOTECA GENERAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO



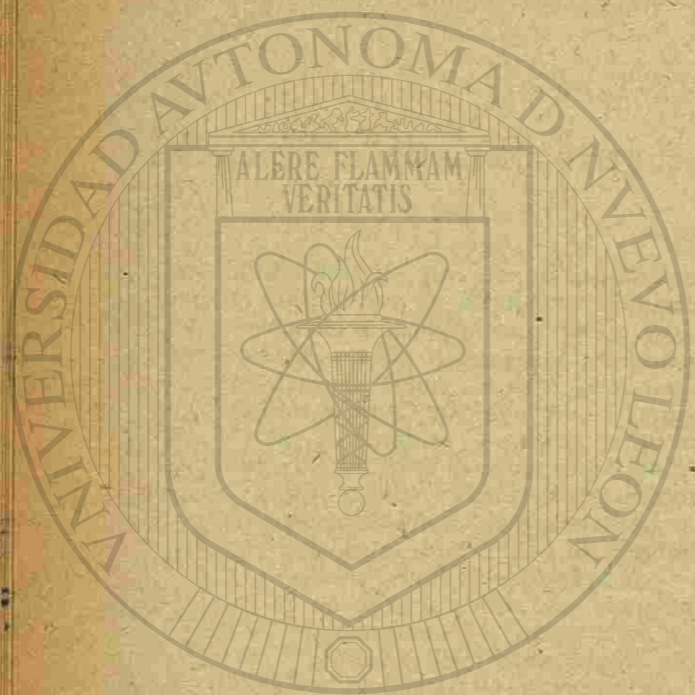
Cabala de Aventureros, Bastardos y Renegados

Los monarquistas desterrados en Europa, astutos intrigantes— Almonte cambia chaqueta en cuanto ve defraudada su ambición — Alardea del apoyo que bayonetas extranjeras le dan — Hidalgo, lechuguino insustancial, pero maquinador peligroso — En la intimidad de los emperadores intenta dar el "gran golpe" — Arguye que España e Inglaterra colaborarían gustosas — Eugenia engolosinada — A Hidalgo, que ya no era mexicano, sólo le preocupaba su personalísimo lucro — En el éxito de sus maniobras político-internacionales, aprovechaba su buena fortuna con las hembras — Maximiliano le llama a México, acométele un terror pánico y escapa sin decir adiós — Gutiérrez de Estrada, retardatario fósil, jesuitico e intransigente — Ausentista empedernido, como todos los partidarios de la monarquía — Jamás volvió a su tierra de origen, pero ejerció en sus destinos un funestísimo influjo.

CAPILLA ALFONSIANA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
N.º 1

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPITULO VI

CABALA DE AVENTUREROS, BASTARDOS Y RENEGADOS

De vez en cuando es indispensable levantar la medalla para conocer el reverso.

NO es aventurada la afirmación de que nunca, a través de la historia de las naciones, se organizó una tan audaz y peligrosa pandilla de aventureros, de bastardos y de renegados dispuestos a consumir la criminal empresa de arrebatar a un país su autonomía, y reducirlo a campo de explotación; como la que se reunió con ánimo de convertir a México en botín de un monopolio de desapoderados ambiciosos.

Pero los que tal se proponían, no tuvieron en cuenta que iban a desafiar a un pueblo dotado de un amor propio y de una susceptibilidad y de una tan orguida gallardía, que un prometido bienestar rechazaría, si venirle debiera de manos de aventureros, de condotieros, de ribaldos y de intrusos. Y que antes estaría pronto a perder la vida que la libertad en la demanda.

Y de toda aquella clase de gente había entre los Almontes, los Hidalgos, los Napoleones terceros, los Mornys, las Eugénias y los Waleskis.

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
N.º 11

Empezaremos por ocuparnos en los insinuantes, hábiles, sutiles y resbaladizos políticos mexicanos, consumados maestros en intrigas, que con sus astutas maniobras consiguieron comprometer en la aventura a las más grandes potencias europeas, e interesar en ella, por añadidura, al Vaticano; no obstante las sesudas y vaticanas observaciones de John Rusell, el embajador en la corte de Austria, acreditado por Inglaterra: "Esta clase de gente —los refugiados mexicanos, escribía el diplomático—, es famosa a causa de sus cálculos sin fundamento sobre la fuerza de sus partidarios en su país natal, y por la extravagancia de sus esperanzas de socorro. El gobierno de Su Majestad, por lo que a él respecta, no concederá ningún apoyo a semejante proyecto. Mucho tiempo se requeriría para consolidar un trono en México, así como para convertir al soberano en independiente de todo apoyo extranjero. Si este apoyo llegare a ser retirado, los republicanos de México podrían expulsarle, y esta posición no sería ni digna ni segura".

Entre los más conspicuos de los siniestros exiliados, destacaban José María Gutiérrez de Estrada, Juan N. Almonte y José M. Hidalgo, de tiempo muy atrás empeñados en entregar al país a un príncipe extranjero.

EN CUANTO VE ABORTADA SU AMBICION EL HIJO NATURAL DE MORELOS SE VUELVE MONARQUISTA

Juan Nepomuceno Almonte era hijo espurio de aquel esplendoroso genio militar y político, que en el horizonte de México se yergue con las proporciones de un titán. Su glorioso padre, según acordes están numerosos autores, improvisóle aquel apellido, porque, en cuanto amenazaban con aproximarse las tropas virreinales, para ponerle a salvo de peligro, ordenaba: "El niño AL MONTE".

Por desgracia el tristemente famoso vástago, no heredó ninguna de las patrióticas virtudes de su egregio progenitor don José María Morelos y Pavón.

A raíz de emancipado México del dominio español, Almonte, republicano activo y militante, sostenía con vehemencia la necesidad de expulsar a los peninsulares que aquí quedaban, y públicamente contraía un solemne compromiso desde la tribuna del congreso:

"No permaneceré en esta asamblea —proclamaba en 1829—, si concede el perdón a los verdugos de mi padre". Pero, al ver defraudadas sus ambiciones de convertirse en Presidente, declaróse el más fervoroso partidario de la monarquía y, trasladado a París con el carácter de embajador del gobierno de Miramón, entregárase a intrigar en Europa infatigablemente, para atraer el apoyo de Napoleón III al establecimiento, en México, del régimen imperial.

Doblado, al protestar contra los expedicionarios franceses, que sin el menor escrúpulo violaron los preliminares de los convenios de Soledad; define, sin eufemismo, la condición a que el obcecado monarquista ha descendido, y lo califica, sin ambages, con las siguientes palabras: "Jamás ni el gobierno ni la nación mexicana han recibido noticia oficial de la misión que los comisarios atribuyen a Almonte. Para aquellos, es un traidor que ha sido puesto fuera de la ley por un acto de administración interna, en la cual los extranjeros que se han comprometido solemnemente a respetar la legalidad del gobierno constitucional, no tienen derecho a intervenir".

CINICAMENTE HACE ALARDE DE QUE LLEGA APOYADO EN LAS BAYONETAS EXTRANJERAS

La actitud de Juan Nepomuceno era tan descarada que, después de intentar Cobos, en un último y supremo esfuerzo, inducirle a variar sus insanos designios, "a todas las razones que le expuso con el mayor encarecimiento, contestó que estaba resuelto a cumplir con los compromisos que había contraído en Europa, a donde no podía volver si sus planes se frustraban; "pero esto no sucederá, porque (aquí sus textuales palabras) **no vengo, me dijo, atendido a las fuerzas del país, que de nada me servirán; por eso traigo bayonetas francesas**".

Y, de quienes llegan al frente de ellas, soportará, sin chistar, —cuando no exhibiéndose en los más oprobiosos extremos de la lisonja y del incondicionalismo, con tal de conservarse en su menguado favor—; humillaciones y sonrojos sin número.

Jules Favre, en el discurso que desde la tribuna del cuerpo legislativo fulminó contra la aventura intervencionista, aniquiló a Almonte con un candente anatema:

"¿Y qué pensar, señores, os lo pregunto, de la conducta y de la moralidad del que llega a desencadenar así, sobre su

Empezaremos por ocuparnos en los insinuantes, hábiles, sutiles y resbaladizos políticos mexicanos, consumados maestros en intrigas, que con sus astutas maniobras consiguieron comprometer en la aventura a las más grandes potencias europeas, e interesar en ella, por añadidura, al Vaticano; no obstante las sesudas y vaticanas observaciones de John Rusell, el embajador en la corte de Austria, acreditado por Inglaterra: "Esta clase de gente —los refugiados mexicanos, escribía el diplomático—, es famosa a causa de sus cálculos sin fundamento sobre la fuerza de sus partidarios en su país natal, y por la extravagancia de sus esperanzas de socorro. El gobierno de Su Majestad, por lo que a él respecta, no concederá ningún apoyo a semejante proyecto. Mucho tiempo se requeriría para consolidar un trono en México, así como para convertir al soberano en independiente de todo apoyo extranjero. Si este apoyo llegare a ser retirado, los republicanos de México podrían expulsarle, y esta posición no sería ni digna ni segura".

Entre los más conspicuos de los siniestros exiliados, destacaban José María Gutiérrez de Estrada, Juan N. Almonte y José M. Hidalgo, de tiempo muy atrás empeñados en entregar al país a un príncipe extranjero.

EN CUANTO VE ABORTADA SU AMBICION EL HIJO NATURAL DE MORELOS SE VUELVE MONARQUISTA

Juan Nepomuceno Almonte era hijo espurio de aquel esplendoroso genio militar y político, que en el horizonte de México se yergue con las proporciones de un titán. Su glorioso padre, según acordes están numerosos autores, improvisóle aquel apellido, porque, en cuanto amenazaban con aproximarse las tropas virreinales, para ponerle a salvo de peligro, ordenaba: "El niño AL MONTE".

Por desgracia el tristemente famoso vástago, no heredó ninguna de las patrióticas virtudes de su egregio progenitor don José María Morelos y Pavón.

A raíz de emancipado México del dominio español, Almonte, republicano activo y militante, sostenía con vehemencia la necesidad de expulsar a los peninsulares que aquí quedaban, y públicamente contraía un solemne compromiso desde la tribuna del congreso:

"No permaneceré en esta asamblea —proclamaba en 1829—, si concede el perdón a los verdugos de mi padre". Pero, al ver defraudadas sus ambiciones de convertirse en Presidente, declaróse el más fervoroso partidario de la monarquía y, trasladado a París con el carácter de embajador del gobierno de Miramón, entregárase a intrigar en Europa infatigablemente, para atraer el apoyo de Napoleón III al establecimiento, en México, del régimen imperial.

Doblado, al protestar contra los expedicionarios franceses, que sin el menor escrúpulo violaron los preliminares de los convenios de Soledad; define, sin eufemismo, la condición a que el obcecado monarquista ha descendido, y lo califica, sin ambages, con las siguientes palabras: "Jamás ni el gobierno ni la nación mexicana han recibido noticia oficial de la misión que los comisarios atribuyen a Almonte. Para aquellos, es un traidor que ha sido puesto fuera de la ley por un acto de administración interna, en la cual los extranjeros que se han comprometido solemnemente a respetar la legalidad del gobierno constitucional, no tienen derecho a intervenir".

CINICAMENTE HACE ALARDE DE QUE LLEGA APOYADO EN LAS BAYONETAS EXTRANJERAS

La actitud de Juan Nepomuceno era tan descarada que, después de intentar Cobos, en un último y supremo esfuerzo, inducirle a variar sus insanos designios, "a todas las razones que le expuso con el mayor encarecimiento, contestó que estaba resuelto a cumplir con los compromisos que había contraído en Europa, a donde no podía volver si sus planes se frustraban; "pero esto no sucederá, porque (aquí sus textuales palabras) **no vengo, me dijo, atendido a las fuerzas del país, que de nada me servirán; por eso traigo bayonetas francesas**".

Y, de quienes llegan al frente de ellas, soportará, sin chistar, —cuando no exhibiéndose en los más oprobiosos extremos de la lisonja y del incondicionalismo, con tal de conservarse en su menguado favor—; humillaciones y sonrojos sin número.

Jules Favre, en el discurso que desde la tribuna del cuerpo legislativo fulminó contra la aventura intervencionista, aniquiló a Almonte con un candente anatema:

"¿Y qué pensar, señores, os lo pregunto, de la conducta y de la moralidad del que llega a desencadenar así, sobre su

propio país, la plaga de la guerra extranjera? ¡Ah, señores, os lo confieso: en vista de acción tan incalificable, me es imposible reprimir los sentimientos de mi corazón! ¡Cómo Francia ha podido cubrir con su bandera una acción semejante!"

Por otra parte, *La Presse* clasificaba a los mexicanos intervencionistas como parásitos "que han querido convertir esta campaña en una mina para explotarla en provecho de sus intereses personales..."

JOSE MARIA HIDALGO LECHUGUINO INSUSTANCIAL PERO REDOMADO INTRIGANTE EN CORTES EUROPEAS

En lo que se refiere a José María Hidalgo, el cómplice entrañable e inseparable de Juan N. Almonte, en las maquinaciones para despojar a la Patria de su soberanía; ese acomodaticio y muelle cortesano, satélite de la emperatriz Eugenia, cuya voluntad llegó a subyugar hasta convertirla en agente efficacísimo de sus propósitos aviesos, había renegado de la nacionalidad mexicana para adoptar la española. Y, a semejanza de los demás individuos de su especie, no perseguía en el complot, más que la recuperación de su personal fortuna, aún a costa del más doloroso de los sacrificios que la intervención y el imperio, de vida tan pernicioso como fugaz, iban a imponer a México.

Desde 1854 tuvo nexos con los monarquistas, que por aquel entonces soñaban con exaltar al trono mexicano al infante don Juan de Borbón.

Estaba Hidalgo a punto de ser trasladado de la representación diplomática de México en Londres, a la de Washington, cuando Gutiérrez de Estrada interpuso su influencia y consiguió que se le destinara a Madrid con idéntico empleo, sin recibir consigna del Secretario de Relaciones, para que ayudara a su protector en los empeños monárquicos; pero a hurto del jefe de la misión, señor Vivó.

El mismo empecatado lechuguino, dejó memoria escrita de su puño y letra, de cómo incesantemente intrigaba con Napoleón III y con Eugenia, en cuya intimidad era admitido.

HUESPED DE LOS EMPERADORES EL OBCECADO AGENTE MONARQUICO INTENTA EL GRAN GOLPE

Corti, con municioso acierto, reproduce una de aquellas entrevistas, que nos da perfecta noción de cómo Hidalgo no desperdiciaba oportunidad para procurar el favor de los soberanos franceses a la peligrosa causa que se imponía la restauración del régimen monárquico en la despedazada República Mexicana.

"En septiembre de 1861, dice aquel ilustre historiador, Hidalgo vino en conocimiento, por cartas que recibió en Biarritz, —el correo desde México tardaba, debido a la larga travesía, casi tres semanas y todavía no había cable— de los sucesos que habían tenido lugar en México en el mes de julio, de la indignación y de los planes de los representantes de las potencias. (El autor se refiere a la suspensión de pagos de la Deuda Exterior, decretada por el Congreso Mexicano). Dedujo de ello que las potencias sólo podían actuar ya en México por la fuerza armada, y decidió aprovechar la ocasión.

"Precisamente se encontraba de huésped con los emperadores y había recibido las cartas poco antes de la comida. Resolvió, como él mismo escribe, intentar el *grand coup*. Cuando, terminada la comida, la emperatriz se sentó en una mesita con sus dos damas para hacer labores, Hidalgo tomó asiento a su lado en un pequeño taburete y le dijo al oído:

"—Majestad, acabo de recibir unas cartas muy interesantes, los sucesos nos favorecen y creo que la idea de la intervención y del imperio se puede realizar. Quisiera decirselo al emperador". La emperatriz se levantó, salió un momento del salón, volviendo poco después para llamar a Hidalgo y entrar con él en el despacho del emperador. "Cuenta usted al emperador lo que me acaba de decir", dijo a Hidalgo.

"El emperador, que tenía en la mano una carta del rey de Siam, se la enseñó a Hidalgo como curiosidad, la puso sobre la mesa, se levantó, encendió un cigarrillo y se volvió hacia Hidalgo.

ARGUYE QUE A LA EMPRESA INTERVENCIONISTA COLABORARIAN ESPAÑA E INGLATERRA GUSTOSAS

"Sire, dijo éste, hace mucho tiempo que había perdido las esperanzas de ver realizarse las ideas de las cuales hace ya

cuatro años que tengo el honor de hablar a Vuestra Majestad, pero Inglaterra, del mismo modo que Francia y España, irritadas por la política de Juárez, enviarán barcos a nuestros puertos. Ahí tenemos, Majestad, la intervención inglesa que necesitábamos. Francia no procederá sola, cosa que Vuestra Majestad deseó siempre evitar. España hace tiempo que está dispuesta; el general Concha me dijo hace poco que dejó en la Habana seis mil hombres que están preparados para desembarcar en Veracruz, pero el gobierno de Madrid prefiere actuar de acuerdo con Francia y a ser posible con Inglaterra. Se podría, pues, enviar a Veracruz la encuadra francesa, inglesa y española y desembarcar los seis mil españoles. México, ante las tres banderas unidas, reconocería todo el poder y la superioridad de esta alianza y la inmensa mayoría del país podría apoyarse sobre las potencias intervencionistas, aniquilar a los demagogos y proclamar la monarquía, que es lo único que puede salvar a la nación. Estados Unidos están sufriendo las calamidades de una guerra, no se moverán y, por otra parte, nunca se enfrentarían a las tres potencias unidas. Que se presente la bandera aliada, Sire, y yo respondo a Vuestra Majestad de que el país en masa se levantará y apoyará la bienhechora intervención".

"A esto respondió Napoleón: "No he recibido todavía los telegramas del señor Thouvenel. (Ministro francés de relaciones desde el 4, I, 1860 hasta el 15, X, 1862). Si Inglaterra y España están dispuestas a ir allá y los intereses de la Francia lo exigen, yo también tomaré parte, pero sólo enviaré la escuadra, no tropas de desembarco y si el país declara que quiere organizarse apoyado por las potencias europeas le tendremos la mano. Por otra parte, como usted dice muy bien, la situación de Estados Unidos es (para esto) muy favorable".

PROMETIA QUE LOS PARTIDARIOS DEL IMPERIO
NO TENDRIAN AGRADECIMIENTO SINO A FRANCIA

"Hidalgo creía soñar y veía ya realizados sus deseos. Inmediatamente respondió al emperador: "Sire, suceda lo que quiera, se lo agradeceremos sólo a Francia; permítame Vuestra Majestad la pregunta de si tiene un candidato, pues los mexicanos lo aceptarían por venir de Vuestra Majestad como si lo hubiesen elegido ellos mismos".

"El emperador se volvió de espaldas, encendió otro cigarrillo y respondió tranquilamente: "No tengo ninguno".

"La emperatriz, hasta aquel momento, no había pronunciado una sola palabra. Hidalgo dijo entonces mirándola: "No podemos pensar en un príncipe español, el señor Mon (Mon, Alejandro, embajador español en la corte de París), me ha dicho siempre que es triste decirlo pero que no hay ninguna elección posible.

"En realidad, intervino la emperatriz, es posible una elección por ese lado y esto es una desgracia, pues si hubiese un príncipe español sería el más indicado". La emperatriz e Hidalgo nombraron después dos o tres príncipes de Alemania, pues todos tenían inconvenientes, como por ejemplo la religión o la importancia relativamente pequeña de sus países.

RECORDANDO QUE DESDE 1846 PAREDES PEDIA
UN ARCHIDUQUE. SE MENCIONA A MAXIMILIANO

"Cuando el príncipe de Metternich, observó Hidalgo, se opuso a la elección del duque de Módena, ¿dijo por lo menos algo de si un archiduque austríaco aceptaría esa corona? Pues no se debe olvidar que ya en 1846 el presidente Paredes, que quería realizar los proyectos del fundador de la independencia de México, pidió un archiduque y el mismo Gutiérrez Estrada estuvo en Viena con este objeto.

"—¿Pero qué archiduque", —preguntó Eugenia.

"—Creo, —respondió Hidalgo—, que se habló del archiduque Reiner".

"—Sí, —dijo la emperatriz— pues el archiduque Maximiliano no quería".

"—Oh, no, no aceptaría", —añadió Hidalgo y el emperador terció igualmente: "Oh, no, no quería".

"Siguió un momento de silencio hasta que la emperatriz que había permanecido de pie, de repente, como movida como una inspiración, se dió con el abanico un pequeño golpe en el pecho y exclamó: "¡Quién sabe! Tengo un presentimiento que me dice que aceptará".

—“Lo podemos probar —dijo Hidalgo—, y yo puedo escribir a Gutiérrez de Estrada para que vaya a Viena a sondear a su Alteza Imperial”.

“El emperador hizo un movimiento como queriendo decir que esto debía ser hecho por los mexicanos, pues la iniciativa debía partir de ellos. La emperatriz habló elogiosamente del archiduque Fernando Max, pero añadió que no se opondría a la elección del pueblo mexicano cualquiera que fuese el príncipe que eligiese.

REBOSANTE DE JUBILO SALE A REFERIR A WALESKI EL EXITO OBTENIDO

“Hidalgo abandonó el despacho del emperador lleno de alegría y de grandes esperanzas. Algunos minutos después volvió la emperatriz al salón en el cual se encontraba el ministro de estado, conde Waleski. Le llamó a la terraza y le contó todo lo que acababan de hablar. Después se volvió hacia Hidalgo y le dijo: “He contado al conde nuestra conversación”. El conde Waleski añadió: “Señor Hidalgo, usted se acordará que cuando yo era aún ministro de relaciones exteriores usted me habló muchas veces de su deseo de ver intervenir a Francia en los asuntos de México y yo le dije siempre que eso era imposible. Pero hoy la situación ha cambiado y considero la cosa completamente factible. ¿Qué puedo hacer por usted?”

“Hidalgo le rogó que le permitiese usar un momento el telégrafo ministerial para comunicar a Gutiérrez de Estrada, que se encontraba en París con motivo de la boda de su hijo, que tendría que marchar a Viena para realizar gestiones sobre la cuestión mexicana. También informó de la conversación al general Almonte, el cual ya desde el tiempo de la ascensión de Juárez al poder vivía en París y había conseguido asimismo una posición de confianza en la corte francesa, en la que también había ayudado mucho a Hidalgo. Tampoco estaba ya como embajador de México en París, pues Juárez lo había destituido y desautorizado inmediatamente, sino como un emigrado descontento con el gobierno de Juárez, como el enemigo más acérrimo del presidente mexicano, y hacía todo lo que a éste pudiese dañarle y a ser posible derribarle de su puesto. Había intrigado de continuo en todos los círculos de

la capital y en la corte para que Francia interviniese en México. Incluso había hecho esto mucho antes de que Hidalgo llegase a París. Ahora cooperaba con Gutiérrez de Estrada e Hidalgo, pero inteligentemente se mantenía más unido a este último, pues como vivía en París tenía ocasión de ver lo estimado que era Hidalgo por la emperatriz. Además lo separaba de Gutiérrez de Estrada el hecho de que este estaba muy unido a Santa Ana, en tanto que Almonte no tenía ya ninguna simpatía por su antiguo favorecedor. Sabía que en caso dado Santa Ana llevaría la voz cantante en México después del monarca y esto no le convenía pues tenía la suficiente ambición para preferir desempeñar él mismo ese puesto. Por eso se mantenía más unido a Hidalgo, porque sabía que éste, sucediese lo que sucediese, no quería abandonar su excelente posición en la corte francesa.

“Thouvenel, ministro francés de relaciones exteriores, bien dispuesto personalmente hacia la empresa mexicana, consideró, sin embargo, por precaución y atentamente, a los emigrados mexicanos en París que figuraban en el asunto. Con Hidalgo, naturalmente, no se atrevía, pues su posición en la corte imperial era demasiado fuerte, pero podía criticar a Gutiérrez de Estrada y a Almonte. Del primero tenía la peor impresión. A sus ojos este Gutiérrez de Estrada no era más que un fanático ultramontano, un charlatán. Por eso recomendó a Almonte para la misión de ir a México como hombre de confianza del emperador porque un Gutiérrez con “sus opiniones antidiluvianas” sólo podía perjudicar el asunto”.

ESTABA AVASALLADO POR LA OBSESION DE RECONSTRUIR Y ACRECER SU FORTUNA

Cuando las bastardas ambiciones de Hidalgo se exhiben en toda su desnudez y descaradamente, es cuando, triunfante ya el Imperio, no se preocupa sino de recuperar y de aumentar su fortuna personal: “Este hombre no parecía defender como debía los intereses de México (?) cerca de los emperadores y de los diferentes ministros del gobierno de París.

“Poco a poco concibió Maximiliano la idea de que Hidalgo estaba materialmente interesado en el desarrollo de los sucesos y de que eran estos intereses a los que se debía su celosa colaboración en la fundación de una monarquía me-

xicana. En agosto de 1862 el padre de Hidalgo había sido declarado traidor a la patria por un decreto de Juárez y como castigo le habían incautado sus haciendas. Hasta entonces la familia de Hidalgo obtenía de ellas, según parece, 60,000 francos de renta, que perdieron con la confiscación. El joven Hidalgo y su hermana, que vivían con suntuosidad entre la mejor sociedad del segundo imperio, tuvieron que vender su casa de París, gastaron también el resto de su fortuna y, por último contrajeron deudas. Ya en mayo de 1863, Hidalgo había rogado a Napoleón que le ayudase y el emperador ordenó primero a Forey y después a Bazaine que mandasen evaluar las pérdidas que Hidalgo y su hermana habían sufrido y que les pagasen una suma correspondiente a dicha pérdida. Los generales ordenaron, en efecto, que las haciendas fuesen devueltas a sus poseedores legítimos, los dos hijos de Hidalgo, pero estos prefirieron vivir en seguridad en París, incluso después que Maximiliano se había hecho cargo del gobierno. No obstante, éste les envió espontáneamente una cantidad de dinero para que pudiesen pagar las deudas que, al parecer, procedían todavía del padre de Hidalgo.

"Entonces escribió Hidalgo a Eloin que esta suma no era suficiente, es cierto que las haciendas le habían sido devueltas, pero estaban devastadas y no daban ningún rendimiento. Los daños ascendían a 100,000 pesos que se le debían indemnizar. Estas haciendas podían ser vendidas al gobierno e indicaba otras cosas por el estilo. A Maximiliano esto le pareció una exacción velada. . . ."

ASTUTO OBSERVADOR DE LA INFLUENCIA FEMENIL
SABIA COMO CAPITALIZARLA PARA LOGRAR SU FIN

El tímido intrigante aprovechaba también a maravilla su buena estrella con el bello sexo, cuya decisiva influencia en las resoluciones de los poderosos estaba muy lejos de pasarle inadvertida.

Hidalgo descubre la experiencia que a este respecto adquirió, cuando, refiriéndose a lo consorte de Napoleón III, escribe: "En nuestros tiempos, las mujeres tienen voto e influencia en los asuntos políticos y si toman un asunto bajo su protección pocas veces dejan de tener éxito, por lo que nunca he dejado de hacer que intervenga en mis asuntos este gracioso complemento del sexo femenino, en especial aquellas mujeres que

por su posición y su talento podían ser más útiles a mis propósitos".

Pero, atento sobre todo a su bienestar personal, en cuanto, con su fino olfato, percibe los primeros síntomas de que el clima de la corte de las Tullerías, donde desempeñaba la representación diplomática del imperio mexicano, va a cambiar desfavorablemente para el archiduque, no se preocupará sino de fortalecer su fortuna personal: "El mexicano empezaba a sentir que su juego estaba perdido y, a última hora, se esforzaba en ganar lo más posible para su persona. Así, pedía a Maximiliano que le asegurase una renta independiente de su sueldo, y, además, un título que correspondiese a la antigüedad de su familia. Se quejaba de haber perdido ya por cuarta vez, a causa de su pobreza, un buen matrimonio noble. En palabras llenas de elogio de sí mismo aludía a sus "veinte años de trabajo por su patria" (!) que le habían costado la salud y terminaba con el ruego de que le concediesen un año de permiso. A este fin solicitaba una suma de dinero, la fijación de cuya cuantía dejaba a juicio del emperador con la indicación de que debía ser suficiente para que durante el tiempo de vacaciones pudiese llevar una vida digna. Hidalgo había comprendido ya el cambio de las intenciones de Napoleón en el asunto mexicano. Pero, lejos de notificarlo a su emperador y señor, como hubiera sido su deber, este hombre, que es responsable como ningún otro del trágico fin de Maximiliano, pensaba sólo en sí mismo y en su bienestar".

A SER LLAMADO A MEXICO LE ACOMETE UN
TERROR PANICO Y LO ABANDONA OCULTAMENTE

Cuando el Habsburgo le llama a México para que verbalmente le informe de su gestión como embajador en Francia, pondrásele a Hidalgo carne de gallina, al solo pensamiento de que habrá de abandonar, siquiera sea temporalmente, la vida holgona y regalada que en la esplendorosa metrópoli francesa lleva, y de que verá obligado a desafiar las contingencias de un país que libra una sangriento lucha. Solicitará con implorante acento que se le proporcionen escoltas numerosas que, en el trayecto de Veracruz a la capital, le pongan a cubierto de la menor amenaza de peligro. "Ahora el valiente, que temía las consecuencias de sus maquinaciones, tenía sólo el deseo de "poder vivir tranquilamente en cualquier parte".

Estrechado por los apremios del archiduque, acaba al último apersonándosele, y da clara muestra de que su espíritu es tan resuelto en la intriga, como timorato en cuanto avizora el más remoto riesgo. He aquí lo que Corti nos cuenta de su vertiginosa visita al país: "Temblando de miedo fué a México, donde se convirtió en una figura casi ridícula. Cuando el emperador le invitó en una ocasión a dar un pequeño paseo a caballo por los alrededores, apareció armado hasta los dientes y se asombró mucho de que el paseo se realizase en compañía de un solo palafrenero".

Mexicano renegado y funesto para la que había sido su patria, también, recalquemoslo, será desleal a Maximiliano, que "ya hacía tiempo que observaba con desconfianza a Hidalgo, el cual no se cuidaba de otra cosa que de conservar las simpatías en la corte francesa y, a cambio de ello, sacrificaba con gusto los intereses de su patria (?) y de Maximiliano".

Cuando Hidalgo se entera de que el farragoso Almonte ha sido nombrado para sustituirle en el cargo de embajador en París, y que a él se le asigna el de consejero de Estado, posee un terror pánico, al considerar que puede verse obligado a residir en México. "Comprometido como estaba, convencido de que el imperio, al que había defendido con tan apasionado celo, estaba condenado al fracaso ahora que Napoleón se retiraba de la empresa, vió ante sus ojos su propia ruina. Sin dudar un momento, sin despedirse de nadie, desapareció en secreto de México para emprender su viaje de retorno a Europa...".

Pero ya su privanza con Napoleón y con Eugenia, había decaído a ojos vistos. Sin embargo, se procuró constancias de que en todas partes era grato, y "llenó de rencor, vivió como particular en París. Su funesto papel ya había terminado y desde ahora, sin intervenir en nada, observaba desde la segura Europa el hundimiento del vacilante edificio de cuya erección era tan responsable".

GUTIERREZ DE ESTRADA OBCECADO MONARQUISTA Y JESUITICO CLERICAL A MACHA-MARTILLO

El triángulo de los más descollantes maquinadores, originarios de México y autores de sus más penosas desdichas,

complétase con José María Gutiérrez de Estrada, en quien el restablecimiento de la monarquía con un príncipe extranjero a la cabeza, llegaba a rayar en obcecación.

"Este hombre, de una rica familia criolla, nació en México en 1800, se dedicó a la carrera diplomática y cuando tenía sólo 21 años de edad formó parte de aquella comisión que ofreció al archiduque Carlos la corona de México. Después fué embajador de México en Viena, donde casó con la marquesa de St. Laurent, cuya madre contrajo nupcias más tarde con el conde Rodulf Lützow y llegó a ser camarera de la corte de Fernando Max. Vuelto a México fué incluso durante algún tiempo Ministro de Relaciones Exteriores. Era un hombre de ideas jesuíticas, fanáticamente clerical, reaccionario y conservador hasta la médula, intransigente e inaccesible en absoluto a cualquier opinión distinta de la suya. Durante toda su vida siguió siempre, sin desviarse de ella lo más mínimo, la línea que le trazaban sus creencias...".

Recalcitrante hasta decir Eugenia que en él reencarnaba Felipe II, y que de buena gana, si pudiera, restablecería los quemaderos de la Inquisición, en México.

Su prolongada residencia en Europa, de consuno con el despecho político que le corroía el ánimo, habíale ido desvinculando cada vez más del país, en cuyos asuntos públicos llegó a no ver más que una oportunidad de medro y una ocasión para tomar la revancha contra el partido triunfante.

Desempeñaba el cargo de ministro de México en Roma, cuando contrajo —ya se advirtió— matrimonio con una extranjera, como para acabar así de desatar todo nexo con su tierra de origen. Ni con Maximiliano se resolvió a regresar a ella, a pesar de que, jefe del partido monárquico desde 1840 y blanco de la general animosidad, que le concitó una carta que publicó y en que daba suelta a sus censurables tendencias de recalcitrante, tuvo desde entonces que expatriarse; temeroso de perder existencia y caudal.

Aunque vinculados todos sus intereses de familia y de fortuna en el Viejo Continente, no se desvió un ápice del desastroso camino que se había trazado, de colaborar en la perdición de la tierra que había sido su cuna. Pero a pesar de que nunca jamás a ella volvió, tuvo en sus destinos "una influencia fatal y de grandes consecuencias".

Como que fué uno de los más activos tramadores del complot en que el archiduque Maximiliano estaba llamado a ser la víctima propiciatoria de las propias y de las ajenas ambiciones; pero Gutiérrez de Estrada, a semejanza de los más caracterizados miembros de su partido, mantúvose a enorme distancia del más leve peligro que a su persona pudiere amenazar.

Durante la visita que el Habsburgo, ya en viaje para México, hizo a la Ciudad Eterna, el ampuloso optimista del partido clerical mexicano, ofrecióle una espléndida recepción en el suntuoso palacio Mascotti, uno de los más bellos y espléndidos de Roma, entonces propiedad del emigrado. Pero, cuando el príncipe sin ventura, al sentirse perdido, pensará en abdicar como única salida para escapar a la muerte que apremiante le acecha, el pertinaz y cauteloso monarquista, que había adquirido sobre él una "influencia hipnótica", en su estilo rimbombante y barroco, le abrumará con los más contundentes argumentos, en que barajará dignidad, valor, honor, linaje, para que no retroceda, para que no flaquee frente a la lúgubre fatalidad. El, que, siempre timorato y precavido, se mantuvo a la sombra de seguro reparo, para no desafiarla.

Cábala de Aventureros Renegados y Bastardos

—Continúa—

Sospechas de que Veruel fué el padre de Luis Napoleón — El nacimiento de Eugenia envuelto en brumas — El Emperador la deseaba febrilmente para una aventura más — La Emperatriz travesea por los suburbios de París — El mal olor conyugal produjo un fumador empedernido — Morny, refinado gigolo y socio de toda especulación poco limpia — De cómo el usurero Jécker se confabuló con él — De dónde procede el apellido del espurio Morny

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA



Como que fué uno de los más activos tramadores del complot en que el archiduque Maximiliano estaba llamado a ser la víctima propiciatoria de las propias y de las ajenas ambiciones; pero Gutiérrez de Estrada, a semejanza de los más caracterizados miembros de su partido, mantúvose a enorme distancia del más leve peligro que a su persona pudiere amenazar.

Durante la visita que el Habsburgo, ya en viaje para México, hizo a la Ciudad Eterna, el ampuloso optimista del partido clerical mexicano, ofrecióle una espléndida recepción en el suntuoso palacio Mascotti, uno de los más bellos y espléndidos de Roma, entonces propiedad del emigrado. Pero, cuando el príncipe sin ventura, al sentirse perdido, pensará en abdicar como única salida para escapar a la muerte que apremiante le acecha, el pertinaz y cauteloso monarquista, que había adquirido sobre él una "influencia hipnótica", en su estilo rimbombante y barroco, le abrumará con los más contundentes argumentos, en que barajará dignidad, valor, honor, linaje, para que no retroceda, para que no flaquee frente a la lúgubre fatalidad. El, que, siempre timorato y precavido, se mantuvo a la sombra de seguro reparo, para no desafiarla.

Cábala de Aventureros Renegados y Bastardos

—Continúa—

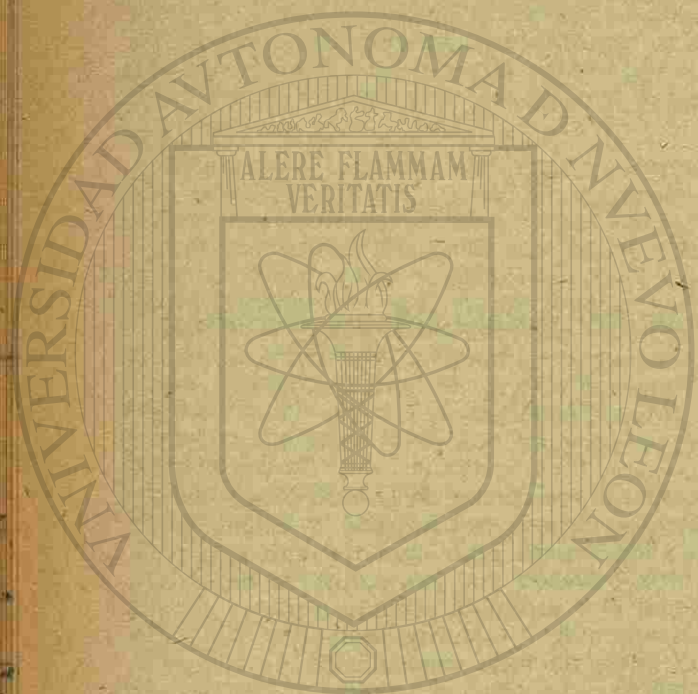
Sospechas de que Veruel fué el padre de Luis Napoleón — El nacimiento de Eugenia envuelto en brumas — El Emperador la deseaba febrilmente para una aventura más — La Emperatriz travesea por los suburbios de París — El mal olor conyugal produjo un fumador empedernido — Morny, refinado gigolo y socio de toda especulación poco limpia — De cómo el usurero Jécker se confabuló con él — De dónde procede el apellido del espurio Morny

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL

CAPITULO VII

CABALA DE AVENTUREROS, RENEGADOS Y BASTARDOS

—Continúa—

"Los destinos cambian como las olas"

BERANGER

HORA es ya de dedicar nuestra atención a la pandilla extranjera, pandilla engendada en el vientre de la bastardía por el afán de lucro y de aventura, que pretendió convertir a nuestra patria en campo de explotación inagotable.

Y, como es lógico, empezaremos dedicándonos a aquel conspirador contumaz, a quien si la fortuna no llega a mostrarsele por último propicia, hasta convertirlo en emperador de los franceses y, con ello, en árbitro supremo casi de los destinos de Europa; no pasara de vagabundo licencioso y equívoco, de sólito frecuentador de mal afamados hoteluchos parisinos, refugio de delincuentes y de hampones, y de la prostitución más antihigiénica, desenfrenada y sórdida.

Pero como en el transcurso de una obra como la presente, destinada a retratar hombres y a reconstruir sucesos, que

BIBLIOTECA DE LA
CAPILLA ALFONSIÑA
UNIVERSIDAD



vivieron o que ocurrieron durante la intervención francesa y bajo el imperio de Maximiliano, muy abundantes páginas habrán de ocupar las proezas de semejante personaje, breves serán las líneas que de momento le consagremos.

SOSPECHAS, VEHEMENTES HASTA LA EVIDENCIA, DE QUE LUIS NAPOLEON ERA HIJO BASTARDO DE VERUEL

Sobre la dudosa paternidad de Luis Napoleón, a quien "todo sentimiento noble, toda inspiración generosa le eran desconocidos", atendámonos al juicio insospechable de uno de sus más fanáticos admiradores —Imbert de Saint-Amand—, que nos dice: "El nuevo rey y la reina Hortensia —los padres de aquél—, hicieron su entrada en El Haya el 23 de junio de 1806". "A pesar de su brillante posición, Hortensia distaba mucho de ser feliz. Su enlace con Luis Bonaparte no había sido por la una ni por el otro un matrimonio de inclinación. Entre ambos esposos había una incompatibilidad de caracteres que fué aumentando de día en día. Sin embargo, la muerte de su hijo mayor, el príncipe real, causada por el crup el 4 de mayo de 1807, les causó un dolor que determinó entre ellos una avenencia momentánea, y entonces se marcharon a Cauterets. Su reconciliación parecía completa y se la tuvo por definitiva cuando circuló la noticia de que la reina estaba otra vez encinta. Pero no sucedió así, pues esta circunstancia fué precisamente el origen de una nueva desavenencia entre los dos esposos. Hortensia quiso dar a luz en París, y obtuvo del emperador —Napoleón I— la autorización necesaria, contra la opinión de su marido, que regresó al Haya profundamente resentido".

Aunque en cierto modo velada, la insinuación del adulterio es evidente. Pero, aun suponiendo que por las venas de Luis Napoleón circulara sangre de Bonaparte, en los derechos al trono antecedíanle, primeramente el más joven de los hermanos del Gran Corso, aun con vida, Jerónimo, designado presunto heredero para el caso de que Napoleón I no dejara descendencia masculina —y el Rey de Roma había muerto ya—; o, si se conviniere en que debían recaer en los sobrinos, tocábale al que le era más próximo, como hijo de su segundo hermano, o lo que es lo mismo a Carlos Luciano. Tan era así que, cuando en 1849 desembarcó éste en Francia, Luis Napoleón sigilosamente le mandó arrestar y transportar a In-

glaterra. Sólo cuando se desvaneció de su mente el temor de encontrar en él un rival que estorbara sus pretensiones, permitióle repatriarse.

Si a esto se agrega que por su origen espurio, en el volumen de su sangre no había la menor porción de la de los Bonaparte; esta circunstancia acaba de presentarnos al perjuro como el más redomado y audaz de los usurpadores.

Aparte de todas las pruebas aducidas, la conducta licenciosa de la casquivana Hortensia, que para desgracia de México había de dar vida a otro hombre funestísimo, el duque de Morny, de quien posteriormente nos ocuparemos, autoriza a suponer que Luis Napoleón no era hijo del rey Luis de Holanda.

De aquel "desgraciado Luis, rey sin corona, marido sin mujer, padre sin hijos", que llevaba la vida más triste en su destierro voluntario.

EUGENIA DE MONTIJO, NOBLE TRONADA, NACE ENTRE LAS CONVULSIONES DE UN TERREMOTO

El nacimiento de la que fué mujer de Luis Napoleón, de María Eugenia, Ignacia Agustina de Montijo, fué apresurado por una convulsión terráquea. La noble tronada que con el tiempo habría de venir a ser emperatriz de los franceses, perteneció, por la línea materna, a la más rancia nobleza española. El abuelo fué un escocés que se enriqueció en el comercio de vinos, aunque de origen noble también.

Sin embargo, en "La Vie Galante aux Tuileries", pónese de resalto que el nacimiento de Eugenia de Montijo está oscurecido por el misterio: "Sábese que nació en Granada en 1825, en el mes de las flores, que fué asimismo un mes de napoleónica importancia: el 5 de mayo, cinco años, día por día, después de la muerte del Aguila enjaulada sobre la roca de Santa Elena. Sábese que su madre, doña María Manuela, condesa de Teba, de familia andaluza brotada de Inglaterra, casó con uno de los tres hermanos Montijo; con el que se había distinguido al entrar en el servicio militar de Francia, durante la campaña de 1814. Por lo menos esto es lo que se sabe de acuerdo con Merimée y con las versiones oficiales. Pero menos sabido es que el **susodicho matrimonio, no está**

tan claro como a primera vista aparece: por lo que el nacimiento de Eugenia se halla realmente envuelto en una bruma jamás desvanecida por la luz".

La bella Montijo estuvo perdidamente enamorada del príncipe Jerónimo, primo hermano de Luis Napoleón Bonaparte: "El primero la coronó efectivamente con una suave llama, y el segundo le ciñó la frente con una hermosa diadema. En vano argúyese la animosidad que siempre pareció existir entre el Príncipe y la Emperatriz, que lo amaba en secreto, porque, por sus brillantes exterioridades de agradable conversador, mejor aún que el indolente hijo de Hortensia, el hijo del rey de Westfalia, representaba la estirpe del Gigante; ni por la fisonomía, muy semejante a la de su padre —Jerónimo Bonaparte I, rey de Westfalia, cuyo único hijo era el príncipe Jerónimo Napoleón—, había nadie más napoleónico en casa del hermano de la princesa Matilde ni en casa del hermano de Morny. Jerónimo era toda la epopeya grabada en letras de gloria y de fuego sobre el frontispicio de la historia. Alimentada por Stendhal y por Merimée en esta epopeya que la sacudía no menos que la del Cid, seducían a Eugenia los reflejos de oro de los ojos de Jerónimo. Pero Jerónimo no era más que un príncipe, y prefirió un emperador".

Aparte de que el hijo del rey de Westfalia, llegó a declarar que Eugenia no era digna de ser desposada.

NAPOLEON SOÑÓ EN LA DE MONTIJO PARA UNA AVENTURA FUGAZ, PERO SE LLEVO GRAN CHASCO

El Emperador quiso alcanzar los favores de la española, como los de tantas otras, sin necesidad de echarse al cuello el lazo conyugal; pero buena maña se dieron Eugenia y su fogueada madre, para, incitando la morbosa sensualidad de Luis Napoleón, echarle el lazo de por vida.

Hay duda sobre si quien tan sagaz se mostró para ser elevada a los esplendores del solio imperial, llegó a tomar el desquite contra las repetidas y ultrajantes infidelidades del libidinoso consorte.

"¿Se vengó? A este respecto las opiniones están en desacuerdo. Jamás tomó represalias, aseguran algunos. Y, sin embargo, excitó más de un deseo. Sesto, que más tarde casó

con la viuda de Morny, estuvo enamorado de ella. Osuna, que ya había sido amante de su madre, estuvo enamorado de ella. Y, además, About, y Violet-le-Duc, y Metternich y Nigra. ¿Pero ella? Presúmese que tuvo un hijo con el viejo duque de Osuna. Presúmese que cometió tantas locuras como su imperial compañero, y que éste y aquella rompieron la cadena a su capricho...". ¡Sin embargo, Simond y Poinset, no echan en olvido que sobre una mujer de tan conspicuo rango, suelen la calumnia y los odios políticos disparar sus ponzoñosos dardos!

Lo que sí parece no dejar sitio a la duda, es que la seductora pelirroja sentía una irresistible propensión a las salpimentadas peripecias. No menos que a su imperial marido picábale la curiosidad por explorar los bajos fondos.

CURIOSA PERIPECIA CORRIDA POR EUGENIA EN UN MERENDERO DEL SUBURBIO PARISIENSE

Cierta ocasión, acompañada de Mme. Grenelle, y ambas cubiertas con adecuados disfraces, introdujéronse en un merendero donde la juventud de la Ile-de-France iba en pos de locas expansiones. Dos obreros las invitaron a bailar y a empujar el codo. "Excitados por sus encantos y algunas copas de vino, mostráronse atrevidos y uno de ellos, cogiendo a la soberana por el talle, manifestó deseo de besarla; el segundo no se detuvo en la intención; y plantó un ósculo apretado en la mejilla de Mme. Grenelle, que lanzó un leve chillido de miedo y de satisfacción".

Pero ésta, precavidamente había advertido de la caprichosa excursión a su cónyuge, quien a su vez hizo disfrazar a un ayuda de campo y a un caballero y, con ambos, disimuladamente vigilaba por la seguridad de la emperatriz. Así pues, al ver Grenelle que le besueaban a su mujer con tan apasionado ardor, juzgó que la broma era ya excesiva, y dió la cara; mientras Eugenia colgábase del brazo de uno de los encubiertos custodios.

Sin embargo, los dos falsos albañiles, no conformes con que tan inoportunamente les birlaran a sus encantadoras parejas, arrojáronse a reñir; con que trabóse la pelea, y al volar, en lo más violento de ella, las postizas barbas por los aires,

dejaron al descubierto las facciones del príncipe de Nassau y del príncipe de Murat.

Tamaño complicación había sobrevenido inesperadamente. Los dos príncipes estaban al cabo de la calle por lo que a la escapatoria se refiere, y les acometió una tentación irresistible de jugar un papel en la comedia; pero como antes de representarla habían comido y bebido muy copiosamente, perdieron la cabeza y rebasaron los límites de la discreción y la prudencia. "Con que por la noche, en el castillo... ¡buena fué la gresca en el matrimonio imperial!; enfurruñose y lloró la Emperatriz y, con énfasis, creyendo disculparse, no cesaba de repetir que la reina María Antonieta las había corrido semejantes".

Ni escasean por cierto análogas aventuras, pimentosas que tienen por protagonista a la bella soberana: "¡Cuántas otras cosas por el estilo vieron los parajes suburbanos! —exclaman los autores que venimos citando—. Del hijo de un testigo presencial tenemos esta última y picante anécdota: "Cierta día que Napoleón III y la Emperatriz visitaban el camino que éste hacía trazar de Villaneuve-L'Etang al castillo de Beauregard, donde habitaba miss Howard —la ex amante del monarca y cuya muerte no falta quien a éste mismo achaque— mi padre, que debía entregar al Emperador una solicitud elevada por soldados veteranos, fué testigo, oculto dentro de un macizo de verdura, de una batalla librada a latigazos entre Eugenia de Montijo, tropezada por casualidad, y la ex querida del monarca —a la que los campesinos, confundiéndola con la otra... de Ham, llamaban Eugenia la chancletera".

PARTICULARIDAD CONYUGAL OFENSIVA AL OLFATO QUE HACE DE NAPOLEON UN EMPEDERNIDO FUMADOR

Por último, como dato curioso que viene a dar la explicación de la causa, tan poco sabida como sorprendente, que obligó a Napoleón III a convertirse en fumador empedernido, diremos que ello obedeció a la transpiración, violentamente ofensiva al olfato, de su traviesa consorte. Desprendimiento axilar, etc., que debe haber recrudescido la por aquella época no muy generalizada costumbre del benéfico, refrescante y desodorante baño cotidiano.

Idea del gran consumo de tabaco que el sobrino del Gran Corso hacía nos la da la gracejada con que el usurpador del trono de Francia, comentó el hecho de que Fould no se atreviera a pedir para la lista civil más que doce millones, suma que hizo el interesado subir a veinticinco; lo que, una vez logrado, provocó esta exclamación de sus labios:

—¡Qué hubiera sido de mí si llegan a sostener la primera lista civil...! ¡Apenas me bastara para cigarrillos!

De aquella insufrible disodia de la de Montijo, la marquesa Taisey —Chatenoy, al reseñar una entrevista que con ella tuvo, afirma lo siguiente: "Estaba yo sentada muy cerca de la Emperatriz, y desde hacía un momento llegaba a mis narices un insistente olor de mujer azafranada. Fácilmente comprendí la razón del immoderado consumo que de cigarrillos hacía el Emperador".

¿No induce tan aguda deducción a preguntarse: Si la forma del apéndice nasal de Cleopatra cambió, según es fama, el curso de la historia universal, qué influjo habrá tenido el desprendimiento axilar, etc., de la Montijo, en el régimen de Napoleón III y en los atropellos que, bajo el dominio conyugal de la fanática española —¡oh la abominación de dormir bajo una misma sábana!, exclama Huyssmann—, fueron perpetrados para desventura y agonía de nuestra patria?

Desde luego, la intervención de Eugenia en la intriga contra México, no pudo haber sido ni más activa ni más decisiva. A ella se debió, según Praviel, nada menos que el nombramiento de Bazaine como uno de los más prominentes jefes militares de la expedición, y quien, por último, acabó asumiendo el mando supremo de los ejércitos de ocupación. Y lo hizo nombrar, porque de él se encontraba "terriblemente encaprichada".

EL SINIESTRO DUQUE DE MORNAY, REFINADO "GIGOLO" Y SOCIO DE TODA ESPECULACION SUCIA PERO FABULOSA

Pero posiblemente ninguno de los personajes que vienen ocupando nuestro interés, sobresalga con tan acusados perfiles, en su condición indiscutible y eminente de bastardo, como el duque de Mornay, el resbaladizo, refinado y redomado "gigoló", aventurero cínico y especulador audaz, tipo del per-

fecto y grande vividor, que jugó el papel más decisivo al comprometer a Francia en la aventura intervencionista, en la que él no veía más que una ganancia de millonadas que congestionaría sus cofres de caudales.

En sociedad, o por mejor decir en complicidad con J. B. Jécker, el banquero codicioso y rapaz que, resuelto a redondear la monstruosa especulación, empieza por renunciar a su nacionalidad suiza para acogerse a la francesa, empujará a la Francia micronapoleónica a una de las más atroces empresas de rapiña internacional. Empresa que al principio apareció tan asequible, pero que a la postre naufraga en un mar de sangre; mismo en que se abismarán el crédito y el prestigio del Imperio, que, sin siquiera sospecharlo, habrá preparado así el tétrico epílogo de la capitulación de Sedán.

Carlos Augusto Luis José, duque de Morny, era hijo de la reina Hortensia, la madre de Luis Napoleón, y del conde Augusto Carlos Flahau de la Billarderie —quien obtuvo el título después de la batalla de Leipzig—. En honor de este su amante, la reina de Holanda había compuesto la marcha que lleva por título "Partida para Siria", llamada a ser oída de continuo en todas las grandes solemnidades del reinado del Pequeño; como si el hijo del rey Luis paladeara un insano deleite al recordar las adulterinas proezas de su señora madre.

El legado que ésta dejó al primeramente conde y después duque de Morny, fué la base para que el tal, poseído de una ambición jamás satisfecha y constantemente agitada, iniciara su desquiciadoras especulaciones.

DE COMO EL USURARIO JECKER CONQUISTO PROTECCION Y FAVOR DEL OPULENTO MORNÝ

La alianza del duque, omnipotente y libertino, con el usurero suizo, calculador y rapaz, tenía que producir los más desastrosos resultados. El segundo, para interesar al primero, ofrecióle un treinta por ciento sobre los criminales logros que, con la intervención, prometíanse obtener en aquel préstamo leonino. De 3.750.000 francos, facilitados a cambio de catorce millones en bonos del Tesoro Mexicano para amortizar a plazos fijos, la deuda fué inflada hasta setenta y cinco millones.

Debe recordarse que la fulgurante carrera del irresistible duque, en el segundo imperio, comienza cuando se adhiere

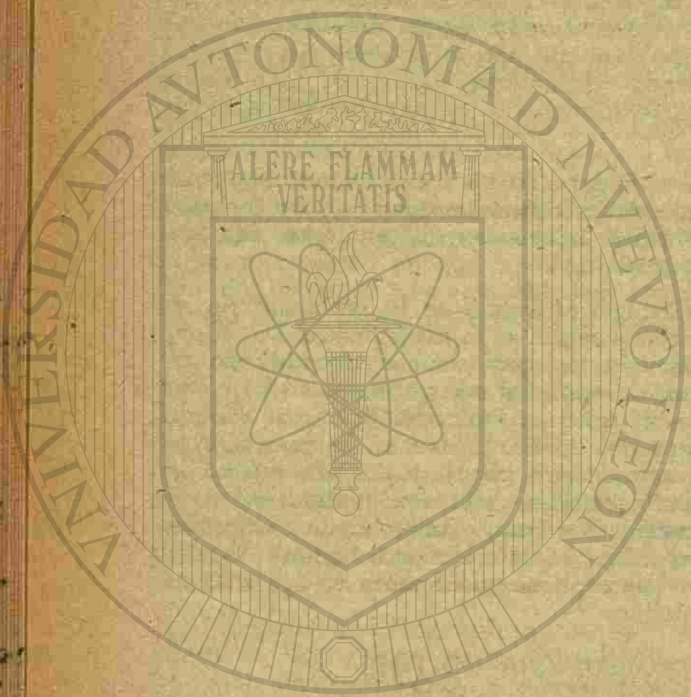
a su medio hermano, apenas a éste empieza a sonreírle la fortuna, que por tanto tiempo se le manifestará huraña; pero jamás alardeó, en Francia por lo menos, de tan estrecho parentesco imperial. Si acaso cuando estuvo de embajador en San Petersburgo, donde casó con una gran dama rusa —Sofía, princesa de Troubetzkoy— insinuará su origen. Que no es raro que los espurios se ufanan de su ilegítima procedencia, como sea procerca.

Será entonces, en el imperio de los zares, cuando el duque, en el centro del blasón de su deslumbradora carroza de gala, ostentará una HORTENSIA, sobre este mote: "**Tace, sed memento**" (Cállate, pero acuérdate).

Presto a usufructuar, en provecho de su erotomanía y de sus deleites, las situaciones según se le presenten, el De Morny, cínicamente desdeñoso de las convicciones cuando son rémora a la prosperidad, agregóse al carro triunfal de su medio hermano Luis Napoleón, quien, a raíz del golpe de Estado, encomendóle la cartera del Interior. Y, sin el mínimo sonrojo, dió la voltereta del orleanismo, para ocupar un puesto en que su sed febril de insaciable codicioso, podía ser, si no colmada, sí por lo menos templada. "Amigo de los príncipes, y muy a la moda en la sociedad orleanista; hombre de placeres y de negocios, interesábase igualmente en los salones, en la Bolsa y en la política.

COMO POR ILEGITIMO EUGENIA NO PODIA RECONOCERLE CONSIGUIOLE UN APELLIDO

"El conde Augusto de Morny había nacido en París el 23 de octubre de 1811, y siendo hijo adulterino, no pudo ser reconocido por su madre la reina Hortensia, ni por su padre el general Flahaut. Un hombre obscuro de Auvernia, llamado Demorny, le dió su nombre, y fué educado por una mujer inteligente y de talento, conocida por sus triunfos literarios, Adela Filleul, casada en primeras nupcias con el conde de Flahaut y en segundas con el barón de Souza".



Cábala de Aventureros, Bastardos y Renegados

—Continúa y concluye—

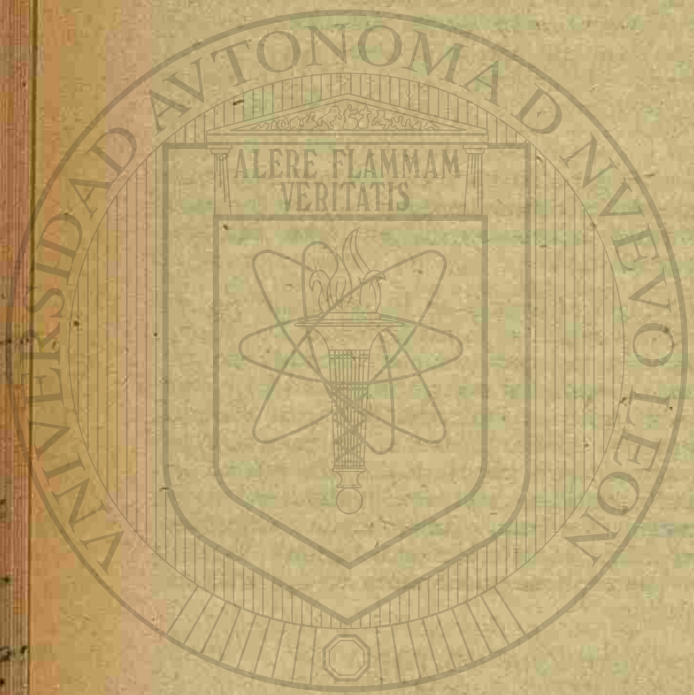
Morny pedía a la vida todo cuanto de agradable, brillante o deleitoso puede dar — Inconcebible desfachatez, en amores como en negocios — Bajo la protección de diestra amante llegó a ser el personaje más influyente del Imperio — Sólo a hurtadillas Hortensia contemplaba al fruto de una adúlterina pasión — Mme. Lehon, maestra en especulaciones — Tirón de orejas por un desvío — Morny declara que hará íntimas amigas de su querida y de su esposa — Acaba sucumbiendo aniquilado por los excesos y las pildorillas de cantéridas — Waleski, otro bastardo prominentísimo — Indicios de que Maximiliano era hijo de "L'Aiglon" y de la archiduquesa Sofía — Tácita bendición conyugal junto al lecho del agonizante.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA



Cábala de Aventureros, Bastardos y Renegados

—Continúa y concluye—

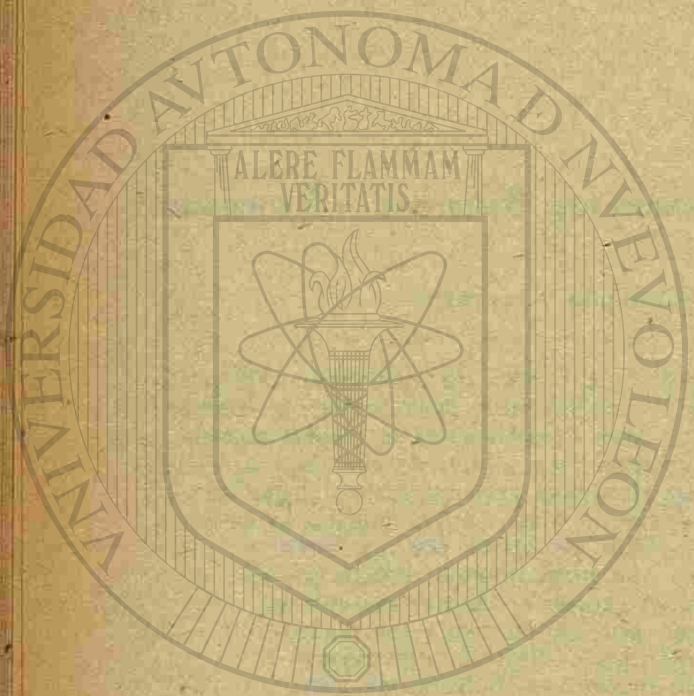
Morny pedía a la vida todo cuanto de agradable, brillante o deleitoso puede dar — Inconcebible desfachatez, en amores como en negocios — Bajo la protección de diestra amante llegó a ser el personaje más influyente del Imperio — Sólo a hurtadillas Hortensia contemplaba al fruto de una adúlterina pasión — Mme. Lehon, maestra en especulaciones — Tirón de orejas por un desvío — Morny declara que hará íntimas amigas de su querida y de su esposa — Acaba sucumbiendo aniquilado por los excesos y las pildorillas de cantéridas — Waleski, otro bastardo prominentísimo — Indicios de que Maximiliano era hijo de "L'Aiglon" y de la archiduquesa Sofía — Tácita bendición conyugal junto al lecho del agonizante.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA



CAPITULO VIII

CABALA DE AVENTUREROS,
BASTARDOS Y RENEGADOS

—Continúa y concluye—

"Cuando te aconteciete hablar con nuestros hombres de Estado, menosprécialos, en tu fuero interno. Guárdate de juzgarlos por su magnificencia esplendorosa".

MENG-TSE

PIDIENDO —De Morny— a la vida todo cuanto puede tener de brillante y de agradable, buscaba el dinero, más para gastarlo con prodigalidad y con fausto...".
"Tan inteligente en pintura como los más prácticos y poseedor de una magnífica galería de cuadros, todos escogidos y comprados por él; muy aficionado a las carreras, hábil en todos los **sports**; amante de las letras, de las artes, del periodismo, de los negocios y de la política; autor de algunas graciosas piezas escritas en momentos de ocio; iniciado en los secretos de todos los bastidores, de los del teatro y de los de la bolsa; hombre de salón, socio de **club**, **diletante**, especulador, industrial y hombre de Estado, sabiendo vivir tan bien

como obrar, se mezcló en todo, y en todo tuvo buen éxito. Entregado a una vida agitada y febril, ocultaba pasiones ardientes bajo una calma de buen trato y una serenidad inalterable. Seductor en política como en amor, y tan tranquilo en su sillón de presidente del Cuerpo Legislativo como en el salón de una gran dama, dirigiendo con tanto talento una alocución a los diputados como un cumplido a una hermosa mujer, debía ser hasta su muerte —creado duque en 1862, falleció en marzo de 1865— y en todas las cosas un hombre de fortuna y a la moda. Su suerte le concedió como último favor la gracia de que no viera más que la buena época de un régimen cuyos desastres y caída habría evitado tal vez si hubiese podido vivir algunos años más.

INCREIBLE DESFACHATEZ DE MORNY EN POLITICA COMO EN EL AMOR Y EN LAS ESPECULACIONES

Un rasgo que pone al desnudo la imprudencia de Morny, es el siguiente:

El lunes 10. de diciembre de 1851 —víspera del golpe de Estado que de la Presidencia de la República iba a llevar a Luis Napoleón al trono imperial de Francia—, al penetrar en el palco de Mme. Liadières, en la Opera Cómica, sostiene con ella este diálogo:

—“Se habla mucho de un escobazo —dícele la dama—, ¿de qué parte estará usted?”

—“De la parte del mango —contéstale— y después se marcha al Elíseo. “Arbitro de la elegancia en París, llegó a ser el centro de atención de Francia entera”.

Dado lo novelesco del personaje, ese gran señor tan capuloso como inescrupuloso, y dada también la decisiva y directa intervención que en los acontecimientos de una de las más aciagas épocas de nuestra historia tuvo, suponemos que el lector habrá sentido excitada su curiosidad por conocer más minuciosamente los perfiles del famoso especulador y libertino. En consecuencia, transcribiremos algunos otros o significativos o sabrosos pasajes de su existencia, que muestran las particularidades de su carácter.

BAJO LA AMOROSA PROTECCION DE UNA HABIL MUJER FUE EL PERSONAJE MAS INFLUYENTE DEL IMPERIO

Su protectora inicial fué la condesa Lehon, mujer del primer embajador, en París, de la recién nacida monarquía belga, el alma de cuyo palacio era Morny, “el Parisiense Supremo”.

Sucesor del príncipe de Orleans, su dominio soberano en el imperio de los afectos, arraigaba aún mas hondamente en el mundo parisiense que el de su brillante antecesor en el reino social. Y si, por cuanto al talento se refiere, continuaba sin desventaja las tradiciones del lugar, aportaba asimismo sus dotes personales de árbitro de la moda y de experto en los negocios, en los negocios bursátiles, sobre todo.

“Así era como, el hotel de la condesa Lehon, aparecía al mismo tiempo cual un santuario en que se rendía culto, a un amor que París consideraba hacia largo tiempo capaz de durar eternamente, y cual un templo de Mercurio; muy apreciado en una época que sabía encontrar las ayudas necesarias a las grandes empresas financieras y a las especulaciones audaces.

“Pero ¿habrá por qué temer el decirlo?, el vice-emperador que reinaba en esa casa, antes de hablar como amo, hizo su aprendizaje como escolar. Morny, que olvidó el camino el día que casó con una princesa rusa, había penetrado allí más rico en esperanzas que en dinero. Fué la condesa Lehon la que, al hacerle descubrirse a sí mismo, le dió, con su inteligencia y sus consejos, el medio de conducir ambiciones y fortuna con acordado paso.

“Al llegar la hora de separarse, la condesa experimentó un dolor tan grande, que sólo se mitigaba al considerar, no sin orgullo, el alto grado de poderío que Morny alcanzaba; porque Morny era, en parte, obra suya y bajo su dirección había hecho los primeros pinitos por el camino temerario. Con la satisfacción que este buen éxito —formar a un hombre— produce, pronunció entonces la famosa palabra que denunció su despecho y su arrogancia:

—“Teniente tómelo, embajador lo suelto...”

“De antiguo databa la solicitud de la condesa hacia Mor-

CAPILLA ALFONSO
UNIVERSIDAD

ny. Desde que este último alegraba su juventud con mil pecados veniales y aventuraba en la existencia un paso en falso, Mme. Lehon fué indirectamente encargada, si no de velar por él, a lo menos de impedir que se comprometiera en una forma irreparable.

"De esta manera, Mme. Lehon sólo representaba el papel de intermediaria entre el niño, un tanto abandonado a sus propias fuerzas, y la madre, cuyas preocupaciones aumentaban a medida que los años. En carteo constante con la reina Hortensia, hija de Josefina Beauharnais, primera esposa de Napoleón I, y mujer del rey Luis de Holanda, convertíase en el confidente íntimo de las inquietudes maternas de aquella.

SOLO A HURTADILLAS Y MUY RARA VEZ PODIA HORTENSIA CONTEMPLAR AL HIJO ADULTERINO

"Nadie ignoraba que las vehementes protestas elevadas por el rey Luis de Holanda, cuando el nacimiento de Napoleón III, hijo, a lo que se asegura, del almirante Veruel, hubieron de ser redobladas cuando vino, completamente inesperado para aquél, quien llegó a convertirse en el duque de Morny.

"Pero, mientras tanto, el capricho de su mujer había virado, y sus nuevos amores debían conducirla a contratiempos todavía más embarazosos.

"El general conde Carlos de Flahaut había llegado a ser el ídolo de los salones, a los que dedicaba todos los instantes que sus campañas del Primer Imperio le dejaban libres; pero ninguna de todas las damas que la corte frecuentaban, sentíase más irresistiblemente atraída por él, que Hortensia de Beauharnais.

"El joven DEMORNY, solapadamente educado por Mme. de Souza, no vió a su madre sino en raras ocasiones. Sólo una vez los azares de un viaje por Alemania pudieron poner frente a frente a la ex reina de Holanda y al viejo general del Primer Imperio, con quien iba su hijo.

"¡Pero las entrevistas, cuán fugitivas!

"Sólo rodeada de mil precauciones y bajo el disimulo de un nombre supuesto, podía Hortensia contemplar las facciones de su hijo y compararlas con las del otro; con las del que an-

dando el tiempo debía llegar a ser Napoleón III, emperador de los franceses.

"La única fuente de información de la amante madre, el único medio de calmar sus zozobras y sus inquietudes, era la correspondencia por camino de atajo sostenida con Mme. Lehon. Entre las recriminaciones a la familia Bonaparte; entre las angustiosas preguntas sobre la pensión que no llega; entre las quejas contra el rigor conyugal, transparentanse a menudo alusiones al hijo, a su manera de vivir y a sus estudios.

MME. LEHON LE ADIESTRO PARA QUE EMPRENDIERA ESPECULACIONES TAN ARRIESGADAS COMO PINGUES

"Mme. Lehon dedicó desde muy temprano un vivísimo interés a aquel joven que, bajo nombre supuesto, encubría un origen ilustre.

"Pasados los años de la infancia, cuando, al regresar Morny de una breve campaña en Argelia, hubo vuelto a París, la reina Hortensia comprendió que su hijo, ya adulto, desde las primeras tentativas iba a contar con la inesperada ventaja de ser ayudado por una amiga abnegada, en los juegos del azar y la fortuna.

"Cuando el joven no empleaba su día en animar con su talento y su presencia la corte, un si es, no es descolorida, del rey Luis Felipe; pasábalo tendido a los pies de la linda condesa Lehon, quien, gracias a su influencia y a sus dotes de mujer de negocios, y por espacio de quince años, habría de proporcionarle una áurea existencia de amor.

"El viejo Messelmann, como hábil financiero, había heredado a su hija la pingüe renta que producía la mina de la Vieille-Montagne, sita en las proximidades de Lieja y, en carbón, hierro, cobre y zinc, una de las más ricas de Europa. Siguiendo sus consejos, Morny colocó los cuatrocientos mil y algo más de francos que poseía, y a la vuelta de pocos años vió cuadruplicada su fortuna; lo que le permitió, siempre apegado a los consejos de su protectora, asociarse a otras empresas que le sirvieron de instructivos ejercicios preliminares para los vastos proyectos que posteriormente debía acometer, cuando el golpe de Estado de diciembre le transformara en el segundo —primero, en realidad— personaje de Francia".

CON UNA LECCION OPORTUNA LA ESPECULATIVA AMANTE
PRUEBA A MORNY QUE TODAVIA NECESITA ANDADERAS

La pareja sostenía, vecino al hotel Lehon, un nido más modesto para dar completa satisfacción a sus amorosos arrebatos. Sin embargo, Morny incurría en escapatorias que sus treinta años quizás disculparan, y a las que sucedían reconciliaciones, sin duda interesadas, pero que han de haber ido depositando un amargo sedimento en el corazón de la condesa.

Asegúrase que desde el principio de aquella intimidad, ella se propuso darle una severa lección, para refrescarle la memoria de la gratitud que le debía.

"Habiendo Morny jugado y ganado repetidas veces a la Bolsa, olvidadizo de los consejos que acababan de guiar su buena estrella, resolvió probar sus propias fuerzas. Reciente querella empujábale a ensayar un ademán de independencia; pero, cándido escolar, apenas si sospechaba entonces los arides femeniles.

"Así, pues, recibió la siguiente carta, que juzgó sincera:

"Caballero: ¿Cuando ya no se ama, no es posible reemplazar el amor con la amistad? Volved a mi lado como amigo. La suma que habéis ganado no redondea la fortuna de un perfecto caballero; tengo el propósito de que la tripliquéis. No firmo ya esta carta como vuestra amante, sino como vuestra amiga".

Trescientos mil recién adquiridos francos fueron, a instancias de la pérdida, comprometidos en condiciones adversas y rápidamente se perdieron.

"Poco menos que en la ruina, urgido por la necesidad de "rehacerse", Morny, abandonada ya la idea de la ruptura, regresó a la escuela de la condesa y, con su humilde sumisión, se hizo perdonar la calaverada".

Pero cuando llega de Rusia la noticia de que Morny está a punto de casarse, la señora embajadora siente que le ponen la mostaza en las narices y, fuera de sus casillas, escríbele una carta amenazante en que le invita a desmentir el rumor, "si no quiere le deshonre, a él y a otros muchos, con la publicación de documentos relativos al golpe de Estado "que dicho-samente obran en mi poder".

CON SU PROVERBIAL DESCARO MORNY DICE QUE SE
CASARA Y QUE SU AMANTE SERA AMIGA DE SU MUJER

Pero como se verá por la respuesta, el descarado duque no se dejaba desarmar tan fácilmente:

"Me caso... El Emperador lo quiere y Francia lo desea. Mientras que estuve en el poder, los informes de la policía, repetíanme siempre: Casáos... Casáos... ¡Espero y deseo que mi mujer no tenga mejor amiga que vos, y que no perderéis la costumbre de frecuentar el camino de Baden!"

Napoleón III, al percibir barruntos de que la condesa había entregado a los Orleans papeles comprometedores, echó a rastrear con toda prontitud a dos de sus más hábiles sabuesos policíacos. La condesa fué comprada y Morny celebró su casamiento...

Sin embargo, la Lehon reclamaba, además, indemnizaciones que la compensaran de una ruptura inesperada, y declarábase dispuesta a entablar un proceso "por restitución de sumas retenidas contra todo derecho".

Ante el inminente amago de un escándalo, que de fijo daría pábulo a los ataques de la oposición; "sin querer dar oídos a la parte contraria, sin escuchar a Morny, que se consideraba como libre de toda deuda con su ex amante, Napoleón tomó el asunto por su cuenta y resolvió, costare lo que costare, concederle la indemnización que ella reclamaba".

"No hubo más remedio que inclinarse ante la voluntad imperial, y tres millones quinientos mil francos fueron concedidos a la condesa, por cuenta de la fortuna personal de Mlle. Troubetzkoï" —La futura esposa del embajador en Rusia.

ANIQUILADO POR LOS EXCESOS Y EL ABUSO DE LA
CANTARIDA ACABA SUCUMBIENDO EL GRAN SEÑOR

El duque de Morny hubo de sucumbir aniquilado por los excesos, que, para sostener artificialmente sus energías, le obligaban a abusar, a semejanza de su medio hermano, y para estímulo del agotado organismo, del consumo de las pildorillas de cantáridas.

Al respecto, en "La Vie Galante aux Tuileries", obra ya citada, los autores hacen esta referencia, al describir las orgías a que Luis Napoleón desenfrenadamente se entregaba, —la "caza de las gacelas", para la que no se reclutaban mujeres de los lupanares de París, sino **piezas mayores**: "Sea lo que fuere y, según opinión de los médicos, "estas cazas de las gacelas irrogaron al Emperador mucho más daño que las famosas píldoras de cantárida, de que abusaba, lo mismo que su hermano el duque de Morny".

Este fué en suma el tal personaje, un mucho "gigolo" y otro mucho gran señor; cuya desapoderada fiebre de riqueza iba a excitar aquel siniestro Jécker, aquel ávido Shylock suizo que acabó liquidando sus truhanerías colosales en el arroyo de París, fusilado por la Comuna en 1871; mientras su socio y aliado debía precederle en el viaje inexorable, que emprendió desde su mullido lecho y cuando estaba en el apogeo de su grandeza, si bien es cierto reblandecido, minado, deshecho por sus desmesurados excesos sexuales.

Personaje que había de dar pie a Alfonso Daudet para escribir algunas de las más notable páginas de su "Nabab".

OTRO BASTARDO PROMINENTISIMO ERA WALESKI, HIJO DE NAPOLEON I Y MINISTRO DE NEGOCIOS EXTRANJEROS

Espurio no menos conspicuo, cuya personalidad más que nada se destaca precisamente por el padre que lo engendró —Napoleón I, en el episodio amoroso más tierno y más sentimental de su tan poco afortunada existencia de fogoso y pasional enamorado—: Alejandro Florián José Colonna, conde de Walewski.

Fracasada la insurrección de su patria —Polonia—, naturalizóse francés y acabó pasando a la legión extranjera, donde alcanzó el grado de capitán. Tuvo a su cargo las funciones de director de los Negocios Arabes en Orán, las que dimitió en 1837 para radicar en París y dedicarse al periodismo, a la producción teatral, a la vida de sociedad. En 1840 se inicia en la carrera diplomática y es, sucesivamente, ministro plenipotenciario en Nápoles, en Madrid, en Londres.

Bajo el imperio continúa en dirección ascendente su carrera de hombre público: de 1855 a 1860 es ministro de Negocios

Extranjeros, carácter con que preside el Congreso de París en 1856; dos veces asume la presidencia del Cuerpo Legislativo —de 60 a 63 y de 65 a 66.

No menos afortunado que Morny porque la muerte, que le cerró los ojos el mes de septiembre de 1868, evitóle ser espectador, o víctima quizá, en el derrumbamiento del trono de Napoleón III, su sobrino.

Conjetúrase que Walewski debió la gran posición que durante el Imperio le fué conferida, a las relaciones que el monarca sostenía con su mujer.

Sobre este particular, al reverso de una vieja reproducción fotográfica del retrato, por Dubufe, de la mujer del príncipe, tuvimos oportunidad de leer una curiosa anotación, manuscrita en francés, y que, traducida a nuestro idioma, expresa lo siguiente:

"CONDESA WALESKA —nacida Anne Marie de Ricci— por Dubufe.

"Es la **segunda** vez que una condesa Waleska representa un papel en la vida de un Bonaparte.

"La primera condesa Waleska era de origen polaco y fué la querida de Napoleón I y le dió un hijo. (El conde Waleski que, siendo ministro de Negocios extranjeros bajo Napoleón III, casó con Anne Marie de Ricci, que no tardó en llegar a ser, bajo el nombre de condesa Waleska, querida de Napoleón III).

INDICIOS DE QUE MAXIMILIANO NACIO DEL DUQUE DE REISCHTADT Y DE LA ARCHIDUQUESA SOFIA

Este desfile de adulterino prepotentes, o de sospechosos de haberlo sido, termina y culmina con quien asumió el papel de protagonista en el complot que con la vista fija en México todos ellos tramaron. Con el archiduque Maximiliano de Austria, con aquel príncipe indeciso, otolondrado, voluble, soñador, asténico, incoherente; de quien hay indicios de que fué fruto de ilícitos amores que el duque de Reischadt —el hijo del Gran Corso— sostuvo con la archiduquesa Sofía.

¡Hijo, sí, de aquel enjaulado aguilucho —"águila empollada en un gallinero"—, cuyas ansiosas alas despedazábanse

contra los hierros del disimulado presidio que Metternich le improvisó en el lúgubre castillo de Schoenbrunn!

Con respecto a esas relaciones, Juan B. Erseñat, en su "Napoleón II (L'aglon) Martirio de un Príncipe", expresa: "Decíase que el joven duque tenía relaciones íntimas con su tía la Archiduquesa —la princesa Sofía, hija del rey de Baviera y esposa del Archiduque Francisco Carlos José—, y, no ha mucho, el barón Oscar de Watteville afirmaba a Alberto Lombroso: "Puedo asegurar a usted que, según una voz muy acreditada y según informes muy serios, el actual emperador Francisco José resultaría ser hijo del duque de Reischstadt y por consiguiente nieto de Napoleón I. La amistad y la ternura de su tía, puramente intelectuales según unos, parece que fueron, según otros, una verdadera pasión y un amor verdadero, pues nadie ignora, en Viena, la inclinación que la madre del Emperador tuvo por el Rey de Roma convertido en coronel y príncipe austríaco".

EN LAS RECONDITECES DE UN COFRECHITO DE JASPE FUE OCULTADO DOCUMENTO DE REVELADORA ELOCUENCIA

Y, por lo que directamente a la paternidad de Maximiliano se contrae, existe un documento que muchos califican de irrefutable, y que el anticuario James Henry Duvec incluye en sus Memorias. Dice éste haber sido encontrado, cuando él era aún niño, en escondido sitio de una cajita de jaspe de doble fondo, y gracias a que el papel apareció al escapársele de las manos, el cofrecillo, a un su hermanito menor.

Se trata de una carta que Duvec, en cuanto se hubo enterado del contenido, volvió a ocultar en la parte secreta del mueblecillo, que por desgracia durante una ausencia suya fué vendido, y que jamás, por inauditos que fueron los esfuerzos que hizo para recuperarlo, volvió a tener en su poder.

Duvec, profundamente impresionado por la pasmosa revelación que sus ojos habían tenido, empenósese en hacer investigaciones y en sacar deducciones, y así llegó a la conclusión de que aquellas líneas, escritas de puño y letra y firmadas por la mano de Napoleón II, las había trazado éste para su hijo Maximiliano.

Decían así:

"Mi bien amado hijo: Yo, vuestro infortunado padre, me preparo a abandonar este mundo en el mismo instante en que

vos acabáis de llegar a él. Este demonio de rostro humano, Metternich, se ha dado cuenta de que no he de vivir mucho tiempo. Mis locuras han sido provechosas a sus designios. Temo que sepa el secreto de vuestro nacimiento. Para preveniros en contra suya, escribo la presente carta, con la esperanza de que la conozcáis en un momento en que os sea posible pensar con libertad. Nada os dirá vuestra madre; ella considera una vergüenza el haber llevado a un hijo que es el nieto y el verdadero heredero del más grande hombre que ha existido, y un día os será dado cumplir vuestro destino.

"Francia reclamará un día, para gobernarla, al descendiente directo del más grande de sus hijos, y cuando llegue ese día, deberéis proclamar en voz alta vuestro origen. Sois, en efecto, de sangre imperial por los dos costados.

"Envío este cofrecito de joyas a vuestra madre, con la petición póstuma de que lo guarde para vos hasta el día en que lleguéis a ser adulto, y que entonces os lo entregue. Temo mucho que ella os calle siempre que éste es un regalo mío, tanto es lo que teme comprometerse.

"Con todo, he encargado a dos de mis amigos os digan, cuando lleguéis a los veintidós años, que esta cajita era mía y que puede conferirnos un gran poder. Espero que este simple mensaje despertará vuestra curiosidad lo suficiente para incitaros a romper el cofrecillo y descubrir mi carta.

"Mi pobre espíritu ha llegado al límite de sus fuerzas. Sólo puedo orar para que un ángel bueno se encargue de aquella misión y para que se os haga justicia.

"Vuestro padre que agoniza,

NAPOLEON II

Las resoluciones a que Duvec llega, parecen completamente razonable y lógicas.

CUANDO EL AGUILUCHO AGONIZABA LA ARCHIDUQUESA COMULGO A SU LADO

Ahora bien, examinemos lo que por otra parte escribe Mauricio Paléologue en "Isabel Emperatriz de Austria - La siniestra herencia de los Witelbasch".

"El duque de Reischstadt le inspiró — a la archiduquesa Sofía — una amistad tan tierna, que se sospechaba que había sido su amante, la única mujer que diera al desventurado **Aguilucho**, la plena revelación del amor. Cuando, el 13 de junio de 1832, pocos días antes de su muerte, el duque recibió los supremos viáticos, Sofía comulgó al lado del agonizante para atraer la bendición divina al hijo que llevaba en el seno, y que debía ser el archiduque Maximiliano, el futuro emperador de México. ¿Hay que ver, en esta comunión simultánea, un matrimonio espiritual *in extremis*, y hay que concluir de él, que el rey de Roma era padre de Maximiliano?" Sin embargo, Paléologue pone el reparo de que, para la época de la concepción, el duque "ya estaba consumido por la tuberculosis, extenuado por la tos, la fiebre y los sudores"; así como de que el barón de Prokesch-Osten, su confidente más íntimo, testimonia que: "El duque de Reichstadt bajó a la tumba sin conocer mujer".

Como quiera que sea, para la época a que nuestro relato se remite, completa está ya la banda de aventureros, de renegados y de bastardos que se disponía a precipitarse sobre México, cual una ronda de aves de rapina, prestas a devorar, impunes, una presa todavía enjundiosa, aunque herida, agotada, derribada, sangrante y expirante.

Pero de Maximiliano, lo mismo que de otros personajes que por aquí desfilaron, hemos de ocuparnos in extenso, como cabeza visible y como víctima propiciatoria del transitorio y trágico segundo imperio mexicano.

El audaz que cambió un trono por un perjurio

Luis Napoleón, frecuentador familiar de vitandos lenocinios — Captúrasele en una redada de malvivientes — Su convencimiento de la grandeza que su estrella le deparaba — Para verla realizada no hay barrera que le intimide — Deploraba que los Bonapartes murieran jóvenes y en el destierro — Aunque abismado en el infortunio prometía saldar favores cuando fuera emperador — Tentativa revolucionaria de Boulogne y estrepitoso fracaso — Ni prisionero le abandonaba su alucinante ilusión — Despunta al cabo la auro-ra de su exaltación — De cómo doraba la píldora de sus verdaderos designios sobre México — Con la Montijo fué por lana y salió trasquilado — En un archiduque nostálgico de poder descubre al instrumento de sus maquinaciones.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPILLA ALFONSO
UNIVERSIDAD



"El duque de Reischstadt le inspiró — a la archiduquesa Sofía — una amistad tan tierna, que se sospechaba que había sido su amante, la única mujer que diera al desventurado **Aguilucho**, la plena revelación del amor. Cuando, el 13 de junio de 1832, pocos días antes de su muerte, el duque recibió los supremos viáticos, Sofía comulgó al lado del agonizante para atraer la bendición divina al hijo que llevaba en el seno, y que debía ser el archiduque Maximiliano, el futuro emperador de México. ¿Hay que ver, en esta comunión simultánea, un matrimonio espiritual *in extremis*, y hay que concluir de él, que el rey de Roma era padre de Maximiliano?" Sin embargo, Paléologue pone el reparo de que, para la época de la concepción, el duque "ya estaba consumido por la tuberculosis, extenuado por la tos, la fiebre y los sudores"; así como de que el barón de Prokesch-Osten, su confidente más íntimo, testimonia que: "El duque de Reichstadt bajó a la tumba sin conocer mujer".

Como quiera que sea, para la época a que nuestro relato se remite, completa está ya la banda de aventureros, de renegados y de bastardos que se disponía a precipitarse sobre México, cual una ronda de aves de rapina, prestas a devorar, impunes, una presa todavía enjundiosa, aunque herida, agotada, derribada, sangrante y expirante.

Pero de Maximiliano, lo mismo que de otros personajes que por aquí desfilaron, hemos de ocuparnos in extenso, como cabeza visible y como víctima propiciatoria del transitorio y trágico segundo imperio mexicano.

El audaz que cambió un trono por un perjurio

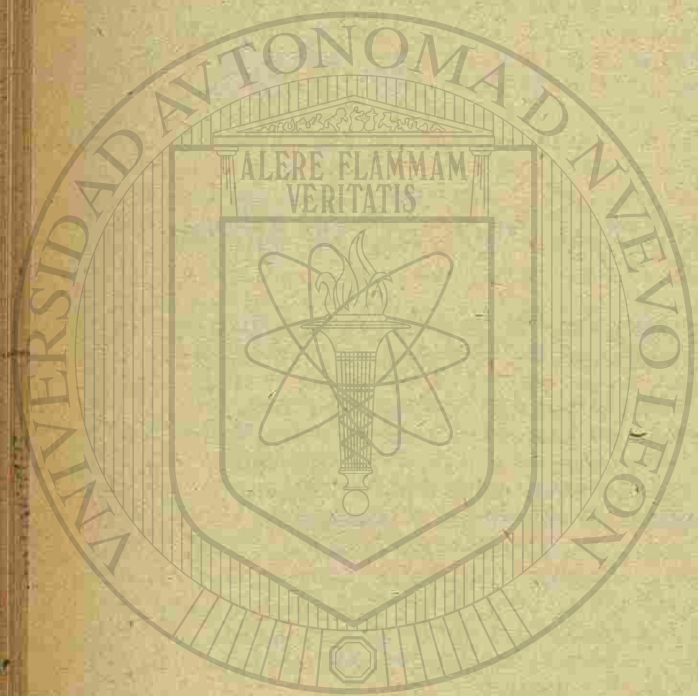
Luis Napoleón, frecuentador familiar de vitandos lenocinios — Captúrasele en una redada de malvivientes — Su convencimiento de la grandeza que su estrella le deparaba — Para verla realizada no hay barrera que le intimide — Deploraba que los Bonapartes murieran jóvenes y en el destierro — Aunque abismado en el infortunio prometía saldar favores cuando fuera emperador — Tentativa revolucionaria de Boulogne y estrepitoso fracaso — Ni prisionero le abandonaba su alucinante ilusión — Despunta al cabo la auro-ra de su exaltación — De cómo doraba la píldora de sus verdaderos designios sobre México — Con la Montijo fué por lana y salió trasquilado — En un archiduque nostálgico de poder descubre al instrumento de sus maquinaciones.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPILLA ALFONCINA





CAPITULO IX

EL AUDAZ QUE CAMBIO UN
TRONO POR UN PERJURIO

"Cuando se mide al hombre y se le halla tan pequeño, y a continuación se mide el éxito y se le encuentra tan enorme, es imposible que el espíritu no experimente sorpresa alguna. Uno se pregunta: ¿cómo ha hecho?"

VICTOR HUGO.

UNA de las carreras políticas más inusitadas e increíbles, entre todas las de aquellos personajes que, por sus infamias o por sus aciertos, han requerido un sitio en las páginas de la historia universal, es, sin lugar a duda, la de aquel príncipe, de no bien definida paternidad, que llegó a ser Napoleón III emperador de los franceses.

Y todavía más maravillosa, si se detiene uno a reflexionar un poco sobre su indolencia, sobre su desidia, sobre su molición, que todos entre sus características le reconocen. "La laxitud moral era en él mayor que el cansancio físico". "Soñador irresoluto y fatalista".

HABITUAL FRECUENTADOR DE LOS PEOR
AFAMADOS HOTELUCHOS DEL PARIS LENON

Como hombre, no era más que un despreciable crápula, un perverso de instintos canallescios, un merodeador de bajos placeres en los sórdidos tabucos de la prostitución barata.

Pudo quedarse en simple y equívoco malviviente vigilado por la policía, pero la caprichosa fortuna le llevó a empuñar un cetro y en el poder le sostuvo por más de cuatro lustros; a partir del momento en que se tuerce el rumbo de su destino; y, empezando por ascender a la presidencia de la República Francesa, acaba traicionando los principios más ostensible y ruidosamente por él mismo preconizados y, erigiéndose en el amo absoluto de un gran pueblo, —más tarde habrá de influir decisivamente en la suerte de toda Europa—, ciñe la corona imperial.

Alejado casi de continuo de su padre, aquel pobre rey Luis de Holanda, indulgente esposo, a quien como ya se ha visto sorprendió el nacimiento de Luis Napoleón, al extremo que se desató en las más fogosas protestas, porque la paternidad del recién nacido era atribuida al almirante Veruel, —como con posterioridad la del duque de Morny se imputó al general conde de Flahaut—, la fisonomía moral acabó de serle moldeada por la casquivana reina Hortensia, su madre.

Luis Napoleón, empecatado libertino, ni en sus días de más deslumbrante esplendor consiguió despojarse de aquellas sus inclinaciones de juventud, que tan intensamente habíanle hecho saborear con urente fruición, las tóxicas exorbitancias del vicio plebeyo y mercenario.

La crónica escandalosa ha conservado pruebas palpables de sus canallescias propensiones.

"Llegado a Francia en 1831 con autorización de Luis Felipe, afirmase que frecuentaba los chiribitiles de la calle Moutetard y de la plaza Maubert, mientras hacíase aparecer como enfermo y encamado. Gustaba del espectáculo del desenfreno, espectáculo que seguramente ofrece su interés, ya que hay numerosos novelistas que, para documentarse, se despojan de todo temor. Y bien sabido es que Luis Napoleón no dejaba de tener sus coqueteos con la literatura.

LLEGO A CAER EN UNA REDADA DE
MALVIVIENTES COGIDA EN UN CUBIL

"El 7 de mayo de 1831, el dilettante apasionado de las comilonas con dipsómanos y meretrices, de las grescas bodegoneras, de los solaces galloferos, fué arrestado en un hotel sórdido y conducido a Sainte Pélagie. Vestía una blusa sucia y se calaba una gorra de chulo. Pero se le identificó, y Casimiro Périer, entonces ministro, hizole caer en la redada y vigilar muy estrechamente. ¿Cómo explicar semejante vestimenta? De qué extrañas orgías era concurrente, como espectador o como héroe? Jamás se llegó a averiguarlo. Como el asunto trascendía al público, su madre, la reina Hortensia, pretendió que algunas veces se disfrazaba de aquella guisa para estudiar de más cerca, sobre lo vivo, el pauperismo, al cual consagró él un volumen. Eugenio Sue, ahijado de la reina Hortensia, utilizó este singular episodio en los *Misterios de París*".

Pero sus escapatorias por los tabucos de la Venus tarifada, por las encrucujadas de la rufianería más execrable, no apartarán un punto a Luis Napoleón de sus actividades de tenaz conspirador. Su pertinacia a este respecto, es sencillamente pasmosa; gracias a ella varió la derrota de su fortuna, y desde los cubiles de la más infame malvivencia encaramóse al solio imperial.

TENIA LA CONVICCION DE QUE ESTABA
LLAMADO A SER UNGIDO EMPERADOR

Fracasos de que otros hubieran salido aniquilados, no consiguen quebrantar su perseverancia ni su fe en el resultado final. Con razón alguien tuvo el acierto de llamarle "obrero de su propio destino". La convicción del triunfo final de sus ambiciones, nos le hace aparecer, en este particular, como un vidente.

Porque si en todos los demás aspectos de su carácter, muéstrase perezoso en la volición, indeciso en la acción, somnoliento en la realización; cada vez que conjetura llegado el momento de adueñarse del poder, sacudirá su habitual flemma y se lanzará a la lucha temerariamente.

Ni treinta y tres años de exilio con un paréntesis de seis años de cautividad, influirán para hacerle desistir de su designio; porque incubaba la fe de un predestinado.

Y como buen político, o como buen cínico, términos que a la postre acaban confundiendo, atropellará con todo; sin pararse en medios triturará todos los obstáculos que le cierren el camino; pisoteará hoy los principios que ayer como buenos proclamaba, y sin el menor escrúpulo, conspirará, infatigable, para derrocar al hidrópico monarca que, al depararle Nueva York por destierro, otórgale, magnánimo, un socorro en metálico —quince mil francos en oro—.

OBCECADO EN LA IDEA DE ADUENARSE DEL PODER NO HABIA BARRERA QUE LE DETUVIESE

Hojeése su biografía o su correspondencia y se palpará la seguridad con que avanzaba hacia su victoria, próxima o lejana, pero indubitable.

No consideraba una barrera la cláusula aquella de la ley de 12 de enero que desterraba para siempre del reino a los miembros de la familia del Gran Corso. Rezaba así: "Los ascendientes y descendientes de Napoleón Bonaparte, sus tíos y tías, sus sobrinos y sobrinas, sus hermanos, sus mujeres y sus descendientes, quedan excluidos del reino perpetuamente y están obligados a salir de él en el término de un mes bajo la pena marcada en el artículo 9o. del Código penal".

Ley que incluía también la proscripción de los regicidas, pero mejor fué derogada en esto, el 2 de septiembre de 1830, que en lo que alcanzaba a la familia Bonaparte; cuyos bienes, por añadidura, estaban en Francia confiscados.

A despecho de las adversidades más aniquiladoras, su madre, la reina Hortensia, no se dejaba tampoco desarmar por ellas, y a principios de la década del 30, impávida, escribía: "Ha nacido para llevar a cabo grandes cosas".

Y él mismo, el 30 de enero de 1834: "Sé que significa mucho por mi nombre, pero todavía nada por mí mismo; aristócrata de nacimiento, demócrata por naturaleza y por opinión, tachado de ambiciones personales tan luego como doy un paso fuera de mi esfera acostumbrada, o motejado de

apatía e indiferencia si permanezco en mi rincón, inspirando por fin temores, a causa de la influencia de mi nombre, lo mismo a liberales que a absolutistas, no tengo amigos políticos sino entre aquellos que, habituados a los azares de la fortuna, creen que entre las probabilidades del porvenir puedo llegar a ser un factor útil".

DEPLORABA QUE TODOS LOS JOVENES DE SU SANGRE SE EXTINGUIERON EN EL DESTIERRO

Cuando recibe la noticia del fallecimiento del duque de Leuchtenberg, esposo de la reina de Portugal e hijo del príncipe Eugenio de Beauharnais, primo suyo por lo tanto, Luis Napoleón confía al papel estas consideraciones: "Todos los individuos jóvenes de la familia Bonaparte mueren en el destierro como los vástagos de un árbol trasplantado a un clima extraño; morir joven es a menudo una fortuna, pero morir antes de haber vivido, morir en el lecho, de enfermedad, sin gloria, es horroroso".

En la proscripción de Arenenberg, llegaba a sentirse "elevado a bastante altura para que uno de los rayos moribundos del sol de Santa Elena pudiera iluminarlo", y se figuraba que la sangre de Napoleón iba a conducirle al palacio de las Tullerías.

A su abuela, Leticia Remolino, la inteligente madre de Napoleón I, escribía el 1o. de junio de 1835:

"Podéis figuraros cuán grata impresión me ha causado la bendición de la madre del emperador, a quien venero como a un dios y a cuya memoria dedico el culto más fervoroso. Adiós, querida abuela, estad persuadida de que nadie comprende mejor que yo todos los deberes que me impone el gran nombre que tengo el honor de llevar, y que mi única y sola ambición consiste en mostrarme digno de él".

AUN A RAIZ DEL REVES DE ESTRASBURGO ESCUCHABA UNA SECRETA VOZ IMPERATIVA

En la ridícula y desastrosa tentativa de Estrasburgo, que se epiloga de la manera más lamentable para Luis Napoleón —tras del revés el destierro—, el príncipe circula un manifies-

to, que incluye este párrafo: "Se me preguntará qué me obligaba a abandonar una existencia tranquila y feliz para correr todos los riesgos de una empresa aventurada. A eso contestaré que una voz secreta me empujaba, y que por nada en el mundo habría querido dejar para otra ocasión una tentativa que me parecía presentar tantas probabilidades del éxito".

El malogro de este intento del empedernido complotista, Guizot lo subraya con las siguientes palabras: "Así el ejército como el pueblo desconocían en Francia al príncipe Luis, nadie le había visto; nunca había hecho nada; algunos escritos sobre arte militar, sus **Ensueños Políticos**, un Proyecto de Constitución y los elogios de varios periódicos democráticos no eran por cierto grandes títulos para aspirar al favor público y al gobierno de Francia. Tenía su nombre, pero su nombre hubiera sido estéril a no poseer una fuerza oculta y puramente personal: fe en sí mismo y en su hado".

Al ir bogando en la fragata que lo conducía a la expatriación, el príncipe, desde aguas americanas, transcribirá a su madre las frases con que a sus compañeros de subversión les levantaba el ánimo: "¡Pero, qué confianza, qué profunda convicción, es preciso tener en la nobleza de una causa, para afrontar, no los peligros que vamos a desafiar, sino la opinión pública, que nos fulminará a reproches si no tenemos éxito! Y sin embargo tomo a Dios por testigo de que si expongo al peligro lo que en la vida me es más querido, la estimación de mis ciudadanos, no es por saciar una ambición personal, sino porque creo tener una misión que cumplir".

POBRE Y DESGRACIADO, LOS FAVORES LOS PAGARÍA UN DÍA COMO SEÑOR DE FRANCIA

Y, al despedirse de H. de Villeneuve, rematada aquella travesía de la "Andrómeda", que parecía interminable —¡a Nueva York por Río de Janeiro!—, prorrumpe en estas proféticas palabras: "Soy muy pobre y muy desgraciado; pero acordaos de que la persona a quien habéis hecho tantos favores será algún día emperador de los franceses".

Ni en su porte parecía un vencido. Uno de los miembros de la tripulación del barco, aseguraba de él: "Al verle entre

nosotros, se le hubiera tomado por un almirante a bordo más bien que por deportado".

El pastor E. Stewart, con quien tuvo frecuente trato durante el destierro en los Estados Unidos, observa: "Si yo hubiera tomado nota de cada palabra de Luis Napoleón y si las reprodujese hoy que se han realizado sus visiones, se vería que la mayor parte de ellas fueron tan proféticas como las que se han atribuido al prisionero de Santa Elena".

No porque no se diera perfecta cuenta de que nada autorizaba a hacer suponer a aquel desesperado, por entonces, que sus esperanzas se vieran realizadas algún día. Cuando se arranca de América, con el ansia febril de abrazar a su madre moribunda y sin medir los peligros que la ruptura del exilio pudieren atraerle, escribe al tolerante rey de Holanda: "¿Qué he hecho para ser el paria de Europa y de mi familia?".

NUEVA INTENTONA REVOLUCIONARIA Y NUEVO FRENTAZO SUFRIDO EN BOULOGNE

La proclama que lanza al consumir esa otra intentona insensata que culmina en el desembarco en Boulogne, para ganar adeptos, expresa: "Recordad todos, clases laboriosas y pobres, que entre vosotros elegía Napoleón sus tenientes, sus mariscales, sus ministros, sus príncipes y sus amigos... Como francés veo ante mí el porvenir brillante de la patria, y me parece tener a mi espalda la sombra del emperador, que me impele hacia delante".

Una vez en tierra, estuérzase en vano por sublevar al pueblo: cogidos algunos de sus secuaces, herido gravemente el señor de Viengiki, con dos balazos el coronel Voisin, precipítase en el mar y pretende ganar a nado una canoa, bajo el nutrido fuego que sobre los fugitivos hace la guardia nacional. A Luis Napoleón le alcanza un tiro que le atraviesa de parte a parte el uniforme, pero sin causar ningún daño a su persona.

De haberle arrancado la vida en aquel instante, la desperdiciada onza de plomo, hubiera, según el manoseado lugar común, influido también para variar el curso de la historia.

Pero la muerte respeta a Luis Napoleón en aquel apurado trance, como le respetará también ya ungido emperador.

Si ileso salió del pronunciamiento de Estrasburgo, ileso déjale también ese tiro, aún atravesándole las ropas, y seguirán dejándole ileso y en el apogeo de oropelesca gloria, la pistola de Piamori y las máquinas infernales de Orsini. Porque se dijera que la fatalidad está interesada en que su existencia alcance el melancólico epílogo de la "débacle" de Sedán, y que sus últimos años estén afligidos por una vulgar enfermedad de la vejiga.

¡Cuánto mejor hubiérale valido perecer en uno de aquellos episodios de su drama!

NI PRISIONERO EN LA FORTALEZA DE HAM SE DESVANECE SU ALUCINANTE ENSUEÑO

La asonada de Boulogne remata en la lóbrega fortaleza de Ham: donde Luis Napoleón es confinado en prisión perpetua, que sólo fuéle dable romper a los seis años, cuando, disfrazado como uno de los albañiles que ejecutaban reparaciones en el edificio, logra evadirse.

Pero ni en los más espantosos días de su encierro, le abandonará su obsesión, ni se desvanecerá de su mente el alucinador ensueño: "... hoy, a veinte leguas de París, soy para el gobierno una espada de Damocles". Y, en 3 de febrero, a Mr. Peauger: "Lo que siempre me ha faltado en otro tiempo fueron los hombres; hoy son los medios. Pero creo en la fatalidad: si mi cuerpo escapó milagrosamente de todos los peligros, y si mi alma se ha sustraído a tantas causas de desaliento, es porque estoy llamado a hacer alguna cosa".

Es rematada felizmente la evasión... a Londres, decidido a llegar a Liorna para recibir el último suspiro de su padre, deseo que no se le conceda realizar, porque a su arribo, el pobre rey ha expirado ya.

De nuevo en la capital británica, a conspirar otra vez, y cuando su prima lady Douglas le exhorta a abandonar sus vanas ilusiones, contéstale:

"—Prima mía, yo no soy dueño de mi persona; pertenezco a mi nombre y a mi país. Y si la fortuna me ha sido adversa dos veces, no por eso dejará de cumplirse mi destino".

LLEGA POR ULTIMO EL MOMENTO EN QUE LA CARRERA POLITICA DEL PRINCIPE EMPIEZA

El derrumbamiento de la monarquía de julio empezará por abrir al príncipe las puertas de la asamblea legislativa, y más tarde las de la Presidencia de la República; desde la que, el dos de diciembre de 1851, pese a sus reiteradas protestas de fidelidad al sistema democrático, asesta el pérfido golpe de Estado.

Hétele ya convertido en emperador, después de violar todos sus más solemnes juramentos. "Los árboles de la libertad" serán apeados, y la fórmula "Libertad, Igualdad, Fraternidad", borrada de todo lugar en que hasta entonces hubiere lucido.

El malviviente de los tabucos de la prostitución parisienne, el filibustero de Italia, el fracasado de Estrasburgo, el desterrado en América, el naufrago de Boulogne, el prisionero de Ham, el conspirador de Londres; empuña por fin el cetro, y su obra comienza. Para desgracia, primero, de Francia, cuya sociedad llegará a extremos de relajamiento y corrupción a tal punto inimaginables, que probablemente ninguna época de su historia consiga rebasar. En seguida, de nuestro país, al que el irredento tabaquista, embrujado con sus decantadas riquezas fabulosas, y bajo la instigación de la fanática Eugenia, del codicioso poder pontificio, y de los ultramontanos y auríferos Hidalgo, Almonte, Gutiérrez de Estrada, Morny, Jécker, y demás miembros de la cáfila de renegados, de bastardos y de aventureros que ya sabemos, considerará presa tan pingüe como fácil de aferrar.

BAJO UNA MASCARA DE SEDA ENCUBRE LA VERDADERA NATURALEZA DE SU DESIGNIO

Naturalmente que con su característica hipocresía, preconizará un plan redentor para el mundo latino de América: poner un muro de contención a las ambiciones imperialistas de la Unión Norteamericana, y, para ello, crear frente a sus fronteras un imperio latino... "sin latinos".

Sobre este debatido asunto, la condesa Reinach de Foussemagne, asienta: "Napoleón III entreveía, en la intervención

en México, un medio de realizar una idea que le era cara; afirmar la fuerza y el prestigio de la raza latina, estableciendo, sobre una base inquebrantable, la influencia de Francia en América, deteniendo al mismo tiempo la invasión de la raza anglosajona".

Ante afirmación semejante, no puede uno menos de exclamar: ¡PATRAÑA! ¿Entonces, por qué quiso negociar con Estados Unidos cuando el sostenimiento de las fuerzas de ocupación se le volvió imposible?

Cuanto a las inconfesables aficiones de Luis Napoleón el crapuloso, ya bosquejadas en anteriores líneas, no bastarían todas las páginas del presente volumen, si solamente a ello las dedicáramos, para vaciar el relato de sus intemperancias, que no se detuvieron ni ante el crimen. Porque a un monarca poderoso no faltará nunca un Griscelli presto a contentar los más crueles instintos de su amo.

Sin el esplendor de otras monarquías —la corte de París, según Maximiliano, era una corte de advenedizos—, se revolvió en los más infectos fangales de la sensualidad y el desenfreno. Si Luis XV tuvo su parque de los Ciervos, el Pequeño Napoleón, ahora, cuando disponía sin restricciones de riqueza y de poder, daba rienda suelta a sus pasiones de desenfrenado vulgar; y se solazaba en las sabatinas "cacerías de cervatillas", para las que, cuando no había "PIEZAS DE MAS ALTO RANGO", acudíase a prostitutas mercenarias.

Había convertido la alcoba de una cocota en orgiástico escenario, a cuyas representaciones, él y sus compinches preferidos, desde cómodas localidades ocultas, se regodeaban con las sádicas peripecias, de antemano preparadas por un hábil "metteur en scène", y en el que el único inadvertido era el infeliz que encarnaba el papel de varón.

El merodeador de hoteluchos lupanarescos, que en no muy lejanos tiempos había calado la gorra del chulapón y lucido la blusa puerca del rufián de baja estofa, dábase ahora el lujo de tales bochornosos espectáculos, en el frívolo París invadido por la música de Offenbach y la retórica de Merimée.

CREE IR POR LANA A LA ALCOBA DE LA MONTIJO, PERO SALE TRASQUILADO

Con la vehemencia de un temperamento lúbrico hasta la morbosidad, Luis Napoleón deseó ardorosamente a Eugenia; pero la de Montijo, sabia y maternalmente aconsejada, no cedió a las instancias del febril cortejante que, para templar la fiebre de poseerla, no tuvo más remedio que sentarla en el trono. "Nadie como ella, satisfaría sus inclinaciones".

En el asalto nocturno a la alcoba de la azafranada española creyó ir por lana y salió trasquilado; pero se complacerá en tomar venganza de lo que para el tenaz galanteador había constituido una rotunda derrota.

Cierta ocasión en que el emperador quejábbase con la princesa Matilde de que fueran tantas las mujeres que lo acababan, ella le preguntó:

"—¿Y la Emperatriz?"

"—A la Emperatriz le guardé fidelidad los seis primeros meses de nuestra unión; pero yo necesito de algunas distracciones intrascendentes... y siempre regreso a ello con placer".

Además de los indicios de que ella pagaba en la misma moneda, su amor por Jerónimo nadie lo discute. Aunque la verdad es que el príncipe, cuando Luis Napoleón le hizo confidente de la pasión que por la de Montijo le abrasaba, y de cómo ésta, a cada arrebató lo difería todo para después del matrimonio, repuso con frialdad:

"—Sin embargo, si es posible amar, nunca lo es desposarse con una señorita de Montijo!"

No es nada extraño que el desenfreno de la corte trascendiera, y contagiara, como hemos de verlo en subsecuentes páginas, a la sociedad y hasta al ejército francés. El régimen de Napoleón III fué profundamente corruptor.

EL SEUDO APOSTOL DE LA REGENERACION DE MEXICO ESPARCIO CORRUPCION POR TODA FRANCIA

Ente semejante, que desde el punto de vista moral necesitaba ser redimido; el que había "cambiado un trono por un

perjurio", y que arrojándose a nadar entre marejadas de sangre por su causa efundida alcanzó un inmenso poderío; el que aliándose a los monarquistas, al clero y a la banda arma de un país consumido por la gangrena de la lucha intestina, iba a redimir a un México que se debatía desesperadamente en las mortales ansias de solidar su libertad, una libertad con que venía soñando desde que estallara el movimiento insurgente contra la brutal dominación española!

¡Aquel ambicioso vulgar a quien no interesaba sino saciar sus bestiales apetitos; oscuro aventurero, contradicción perpetua, hoy implicado en las insurrecciones de Italia contra el sumo pontífice, para, una vez en el esplendor de su estrella, tornarse fautor de la unidad, y a poco tiempo adalid pontificio!

¡Aquel desconceptuado malviviente de los chiribitiles leones del París tenebroso del hampa, que sucesivamente proclamábase demócrata, socialista, apóstol de la autodeterminación de los pueblos, y que en sus escritos incluía afirmaciones como ésta: "El ejemplo de los Estuardos prueba que el apoyo extranjero es siempre impotente para salvar los gobiernos que la nación no adopta...!"

EN UN ACANTILADO DEL ADRIÁTICO SUSPIRABA UN ARCHIDUQUE NOSTÁLGICO DE CENIR CORONA

A Luis Napoleón y a su pandilla de rastros, érales indispensable un maniquí, un pelele, un arrendajo a quien poder manejar a su capricho: al uno, para hacer de México un feudo de explotación constante; a la otra, para reimplantar aquel suspirado régimen de despotismo, en que las castas privilegiadas —clérigos, "aristócratas" y soldados— volvieron a disponer sin freno de la inmensa masa de población, como de un rebaño de esclavos, de siervos, de ilotas famélicos y obedientes; que, atados al yugo y al restallar del látigo de los capataces, rindieran la existencia en el surco o en la mina, afanados en extraer riquezas jamás suficientes a saciar la codicia de las castas privilegiadas, que se ahitarían en el disfrute de sibaríticos placeres...

Y, al desparramar la vista por el mundo, el perjurio y sus cómplices acertaron a descubrir, en un marmóreo castillo que

sobre los acantilados del inconstante Adriático se erguía, a una pareja archiducal, nostálgica y vacante...

Del archiduque Maximiliano, sí, y de su consorte, valdríanse para apropiarse de México, aquella tierra de promisión, distante y turbulenta; cuya decantada riqueza parecía tan asequible a un tan poderoso imperio. Nada menos que un Habsburgo acabaría prestándose a ser el dócil instrumento de quien había sido carbonario en Italia, sostén un día de su santidad y al siguiente su opositor; republicano hoy, y mañana, a costa de un golpe de estado sangriento, felón y criminal, dueño de un trono desde el que crucificaba a Francia. Del usurpador que mandaba un ejército de ocupación a México, sin importársele un bledo de haber proclamado a los cuatro vientos que "nadie debe pelear sino por su patria", ni que "los pueblos tienen derecho de disponer de su destino".

De un Habsburgo sumiso a asumir, en la trágica farsa, el carácter infeliz de autómatas al servicio del deicida "que había podido salvar a Cristo y sin el cual no se le hubiera podido conducir al calvario", según las palabras del obispo de Poitiers; del que, para saciar su sed de dominio, había provocado ochocientas ejecuciones en una sola noche, al traicionar a la República que por Presidente lo escogió; del que, para satisfacer los apetitos de la carne, no respetaba ni los más sagrados vínculos familiares; del ambicioso, del crapuloso, de aquel a quien "todo sentimiento noble, toda inspiración generosa, le eran desconocidos"; del que, a fuerza de hollarlo y de mancharlo todo, lograba lo que se proponía; del que había hundido en el fango, en su país, política, sociedad y ejército...

Ese, ése era, no cesaremos de repetirlo, el hombre que se presentaba como el llamado a sanear la atmósfera de nuestra patria.



París, Babilonia del Sena

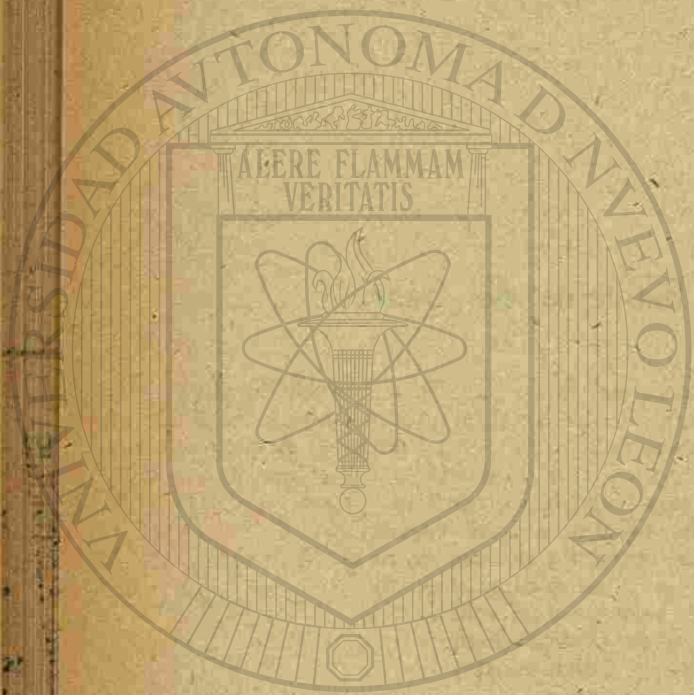
Relajamiento de las leyes del honor militar — "Todo lo que resiste debe ser fusilado" — De los más nobles sentimientos humanos, hizo Napoleón III objeto de tráfico — Apáganse para Francia los días de gloria — Preferible el destierro a vivir bajo el autócrata — Voces sagradas que estaba vedado pronunciar — El influjo corruptor del oro entre el ejército — Desmoralización del pueblo — Ni los más adictos a Napoleón podían disimular la podredumbre reinante.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPILLA ALFONSINA
UNIVERSIDAD





CAPITULO X

"PARIS. BABILONIA DEL SENA"

"4 Y la mujer estaba vestida de púrpura, y de grana y dorada con oro, y adornada de piedras preciosas, y de perlas, teniendo un cáliz de oro en su mano lleno de abominaciones, y de la suciedad de su fornicación.

"5 Y en su frente un nombre escrito: MISTERIO: BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS FORNICACIONES, Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA" -REVELACION, XVII.

El cachorro de tigre no pudo haber sido engendrado sino por un tigre. De allí que, para mejor conocer la naturaleza de los instintos del hijo, haya que escarbar en los antecedentes de su casta.

Y si el imperio de Maximiliano fué algo así como el vástago directo, aunque adulterino, del reinado de Napoleón III, bueno es hurgar en este régimen usurpador y relajado; y en la psicología del agente generativo, para deducir mejor las consecuencias de causa a efecto. De esta manera fácil será

conjeturar lo que la monarquía, de haber tomado consistencia perdurable, pudo llegar a ser, al refinarse en ella las características de la especie de que provenía.

Si se quiere, pues, colocarse en situación de analizar con serena imparcialidad y de explicarse claramente el proceso y las forzosas consecuencias de la intervención francesa y de su fruto inmediato —la implantación del imperio de Maximiliano, por ventura efímero—, es de imprescindible necesidad remontarse al contaminador influjo que, sobre la sociedad francesa, tuvo el autocrático sistema impuesto por Luis Napoleón, sistema que la precipitó en insospechadas simas de venalidad y podredumbre.

RELAJAMIENTO DE LAS LEYES DEL HONOR EN EL EJERCITO, DURANTE EL IMPERIO

Como es de rigor en todos los tiranos, el principal sustentáculo que el advenedizo se procuró para mantenerse en el poder, fué el ejército; pero un ejército al que sutilmente se esmeró en pervertir. Lo que explica las frecuentes y oprobiosas faltas al honor militar, en que incurrierán de continuo los desaprensivos jefes que fueron enviados a nuestra patria, al frente de las fuerzas expedicionarias. Una de las primeras, y la más grave por su trascendencia para facilitar la ocupación, las flagrantes e inexcusables violaciones a los tratados de Soledad, que efectivamente "no valieron más que el pedazo de papel en que fueron escritos".

Del ejército francés, sostenedor del ex prisionero de Ham ungido emperador, ocuparémonos, pues, en primerísimo lugar. De ese ejército que, a despecho de una tradición secular y gloriosamente heroica, bajo la omnimoda voluntad del ruin sujeto, tenaz y aventurero, que realizó a la postre el sueño obsesor de empuñar el cetro imperial, dió jefes que se plegaron a la melancólica pero lucrativa condición de instrumentos lacayunos, ansiosos de obtener la privanza del audaz que ellos mismos exaltaban al trono.

Del fumador impenitente, cuyo evangelio quedó condensado en las célebres palabras de Saint-Arnaud, contenidas en una orden que, como ministro de la guerra, giró para que comenzaran las ejecuciones sumarias en veinte departamentos de la despavorida Francia, con vista a reprimir por el terror

toda oposición al régimen, que en París acababa de ahogar a la República en un mar de infidencias y de sangre:

"TODO LO QUE RESISTE DEBE SER FUSILADO".

Y mientras por una parte la voluntad popular era salvajemente estrangulada, por el otro, el sobrino del Gran Corso, fomentaba la concupiscencia y el deshonor entre los verdugos a sus órdenes, y hacía de las distinciones, de los galardones y de los ascensos, una activa subasta; pero una subasta en que los postores debían pagar la realización de sus exorbitantes pretensiones, con la moneda del servilismo incondicional hacia el soberano, a merced del cual habrían de entregarse sin titubeos y sin objeción.

AUN DE LOS MAS SAGRADOS SENTIMIENTOS DEL HOMBRE EL MONARCA HIZO OBJETO DE TRAFICO

Al referirse al pernicioso influjo, Víctor Hugo, exclama:

"Hay en Francia (y es necesario llegar a hablar de estas cosas con toda frialdad), hay en Francia, repito, en este país de la espada, de los caballeros, de Druot y Bayardo, hay un hombre que un día, rodeado de cinco o seis políticos rateros, expertos en maquinaciones alevosas y golpes de Estado, acodado cómodamente en su lujoso gabinete, con los pies apoyados en los morillos de la chimenea y con el cigarro en la boca, tasó al honor militar, pesándolo en una balanza como cualquier género, como cosa vendible y comprable, avaluó al general en un millón y al soldado en un luis; dijo de las fuerzas armadas de la nación: esto vale "tanto".

¡Cómo no reproducir también aquellas páginas, ya de las postreras de "Napoleón el Pequeño", en que el poeta, con su verbo de fuego, a la vez que anatemiza el crimen y al criminal, pasa rápida ojeada sobre las lacras purulentas, infinitas y malignas con que el usurpador contagió el martinizado cuerpo de la Francia de la época!

"Ciertamente —dice el lirida al evocar las despiadadas carnicerías tan espantosas como innecesarias, que ejecutaron los encharreterados sicarios del golpe de Estado, al erigir a Luis Napoleón en árbitro absoluto de los destinos de Francia— que las pirámides de muertos que se veían en los cementerios

después de los furgones provenientes del Campo de Marte descargaban; esas inmensas fosas abiertas durante la madrugada y que se llenaban de cuerpos humanos, apuradamente, tratando de provechar las primeras claridades de la aurora, era un espectáculo espantoso; pero lo más espantoso todavía es pensar que actualmente los pueblos vacilan, y que para ellos ha desaparecido el esplendor de Francia.

"Es más espantoso que los cráneos destrozados por los sables y los pechos atravesados por las balas; más horrible que los hogares violados, que la muerte cubriendo las calles y que la sangre vertida a torrentes, pensar que ahora se preguntan los pueblos todos de la tierra: ¿Sabéis lo que es de aquella nación de naciones, de aquel pueblo del 14 de julio, de aquel pueblo del 10 de agosto, de aquel pueblo de 1830, de aquella raza de gigantes que derrumbaba las bastillas, de aquella raza de hombres cuyo rostro deslumbraba, de aquella patria del género humano, cuna de los héroes y de los pensadores; de aquellos otros héroes que efectuaban todas las revoluciones y producían todas las ideas, de aquella Francia cuyo nombre quería decir Libertad, de aquella alma del mundo que reinaba en Europa, de aquella luz, por último que lo alumbraba todo? Pues bien: alguno la ha hollado y la ha extinguido. Francia ya no existe; desapareció. Mirad: sombras por todas partes. El mundo anda a tientas.

BAJO EL CETRO DEL USURPADOR PARA VICTOR HUGO APAGARONSE LOS DIAS DE MAGNA GLORIA

"¿Dónde están aquellos tiempos —se pregunta el desterrado de Guernesey—, aquellos hermosos tiempos de tempestades, pero brillantes, en los que todo era vida, en los que todo era libertad, en los que todo era gloria? ¿Dónde están aquellos tiempos en que el pueblo francés, despierto antes que los demás y de pie en medio de las tinieblas, con la frente bañada por la aurora del porvenir, atraído por él, decía a otros pueblos que permanecían dormidos, anonadados y sacudiendo apenas sus cadenas soñolientos: Tranquilizaos, yo trabajo por todos, abono la tierra para todos: soy el obrero de la Provincia.

"¡Oh dolor amargo! Reina la torpeza donde imperaba el poderío; vive la vergüenza donde vivió la altivez; el soberbio pueblo que alzaba la cabeza la humilla ahora.

"¡Ay! Luis Bonaparte ha hecho algo más que matar cuerpos; ha empuñado las almas; ha disminuído el corazón del ciudadano.

"Es preciso ser de la raza de los indomables y de los invencibles para perseverar todavía, en esta hora, en la áspera vía del renunciamiento y del deber.

EL AEDA PREFERIA EL PAN AMARGO DEL DESTIERRO A LA PROSPERIDAD MATERIAL, BAJO EL AUTOCRATA

"No sé qué gangrena de prosperidad material amenaza con hacer entrar en putrefacción la honradez pública. Es una dicha ser desterrados, caídos, arruinados. ¿No es verdad, bravos obreros? ¿No es verdad, dignos aldeanos expulsados de Francia, sin tener asilo que os cobije ni calzado para vuestros pies llagados? Es una dicha comer el pan negro de la emigración, acostarse en el suelo, llevar los codos raídos, vivir fuera de todo eso, y poder, a los que os pregunten: ¿Sois francés?, responder: ¡Soy proscripto!

"¿Qué miseria mayor que la de esa alegría de intereses y codicias hartándose en las orgías del 2 de diciembre! Vivamos, dicen ellos; negociemos, embrollemos las acciones de las minas de zinc o las del ferrocarril; ganemos dinero sea como fuere. Esto será innoble, pero es productivo; un escrúpulo menos y un luis más; vendamos toda el alma en esa almoneda. Todo el mundo corre y corretea halagando a ministros y a poderosos; apurando hasta las heces el cáliz de la vergüenza y de la ignominia para conseguir la concesión de un ferrocarril en Francia o terrenos en África, o un empleo lucrativo.

"¡Una nube de intrépidos adictos circunda el Eliseo y se agrupa en torno del amo y señor!

"Junot cerca del primer Bonaparte, sufría las salpicaduras del obús; ahora, los que rodean al segundo, sufren las salpicaduras del barro. ¿Qué les importa compartir su ignominia, si comparten su fortuna? Entre los que luchan por hacer más desvergonzadamente el tráfico de sí mismo, hay jóvenes de ojos puros y límpidos que gozan de la edad generosa y viejos que abrigan el temor de que el destino solicitado les llegue tarde, y, por lo tanto, de no poder deshonorarse antes de morir.

"Uno se vende por una prefectura, otro por un empleo cualquiera, aquél por un consulado, por un puesto de venta de tabaco o por una embajada. Todos quieren dinero; los unos más; los otros menos; sólo piensan en la retribución y no en la función. Todos tienden la mano y todos se ofrecen con bajeza. Uno de estos días pondrán un catador de conciencias en la casa de moneda.

"Y a esto se ha llegado. Los mismos que han sostenido el golpe de Estado, los mismos que tenían miedo del espantajo rojo y de los cuentos de jacobinismo de 1852; los mismos que han considerado justo este crimen, porque, según ellos, salvó del peligro sus rentas, sus libros de cuentas y sus carteras, no comprenden que si sólo el interés material sobrenadase, éste sólo sería un advenedizo en medio de un inmenso naufragio moral; no comprenden que es una situación horrible y monstruosa aquella en que se puede decir: **TODO SE HA SALVADO MENOS EL HONOR.**

**VOCES SAGRADAS PARA TODO HOMBRE LIBRE
QUE ESTABA VEDADO PRONUNCIAR EN FRANCIA**

"Las palabras independencia, emancipación, progreso, orgullo popular, altivez nacional, grandeza francesa, ya no se pueden pronunciar en Francia.

"—¡Callad! Estas palabras producen mucho ruido; andemos de puntillas y hablemos en voz baja. Estamos en la habitación de un enfermo.

"—¿Y quién es el enfermo?

"—Es el jefe, el señor a quien todo mundo obedece.

"—¡Ah! ¿De modo que lo respeta todo el mundo?

"—No; todo el mundo lo desprecia.

"—¡Brillante situación! ¿Dónde está el honor militar? No hablemos de lo que hizo el ejército en el mes de diciembre, pero sí de lo que sufre actualmente, de lo que está sobre su cabeza. ¿Adivináis lo que es? ¿Lo adivina él?

"¡Oh, ejército de la República, que has tenido por capitanes a generales con un sueldo de cuatro francos diarios, ejército que has tenido como caudillos hombres como Carnot,

o, lo que es lo mismo, a la austeridad; como Marceau, esto es, al desinterés; como Hoche, esto es, al honor; como Kléber, esto es, al desprendimiento; como Joubert, esto es, a la probidad; como Desaix, esto es, a la virtud; como Bonaparte, esto es, al genio! ¡Oh, ejército francés, pobre e infortunado ejército heroico, extraviado en el camino de los hombres del 2 de diciembre! ¿Qué harán estos de tí? ¿En qué te ocuparán? ¿Qué parodias estamos destinados a ver y oír?

**INCONDICIONALES CUYA COMPLICIDAD FUE TASADA
Y QUE CEDIERON AL IRRESISTIBLE PODER DEL ORO**

"¿Quiénes son esos hombres que mandan los regimientos y los gobiernan?

"Al jefe ya lo conocemos.

"Este de acá que llegó a ser ministro (Morny) iba a ser cazado el 3 de diciembre, y, por lo mismo, coadyuvó al golpe de Estado del 2.

"Aquél era el "petardista" de los veinticinco millones pedidos a la banca (Casablanca).

"Ese otro es el que antes de ser ministro le decía á un amigo: **¡Ea, hombre! ¡Con tus acciones del negocio en cuestión nos hundes y me revientas! ¡Si hay estafas, que participe yo de ellas!** (Saint-Ceniés a Morny).

"Este, que ostenta charreteras, acaba de ser procesado por estelionato. (Carlier).

"Aquél es el célebre hombre de los lingotes de oro (Vieyra).

"El de allá, que también lleva charreteras, aceptó en la mañana del 2 de diciembre cien mil francos "para las eventualidades que sobreviniesen". No era más que coronel; si hubiese sido general, habría recibido mayor cantidad (Espinasse).

"Ese otro, que es general, siendo guardia de corps de Luis XVIII y estando de facción detrás del sillón del rey durante la misa, arrancó una bellota de oro y se la guardó en el bolsillo; por esto le arrojaron del cuerpo. (Saint-Arnaud).

"A estos hombres se les podría levantar una columna ex oere capto con el dinero robado.

"Este otro (Renault), que es general de división, "distrajo" cincuenta y dos mil francos, con anuencia del coronel Charras, de los destinados a la construcción de las aldeas de San Andrés y San Hipólito, cerca de Mascara. Este (Magnan, que es general en jefe, llevaba el sobrenombre de **general quinientos francos**, en Gante. Este otro (Saint-Arnaud), que es ministro de la guerra, debe al general Rullière el no haberse visto ante un consejo de guerra.

"Estos son los generales del ejército francés.

**DUENO ABSOLUTO DEL PODER EL PERJURO SE DEDICA
A LA TAREA DE DESMORALIZAR AL PUEBLO**

"Pero da lo mismo; adelante. ¡Redoblad, tambores! ¡Sonad, clarines! ¡Flotad, banderas! ¡Soldados! ¡Desde lo alto de estas pirámides os contemplan cuarenta ladrones!

"Profundicemos tan dolorosa cuestión y examinémosla en todos sus detalles. Basta el espectáculo que ofrece una fortuna tan inmensa como la del señor Bonaparte, colocado en el pínaculo del Estado, para desmoralizar a un pueblo.

"Existe siempre (y esto por culpa de las instituciones sociales, que debían, ante todo, ilustrar y civilizar), existe siempre, digo, en una población tan numerosa como la de Francia, una clase que ignora, que sufre, que ambiciona, que lucha, colocada entre el instinto animal, que impulsa a tomar lo que (se) desea, y la ley moral, que invita a trabajar.

"Dentro de la condición angustiosa y humillante en que se encuentra todavía dicha clase, para conservarse en la rectitud y en el bien, necesita de todos los puros y santos efluvios de luz que brotan del evangelio; necesita que el espíritu de Jesús, por una parte, y por otra el espíritu de la revolución francesa, le dirijan las mismas varoniles palabras y le adviertan sin cesar que las únicas luces dignas de la mira del hombre, que las altas y misteriosas leyes del destino humano, son una abnegación, el desprendimiento, el sacrificio, el trabajo, que produce el bienestar material, y la honradez, que produce la inefable tranquilidad del alma.

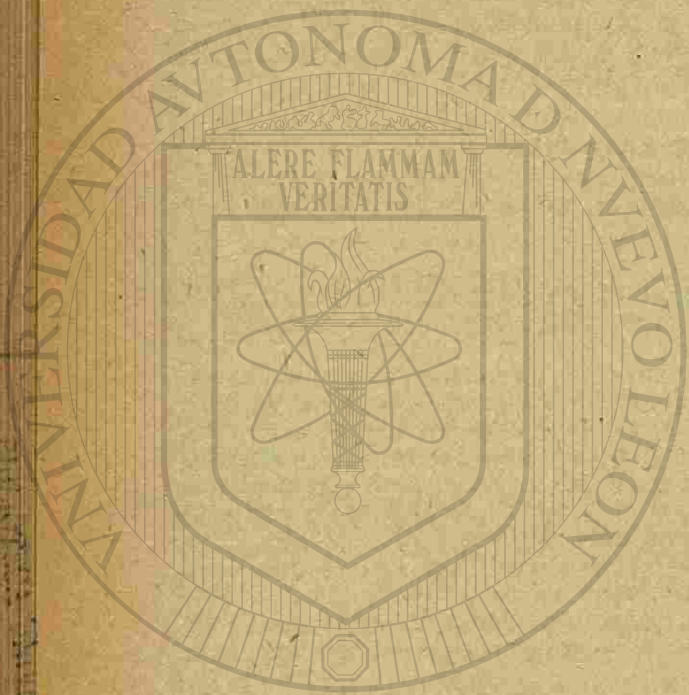
"Aún con esa constante enseñanza que participa de lo divino y de lo humano, esta clase, tan digna de simpatía y de fraternidad, sucumbe con frecuencia, porque sus sufrimientos y las tentaciones son más poderosas que la virtud. ¿Comprendéis ahora los infames consejos que el éxito de Luis Bonaparte puede dar a esa clase?

"Realmente, cuando se ha fijado durante largo tiempo la mirada sobre ciertos aspectos de ese espectáculo, hay momentos en que un gran vértigo se apodera de las almas más fuertes. . . ."

**NO ERAN MAS PIADOSOS AUNQUE SI MENOS FOGOSOS
ALGUNOS HOMBRES DE LOS MAS ADICTOS AL REGIMEN**

Mas por si alguno arguyere que el justamente indignado y asqueado poeta, pudo dejarse arrebatar por la fuerza lirica del anatema; pasemos a observar el panorama de la Francia de Napoleón III, expuesto por un hombre que fué su partidario adicto y su admirador exaltado, y quien, para contemplar el bien sombrío cuadro que nos pinta, respecto a los extremos de degradación de aquel país, transcribe citas de otro autor contemporáneo. Y volveremos a hacer hincapié en que, para dar una idea exacta del grado de disolución de la sociedad y del gobierno franceses de aquellos tiempos; nos limitamos exclusivamente al testimonio de escritores de ese mismo origen.

Y de ellos nos valemós, al presentar al lector esta exposición; porque es de suponerse que son los más autorizados a juzgar de sus hombres como de sus problemas.



"París, Babilonia del Sena"

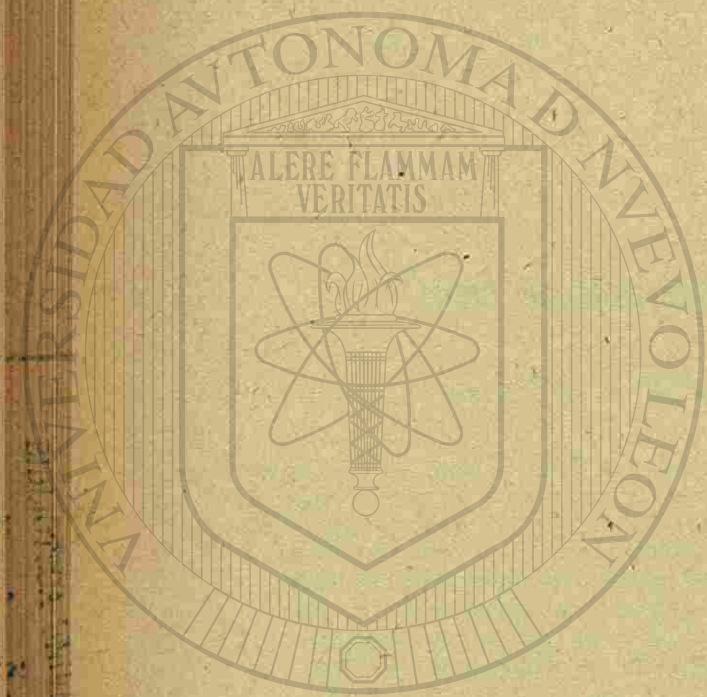
—Continúa y concluye—

Influencia séptica de París sobre Francia toda — La sociedad no era sino campo de especulaciones — Todo contagia un régimen corrupto — Aventura frustrada y matrimonio formalizado — Ni la residencia imperial se veía libre de heteras — Herida en su orgullo de mujer, Eugenia entabla el divorcio — El teatro pornográfico y secreto del Emperador — Por las filas del ejército cunde el homosexualismo — Influjo del clima y de la falta de mujeres — La "Pequeña África" proveyó a Francia de sus más postituídos oficiales — Ni las grandes damas parisienses escapaban al vicio vitando — Napoleón III, nuestro redentor.

CAPILLA ALFONSINA



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPITULO X

"PARIS, BABILONIA DEL SENA"

—Continúa y concluye—

El hijo del cieno de cieno mancha todo lo que toca.

AUNQUE cause espanto esta pormenorizada exposición de la podredumbre del Estado, del ejército, de la sociedad franceses, constantemente atizada con el ejemplo y por el interés del hijo de Hortensia de Beauharnais; es necesario continuarla para allegar instrumentos de juicio, y así abarcarla en todo su horror.

Vamos a conocer en subsecuentes líneas, el fidelísimo retrato que ese partidario, ese admirador, ese panegirista de Luis Napoleón, Imbert de Saint-Amand, nos ha legado.

LA METROPOLI DEL IMPERIO FRANCÉS EJERCIO
UNA INFLUENCIA MEFÍTICA E INDECLINABLE

"El estado moral del pueblo francés, nos dice aquel escritor, y particularmente de la sociedad más elevada, era tan poco lisonjero, que no cabe negar que contribuyó a la deca-

dencia del Imperio. Antes de pasar a ocuparnos de él, conviene advertir que no se debe imputar a toda Francia los males que emanaban más particularmente de París; pero también se debe confesar que a causa de la inmensa influencia que la capital y su gobierno centralizador ejercían sobre el resto del país, se extendió irremisiblemente el contagio. También sería injusto atribuir al Imperio toda la responsabilidad de la desmoralización creciente, pues sus caracteres principales aparecieron ya bajo la monarquía de julio.

"Para pintar con sus verdaderos colores, bastante oscuros por cierto, dicho estado social, no acudiremos a lo que puedan decir de él los historiadores extranjeros, sino que a fuer de imparciales trasladaremos a este capítulo algunas consideraciones debidas a escritores franceses, testigos naturalmente de mayor excepción.

PARA EL JOVEN FRANCÉS DE LA EPOCA LA SOCIEDAD SOLO ERA UN MERCADO LUCRATIVO

"Uno de ellos, E. Montegut, dijo, describiendo al joven francés, "que dotado por la naturaleza de cualidades nobles, tenía que reconocer a su entrada en la sociedad que para ella todo sentimiento noble y generoso era un objeto de lujo, y que el que no quisiera ser explotado ni ponerse en ridículo necesitaba resolverse a luchar con las armas que la misma sociedad le daba. El joven francés, añadía Montegut, opone a la dureza el egoísmo; no se fía ni desconfía en absoluto de las personas que le rodean; quieren explotarle y por lo mismo se cree con derecho a explotarlas a su vez. Para él la sociedad representa un cambio de servicios lucrativos; es duro y cruel con toda tranquilidad de conciencia; es generoso con orgullo y sin entusiasmo. No conoce el odio porque no da resultados provechosos; para él es tan inútil vengarse como perdonar, pero al mismo tiempo no olvida. De esta manera cuenta sólo consigo mismo, convencido de que el hombre es el enemigo natural del hombre. Su conciencia le prohíbe devorar a nadie, pero cumpliendo con este deber se considera con derecho a luchar hasta lo último para no dejarse devorar por los demás". Esto escribió el citado autor, que muy lejos de pertenecer a la oposición fué desde 1862 el crítico literario del **Monitor oficial**.

LOS OROPELES DE LA PROSPERIDAD MATERIAL OCULTABAN LAS CORROSIVAS LACRAS SOCIALES

"El extranjero que llegaba a París veía luego a la Francia grande, próspera y floreciente; pero al observar más de cerca las cosas cambiaba muy pronto de ideas, y muchos observadores extranjeros se complacían en pintar con colores lúgubres a esta nación ciega y corrompida, lanzada con ardor febril a todas las exageraciones del materialismo más grosero, del lujo más escandaloso y del afán de goces sensuales. París fué llamado por todos: la Babilonia del Sena, y un distinguido autor, Beaumont Vassy, escribió en 1860: "Toda idea de deber, de justicia y de honor ha desaparecido; el conjunto produce la impresión de una danza macabra de Holbein, alrededor del becerro de oro. En la cúspide de la escala social se halla la familia imperial, que toma la iniciativa de todos los excesos y de todas las debilidades. La charla frívola de las Tullerías, de las embajadas, de los ministerios, gira únicamente alrededor de las aventuras misteriosas del Emperador y de las personas que el día anterior le han acompañado. La inmoralidad se asoma por todos lados; todo el mundo vive y se recrea en esta atmósfera malsana; los periódicos y las obras dramáticas ensalzan y glorifican escándalos tan horribles que es difícil acostumbrarse a los usos y a las escenas de este lazareto. Las tres bases de toda sociedad civilizada, el ejército, la justicia y la administración, están corrompidas en Francia. La justicia se encuentra en situación tan abyecta que los ministros la aplican a su capricho, según les inspira la ira o la amistad. El magistrado es un empleado que en lugar de consultar los autos para formar su juicio, pregunta a su superior. La opinión inmoral y de escritores mercenarios. No se deja penetrar ninguna luz en esta atmósfera malsana; se reparte la verdad en dosis homeopáticas y se deja consumir la nación en esta ignorancia cómoda y estúpida. La vida es artificial, todo es antinatural; el lujo es loco, las inmoralidades son irritantes; no hay más Dios que el dinero ni más ideal que el estómago. En el ejército francés ha penetrado la decadencia que lo dividirá y deshonrará. Los ascensos se esperan sólo del favor. Nadie habla de estudiar ni de aplicarse; en todas partes se ven sólo la ociosidad, la indolencia y la codicia. Ya no se sirve a la Francia, a la bandera y al honor; sólo se precipita la gente sobre las ocasiones de servir a la dinastía. El espionaje y la delación

se encuentran, según se asegura, en todos los grados de la escala social. Africa es una escuela funesta para el ejército francés; allí hay celadas, combates de sorpresa y falsedad, y se provocan sublevaciones para conseguir ascensos y favores. La centralización ha hecho de Francia una gran máquina que mantiene un ejército de burócratas rutinarios y arbitrarios. Casi todos los puestos de la administración han caído en manos de abogados y periodistas, es decir, en las peores manos en que una nación pueda confiar su suerte. Desde 1793 estas dos clases de holgazanes obtienen todos los puestos, se meten en todas partes y lo rebajan y echan a perder todo. No hay más que abrir los ojos y contar: embajadores, ministros, diputados, casi todos son abogados o periodistas, pero raras veces son escritores y oradores verdaderos, son simplemente parlanchines. El periodismo francés es un instrumento que sólo sirve para el pueblo francés. Salvo dos o tres excepciones, estos extraños periódicos no saben nada de cuanto ocurre en el resto del mundo. Su mundo está comprendido entre el boulevard Montmartre y la Magdalena. Su polémica es una contienda viva entre dos especialistas que procuran atraer al público a su tienda. El francés no se cuida de lo que pasa fuera de sus fronteras, pero quiere que le entretengan, y así se le divierte; por esto se ha hecho el periodismo la crónica de las alcobas sospechosas y de las historias escandalosas de la ciudad y de la corte. El periódico que sabe husmear con más destreza, tiene éxito y se hace popular. Si estos dos manantiales de la literatura llegaran a cegarse súbitamente, el periodismo francés dejaría de existir, moriría de terrible amemia".

"Aunque en este cuadro los colores son demasiado fuertes, no puede negarse la exactitud del dibujo. Otro testigo. Helie, que miraba las cosas desde un punto de vista enteramente diferente y que escribió sus impresiones después de la caída del Imperio, autor de la obra de las constituciones políticas de Francia, bonapartista independiente, hombre de opiniones moderadas en todo, y como proteccionista inclinado a culpar en gran parte al libre cambio del materialismo creciente, señala los siguientes defectos nacionales como causa de la decadencia de la Francia.

"Vanidad y orgullo, frivolidad y falta de previsión, arrogancia y precipitación en nuestras resoluciones, unidas al pronto desaliento, predilección por los placeres y la vida cómoda, pasión por la moda, unida al prurito implacable de ha-

cer la oposición, menosprecio de las formas legales, complacencia demasiado condescendiente, pasión inconsiderada por lo extranjero, terquedad en sostener nuestra opinión y derecho, y finalmente, nuestro peor defecto, la pasión por la igualdad social..."

EXCEPCIONALES SON LOS HOMBRES QUE BAJO UN REGIMEN SEPTICO PERMANECEN LIBRES DE CONTAGIO

Claro está que cuando un hombre depravado se eleva por encima de una sociedad y llega a dominarla por completo, hasta tenerla bajo su férula y a su merced, en todas las esferas refléjase el influjo degradador del amo a quien primero se ha consentido; pero que, a la postre, llega a erigirse en algo así como una divinidad omnipotente, a quien acaban sometiendo aún espíritus que siempre se caracterizaran por su independencia.

Y cuando el celerario déspota consigue prolongar su predominio, acaba contaminando con su influencia séptica, cuanto sufre su pernicioso contacto, hasta prostituir los más sagrados principios de la moral política, de la moral militar, de la moral privada y de la moral social.

LA HABILIDOSA EUGENIA AL SER SORPRENDIDA EN SU ALCOBA EXIGIO LA PROMESA MATRIMONIAL

Napoleón III llegó en sus excesos a desenfrenos insospechados. Para satisfacer sus torpes deseos, sus cortesanos disputábanse el honor de proveer el lecho imperial; como en el pasado los envilecidos miembros de la más rancia nobleza tropezábanse para llegar los primeros a obtener para la esposa, la hija, la sobrina o la ahijada, el favor del disoluto soberano.

La malsana incontinencia del hijo de la reina de Holanda, hacía explosión hasta cuando le reclamaban los más graves negocios del Estado.

Cierto que la condesa de Teba, aquella irresistible noble, tronada y aventurera, tan sabiamente aleccionada por su experta madre, resistió los anhelantes e insistentes asedios amorosos, mientras el amo y señor de Francia no se mostró dispuesto a conducirla al altar; pero se trataba de una española

que, además de haberse impuesto el predeterminado designio inquebrantable de ser emperatriz, adornaba su nada bonancible situación económica y oponía a las humillaciones que la grandeza del país de su residencia infería, antes naturalmente de ascender al trono, nombres, apellidos y títulos sonoros y suntuosos, avalados por sus pergaminos centenarios. He aquí la interminable lista de ellos, que conocemos: Doña María Eugenia de Guzmán Portocarrero y Palafox, condesa de Teba, marquesa de Ardales, de Osera, de Moya, condesa de Ablitas, de Baños —con nobleza de primera clase—, de Santa Cruz de la Sierra, vizcondesa de Calzada.

Pues bien, Doña María Eugenia de Guzmán, etc., se comportó tan hábilmente para el logro de su firme propósito, que el día, o por mejor decir la noche en que todo había quedado dispuesto para que Luis Napoleón viera hecho realidad su sueño —con una aventura, no con un matrimonio—; al penetrar en la alcoba de la señorita de Teba, por la puerta, o por la gatera, que astutamente bien estipendiadas manos habían dejado franca para que el galán tuviese solapado acceso y clandestinamente venciera la resistencia de la beldad, la andaluza irlandesa abroquelóse en una ofendida arrogancia, y desarmado el cortejante frente a su majestuosa dignidad, acabó, corrido, preguntándole:

—¿Pero qué camino es entonces el que a vuestro corazón conduce?

—El de la vicaría, sire, —replicó ella, que acabó arrancando una categórica carta de solicitud de mano—.

Sin embargo, la vida marital al lado de Eugenia, no fué bastante a satisfacer el hambre, nunca saciada, de picarescas travesuras que a Napoleón III, el eterómano incurable, eternamente enardecía.

NI LA RESIDENCIA IMPERIAL ESTABA LIBRE DEL IR Y VENIR DE HETERAS DE DIVERSA CATEGORÍA

Los lugares por él preferidos para sus orgías, eran los alrededores de París; aunque dentro de la ciudad misma abundaban las capillas erigidas al dios Eros, en que el Emperador oficiaba.

"Pero ocurríale recibir a sus amables heteras en la misma

residencia oficial. Llegado este caso, cuidadosamente corría el cerrojo que separaba su despacho de la escalera que comunicaba con los departamentos de la Emperatriz.

"Un día, cuando sus amores con Mme. Waleska, amores también insuficientes, hizo venir a Palacio a cierta apetitosa actrícula de la legua, diestra en eróticos juegos. ¿Cómo pudo echar en olvido correr el cerrojo? En el momento mismo en que la actriz y él se besaban en un urente arrebato, abrióse una puerta y la rubia Waleska apareció, ávida, sin duda, de besar ella también. Pero al contemplar el espectáculo de su imperial amante absorto en su tarea, con la beldad sobre las rodillas y saboreando sus labios, una súbita cólera acometió bruscamente a la traicionada amante, que cerró la puerta sin hacer ruido. Napoleón advirtió entonces su distracción; pero era demasiado tarde. Otra puerta, aquella que nadie franqueaba, abrióse para dar paso a la ofendida esposa, a quien la vengativa amante había puesto al tanto de lo acontecido".

HERIDA EUGENIA EN SU ORGULLO DE MUJER RESUELVESE A ENTABLAR JUICIO DE DIVORCIO

Flagrante adulterio, escena de furor y de lágrimas, disculpas del culpable sorprendido con las manos en la gustosa masa, balbucientes excusas:

—¡Vamos!... Un pasatiempo trivial... por lo demás sin importancia".

La emperatriz seguía escupiendo frases poco protocolarias por su boca tímica y empalidecida, resuelta a no perdonar. El emperador acaba impacientándose:

—No quiero continuar sufriendo por más tiempo —acabó exclamando ella— estos agravios que inferís a un tiempo a mi dignidad de reina y a mi honra de esposa. Ni aceptaré jamás el degradante papel de sultana favorita, entre las otras mujeres con quienes satisfacéis vuestros apetitos caprichosos.

—¡Mira que exageras, Ugenia! Bien sabes tú que mi cariño....

—Ya no creo en él... Ya no lo quiero... Lo único que deseo es marcharme".

Al decir esto deshízose en un mar de llanto, que nada acertaba a represar.

Cumplió su amenaza, habló en serio del divorcio a un abogado, a Julio Favre, de la oposición; se marchó a Inglaterra, so pretexto de que causas de salud la obligaban al viaje. Y cuando efectivamente hubo curádose, pero de sus celos, se le invitó a regresar para que se efectuara una reconciliación, por lo demás momentánea.

EL ESTRAGADO PALADAR DE LUIS NAPOLEON EXIGIA MANJARES CADA VEZ MAS FUERTES

La enfermiza inclinación del emperador, no se contentaba con obtener los favores de las mujeres que excitaban su sensualidad.

Su agotado organismo exigía también los manjares, complicadamente condimentados, de los espectáculos pornográficos; el incitante espoleamiento de las exhibiciones sicalípticas. Así fué como adquirió equívoca celebridad aquel disimulado teatro desde cuyas ocultas localidades, los privilegiados espectadores, en busca de ardorosos estímulos, concentraban sus miradas sobre el lecho mullido y opulento de la cocota que servía de gancho para atraer a la función, al inadvertido personaje, señalado como candidato para saciar los bajos instintos del invisible emperador.

Posiblemente inspirado en la corte de Luis XV, Napoleón quiso emularla, y si aquel monarca tubo su Parque de los Ciervos, donde le preparaban, adiestraban y refinaban a sus favoritas de una o de algunas noches; el hijo de Hortensia imaginó aquella "venatoria galante", en que las piezas por cobrar eran bípedas corzuelas, de fina piel, de traviesas manos y de electrizante cabellera.

UN MAL HORRENDO, EL HOMOSEXUALISMO, CUNDIA HASTA EN LAS FILAS DEL EJERCITO

Y, a semejanza de la piedra que arrojada en un lago, empuja enturbiando la superficie de las aguas y en la trayectoria hasta el lecho subleva el cieno y va produciendo círculos concéntricos de cada vez mayores diámetros; así la deprava-

ción cortesana fué dilatándose hasta abarcar las capas sociales más distantes.

"El autor de "Las Mujeres del Imperio", afirma que en París había cincuenta mil sodomitas —expresan Simond y Poinson al transcribir las estadísticas de aquél—, cifra que nos parece excesiva; pero da las explicaciones siguientes, que reproducimos, no sin poner a su abrigo nuestra responsabilidad de historiadores.

"Pues que, dice, aparte del que reina en París, los asuntos de León y de otras ciudades han demostrado que el mal existía en provincia; y ya que por la noche los Campos Eliseos están repletos de Germiny (1) que buscan el placer en rincones inmundos, es necesario, sin embargo, explicar cómo veinte años de imperio y de culpables tolerancias tenidas con los criminales de elevada posición, han permitido a este innoble vicio desenvolverse, agrandarse e imponerse.

"... En todos los tiempos, los ejércitos permanentes han sido infestados de hábitos vergonzosos más o menos extendidos, a los que aun se fomentaba al permitir que los soldados durmieran por parejas; pero en cuanto cada soldado tuvo su cama, las costumbres mejoraron singularmente.

"Sobrevinieron por desgracia las guerras de Africa.

A PROPAGAR EN FILAS EL VICIO CONTRA NATURA CONTRIBUYERON EL CLIMA Y LA FALTA DE MUJERES

"Un clima que abrasa la sangre en las venas, la ausencia de mujeres, la promiscuidad de las tiendas de campaña, la increíble indisciplina de un ejército que operaba lejos de todo control, la infiltración de las costumbres árabes, la depravación escandalosa de los generales y de los coroneles que hacían cínica y pública ostentación; todo contribuía a hacer que el ejército de Africa relajara su moral.

"(1) Alusión a un proceso célebre. Es notorio que los Campos Eliseos, el Palacio Real, Las Tullerías y el Luxemburgo, fueron jardines de tráfico vitando, de donde el demonio mismo huyó desde que se tuvo la idea de iluminar algunos de esos lugares con grandes lámparas, y de cerrar otros al caer la noche".

"Sin embargo, el mal estaba circunscrito. Limitábase a la gangrena invasora de los cuerpos especiales y permanentes. Los regimientos de simple ocupación transitoria, apenas si se contaminaron. En 52, la más leve broma sobre parecida cuestión suscitaba todavía un duelo. Pero todo bien pronto cambió:

"El abate Parabére, limosnero de Africa, me ha hecho, sobre ese particular, confidencias que me han ilustrado y me han producido espanto.

"Una vez terminada la expedición de Kabilia (2), llamóse a Francia al general Saint-Arnaud, y se le dió carta blanca para que llamase de Africa a toda aquella hez militar, de que necesitaba para transformar la guarnición de París en una tropa de mercenarios adictos al pretendiente (Luis Napoleón, cuando, desde la presidencia de la República tramaba el asalto al trono) y prestos a degollar a los defensores de la ley..."

Así se explica que a México vinieran tipos de una complejidad inconcebible, que entremezclaban con el femeníl cuidado de la persona, la ferocidad más desenfrenada. Berthelin, contraguerrillero desalmado, que se entregaba con enajenada voluptuosidad a los más horrorosos excesos de la efusión de sangre humana, del robo, del incendio y del estupro, acicalábase hasta lo increíble.

Cuando don Julio García, durante un encuentro, le derribó decapitado, la hórrida cabeza, separada ya del tronco, exhalaba penetrante olor a pschulí y, por entre la cabellera, la barba y los bigotes, corría la sangre, aunque sin humedecerlos; porque cosméticos, aceites y pomadas los impermeabilizaban.

Aquellos forájidos, dignos secuaces de Napoleón III, aunarban a un repelente afán de rebuscados atavíos propios de meretrices, la desquiciante crueldad, que es también atributo de la degeneración más abominable.

"(2) Hecha, se dice, para dar relieve a Saint-Arnaud y para preparar indirectamente el golpe de Estado".

LA PEQUEÑA AFRICA PROVEYO A FRANCIA DE LOS PEORES OFICIALES QUE JAMAS TUVO

"Así fué como se organizó la PEQUEÑA AFRICA —siguen diciendo los autores que citamos—, que suministró a Francia los peores oficiales que jamás tuvo.

"... Nada había que se opusiera a sus vicios desbordantes. Vióseles reproducir en pleno París los escándalos de los campos argelinos y de los baños moros".

"El autor recuerda algunos de ellos, que demuestran cómo el mal se propagó al clero y a la magistratura.

"A propósito de esto, cuenta que un día que se juzgaba un proceso de relajación de costumbres, uno de los jóvenes acusados se puso en pie y, llorando de rabia, exasperado y nervioso, exclamó:

"—¡Pues que nos aplastan, lo declararé todo! Téngase cuidado. Voy a denunciar a gentes que están **detrás** y **delante** de mí.

"Detrás estaba lo más granado de la burguesía y de la nobleza, que desalojó la sala en un abrir y cerrar de ojos.

"Delante, estaban los jueces... que, atornillados en sus sitials, palidecieron de espanto..."

Después de narrar otros acontecimientos no menos bochornosos, los escritores que nos ocupan, añaden:

"Muchos otros escándalos de este género hubo bajo el Imperio; pero presentan una gran semejanza y muy despojados de atractivos están, para que nos detengamos a contarlos pormenorizadamente. Aun pedimos disculpa por haber insistido. Pero que no se nos acuse de inventar..."

NI LAS GRANDES DAMAS DE LA SOCIEDAD PARIENSE EVITABAN LA CONTAMINACION

"El mismo M. Frédéric Latiúe, tan buen guía para los historiadores del Imperio, en la FIESTA IMPERIAL, escribe:

"De vez en cuando, como para avivar con una nota perversa la crónica ordinaria de los pecados del día, surgían es-

cándalos que, por una triste reversión de las leyes naturales, revelaban al público que la primavera de loslésbicos amores, hacía estragos entre las curiosas de la sociedad y entre las artistas; visto que había jóvenes que vivían y respiraban, y para quienes la belleza de las mujeres no era el más ambicionado de los tesoros. Se contó que Mlle. Delacourt había llegado a seducir a Mlle. Circo. Se reveló que un hombre muy descolante entre la sociedad parisiense, fué sorprendido, cierta noche, en compañía de efebos en traje, los unos, de mujeres, y los otros de abates. Un estrépito ensordecedor estalló en torno del asunto Guevaria.

"Hubo algunas, entre las más grandes damas, en quienes, el haber tomado gusto en solicitarse unas a otras las ilusiones sexuales, ora por pasajera fantasía, ora por capricho del fruto prohibido, ora por un prurito libertino de saber más de lo que ya se sabía, ora por un arrebató irresistible y total de los sentidos; llegó a asumir la condición de hábito.

Entre ellos habíalos que portaban nombres sonoros, poseedores de títulos, asiduos a las reuniones más escogidas, muy relacionados en sociedad; pero que, sin embargo, formaban grupo aparte en la relación de los sexos. Sus modales eran inatacables, su apariencia exterior irreprochable y, sin embargo, alderredor de sus costumbres circulaban enojosas murmuraciones, que mucho recordaban los usos griegos. Tenían amigas entre la sociedad; pero muy difícilmente se hubiera podido señalarles una querida. No se les conoció mujer sino el día en que, sucesivamente, fueron casándose por razones de conveniencia, de fortuna o de blasón".

Increíble parece que, al sólo influjo del régimen séptico de Napoleón III, la sociedad francesa hubiera llegado a tamaños extremos de descomposición.

¡Y más increíble aún que aquél improvisado emperador, pretendiera erigirse en el apóstol y en el redentor de nuestra Patria!

Especiosos pretextos para justificar la intervención

Las afanosas intrigas clericales acaban por último dando su fruto — El establecimiento del Imperio era cosa de antiguo decidida — Supercherías inadmisibles — Los especuladores internacionales afilan las uñas — Desesperada situación económica y suspensión temporal del pago de la Deuda — Estados Unidos se ofrecen como fiadores, a cambio de la riqueza nacional como garantía.

cándalos que, por una triste reversión de las leyes naturales, revelaban al público que la primavera de loslésbicos amores, hacía estragos entre las curiosas de la sociedad y entre las artistas; visto que había jóvenes que vivían y respiraban, y para quienes la belleza de las mujeres no era el más ambicionado de los tesoros. Se contó que Mlle. Delacourt había llegado a seducir a Mlle. Circo. Se reveló que un hombre muy descolante entre la sociedad parisiense, fué sorprendido, cierta noche, en compañía de efebos en traje, los unos, de mujeres, y los otros de abates. Un estrépito ensordecedor estalló en torno del asunto Guevaria.

"Hubo algunas, entre las más grandes damas, en quienes, el haber tomado gusto en solicitarse unas a otras las ilusiones sexuales, ora por pasajera fantasía, ora por capricho del fruto prohibido, ora por un prurito libertino de saber más de lo que ya se sabía, ora por un arrebató irresistible y total de los sentidos; llegó a asumir la condición de hábito.

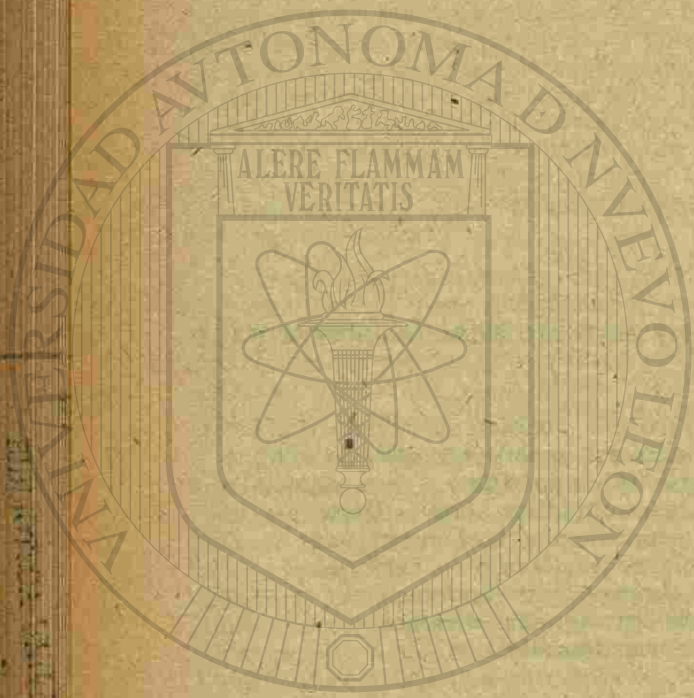
Entre ellos habíalos que portaban nombres sonoros, poseedores de títulos, asiduos a las reuniones más escogidas, muy relacionados en sociedad; pero que, sin embargo, formaban grupo aparte en la relación de los sexos. Sus modales eran inatacables, su apariencia exterior irreprochable y, sin embargo, alderredor de sus costumbres circulaban enojosas murmuraciones, que mucho recordaban los usos griegos. Tenían amigas entre la sociedad; pero muy difícilmente se hubiera podido señalarles una querida. No se les conoció mujer sino el día en que, sucesivamente, fueron casándose por razones de conveniencia, de fortuna o de blasón".

Increíble parece que, al sólo influjo del régimen séptico de Napoleón III, la sociedad francesa hubiera llegado a tamaños extremos de descomposición.

¡Y más increíble aún que aquél improvisado emperador, pretendiera erigirse en el apóstol y en el redentor de nuestra Patria!

Especiosos pretextos para justificar la intervención

Las afanosas intrigas clericales acaban por último dando su fruto — El establecimiento del Imperio era cosa de antiguo decidida — Supercherías inadmisibles — Los especuladores internacionales afilan las uñas — Desesperada situación económica y suspensión temporal del pago de la Deuda — Estados Unidos se ofrecen como fiadores, a cambio de la riqueza nacional como garantía.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL

CAPITULO XI

ESPECIOSOS PRETEXTOS PARA JUSTIFICAR LA INTERVENCION

"El que porfía mata venado".

Viejo Proverbio Castellano.

LAS insinuantes, melifluas y persistentes voces de aquellas sirenas disfrazadas de habilidosos palaciegos intrigantes obstinados en comprometer, en aras de personalísimas miras y de bastardos intereses, la recién consumada independencia del país que les diera cuna; acabaron encontrando eco, y la expedición armada quedó resuelta al cabo, culminando así maquinaciones tan pérfidas como perseverantes y laboriosas.

Una vez más los hechos abonaban la exactitud del viejo y sabio refrán popular castellano: "el que porfía mata venado". Y los malévolos jefes del partido reaccionario, venían porfiando desde a raíz de la emancipación nacional, a costa de tantos sacrificios conseguida.

AL CABO DE LUENGOS AÑOS DE AFANOSAS INTRIGAS REALIZABANSE LOS ANHELOS

Es de imaginar cómo se relamería de regocijo el recalciante Gutiérrez de Estrada, en quien la emperatriz Eugenia

CAPILLA ALFONSINA



veía un Felipe II redivivo, que apenas la ocasión se le presentara volvería a encender en México las bárbaras hogueras inquisitoriales. Pues era ahora cuando, "aquel fanático ultramontano, aquel charlatán, aquel individuo de opiniones antidiluvianas", aquel obstinado monarquista que mereció de Napoleón III el concepto de "que no valía nada, de que era un hombre que sólo sabía decir frases"; estaba en vísperas de asistir a la realización de su delirante y quimérico sueño.

Y, con él, sus dos cómplices más sobresalientes: Juan N. Almonte y José M. Hidalgo.

Bien había sabido este vacuo petimetre, machacar, aprovechando su intimidad y hasta su familiaridad con Eugenia de Montijo, en el dúctil hierro caliente del fanatismo católico y de la megalomanía de que la histérica pelirroja era presa.

"De exterior atractivo, delgado y elegante, de una cierta suavidad de carácter y trato agradable, se hacía simpático en todas partes, especialmente entre las damas". Entre ellas especialmente hallábase en su elemento para, con su apoyo, tramar nefandas intrigas. Y ya el mismo Hidalgo nos comunicó el desenfado con que "explotaba el físico", atento a llevar a buen término los fines que propúéstose había.

Por otra parte, el terreno estaba magníficamente abonado para que en él germinara la semilla de la intervención. Desde 1857, Eugenia había dicho en Biarritz, a su predilecto amigo, "que muchas veces había pensado en lo bueno que sería establecer un trono en México, lo que revela una ambición antigua que nada tenía que ver en el fondo con los posteriores pretextos que se invocaron".

En lo que a Maximiliano se refiere, está perfectamente demostrado que éste, por lo menos desde 1862, considerábase ya emperador de México.

ESTABLECER EL IMPERIO ERA COSA TAN DE ANTIGUO RESUELTA COMO INCONSISTENTES LAS RAZONES INVOCADAS

No cabe duda que la peligrosa empresa era cosa decidida de mucho tiempo atrás, y que los argumentos invocados al realizarla, no pudieron ser ni más deleznable, ni más especiosos ni más fútiles.

Continuemos examinando los elementos que demuestran la veracidad de semejante observación.

Cuando, en 1858, fué reintegrado por el efímero Presidente Zuloaga, a la carrera diplomática y como secretario de embajada en París; Hidalgo no perdió la ocasión, a su paso por Bayona, donde la soberana, que ocasionalmente pasaba una temporada en Biarritz, le invitó a una corrida de toros, de inflamarle la ardorosa fantasía, con la ilusión de "establecer en México una monarquía para salvar de este modo en el Nuevo Mundo la raza latina y el catolicismo. Especulaba al exponerle esta idea, no sólo con la devoción bien conocida de la emperatriz, sino también con sus sentimientos de española que tenía necesariamente que conmoverse ante la opresión del elemento español en la antigua colonia. Pero como ahora era emperatriz de los franceses, Hidalgo habló sólo de la "raza latina". "La emperatriz escuchó cada vez con mayor atención al joven diplomático que se expresaba con tono pasional y entusiasta. Vió la grandeza de la misión de restablecer el orden, la paz y la felicidad en un país destrozado por el espíritu de partido, pero vió sobre todo en el asunto una ocasión de ganar para el segundo imperio —como ella creía e Hidalgo aseguraba— una nueva y fácil gloria y quizás además brillantes ventajas comerciales. Por el momento no tuvo ninguna objeción contra el candidato propuesto, don Juan de Borbón..."

"...Hidalgo había tenido suerte, la emperatriz tomó en seguida un vivo interés por el asunto. A ello contribuyó el hecho de que había podido aprovechar un momento extraordinariamente favorable. Napoleón III empezaba a ser cada vez más infiel a su mujer, sin cesar, sin embargo, de amarla. El archiduque Max había visto bien cuando informó a su hermano que el emperador de los franceses, a pesar de tener una esposa encantadora, andaba detrás de todas las mujeres bonitas. En este tiempo —1857-58— era sobre todo la descarada y seductora condesa de Castiglione, que también había observado y señalado el archiduque y que había sido elegida con toda intención por el conde de Cavour para embajadora en París, la que tenía presa al Emperador en lazos amorosos. Pero no era la única, el malicioso e indiscreto conde de Viel Castel cita además en sus memorias como favoritas del emperador a la condesa Waleska, esposa del ministro del segundo imperio, hijo natural de Napoleón I y de la hermosa polaca, a la condesa de

Labédoyere y a muchas otras. Incluso hubo mujeres que más tarde divulgaron en sus memorias con la mayor desvergüenza las aventuras más íntimas de Napoleón III..."

En 1861, por el mes de septiembre, Hidalgo, él mismo nos lo tiene referido, volvió a la carga, para lo que supo valerse habilidosamente de su carácter de huésped de Napoleón y Eugenia, en Biarritz, y de cartas que acababa de recibir de México y en que se le daba cuenta de los últimos acontecimientos.

La ocasión, dadas las ya expuestas condiciones, y cuando Napoleón no podía negar nada a la ofendida Eugenia, era excepcionalmente oportuna.

NAPOLÉON PRETENDIÓ ENMASCARAR SUS AVIESOS DESIGNIOS CON UNA SUPERCHERÍA INADMISIBLE

Pero una vez decidido el emperador de los franceses a convertir México en feudo que suponía iba a ser fácilmente y en breve tiempo dominado, para extraer de él pingües rendimientos, no podían faltarle especiotas para justificar el atentado monstruoso que iba a perpetrar en detrimento de un país herido de muerte, y al que las despiadadas y sucesivas guerras intestinas habían llevado a trance de agonía.

Su más brillante hallazgo, para presentar la aventura como una cruzada redentora, consistía en proclamar la necesidad de levantar en México un baluarte frente a las expansiones del imperialismo yanqui; en constituir aquí "un imperio latino", utopía que, aunque aparentemente se sustentaba en una buena causa, no pasaba de tal, como muy atinadamente lo hace observar Ollivier, cuando declara:

"Para constituir un imperio latino, hubiérase necesitado de latinos. Excepto en Italia, ya no los había en Europa. Menos aún en México, con una población compuesta en su mayoría de indios o de mestizos. En realidad, jugábase con las palabras: latinos significaba simplemente católicos y, en este sentido, hay razas latinas que oponer a las razas anglosajonas. Lo que se demandaba, pues, al Emperador, era enzarzarse en una guerra de religión en provecho del catolicismo contra el protestantismo, y poner en práctica en América, por medio de la institución de un gobierno clerical y monárquico, la detestable política de proselitismo que había inspirado a Luis XIV la revocación del

edicto de Nantes. Esto era, en el fondo, el pensamiento de los emigrados mexicanos. No deseaban restaurar una monarquía cualquiera, sino una monarquía por medio de la cual el catolicismo llegara a ser la religión de Estado, que restituiría al clero la educación y el registro civil, sus inmunidades y su patrimonio y anularía la venta de los bienes de la iglesia..."

Además, ¿cómo admitir que, para contrarrestar el predominio de la raza sajona, Napoleón II buscara precisamente en la Gran Bretaña su más poderoso aliado?

LAS ARBITRARIAS PRETENSIONES DEL EMPERADOR SIRVEN DE ESTIMULO A LOS ESPECULADORES

Pero, al mismo tiempo, la mafia de especuladores que se apostan al acecho de las grandes "operaciones financieras", dispuestos siempre a provocar las más tremendas hecatombes con tal de mantener sus cofres repletos de oro; afanábanse en incitar las zarpas que ya en el autócrata comenzaba a alargar con dirección a México.

Jécker, el infausto banquero suizo nacionalizado francés para el mejor logro de sus especulaciones, había buscado la sociedad del duque de Morny; a quien engolosinaba con la promesa de entregarle un crecido tanto por ciento sobre los pagos de aquel crédito que, empezando con \$750.000.00 facilitados a Miramón, alcanzaba ya por obra y gracia de las inflaciones inventadas por el usurero internacional, la increíble suma de \$14.000.00.

Otra pesada carga para el tesoro mexicano fué el robo, ordenado por Miramón y ejecutado por Márquez, de los \$600.000.00 que permanecían en depósito en la Legación inglesa, para abonarlos al pago de la deuda con la Gran Bretaña; para sustraer los cuales fueron rotos los sellos que garantizaban su seguridad y empleada la violencia propia de forajidos.

Es oportuno recordar aquí que el general Miramón, que con ese inculcable saqueo había proporcionado a la Gran Bretaña su más contundente motivo de agravio y un magnífico argumento de reclamación, después de coquetear, aunque estérilmente, en busca de acomodo con el partido republicano, acabó agregándose a las fuerzas expedicionarias europeas, en momento en que desembarcaban en nuestro país, con el pro-

MADILLA ALFONSINA

pósito, entre otros, de vengar el ultraje por Miramón inferido al imperio insular. Quiso así, el voluble insensato, convertirse en reparador de la afrenta que él mismo causara, en abogado de la demanda que el pago de su monstruoso latrocinio pretendía.

EL PRESIDENTE JUAREZ SE VE COMPELIDO A SUSPENDER EL PAGO DE LA DEUDA EXTERIOR

Llevada, pues, la Hacienda mexicana a la bancarrota, ora por las continuadas contiendas intestinas, ora por las devastaciones a ellas inherentes, ora por las exorbitancias y los excesos de los gobiernos retrógrados: el Presidente Juárez se vió en la necesidad, imperiosa e ineludible vista la absoluta carencia de recursos, de expedir el decreto de 17 de julio de 1861, que ordenó la suspensión temporal del pago de la Deuda.

Era el caso del viejo deudor que, abrumado por las exigencias de sus acreedores y compelido por la penuria, honradamente declaraba: "debo, no niego; pago, no tengo". Actitud de irreprochable sinceridad, que bajo ningún concepto podía justificar una intervención armada, máxime cuando el explícito propósito del gobierno de Juárez, era reanudar el puntual cumplimiento de los compromisos, en cuanto el país entrara en laboriosa y productiva calma. Lo que se calculaba sería factible en el asaz breve plazo de dos años, siempre y cuando la paz quedara sólidamente cimentada.

Sin embargo, aspirar a un arreglo pacífico fuera una pretensión absurda; desde el momento en que la rapacidad internacional había clavado ya su codiciosa mirada en nuestro territorio, y muy difícil era que prescindiese de la embele presa sin antes chupar hasta la última gota de su ya mermada sangre.

ESTADOS UNIDOS SE OFRECE POR FIADOR A CAMBIO DE LA RIQUEZA MINERA NACIONAL

El Coloso del Norte afilaba también por su parte las potentes garras, y disponíase a obtener usurario provecho, si se le aceptaba de mediador amistoso en el conflicto.

La notificación que el representante diplomático norteamericano hizo a su gobierno, de la ruptura a que el decreto de 17

de julio de 1861, dió lugar con el francés y con el británico, tuvo por respuesta una nota, cuyos períodos esenciales son éstos:

"El presidente —de los Estados Unidos— desea ardientemente que el estatus político de México, como nación independiente, se mantenga permanentemente. Los sucesos que V. comunica le alarman sobre el punto, y cree que apenas lo justificaría el pueblo de los Estados Unidos, si no hiciera esfuerzo alguno para impedir tan grande calamidad en este continente, como sería la extinción de aquella república. Ha resuelto, por lo mismo, autorizar a V., como, en efecto, queda autorizado, para negociar un tratado con la República Mexicana por el que el gobierno de los Estados Unidos asumirá el pago del interés del 3 por 100 de la deuda consolidada que aquel país tiene con los tenedores de bonos mexicanos, cuyo capital se calcula ser de cerca de sesenta y dos millones de pesos, por el término de cinco años, desde la fecha del decreto recientemente expedido por el gobierno de México suspendiendo ese pago, con tal que aquel gobierno empeñe su fe a los Estados Unidos para el reembolso del dinero que así fuere pagado con el interés del 6 por ciento sobre el mismo, asegurado con el derecho de retención específico (SPECIFICLIEN) sobre todas tierras públicas y los derechos sobre minas en los diversos Estados mexicanos de Baja California, Chihuahua, Sonora y Sinaloa, llegando a ser la propiedad así empeñada, absoluta de los Estados Unidos, al expirar el término de seis años, contados desde que el tratado tenga su cumplimiento, si dicho reembolso no hubiese sido hecho antes de aquel tiempo. Las circunstancias, que son tan nuevas como extraordinarias, hacen necesaria esa determinación, pues que la crisis mexicana no admite demora. Por lo mismo, el Presidente acepta la responsabilidad y someterá su acción sobre este asunto a la consideración del Senado de los Estados Unidos, tan luego como aquel cuerpo se reúna, para la sanción constitucional, sin la cual el tratado, suponiéndolo hecho, no sería de ningún efecto".

¡Famosa ocasión para Juárez, de haber sido cierta la infame calumnia que sus enemigos propalaban, de que estaba dispuesto a sostenerse a todo trance en el poder, sin importarle, para lograrlo, contraer con la Unión Norteamericana, compromisos que menoscabaren el decoro patrio!

Por aquellos tiempos no faltaron periódicos estadounidenses que se entregaran a las más peregrinas lucubraciones para resolver la crisis mexicana. Inclusive **The Tribune**, inclinándose por la instauración de la monarquía, y dudando de que se llegara a convencer a príncipe alguno para ceñir la corona, llegó a pretender que la República Mexicana se constituyera en Estados Pontificios, y que a ellos trasladase el padre santo su morada; o, en último extremo, devolver el país al dominio colonial español.

El **Herald** argüía que la ocupación de México por la alianza tripartita estaba perfectamente justificada.

ES RECHAZADA POR INADMISIBLE LA MEDIACION AMERICANA Y LAS POTENCIAS FIRMAN UN TRATADO

La leonina proposición de Estados Unidos no fué aceptada, y aunque lo hubiera sido, difícil es que sus consecuencias se tradujeran en librar a México de la acometida de las potencias europeas.

Como quiera que fuese, éstas firmaron la convención de Londres, que estableció las siguientes condiciones:

"... Artículo primero. S. M. la Reina del Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda, S. M. la Reina de España y S. M. el Emperador de los franceses, se comprometen a adoptar inmediatamente después de que sea firmada la presente convención, las medidas necesarias para enviar a las costas de México fuerzas combinadas de mar y tierra, cuyo efectivo se determinará en las comunicaciones que se cambien en lo sucesivo entre sus gobiernos, pero cuyo conjunto deberá ser suficiente para poder tomar y ocupar las diversas fortalezas y posiciones militares del litoral mexicano. Además, se autorizará a los comandantes de las fuerzas aliadas para practicar las demás operaciones que se juzguen más a propósito, en el lugar de los sucesos, para realizar el objeto indicado en la presente convención, y especialmente para garantizar la seguridad de los residentes extranjeros. Todas las medidas de que se trata en este artículo se dictarán en nombre de las altas partes contratantes, y por cuenta de ellas, sin excepción de la nacionalidad particular de las fuerzas empleadas en su ejecución.

"Art. 2o. Las altas partes contratantes se comprometen a no buscar para sí, al emplear las medidas coercitivas previstas por la presente convención, ninguna adquisición de territorio ni

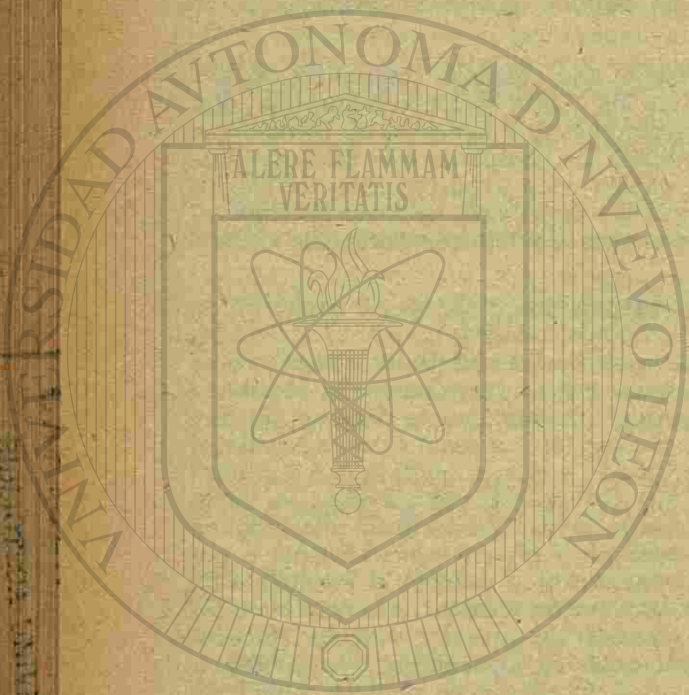
ventaja alguna particular, y a no ejercer en los asuntos interiores de México ninguna influencia que pueda afectar el derecho de la nación mexicana, de elegir y constituir libremente la forma de su gobierno.

"Art. 3o. Se establecerá una comisión compuesta de tres comisionados, cada uno de los cuales será nombrado por cada una de las potencias contratantes, y quienes serán plenamente facultados para resolver todas las cuestiones que pudieran suscitarse, con motivo del empleo o de la distribución de las sumas de dinero que se recobren de México, teniendo en consideración los derechos respectivos de las tres potencias contratantes.

"Art. 4o. Deseando, además, las altas partes contratantes, que las medidas que se proponen adoptar no tengan un carácter exclusivo, y sabiendo que los Estados Unidos tienen como ellas reclamaciones que hacer por su parte contra la República Mexicana, convienen en que inmediatamente después de que sea firmada la presente convención, se remita copia de ella al gobierno de los Estados Unidos, y que se invite a dicho gobierno a adherirse a ella; y que previniendo esa adhesión, se faculte desde luego ampliamente a sus respectivos ministros en Washington, para que celebren y firmen colectivamente o por separado, con el Plenipotenciario que designe el Presidente de los Estados Unidos, una convención idéntica a la que ellas firman en esta fecha, a excepción del presente artículo. Pero como las altas partes contratantes se expondrían a no conseguir el objeto que se proponen, si retardasen en poner en ejecución los artículos 1o. y 2o. de la presente convención, en espera de la adhesión de los Estados Unidos, han convenido en no diferir el principio de las operaciones arriba mencionadas, más allá de la época en que puedan estar reunidas sus fuerzas combinadas en las cercanías de Veracruz.

Art. 5o. La presente convención será ratificada, y el canje de las ratificaciones deberá hacerse en Londres dentro de quince días.

"En fe de lo cual los Plenipotenciarios respectivos la han firmado y sellado con sus armas. Hecho en Londres por triplicado a los treinta y un días del mes de octubre del año del Señor de mil ochocientos sesenta y uno.—(Lugar del sello).—RUSELL.—(Lugar del sello).—XAVIER DE ISTURIZ.—(Lugar del sello).—FLAHAUT".



Especiosos pretextos para justificar la Intervención

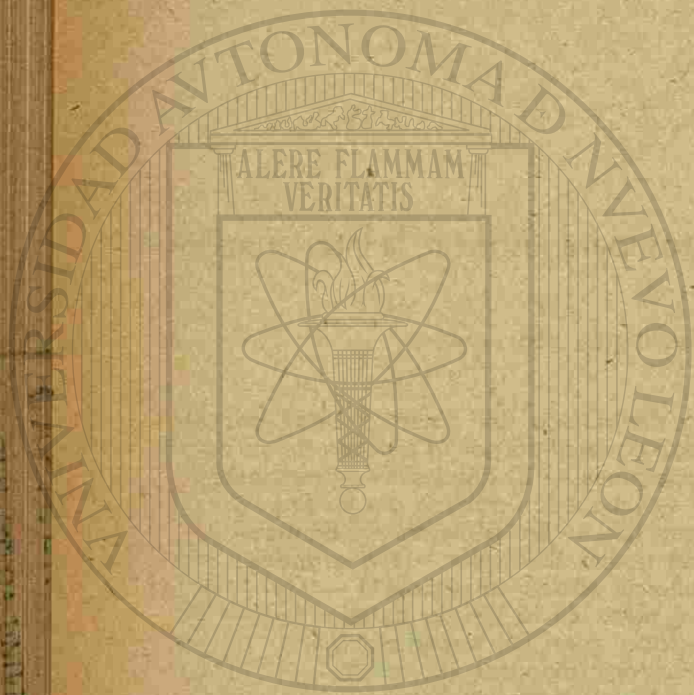
—Continúa y concluye—

Gran Bretaña exige la devolución del dinero robado por el joven Macabeo — España, resentida por la pérdida de su colonia, acumula reclamaciones — El débil será eternamente la víctima del fuerte — La opinión pública era en Francia adversa a la intervención — En la mente del Emperador, Sonora era un nuevo Eldorado — Los grandes especuladores, fulleros, entran en actividad — México suspende el pago de la Deuda Exterior — Almonte anunciaba que los expedicionarios serían recibidos con disparos de rosas — Exorbitantes reclamaciones de Francia — Jugar el papel de víctima, constituía un muy lucrativo negocio — Mr. Wyke augura que los mexicanos preferirán la muerte a la ignominia.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA ALFONSINA





CAPITULO XI

ESPECIOSOS PRETEXTOS PARA JUSTIFICAR LA INTERVENCION

—Continúa y concluye—

Para el poderoso, el derecho del débil deja de existir, en cuanto contraría la satisfacción de sus apetitos.

DETENGAMONOS ahora a examinar, siquiera superficialmente, los argumentos aducidos por Inglaterra, España y Francia, la monstruosidad de cuyas absurdas e injustificables pretensiones, no acertó a detenerla al borde del precipicio en que para ella la aventura mexicana iba a convertirse.

INGLATERRA INCLUIA EN SUS EXIGENCIAS LA
DEVOLUCION DE LO ROBADO POR MIRAMON

En el convenio formulado entre el secretario de Relaciones don Manuel María Zamacona y el ministro inglés, éste resumió en la siguiente forma las reclamaciones de su país:

“1a. Entrega por ese gobierno, del dinero robado en la legación inglesa el mes de noviembre último, y que ascendía a la

suma de seiscientos sesenta mil pesos, así como de la que se tomó de la conducta de Laguna Seca, que originalmente montaba a cuatrocientos mil pesos, y una parte de la cual se ha devuelto después a sus legítimos dueños.

"2a. Que todos los atrasos que se deben a los tenedores de bonos por la suspensión de pagos de los derechos aduanales, que les están consignados por los convenios Dunlop y Algham, así como a la convención inglesa, se les pagarán, incluyendo, por supuesto, el pago de las cantidades depositadas en las aduanas al tiempo de esa suspensión de pagos, y que todavía no se habían entregado a los agentes de dichos tenedores de bonos.

"3a. El pago de intereses de las sumas especificadas arriba, desde la fecha en que fueron tomadas o retenidas, como compensación a los dueños de las pérdidas e inconvenientes que han sufrido por esos arbitrarios procedimientos.

"4a. Que se autorice por el gobierno a los agentes consulares ingleses en los puertos, para examinar los libros y dar noticia de las entradas de las diferentes aduanas marítimas, recibiendo directamente esos agentes de los importadores las asignaciones para los tenedores de bonos, de la manera que después convendremos".

Estas proposiciones fueron rechazadas por el Congreso; pero el ministro Wyke, en vez de disminuir, fué aumentando sus demandas.

RESENTIDA ESPAÑA POR LA PERDIDA DE LA RICA COLONIA AMONTONA RECLAMACIONES

España, por su parte, de tiempo atrás había venido acumulando incentivos de animosidad contra el gobierno republicano; animosidad que, en el fondo, atizaba el viejo resentimiento de haber perdido con México la más pingüe de sus colonias en América.

Entre las reclamaciones de aquel reino, incluíase el asesinato de cinco de sus súbditos, crimen que había sido ya castigado con la rápida captura, proceso y ajusticiamiento de los culpables; por lo que era un asunto irrepudablemente liquidado, de acuerdo con las más estrictas normas de la justicia y del derecho internacional.

Contábase también la expulsión de Pacheco, el ministro de Isabel II acreditado ante el gobierno de Juárez. Individuo a quien se obligó a abandonar el país en cuanto se demostró que se inmiscuía en la política interior, y que no era, en suma, más que un cómplice del partido conservador, que se escudaba en el fuero diplomático para favorecer intrigas y conjuras contra un régimen legítimamente constituido. La casa de Pacheco servía de escondite al Joven Macabeo; por todas estas razones, la expulsión estuvo perfectamente justificada.

España, pretendía también que el gobierno presidido por Juárez reconociera y diese cumplimiento al tratado Mon-Almonte, que se concertó en París, entre éste como representante de la administración de Zuloaga, y aquél como ministro de Isabel II, el 26 de septiembre de 1859. Convenio que, ratificando el concluído con Santa Anna en 1853, convertía a México en deudor de sumas muy cuantiosas y, además, le obligaba a cubrir fuertes indemnizaciones por los ya dichos asesinatos de españoles, perpetrados en San Vicente, Mor.

Pretensión más insensata aún, desde el momento en que precisamente por ese tratado oneroso y absurdo, el gobierno de Juárez declaró traidor a Juan N. Almonte.

EN VANO FUERON ANATEMAS Y PROTESTAS QUE ESTALLARON AL ANUNCIO DE LA EXPEDICION

Pero como cuando los poderosos se aprestan a aplastar al débil, todos los argumentos que para aplastarle aduce, son plausibles, y como Napoleón había manejado la política internacional con tanta habilidad como perfidia; Inglaterra y España se coludieron con él para llevar a cabo la incalificable empresa.

En vano, antes y después del envío de la expedición, resonaron en la tribuna de la asamblea legislativa francesa las voces, o previsoras o condenatorias de la oposición, que fulminaban condenaciones contra el atroz designio.

En vano circularon también adversas y vehementes opiniones impresas.

"El hombrecillo ancho de espaldas, corto de piernas y de voluminosa cabeza, que gesticulaba mirando confuso hacia

abajo con sus ojos mates en constante pesquisa" —según describe el archiduque Maximiliano a Napoleón, a raíz de haberle conocido en mayo de 1856—, estaba resuelto a comprometer a la noble Francia en la arriesgada aventura; o, por mejor decir, había la comprometido ya.

Edgard Quinet resumía la situación y referíase con valor al atraco a que los especuladores —como es costumbre llamar a los grandes fulleros internacionales mientras el éxito les acompaña—, con Morny y con Jécker a la cabeza, se arrojaban a mansalva, y sin que les contuviera la consideración de la sangre que iba a ser derramada.

ERA INCONCEBIBLE QUE EL EJERCITO FUERE SACRIFICADO POR UNA ILICITA GANANCIA

El folleto de Quinet estaba redactado en un estilo candente y sus razones eran irrefutables. Transcribamos algunos de sus períodos:

"Decíase al principio que era necesario invadir a México porque nos llamaba; ahora es necesario invadirlo para castigarlo de no habernos llamado. Esta es la primera razón. La segunda emana de la situación política de aquella sociedad, que se agita y prefiere la agitación a la servidumbre. ¡Esto nos inquieta! Ese es un estado de cosas que no debemos tolerar. No podemos sufrir la libertad ni al través del Océano. Consideramos como un deber imponer a ese pequeño pueblo el silencio que hemos aceptado para nosotros. El habla demasiado recio, nos desagrada que se vea libre; caminaremos con gusto dos mil leguas, y gastaremos en caso necesario nuestras mejores tropas, para enseñarle lo contrario. Háblase también de un crédito de tres millones, transformado fraudulentamente en un crédito de setenta y cinco; y por obtener esa ilícita ganancia, enviamos un intrépido ejército a intimar al pueblo mexicano que vacíe al punto sus ciudades, sus pueblos, su capital; que entregue su independencia, sus instituciones, su libertad, su tradición como sospechosas, legadas por su historia, para que todo sea reemplazado por una monarquía austríaca. Si no se presta a hacerlo, dicha nación será ahrojada y encarcelada de padres a hijos, en el calabozo o el Spielberg trasatlántico que a bien tengamos escoger. He aquí las primeras razones alegadas para buscar tan lejos una ocasión de oprimir.

Yo no discuto tales razones, limitándome a decir que ocultan otras de que nadie habla. Esos motivos ocultos son los verdaderos, como voy a procurar demostrarlo. En 1781, la Francia puso el pie en América para ayudarlo a emanciparse. Aquella expedición abrió la época nueva, y trajo la libertad al viejo mundo. En 1862 desembarca la Francia de nuevo; pero esta vez no se trata ya de emancipar: de violentar es de lo que se trata. En ambos casos encierra la cuestión los intereses de todo un mundo. **México no es más que un punto desde donde se espera dominar un hemisferio.** En 1781 la pequeña expedición de Lafayette y Rochambeau debía dejar tras de sí todo un continente libre. En 1862 la expedición de México, si se desarrollase cual ha sido concebida, dejaría todo un continente esclavo, o por lo menos sometido".

EN LA MENTE CALENTURIENTA DE NAPOLEON III SONORA SUPERABA EN RIQUEZA A LO CONOCIDO

El historiador Pérez Verdía, comenta: "A estos bastardos intereses del Emperador y su ministro, se unía la ambición de adquirir una parte del territorio mexicano y especialmente Sonora, para fundar allí una colonia francesa que aprovechase las minas de oro y plata, que con una imaginación calenturienta suponían mucho más ricas que lo que pudieran ser en realidad. Estos móviles indignos se aparentaba cubrir con el proyecto de crear en América un Imperio latino que viniese a servir de valladar al engrandecimiento de los Estados Unidos y su influencia en Europa".

El famoso imperio latino sin latinos a que, como hemos visto en anteriores líneas, Ollivier se refería; proyecto que no era sino una máscara puesta en la faz de los móviles secretos, aquellos que no tendían sino a saciar una desmesurada codicia, por una parte, y por la otra a templar la fiebre de un fanatismo delirante. La guerra iba a ser entonces una guerra de religión y de despojo; por consiguiente, devastadora y sangrienta, como son de por fuerza todas aquellas que tan peligrosos impulsos encienden.

A CREER A ALMONTE EL INVASOR OCUPARIA LA REPUBLICA ENTRE DILUVIOS DE ROSAS

Napoleón III había tramado magistralmente su complot contra México, y la alianza con Inglaterra y con España garanti-

zábale, al parecer, el más indisputable de los éxitos, a brevísimo plazo.

Al decir de Almonte, la expedición armada iba a tornarse en un paseo triunfal por todo el territorio mexicano; pues que las tropas intervencionistas, desde que desembarcaran en playas nacionales hasta consumar la ocupación de las ciudades de mayor importancia, no tendrían necesidad de disparar un solo cartucho, y los únicos proyectiles que sobre ellos los habitantes descargaran, serían guirnalda de rosas. En suma, los agasajos en honor de los intrusos, sucederían sin interrupción en las pequeñas como en las grandes localidades, y México, de un confín a otro confín, aclamaría jubiloso a los soldados extranjeros que venían a adueñarse de su territorio, y ungiríanles como a sus redentores.

¡Cuán tremenda, por este doble engaño, hubo de ser la decepción que los invasores sufrieron!

REDUCIDAS LAS RECLAMACIONES A DINERO LA DE FRANCIA RESULTABA LA MÁS EXORBITANTE

Las tres potencias habíanse puesto de acuerdo sobre las respectivas reclamaciones en dinero. He aquí el porvenir, conforme lo presenta y lo comenta el historiógrafo Emilio Ollivier:

"Los ingleses, tenedores conocidos de casi toda la deuda mexicana, reclamaban 85 millones, los españoles cuarenta millones y otras potencias veinte millones. Todos estos créditos resultaban de convenios firmados, debatidos en libertad, incontestables. Los ingleses remitían a futuras convenciones el reglamento de las indemnizaciones motivadas por los últimos sucesos —el robo perpetrado en su Legación por Miramón y por Márquez—. Si Francia hubiera procedido en esta misma forma, sus reclamaciones hubieran sido mínimas (750.000 francos), ni aun siquiera un millón; pero sus plenipotenciarios exigieron imperiosamente, al margen de toda discusión contradictoria con el supuesto deudor, una considerable suma por los recientes daños.

"La convención de Londres no autorizaba este procedimiento exorbitante; no refrendaba sino las obligaciones CONTRAIDAS, es decir, liquidadas, fuera de todo litigio: créditos reclamados, pero no regularizados, no son obligaciones CON-

TRAIDAS. Sin embargo, Thouvenel —a la sazón Ministro de Negocios Extranjeros en el gabinete francés—, había autorizado esta primera infracción al acuerdo; pero previsoramente no admitido sino la moderada suma de diez millones. Nuestros plenipotenciarios reclamaron sesenta, a los que sumaron setenta y cinco por el saldo íntegro del crédito Jécker. Esta monstruosa exageración de cifras era una duplicidad de la política de intervención. Queríase apartar el argumento que volvería a esgrimir Louis Favre si la reclamación se limitaba a la deuda líquida (750.000 francos): "¿por una suma tan miserable acometéis una empresa tan lejana y tan onerosa?" El motivo verdadero de la expedición, que aun se creía necesario encubrir, hubiera quedado muy pronto al descubierto".

INDIGNADO EL INGLÉS HABLA DE QUE ERA MUY LUCRATIVO NEGOCIO HACERSE VÍCTIMA

El autor que venimos citando, recalca que admitir las exigencias del gobierno bonapartista, equivalía a intimar por ultimátum, a un país en la miseria y cuyo presupuesto anual apenas si producía cincuenta millones de francos, el pago de doscientos millones.

Una vez en Veracruz, al empezar el representante inglés a conocer el monto exagerado de las abusivas reclamaciones francesas, puso el grito en el cielo; pero su estupor no reconoció límites cuando escuchó que el crédito de Jécker subía ya a setenta y cinco millones de francos.

Entonces explicó al plenipotenciario francés el descarado tráfico que a la sombra de las indemnizaciones se llevaba a cabo. "Constituirse en víctima había venido a ser un oficio lucrativo. Más de una persona hacíase encarcelar algunos días para arbitrarse una gruesa suma de dinero".

Aun aquellos que efectivamente habían sufrido daño, exageraban los perjuicios en forma fantástica: "... sesenta millones para indemnizar a VEINTITRES franceses que habían resentido muy leves molestias... ¡ni pensarlo! Cuanto al crédito Jécker, una auténtica estafa, no se debía por ese concepto ni un sólo céntimo. Suscrito por sublevados sin ninguna autoridad, declarado anticipadamente nulo por un decreto normal de gobierno legítimo, no tenía valor sino contra Miramón, y se desplomaría

junto con él. Jécker y quienes habían aceptado sus beños, habían apostado sobre la buena estrella de Miramón, y si habían perdido la partida, tanto peor para ellos; no correspondía a Juárez pagar los obuses y los cartuchos empleados en combatirle".

Es también la serena pluma de Ollivier la que, en una nota, da idea exacta de las exacciones a que los reclamantes extranjeros sin escrúpulos, puestos ya en el terreno de sacar la tripa de mal año, llegaban; como llegaron cuando se trató de especular con las demandas por pérdidas — verdaderas o imaginadas — sufridas cuando la no menos famosa, aunque mucho más breve "Guerra de los Pasteles": "... Después de la expedición contra San Juan de Ulúa, el gobierno de julio había impuesto a México una contribución de tres millones. Cuando se quiso distribuirlos entre los quejosos, se encontró que en su mayor parte las reclamaciones eran tan injustificadas, que un millón quedó sin ser aplicado

MR. WYKE AUGURO QUE LOS MEXICANOS PREFERIRAN LA MUERTE A LA IGNOMINIA

A las observaciones de Mr. Wyke, Dubois de Saligny replicó que con posterioridad quedarían justificados todos los créditos cuyo pago el gobierno de Francia exigía, y adujo que la convención de Londres, por la que las tres potencias se comprometían a ejercer una acción conjunta para coaccionar al gobierno de Juárez, vedaba a los plenipotenciarios controlar sus recíprocas reclamaciones.

La contraréplica de Mr. Wyke, encerró una profecía, cuando declaraba a Saligny: "— Estad cierto de que ese contrato escandaloso y leonino, no será aceptado por el actual gobierno ni por ningún otro; los mexicanos preferirán desafiar las consecuencias de una guerra desigual, a la ignominia de ceder a una pretensión injusta".

Con que el delegado inglés demostró conocer a maravilla el terreno que pisaba; porque, efectivamente, los mexicanos prefirieron desafiarlos, dispuestos antes a perecer que a someterse.

Caracteres de los Plenipotenciarios y sus divergencias al hallarse en Veracruz

Jurien de la Gravière, instrumento ciego de su soberano — Dubois de Saligny, dipsómano impenitente — Moderación inglesa y tantarronería española — Prim empieza a sentirse un Hernán Cortés redivivo — Saligny acúsale de incubar ambiciones imperiales — Bazaine y hasta Saligny mismo soñaban también con erigirse en los amos supremos de México — El horizonte se ennegrece para la República — Juárez y la defensa del territorio — Bandas de forajidos españoles enarbolan la bandera de su patria — El vicecónsul de España en Querétaro reprueba el ultraje a su enseña.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DE BIBLIOTECAS

®

IGNOMINIA

junto con él. Jécker y quienes habían aceptado sus beños, habían apostado sobre la buena estrella de Miramón, y si habían perdido la partida, tanto peor para ellos; no correspondía a Juárez pagar los obuses y los cartuchos empleados en combatirle".

Es también la serena pluma de Ollivier la que, en una nota, da idea exacta de las exacciones a que los reclamantes extranjeros sin escrúpulos, puestos ya en el terreno de sacar la tripa de mal año, llegaban; como llegaron cuando se trató de especular con las demandas por pérdidas — verdaderas o imaginadas — sufridas cuando la no menos famosa, aunque mucho más breve "Guerra de los Pasteles": "... Después de la expedición contra San Juan de Ulúa, el gobierno de julio había impuesto a México una contribución de tres millones. Cuando se quiso distribuirlos entre los quejosos, se encontró que en su mayor parte las reclamaciones eran tan injustificadas, que un millón quedó sin ser aplicado

MR. WYKE AUGURO QUE LOS MEXICANOS PREFERIRAN LA MUERTE A LA IGNOMINIA

A las observaciones de Mr. Wyke, Dubois de Saligny replicó que con posterioridad quedarían justificados todos los créditos cuyo pago el gobierno de Francia exigía, y adujo que la convención de Londres, por la que las tres potencias se comprometían a ejercer una acción conjunta para coaccionar al gobierno de Juárez, vedaba a los plenipotenciarios controlar sus recíprocas reclamaciones.

La contraréplica de Mr. Wyke, encerró una profecía, cuando declaraba a Saligny: "— Estad cierto de que ese contrato escandaloso y leonino, no será aceptado por el actual gobierno ni por ningún otro; los mexicanos preferirán desafiar las consecuencias de una guerra desigual, a la ignominia de ceder a una pretensión injusta".

Con que el delegado inglés demostró conocer a maravilla el terreno que pisaba; porque, efectivamente, los mexicanos prefirieron desafiarlos, dispuestos antes a perecer que a someterse.

Caracteres de los Plenipotenciarios y sus divergencias al hallarse en Veracruz

Jurien de la Gravière, instrumento ciego de su soberano — Dubois de Saligny, dipsómano impenitente — Moderación inglesa y tantarronería española — Prim empieza a sentirse un Hernán Cortés redivivo — Saligny acúsale de incubar ambiciones imperiales — Bazaine y hasta Saligny mismo soñaban también con erigirse en los amos supremos de México — El horizonte se ennegrece para la República — Juárez y la defensa del territorio — Bandas de forajidos españoles enarbolan la bandera de su patria — El vicecónsul de España en Querétaro reprueba el ultraje a su enseña.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

CAPITULO XII

CARACTERES DE LOS PLENIPOTENCIARIOS Y SUS DIVERGENCIAS AL HALLARSE EN VERACRUZ

"El hombre no es del tamaño de su fortuna; sino del tamaño de su virtud".

Jesús URUETA.

TAN divergentes eran los designios de las tres potencias aliadas, al intervenir en México, como los caracteres de sus respectivos comisionados, de quienes en seguida ofrecemos al lector una semblanza; ya que nuestro propósito no es dar un resumen enjuto de los hechos, sin ilustrarlo ora con el bosquejo de éste o de aquél personaje de importancia en una época tan aciaga para nuestro país, ora con tal o cual detalle anecdótico o circunstancial, que ayude a formar una idea viva de lo que fueron los martirizados años de la intervención francesa y del segundo imperio mexicano.

JURIEN DE LA GRAVIERE PLEGABASE DE MODO CIEGO AL DESEO DE SU SOBERANO

El contraalmirante Jean-Baptiste Pierre Edmond Jurien de la Gravière, "marino de carrera, espíritu culto, escritor distinguido, afable, cortés, conciliador, de una lealtad escrupulosa; no

®

ALFONSO SINA

buscaba más que ilustrarse, y era incapaz de resistir a lo que tuviera apariencia de ser una orden o siquiera un deseo de su soberano. Además, si nos atenemos al violento juicio que el padre Miranda confió a una carta dirigida a Gutiérrez de Estrada, "la plus radicale nullité que se pueda imaginar, el hombre más débil, más versátil y más indeciso que conocía".

Este individuo, aun respetable si se quiere, pero sujeto a esa obediencia militar pasiva, tan incomprensible para quien es enemigo de encadenar su pensamiento como su persona a una ajena voluntad, estaba pues obligado a plegarse al capricho de Napoleón III que en 1861 le nombró comandante de la división del Golfo de México, y por diciembre de ese mismo año, investido ya de las más amplias facultades políticas y militares, lo puso al frente de los expedicionarios franceses llamados a invadir la República Mexicana.

Pero bien pronto habría de desautorizarlo; porque, como hombre de pundonor y en acatamiento a los compromisos contraídos por Francia, suscribió los convenios de la Soledad, de que en su debido lugar habremos de ocuparnos. Lo que echaba por tierra los codiciosos y fraudulentos designios del entonces omnipotente emperador de los franceses.

DUBOIS DE SALIGNY ARRASTRABA POR LAS TABERNAS LA DIGNIDAD DE SU ENCARGO

El reverso de la medalla, si se le compara con el contraalmirante Jurien de la Gravière, era el segundo comisionado de Francia: Dubois de Saligny, individuo intemperante, apasionado, alcohólico empedernido, que como ministro del emperador Napoleón III ante el gobierno de Juárez, "había arrastrado la dignidad de su puesto por las tabernas de la capital mexicana". Hombre de carácter quisquilloso y arrebatado, autoritario y nada respetuoso de los más elementales principios del honor, negábase a escuchar o analizar todo argumento que contrariara su interés o su prejuicio.

Este peligroso intermediario, en el fondo no más que un agente financiero, cubierto con la casaca diplomática, era el más activo agente, en este lado del océano, del monopolio que el duque de Morny y el fullero Jécker formaban, y habíase hecho cargo de la representación diplomática de Francia en

México, desde el 1.º de diciembre de 1860, fecha en que sustituyó en el puesto al conde Gabriac.

Pero apenas lo hubo asumido, esmeróse en forjar, promover o inventar motivos de fricción, y constantemente, como único recurso para imponer la paz en México, aconsejaba la intervención armada. Astuto como una vulpeja, estaba al cabo de la calle en cuanto con los verdaderos planes de su amo se relacionaba, y procuraba crear una situación que resultara propicia a su desenvolvimiento y completa realización.

De allí que estorbara tercamente cuanta tentativa de acuerdo conciliador sugirió el ministro inglés, Mr. Wyke, antes que el propio Dubois de Saligny, al decretar el Congreso la temporal suspensión de pagos de la deuda extranjera, declarara rotas las relaciones diplomáticas de Francia con México.

Para que pueda estimarse a qué extremos alcanzaba la soberbia del empedernido dipsómano, bastará con decir que el ultimátum, absurdo hasta lo inconcebible, que presentó al gobierno antes de suspender relaciones, incluía una cláusula por la que exigíase "la autorización para que él, el embajador francés en persona o su representante, pudiese formar parte de todo tribunal que se constituyese PARA JUZGAR A UN ACUSADO DE DAÑOS A UN FRANCÉS".

MODERACION DE LOS EMISARIOS INGLESES, FANFARRONERIA Y VIDENCIA DEL ESPAÑOL

Los dos comisarios británicos, sir Charles Wyke, que era ministro acreditado ante el gobierno de Juárez, y el comodoro Dunlop, demostraron, en el desempeño de su cometido como tales, una cautelosa ponderación, y asumieron una actitud serena, que oponían con prudencia, pero con tenacidad también, a las exorbitancias francesas, y que acabó, al sondear hasta el fondo la injusticia de las demandas de Napoleón III, y descubrir sus aviesos fines, determinando el retiro de las fuerzas inglesas.

España, por último, encomendó el mando supremo de sus tropas al general Juan Prim y Prats, conde de Reus, marqués de Castillejos, quien, si desvanecido a raíz de su llegada a playas mexicanas, que anticipó a la de los demás representantes aliados; soñó quizás, si no en ceñir una diadema imperial, sí por lo menos en erigirse en virrey, reintegrada a la Península

la que la más valiosa de sus colonias había sido. Pero al examinar con su talento penetrante la positiva situación de México, termina convirtiéndose en uno de los más leales y nobles amigos de nuestra patria, y sacando a España del avispero.

AL LLEGAR A PLAYAS VERACRUZANAS EL GRAL. PRIM SE SINTIO OFUSCADO POR UN VERTIGO DE GRANDEZA

El marqués de Castillejos había esperado en La Habana el desembarco de los primeros españoles en Veracruz, y de aguas cubanas zarpó, en compañía de su esposa, doña Isabel Agüero, acudalada mexicana, entre aclamaciones como ésta: "¡Viva el virrey de México! ¡Viva el nuevo Hernán Cortés!"

Del vértigo de grandeza que al general Prim acometió al sentirse en las tierras que tres y medio siglos antes habían sido conquistadas por el rapaz e inescrupuloso aventurero extremeño, cuya hazaña, por lo temeraria, todavía está esperando la lira de un homérica que la cante; nos da perfecta idea esta pintoresca reseña de su entrada en el puerto de Veracruz, reseña que si no inspirada, sí por lo menos debe de haber sido autorizada por él, supuesto que la insertó en sus columnas el **Eco de Europa**, órgano periodístico que bajo sus auspicios veía la luz.

Como no tenemos a mano el texto en español, lo traducimos de una obra en francés que lo transcribe en este idioma. Dice así:

"El héroe de Castillejos monta en la acera a caballo y, escoltado de valientes oficiales y de un brillante estado mayor, diríjese a su cuartel general, objeto de asombro para la multitud que se agolpa extasiada para admirarle. El aspecto de la ciudad había cambiado, pues tomó un aire de fiesta que jamás se había visto. Los soldados le contemplan casi como a un Dios, sus amigos dicen que es el ángel exterminador, el ángel del consuelo, el león de la batalla, el semidiós de la guerra, y, para hacer su retrato, Homero le hubiera comparado con Marte. Hémos aquí con un noble capitán que Grecia y Roma hubieron levantado a la categoría de sus dioses; con un héroe que, en la Edad Media, hubiera sido el fundador de una dinastía de reyes. Si posible fuere añadir algo a la confianza que la grandeza de las potencias aliadas inspira, México encontrara una

nueva garantía en el conde de Reus. Su nombre y su persona son el símbolo y el programa de esta expedición".

SALIGNY IMPUTA A PRIM LA ENCUBIERTA AMBICION DE PROCLAMARSE EMPERADOR

El ímpetu de la ambición ha de haber sido en el general Prim muy tumultuoso; desde el momento en que, de informes que a la vista tenemos, coligese que no en todo momento le era posible impedir que sus febriles fantasías se mantuvieran ocultas, ni que las apariencias las transparentasen.

"Almonte había declarado abiertamente a Prim y al comodoro inglés Dunlop que había venido a México para cambiar la forma de gobierno existente y había hablado también del archiduque Fernando Max. Esto se oponía a la convención de Londres. Saligny respondió sonriendo maliciosamente que PRIM MANIFESTABA QUE LA CANDIDATURA DEL ARCHIDUQUE ERA ABSURDO SOLO PORQUE EL MISMO QUERIA PROCLAMARSE EMPERADOR. PRIM REPLICÓ ENFURECIDO".

Pero la verdad es que esa misma ambición, más o menos violenta o atormentada, más o menos aparente o encubierta, iba asaltando a cada uno de los personajes investidos de un cargo de importancia suma, en cuanto ponían la planta en territorio mexicano; y que, aunque emboscaban sus esperanzas para no perder la confianza de sus mandantes, no desterraban de su fuero interno aquellos conatos de poder, que en un momento dado pudieran elevarles al trono que tan penoso y tan siniestro debía volvérsese, a la postre, al infortunado archiduque austriaco.

Tampoco Almonte desechó de su imaginación tan locas fantasmagorías. Menos ostentosos que Prim, y plegándose lacayunamente a las imposiciones del invasor, de cuya presencia en suelo patrio él era uno de los más directos culpables; rumía su despecho, confiando en que llegará el día, que por fortuna para la República no despuntó jamás, en que empuñará el cetro y ceñirá la corona.

COMO PRIM Y COMO ALMONTE BAZAINE Y HASTA SALIGNY SONABAN CON EL PODER

El entonces todavía general Bazaine, a semejanza de Prim y de Almonte, no era ajeno tampoco al halago de imaginarse

ungido señor supremo de México; pero, a la sazón colocado en un segundo término, ocultaba su desorbitada ilusión, que no transparentará sino en el apogeo de su poderío militar, cuando sueñe en sustituir a Carlota, en el trono, con su mujer, la mexicana Pepita de la Peña.

Sin embargo, al igual que a los otros dos, al soldadón que representaba la comedia de la gloria militar, a reserva de cubrirse de ignominia al capitular en Metz, se le frustrarán sus ocultos proyectos; no ciertamente por falta de deseo, sino por falta de oportunidad, pues que no fueron nunca los escrúpulos los que al señor mariscal sobraron.

El cinismo de este ambicioso, cuya novelesca vida tendremos ocasión de conocer en buena parte al transcurrir de la presente historia, lo exhibe en toda su abominable desnudez Maxime Petit, en la obra "Les Siéges Célebres", cuando, al referir aquella vergonzosa capitulación, signada por Bazaine, nos cuenta que el tal aceptaba para él y para sus oficiales, condiciones distintas a las impuestas a los simples soldados.

La verdadera idiosincrasia de aquel comediante de áureos entorchados, se pone de manifiesto cuando Petit relata el valor que el señor mariscal atribuía a las enseñas que para todo ejército son siempre emblema del heroísmo, de la lealtad y del honor:

"Engañaba al ejército, dícenos, para quitarle sus banderas y entregarlas a Prusia, haciéndolas transportar al arsenal so pretexto de quemarlas. ¿Para qué preocuparse, ha atreviéndose a escribir, de esos JIRONES DE TRAPO que sólo tienen valor moral cuando son tomados en el campo de batalla? Ninguno tienen cuando son depositados en un arsenal".

Pero si hasta el crápula de Dubois de Saligny, en llegado el momento, hará saber a los españoles que a él le tiene sin cuidado que Maximiliano, o cualquier otro príncipe europeo, ocupe el trono de México, que lo que le interesa es convertirse él mismo en el amo supremo del país.

EL CIELO DE LA REPUBLICA ENSOMBRECIDO CON LA YA INMINENTE AMENAZA DE GUERRA EXTRANJERA

El amago de intervención armada, que forzosamente tenía que arrastrar a la rabiosa defensa del territorio y por lo tanto

a la guerra más desigual con las más aplastantes potencias mundiales; venía a recrudecer hasta el extremo la ya de suyo delicada situación en que el gobierno republicano se encontraba, y a ponerlo en peligro de sucumbir.

No viendo entonces más que la necesidad de mantener incólume la integridad nacional, el Presidente Juárez aplicóse a fomentar el espíritu de concordia entre todos los mexicanos. Demostración palmaria de la tendencia que le animaba, nos la da la carta que en aquellos instantes de zozobra, escribió al general José María Arteaga, a la sazón gobernador del Estado de Querétaro, desde México, el 10. de noviembre de 1861. En ella le expresa:

"Muy señor mío y estimado amigo.—Por el correo que trajo la última correspondencia de Europa, se sabe que la España ha tomado la resolución de exigir a México a mano armada el cumplimiento del tratado Mon-Almonte y la satisfacción de los agravios que supone se la han inferido. Al efecto, está alistando sus buques y trenes de guerra en la Habana. Inglaterra ha logrado el que de pronto se suspenda la expedición, mientras hay un acuerdo con la Francia, sobre el modo con que las fuerzas de las tres potencias deben obrar, pues cada una de aquellas quiere tomar parte según sus respectivos intereses; pero este aplazamiento debe ser de poco tiempo; y aunque respecto de Inglaterra y Francia puede haber algún arreglo que modere sus exigencias, que son puramente pecuniaras, no sucede lo mismo con España, cuya mira, según todas las apariencias, es intervenir en nuestros negocios políticos y sacar de México todas las ventajas que quiera. Por consiguiente, con o sin el acuerdo de las demás potencias, vendrá a querer humillarnos con sus fuerzas, en cuyo concepto debemos prepararnos para contestar dignamente a sus injustas pretensiones.

"Lo que pongo en conocimiento de usted a fin de que por su parte se prepare, haciendo que tenga su debido efecto la disposición que se le comunica, relativa a la fuerza con que debe concurrir ese Estado a la defensa común. Es un mal grave, ciertamente, tener que sostener la guerra con una nación extranjera; pero el grado de este mal disminuye, siendo la España la que nos ataque, porque sostiene una causa injusta, y porque la lucha a que nos provoca, servirá para unir estrechamente el partido liberal y para extirpar, una vez por

todas, los abusos del sistema colonial, afianzando para siempre en nuestro país la independencia, la libertad y la reforma. Tengo fe en el patriotismo y buen sentido de los mexicanos, y estoy animado de la firme convicción de que, sean cuales fueren las dificultades que se nos presenten, saldremos airoso en la lucha.

"Estamos en el caso de dejar por ahora nuestras diferencias, y de unirnos estrechamente, haciendo un esfuerzo poderoso para destruir los restos de la reacción y prepararnos a la defensa de nuestra tierra..."

BANDAS DE FORAJIDOS HACEN SUS CORRERIAS AL AMPARO DE LA BANDERA HISPANA EN MEXICO

Al esparcirse la noticia de que el gobierno español había enviado a playas mexicanas una expedición armada, numerosos iberos que directa o indirectamente venían tomando parte en las contiendas intestinas, y en apoyo de los clericales, con crueldad y rapacidad proverbiales, organizaron bandas de forajidos que enarbolaron la bandera rojo y gualda.

Actitud tan escandalosa y desafiante provocó un turbión de censuras y de dictérios contra el reino español y contra sus súbditos, que tan villanamente correspondían a la hospitalidad que México les tenía brindada.

En la desecha de improprios, la serenidad del Presidente Juárez se mantuvo inquebrantable y, para contrarrestar sus efectos, expidió disposiciones tan oportunas como atinadas, a efecto de que la propiedad y las personas de los iberos residentes en el país gozaran, como de hecho gozaron, de toda clase de garantías. Actitud que muy apegadamente apoyaron los gobernadores de los Estados y demás autoridades inferiores.

EL VICECONSUL ESPANOL DESAUTORIZA A LAS GAVILLAS QUE ADOPTAN SU BANDERA

En cuanto al vicecónsul de la península, radicado en Querétaro, tuvo noticia de que unas de las gavillas de insurrectos que incursionaban por la sierra, depredaban a la sombra de la bandera española, reprochó semejante usurpación, según del siguiente comunicado se desprende:

"Viceconsulado de España en Querétaro.—Excelentísimo señor.—Con esta fecha dirijo al jefe principal de las fuerzas de la Sierra la siguiente nota:

"De una manera positiva sabe el infrascrito que algunas de las partidas pertenecientes a las fuerzas de la Sierra usan en sus armas y en sus expediciones militares de los colores del pabellón español.

"Tan inexplicable abuso no sé a qué atribuirlo, si a una burla directa a España, o a otra mira siniestra; pero cualquiera que sea su objeto, debo, a nombre de S. M. C., protestar contra él y reclamarlo muy enérgicamente al jefe principal de aquellas fuerzas, a fin de que suprima semejante atentado con el vigor que exige la ultrajada dignidad de una nación extraña en un todo a la guerra civil que desgraciadamente destroza a este hermoso país.

"No niego que algunos malos españoles han tomado una parte muy activa en esa discordia civil; más ellos saben y deben saber que en el acto mismo que empuñan las armas pierden los fueros de extranjería, no pudiendo invocarlos en su auxilio, ni pueden obtener el amparo y protección de la bandera española que abandonan y ultrajan.

"Tanto cuanto es reprobable y punible el proceder de tales españoles son muy dignos de respeto y consideración los pacíficos que, dedicados exclusivamente a sus negocios particulares, para nada se mezclan en los asuntos políticos de México.

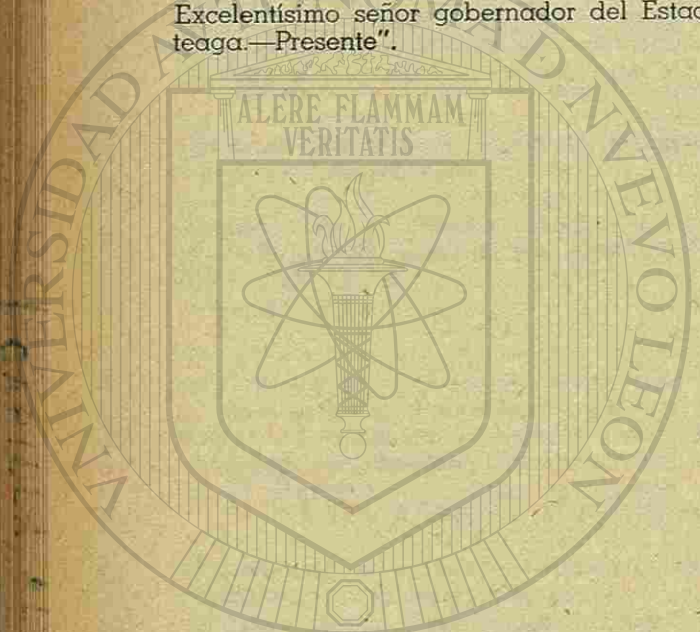
"Es harto lamentable, por lo mismo, que la conducta pacífica y neutral de esos españoles no les ponga a salvo de multitud de vejaciones que con frecuencia los hacen sentir en sus personas e intereses las diversas partidas beligerantes.

"Esta otra clase de atentados me obligan también a representar contra ellos y a reclamar enérgicamente al jefe a quien me dirijo, los corrija con mano vigorosa, sirviéndose dictar cuantas providencias juzgue necesarias para que no se repitan.

"El infrascrito ruega al señor comandante en jefe de las fuerzas de la Sierra le acuse recibo de la presente nota para dar cuenta a quien corresponda.

"Lo que comunico a V. E. para su superior conocimiento, sirviéndose aceptar las seguridades de mi aprecio.

"Querétaro, Septiembre 14 de 1861.—Angel de la Peña.—
Excelentísimo señor gobernador del Estado D. José María Ar-
teaga.—Presente".



Por qué de la evacuación de Veracruz Los invasores tratan con el Gobierno

Tropas venidas en la escuadra española — Evacuación estratégica — Temple en la adversidad — Excitativa del Presidente Juárez — España inspira recelos a sus aliados — Miranda encontraba muy justificable la intervención — Llegan ingleses y franceses — Mano amiga... pero armada — Veracruz, "cementerio de los expedicionarios" — Minuta de ultimátum — una Nota ambigua — Cortesías a los emisarios que la entregan en la capital.

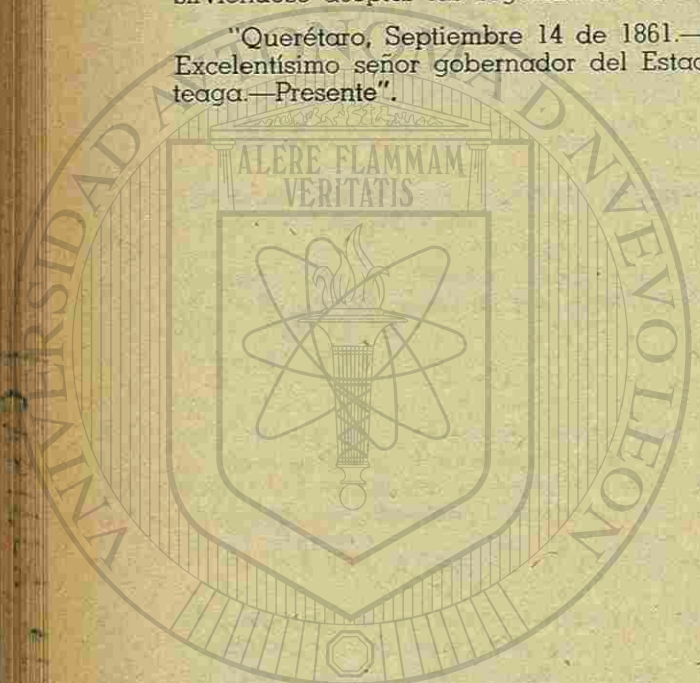
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



"Lo que comunico a V. E. para su superior conocimiento, sirviéndose aceptar las seguridades de mi aprecio.

"Querétaro, Septiembre 14 de 1861.—Angel de la Peña.—
Excelentísimo señor gobernador del Estado D. José María Ar-
teaga.—Presente".



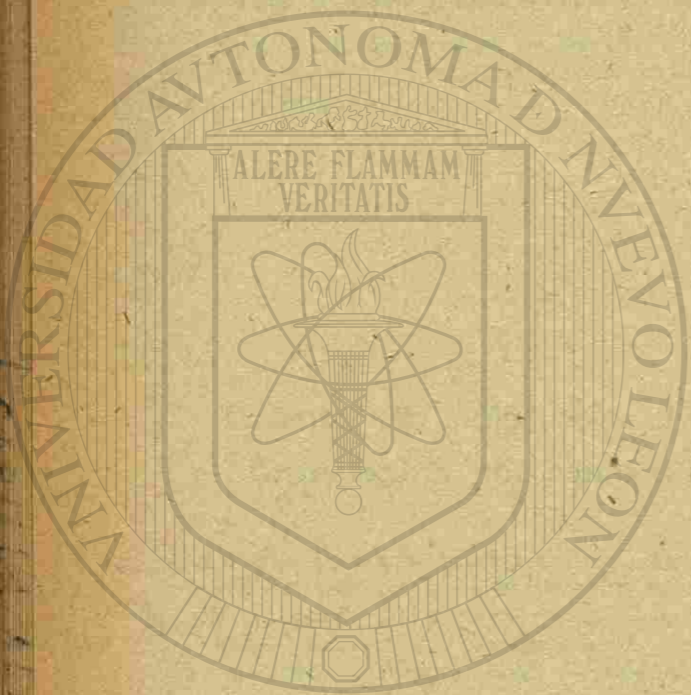
Por qué de la evacuación de Veracruz Los invasores tratan con el Gobierno

Tropas venidas en la escuadra española — Evacuación estratégica — Temple en la adversidad — Excitativa del Presidente Juárez — España inspira recelos a sus aliados — Miranda encontraba muy justificable la intervención — Llegan ingleses y franceses — Mano amiga... pero armada — Veracruz, "cementerio de los expedicionarios" — Minuta de ultimátum — una Nota ambigua — Cortesías a los emisarios que la entregan en la capital.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





CAPITULO XIII

POR QUE DE LA EVACUACION DE VERACRUZ: LOS INVASORES TRATAN CON EL GOBIERNO

"Los hombres creen ser dueños de los acontecimientos; pero en el fondo no son más que esclavos".

IMBERT DE SAINT-AMAND

NO sin suscitar un explicable recelo en las otras dos potencias, sus aliadas, España habíales tomado la delantera en hacer venir a costas de México sus tropas expedicionarias, que no bien pusieron la planta en el puerto de Veracruz, intimaron la rendición el 14 de diciembre de 1861 y, sin combatir, lo ocuparon el 17.

El general de marina Joaquín Gutiérrez de Rubalcava traía el mando de la escuadra, que componían los siguientes barcos: Príncipe de Asturias, Lealtad, Concepción, Petronila, Berengueta, Blanca, Isabel la Católica, Blasco de Garay, Pizarro, Velasco, Ferrol, Guadalquivir (Aviso), Transporte número 3, urca Santa María, urca Marigalante; como transportes habían sido fletadas las fragatas españolas Favorita, Teresa, Paquita, Sunrise y Palma, y los vapores, también españoles, Cubana, Pájaro del Océano, Cuba, Cárdenas y Maisi. Para el desembarco de las tropas y con espacio bastante a que lo efectuaran tres mil hombres en una sola vez, disponíase de doce chalanes.

EL CONTINGENTE QUE EN HOMBRES TRAJÓ A BORDO
LA ESCUADRA QUE ENVIO LA ESPAÑA DE ISABEL II

Cerca de seis mil hombres, cuyo mayor contingente lo daban seis batallones de infantería, sumaban las fuerzas españolas expedicionarias, que entre el 14 y el 15 ocuparon, sin combatir, la ciudad de Veracruz, en virtud de que el gobernador del Estado, general Ignacio de la Llave, ordenó su evacuación al recibir, en la primera de esas fechas, el ultimátum que le dirigió el general Gutiérrez de Rubalcava.

POR QUE EL PUERTO DE VERACRUZ FUE DESOCUPADO
AL INTIMAR LA RENDICION EL JEFE DE LA ESCUADRA

El proceder del marino ibero no pudo haber sido más inusitado, puesto que, aparte de obrar independiente de las otras dos potencias signantes del Convenio de Londres, "de una manera intempestiva, sin previa declaración de guerra, sin dirigirse al jefe de la nación, presentaba su ultimátum a un funcionario subalterno, exigiéndole sin más ceremonia la entrega de la plaza, y rombiendo, por consiguiente, las hostilidades".

Por eso el ministro de Relaciones, Manuel Doblado, al dar respuesta al documento en que el general De la Llave informaba de la intimación de Rubalcava, recaló que: "Ajeno sería del gobierno de la República, dirigirse a un jefe, que salvando las formalidades del derecho de gentes, comienza intimando la entrega de una plaza. El grito de guerra que la nación ha lanzado espontáneamente, marca al gobierno el camino que debe seguir, y no será el presidente el que retroceda delante de una invasión extranjera; con tanta más razón, cuanto que en el caso, México no hace más que rechazar la fuerza con la fuerza".

Debe explicarse que si el gobierno decidió desocupar Veracruz y el vecino fuerte de San Juan de Ulúa, sin combatir, fué por una sagaz consideración de que así sería más factible, como lo fué, desarticular la acción conjunta de las tropas aliadas, y conseguir que una o dos de las potencias desistieran del intento de hacer la guerra a México.

Pero si la plaza fué evacuada por las fuerzas militares, dentro de ella permanecieron los siempre patriotas civiles me-

xicanos adictos a la República, que se dedicaron a desarrollar una resistencia pasiva, que constantemente creaba al invasor dificultades; lo mismo en la rama administrativa que en la judicial, que en la aduanal que en la de abastos de subsistencias.

EN VEZ DE AMILANARSE EL ANIMO DE LOS MEXICANOS
SE TIEMPLA AL SER AZOTADO POR LAS ADVERSIDADES

Al día siguiente de que los españoles se adueñaron de Veracruz sin combatir, el Presidente Juárez demostraba que la tormenta que iba condensándose en el firmamento de la patria, en vez de apocar el espíritu nacional, lo templaba para enfrentarse a todas las amenazas y a las adversidades todas.

El manifiesto que expidió en tan críticos instantes, es como la voz elocuente que así nos lo demuestra.

Empezaba anunciando al pueblo que la guerra preparada en Europa contra México, había dado comienzo con la ocupación de Veracruz por las tropas españolas.

Alegaba la injusticia de tan arbitrario proceder, desde el instante que México consideraba a España como potencia amiga a partir del tratado de paz de 1836; que la expulsión del embajador hispano había sido acordada en el ejercicio de un derecho inalienable para toda nación independiente.

Que las violencias sufridas por algunos súbditos españoles, eran "las consecuencias inevitables de la revolución social que la nación inició y consumó para extirpar los abusos que habían sido la causa perenne de sus infortunios: consecuencias que, a su vez, han sufrido nacionales y extranjeros, sin ninguna distinción de su respectiva nacionalidad". Que, sin embargo, toda reclamación justa había sido escuchada y atendida.

Que con mucha anterioridad al reconocimiento de nuestra independencia, "el Congreso mexicano hizo nacional la deuda contraída por el gobierno español, aunque gran parte de su monto se había empleado en combatir nuestra misma independencia, y otra parte no menos considerable se había destinado a los compromisos europeos del monarca español.

Que posteriormente se dió el carácter de convención al arreglo de las reclamaciones españolas; a pesar de los abusos en que incurrieron algunos individuos de esa nacionalidad con la pretensión de que se les reconocieran créditos cuantiosos que el gobierno mexicano esmerábase en reducir a sus debidas proporciones.

Que no obstante que todas las naciones, y muy particularmente España, han afrontado épocas de penuria, "sólo a México se le exigen sacrificios superiores a sus fuerzas".

EL PRESIDENTE JUAREZ TERMINABA DIRIGIENDO UNA EXCITATIVA AL PUEBLO PARA APRESTARSE A LA DEFENSA

Para terminar, el documento, sin fanfarronadas, pero con entereza, definía la actitud del gobierno, y excitaba al pueblo para que, unido con el régimen, se aprestara a la defensa de la patria.

"Si la nación española encubre otros designios, decía, bajo la cuestión financiera, y con motivo de infundados agravios, pronto serán conocidas sus intenciones. Pero el gobierno, que debe preparar a la nación para todo evento; anuncia como base de su política: que no declara la guerra, pero que rechazará la fuerza con la fuerza hasta donde sus medios de acción se lo permitan. Que está dispuesta a satisfacer las reclamaciones que se le hagan, fundadas en justicia y en equidad; pero sin aceptar condiciones, que no puedan admitirse sin ofender la dignidad de la nación o comprometer su independencia.

"Mexicanos: si tan rectas intenciones fuesen despreciadas; si se intentase humillar a México, desmembrar su territorio, intervenir en su administración y política interior, o tal vez extinguir su nacionalidad, yo apelo a vuestro patriotismo y os excito a que deponiendo los odios y enemistades a que ha dado origen la diversidad de nuestras opiniones, y sacrificando vuestros recursos y vuestra sangre, os unáis en derredor del gobierno y en defensa de la causa más grande y más sagrada para los hombres y para los pueblos: en defensa de nuestra patria.

"Informes exagerados y siniestros de los enemigos de México, nos han presentado al mundo como incultos y degradados.

"Defendámonos de la guerra a que se nos provoca, observando estrictamente las leyes y usos establecidos en beneficio de la humanidad. Que el enemigo indefenso, a quien hemos dado generosa hospitalidad, viva tranquilo y seguro bajo la protección de nuestras leyes. Así rechazaremos las calumnias de nuestros enemigos, y probaremos que somos dignos de la libertad e independencia que nos legaron nuestros padres.

"México, diciembre 18 de 1861.—Benito Juárez".

LAS APARIENCIAS REFORZABAN LOS TEMORES A QUE LA ACTITUD DE ESPAÑA DABA OCASION

La inquietud y la contrariedad que en los gabinetes de París y de Londres la precipitación española suscitó, parecían justificados por dos muy significativas circunstancias: primera, que España no acababa de conformarse con la pérdida de la que fuera la más preciada de sus colonias en América, pues como es sabido, en 1829 intentó recuperarla con aquella desastrosa expedición de Barradas, que apenas en Tampico abortó de la manera más deplorable; por la otra, para nadie era un secreto que Isabel II se inclinaba por colocar, en el trono de México, a un Borbón español.

El reino justificóse con la explicación de que con mucha anterioridad tenía giradas órdenes al capitán general y gobernador civil de Cuba, general Francisco Serrano y Domínguez, para que fuera enviada la expedición a México; órdenes que la premura de tiempo había hecho imposible anular. Que ese era todo el motivo por el que la escuadra mandada por el general Rubalcava había ejecutado el desembarco.

Ahora bien, auscultemos el sentir de los jefes reaccionarios, al enterarse de que el suelo de México había sido hollado por la planta del invasor.

EL PADRE MIRANDA ENCONTRABA MUY EXPLICABLE LA PRESENCIA DE LAS TROPAS EXTRANJERAS EN MEXICO

Desde el 22 de noviembre, y de La Habana, el padre Miranda había escrito a Leonardo Márquez que la intervención

era ya un hecho inevitable, y que la razón natural y el patriotismo (!), aconsejaban aprovecharla para convertirla en positivo bien; que México no tenía más que satisfacer y pagar a los poderosísimos acreedores que le pedían cuentas.

Bajo su palabra afirmaba que los aliados no abrigaban la menor intención de conquista ni de menoscabar en lo más mínimo la independencia del país.

"Al procurar sus intereses —añadía—, buscan, si bien se mira, los nuestros, porque nosotros hace muchos años que andamos en pos de un orden político que no hemos podido obtener, y hemos anhelado la paz y la seguridad que han desaparecido completamente...

"...Lo que la Europa quiere es lo mismo que nosotros queremos. Si nosotros no aprovechamos la ocasión que se nos presenta para constituirnos sólidamente, o nos debemos resignar a perecer bajo el bárbaro partido que representa Juárez, o ser presa tarde o temprano del Norte".

Para sacudir lo que el indigno, ofuscado y aventurero sacerdote llamaba "la esclavitud demagógica", observaba que era necesario procurar, si los republicanos desocuparen la capital al acercarse a ella los ejércitos extranjeros, ocuparla cuanto antes con el de la reacción.

MARQUEZ MOSTRABASE MAS PREVISOR AL PENSAR QUE EL PUEBLO NO ACEPTARIA IMPOSICIONES

Márquez, en su respuesta a Miranda, si bien es verdad que convenía en las ventajas que la intervención brindaba a los clericales; no daba por cierto que sostenedores del régimen juarista desistieran de luchar. Bien por lo contrario, presumía que éstos presentarían el asunto como el avasallamiento del país por la fuerza armada, para así enardecer el sentimiento patrio.

"La que es posible conseguir —del pueblo de México— con la razón, recalaba, es imposible alcanzar con la fuerza por muchas que sean las tropas de que puedan disponer las naciones de Europa. Ud. conoce nuestra extensión territorial, y sabe Ud. bien lo acostumbrados que están nuestros paisanos a la guerra de guerrillas, que sería interminable".

No había que pensar, entonces, en poner condiciones, ni en la intervención de las armas extranjeras; sino en organizar un cuerpo de ejército que destruyera "a los demagogos", el restablecimiento de la paz —naturalmente ambas tareas encomendadas a los retrógrados—, hacer efectivas las garantías a los extranjeros, y cumplir los compromisos contraídos con las demás naciones.

"La solución, como se ve, comenta un historiador, tenía el simple defecto de ser impracticable, pues ni la reacción tenía probabilidades de establecer algo siquiera parecido al precario gobierno tacubayista —el efímero del general Zuloaga—, ni las fuerzas aliadas podían resignarse a presenciar impasibles una lucha que iba precisamente contra el objeto que las había traído".

Esto, aparte de que el desalmado "hijo predilecto de la iglesia", como la mayoría de sus correligionarios, y con la clásica falta de convicciones firmes que les distinguía, en cuanto estuvieron en el país las fuerzas invasoras, se sumó a ellas; a semejanza del no menos inconsecuente y titubeante Miramón.

POR PRINCIPIOS DE ENERO DESEMBARCAN EN VERACRUZ TROPAS DE FRANCIA Y DE INGLATERRA

A la escuadra española siguió la inglesa, que llegó al mismo puerto de Veracruz el 6 de enero de 1862, y los días inmediatos, 7 y 8, aparecieron sucesivamente la francesa y los buques españoles Francisco de Asís, Ulloa y San Quintín, que trajeron al plenipotenciario español, general Prim.

El 10, los recién venidos, a nombre de sus mandantes, expidieron mancomunadamente un manifiesto en que, para explicar su presencia dentro del territorio nacional, aducían la fe de los tratados quebrantada por las sucesivas administraciones públicas del país, y la amenaza a la seguridad individual de los residentes ingleses, franceses y españoles.

Protestaban no animarles propósitos de conquista, ni de restauración, ni de intervención en el régimen interior; sí el de tender la famosa mano amiga, para que fuera puesto un hasta aquí a las guerras intestinas y a las perpetuas convulsiones.

Exhortaban a escuchar la voz de los aliados, que presidían "impasibles el grandioso espectáculo" de la regenera-

ción del pueblo mexicano, garantizada por el orden y la libertad. (Como si el pueblo mexicano hubiese consentido nunca intromisiones extrañas en sus asuntos domésticos).

Pero desde el punto de vista de la opinión de legitimidad irreprochable que el gobierno presidido por Juárez merecía a Charles Lenox Wyke y Hugo Dunlop, comisarios de Inglaterra, Jurien de la Graviere y Dubois de Saligny, de Francia, y conde de Reus, de España, el documento no tenía desperdicio:

"Así lo comprenderá, terminaba diciendo, estamos seguros de ello, el supremo gobierno a que nos dirigimos; así lo comprenderán las ilustraciones del país a quienes hablamos, y a fuer de buenos patricios, no podrán menos de convenir en que, descansando todos sobre las armas, sólo se ponga en movimiento la razón, que es lo que debe triunfar en el siglo XIX".

TAN SOSPECHOSAS PROTESTAS DE AMISTAD ENCUBRIAN LOS PLANES DE NAPOLEON

Desgraciadamente detrás de las categóricas afirmaciones de que las tres potencias no llegaban a México deseosas de conquista, restauración o intervención, ocultábase los diabólicos planes del emperador francés; que si en apariencia mostrábase respetuoso de la convención de Londres, por bajo de cuerda tenía entregadas secretas instrucciones a sus plenipotenciarios, para que subterráneamente observaran una política encaminada a saciar una codicia desapoderada: aquellos apetitos provocados de continuo por la fanática Eugenia, a quien estaba obligado a contestar, en desagravio de las cotidianas ofensas conyugales que una incurable erotomanía inferíanle.

La fantasía de la peregrina beldad angloespañola, excitábase al pensamiento de que México sería reconquistado, a sugestión suya, para la iglesia católica, apostólica y romana; y su sangre hispana caldeábase y hervía ante la perspectiva de la incontrastable influencia que estaba llamada a ejercer en lo que había sido la Nueva España.

Jurien de la Graviere traía, pues, órdenes de adueñarse sin demora, y aprovechando la colaboración de las fuerzas de España y de Inglaterra, de los puntos estratégicos del litoral

del Golfo de México; pero, "de no conseguir un resultado inmediato, prolongaría sus operaciones y aun ocuparía la ciudad de México". Por otra parte, instrucciones transmitidas bajo el más severo sigilo, autorizábanle a convocar una asamblea constituyente, no de diputados ungidos por el voto popular, sino de individuos que representaran las más diversas clases sociales, y por cuyo dictamen conoceríanse "los deseos de la nación mexicana".

"Todo esto debía naturalmente ser realizado para no herir "las susceptibilidades" de Inglaterra, que había proclamado el principio de la no intervención en los asuntos del gobierno mexicano".

LAS ENFERMEDADES TROPICALES COMIENZAN A HACER ESTRAGOS ESPANTOSOS EN EL ENEMIGO

Mientras los invasores preparaban el ultimátum que se proponían presentar al gobierno de la República, uno de los más eficaces y espontáneos aliados de ella en la defensa del territorio, o sea el insalubre clima de Veracruz, puerto que llegó a ser llamado "cementerio de los expedicionarios", empezó a hacer multiplicadas víctimas entre los contingentes de ocupación. El paludismo atacábalos en número alarmante, y tanto, que tan sólo entre los españoles las bajas alcanzaban ya el ocho por ciento de los hombres desembarcados.

Se supone entonces que, con sacar del puerto las fuerzas, las mortíferas dolencias tropicales remitirían; por lo que, de aquellas, las unas fueron destinadas al fuerte de San Juan de Ulúa, y, las otras, a acampar en las afueras de la población, donde no quedaron más que dos batallones, la caballería y la artillería de montaña. Pero los soldados a quienes se estableció fuera de la ciudad, en las proximidades de la puerta de la Merced, empeoraron; pues sobre su ya minada salud ejercieron aciago influjo, de noche, una humedad que calaba hasta los huesos, y, de día, un calor impío, pertinaz y asfixiante.

En vista del deplorable resultado, Jurien de la Graviere escogió Tejería para sus fuerzas, y Prim, para las suyas, Medellín, donde quedaron alojadas el 13 de enero. Pero tampoco allí se encontró alivio, pues las bajas españolas continuaban

umentando, y aunque no eran muy repetidas las defunciones originadas por la malaria, sí, en cambio era muy crecida la proporción de individuos a quienes inutilizaba.

Entre franceses e ingleses propagóse, por otra parte, una epidemia de disentería aguda, y de carácter tan grave, que con no poca frecuencia el paciente pasaba a mejor vida.

Ante situación tan desesperada, resolvióse, primero, reembarcar a los enfermos para hospitalizarlos en La Habana, y, en seguida, procurar a los expedicionarios que continuaban aquí en la realización de la absurda empresa, el benigno temperamento de la región templada.

SON DISCUTIDOS LOS TERMINOS DE UN ULTIMATUM PARA SER PRESENTADO AL GOBIERNO REPUBLICANO

Los delegados de la triple alianza, deseosos de llegar a un acuerdo sobre los términos del ultimátum que pensaban presentar al gobierno de Juárez, congregáronse el 13 de enero por la noche.

Saligny fué quien redactó la inaceptable minuta, y aunque no concurrió a la reunión, por habérselo impedido enfermedad que de momento le aquejaba, envió un documento en que las pretensiones de Napoleón III aparecían tan desorbitadas que: "Al oír hablar del trato Jécker y Compañía —comunicaba el conde de Reus en despacho del 14 de enero al ministro de Estado de su país—, exclamaron a una los representantes ingleses que era una exigencia inadmisibles. Expuso el ministro Sir Charles Wyke, que próximo a caer, recibió Miramón de dichos banqueros o prestamistas la suma de seiscientos cincuenta mil pesos en metálico, y en cambio entregó bonos del Tesoro por catorce millones de duros. Este contrato leonino y escandaloso, causó según Sir Charles Wyke, un descontento general en el país, y tiene dicho señor que seguro jamás será aceptado por el actual gobierno ni por otro alguno que entre a regir los destinos de México..."

Como es proverbial en la tortuosa política, las palabras pretendían, aunque en vano, contradecir los hechos. El designio de intervenir en los asuntos internos de nuestra patria, principalmente por lo que a Napoleón III respecta, no podía haberse manifestado de manera más clara y terminante; pero seguían abundando las untuosas expresiones de que no se

intentaba sino salvar amistosamente a México del caos, sin atender ni contra su decoro ni contra su soberanía.

Desentendíanse de que, como observa muy atinadamente un escritor francés, la advertencia que se da con las armas en la mano es una orden, y de que, por muy postrada y crítica que la situación de la República fuere, sobraríanle hijos patriotas, dispuestos a derramar en su defensa hasta la última gota de sangre.

EN UNA AMBIGUA NOTA LOS DELEGADOS REITERABAN QUE TAN SOLO NOBLES INTENCIONES LES ANIMABAN

Sin embargo, el proyecto de ultimátum redactado por Dubois de Saligny y suscrito, con éste, por Jurien de la Graviere, causó la peor de las impresiones entre los comisionados ingleses y español; pero como ya había sido fijada fecha para las conferencias por celebrar con los representantes del gobierno de Juárez, se resolvió, de común acuerdo, enviar a éste una nota, que no puede ser más ambigua, redactada en los términos siguientes:

"Tomando en consideración el estado actual de México, han creído —las potencias— que podía aspirar a fines más elevados y generosos. Tres grandes naciones no forman sólo para reclamar de un pueblo, a quien afligen tan terribles males, la satisfacción de los agravios que se les hayan inferido; tres grandes naciones se unen, estrechan y obran en completo acuerdo, para tender a ese pueblo una mano amiga y generosa que le levante, sin humillarle, de la lamentable postración en que se encuentra".

Continuaban remachando las razones expuestas en el primer manifiesto. Necesidad de dar curación a la anarquía, y de que la sucediera la normalidad basada en la ley. Reiteraban la protesta de que no era su ánimo inmiscuirse en la forma del gobierno nacional: "... A la República, sólo a ella corresponde juzgar cuáles son las instituciones que más se acomoden a su bienestar y a los progresos de la civilización en el siglo XIX. A nosotros nos toca señalar a México —no explicaban quién les investía con tan descabellada pretensión— el camino que conduce a la felicidad; al pueblo mexicano, por sí solo, con toda libertad, con la más absoluta independencia y sin intervención extraña, el seguirle como mejor le

parezca: De este modo se asegurará, en un país tan trabajado por las revoluciones, un orden de cosas estable y permanente. De este modo le será fácil el cumplimiento de los deberes internacionales y el establecimiento en el interior del orden y de la libertad".

EN EL CAMPO REPUBLICANO COLMASE DE CORTESIAS A LOS COMISIONADOS PORTADORES DEL DOCUMENTO

La comisión encargada de entregar el documento a los representantes del gobierno mexicano, emprendió la marcha, de Veracruz hacia la ciudad de México, el 14 de enero de 1862.

La integraron el brigadier español Lorenzo Miláns del Bosch, el capitán de marina, inglés, Edward Tatham y el jefe de estado mayor, de la misma nacionalidad, Thomasse; a quienes acompañaban don José Argüelles, español, jefe del estado mayor, el teniente Koor y el aspirante de marina Dellejames.

Con todos ellos iba el doctor Carrillo, secretario del general Uruga, que era quien había expedido pasaportes a los emisarios, a efecto de que pudieran pasar sin tropiezo a través de las líneas republicanas.

La delegación arribó a la capital el día veinte, entre no menos calurosas demostraciones de deferencia y cortesía que de las que fué objeto durante todo el viaje.

Por qué de la evacuación de Veracruz; los invasores tratan con el Gobierno

—Continúa y concluye—

Agasajos y presentes — Motu proprio los ingleses obligan a Miramón a devolverse — Los invasores anuncian que avanzarán — Oposición del gobierno — Preliminares del Tratado de Soledad — Por humanitarismo permítase a los invasores salir de la mortífera zona palúdica — Un rayo de clarividencia ilumina la mente de Prim — Razones habidas para negociar con el régimen del Presidente Juárez.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

parezca: De este modo se asegurará, en un país tan trabajado por las revoluciones, un orden de cosas estable y permanente. De este modo le será fácil el cumplimiento de los deberes internacionales y el establecimiento en el interior del orden y de la libertad".

EN EL CAMPO REPUBLICANO COLMASE DE CORTESIAS A LOS COMISIONADOS PORTADORES DEL DOCUMENTO

La comisión encargada de entregar el documento a los representantes del gobierno mexicano, emprendió la marcha, de Veracruz hacia la ciudad de México, el 14 de enero de 1862.

La integraron el brigadier español Lorenzo Miláns del Bosch, el capitán de marina, inglés, Edward Tatham y el jefe de estado mayor, de la misma nacionalidad, Thomasse; a quienes acompañaban don José Argüelles, español, jefe del estado mayor, el teniente Koor y el aspirante de marina Dellejames.

Con todos ellos iba el doctor Carrillo, secretario del general Uruga, que era quien había expedido pasaportes a los emisarios, a efecto de que pudieran pasar sin tropiezo a través de las líneas republicanas.

La delegación arribó a la capital el día veinte, entre no menos calurosas demostraciones de deferencia y cortesía que de las que fué objeto durante todo el viaje.

Por qué de la evacuación de Veracruz; los invasores tratan con el Gobierno

—Continúa y concluye—

Agasajos y presentes — Motu proprio los ingleses obligan a Miramón a devolverse — Los invasores anuncian que avanzarán — Oposición del gobierno — Preliminares del Tratado de Soledad — Por humanitarismo permítase a los invasores salir de la mortífera zona palúdica — Un rayo de clarividencia ilumina la mente de Prim — Razones habidas para negociar con el régimen del Presidente Juárez.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPITULO XIII

POR QUE DE LA EVACUACION DE VERACRUZ: LOS INVASORES TRATAN CON EL GOBIERNO

—Continúa y concluye—

"Lo cortés no quita lo valiente".

PROLOQUIO POPULAR

EL envío de la comisión y el principio de las conferencias, fueron como un duchazo de agua helada sobre el lomo de los intervencionistas "mexicanos", que en su insana vehemencia observaban impacientes el desenvolvimiento de los sucesos; seguros de que el gobierno nacional derrumbaría y de que el territorio patrio sería totalmente dominado por los intrusos. Pues si lo primero era signo inequívoco de que los representantes de las potencias, al entablar negociaciones, reconocían tácitamente como indiscutible la legitimidad del régimen; el tono en que Miláns del Bosch se expresaba y la forma de conducta que adoptó, eran más los de un amigo de la República que los de un ofuscado detractor.

A este respecto, don José María Vigil transcribe las siguientes líneas de Arboleya: "Es verdad que los comisionados

supieron captarse las simpatías de los mexicanos más exaltados, con un lenguaje y unas demostraciones que debieron halagar su amor propio. En una carta que tenemos a la vista se dice que un general del ejército de Oriente, revistó sus tropas en presencia de los comisionados, quienes las elogiaron con encomio, y "como aquél lamentase la falta de equipos y aún de zapatos, el señor Miláns del Bosch expuso que también España había pasado por épocas análogas. Luego probó el rancho, y peroró a los soldados, elogiando su valor y sufrimiento; díjoles que las guerras civiles privaban a gozar los dones que la naturaleza derrama a manos llenas sobre este hermoso país, y aconsejándoles la paz y la concordia, les puso por ejemplo a España, un tiempo presa de la discordia, y hoy próspera, gracias a su tranquilidad. "Los españoles de hoy, añadió, no son los de ayer; y mientras ustedes gritan libertad sin tenerla más que en teoría, la verdadera libertad existe prácticamente en España".

LLUEVEN VALIOSOS Y TÍPICOS PRESENTES SOBRE MILANS DEL BOSCH Y SUS COLEGAS

Durante la estancia de Miláns del Bosch y de sus acompañantes, en México, llovieron sobre ellos valiosos y típicos presentes: preciosos caballos enjaezados a la mexicana, sombreros charros de áureas y minuciosas bordaduras y de galones refulgentes, calzoneras de gamuza delicada como seda y con juegos de botonaduras obra de los tradicionalmente celeberrimos orífices mexicanos, espuelas amozoqueñas y machetes surianos de bien templadas y cortantes hojas, frenos adamasquinados, sillas vaqueras con laboriosas incrustaciones de concha nácar y de metales preciosos. Y si los presentes menudearon, no fueron menos abundantes comilonas y saraos, conciertos públicos y toda suerte de agasajos.

Pero no por esto el gobierno de la República fué menos contundente en su respuesta a la nota colectiva. En ella no hacía más que refrendar la exposición y los argumentos contenidos en el manifiesto que, desde a raíz del desembarco de los intervencionistas, había expedido el Presidente Juárez, con fecha 18 de diciembre de 1861: el régimen, aunque no sin tomar en consideración las sanas intenciones de las potencias, ponía de manifiesto que era obedecido en todo el territorio nacional, por ser la expresión de la voluntad popular;

no negaba la existencia de algunas gavillas de facciosos "porque ellas mismas atestiguan con su impotencia el valor de la administración aceptada por todos los mexicanos"; mostrábase pronto a ajustar las reclamaciones con todos y cada uno de los Estados demandantes, "porque tiene voluntad y medios de satisfacer cumplidamente sus exigencias".

Por último, proponíase efectuar una reunión en Orizaba, donde los representantes de los aliados podrían trasladarse con una guardia de honor de dos mil hombres, y el gobierno enviaría los suyos; a efecto de discutir los negocios pendientes, en medio de la mayor ecuanimidad, hasta asegurar la aceptación y satisfacción de las reclamaciones que como justificadas fueren reconocidas.

A su salida de la capital para Veracruz, a donde estuvieron de regreso el 29 de enero, acompañaron a los emisarios: el ex ministro Zamacona; Alegre, jefe del estado mayor del general Uruga; un literato apellidado Bello y un ayudante del propio general. Todos ellos fueron objeto de distinciones y festejos, en reciprocidad de la recepción que en la ciudad de México había sido dispensada a los plenipotenciarios extranjeros.

SIN CONSULTAR OPINIONES LOS INGLESES DEVUELVEN AL CONTRADICTORIO MIRAMON POR DO VENIDO HABIA

Acaciendo estaban los sucesos que venimos refiriendo, cuando se aproximó a Veracruz el inquieto y versátil general Miramón, que con una asombrosa ausencia de convicciones, digna de un detenido estudio patológico, había venido haciendo tanteos para resolverse o a pasar a la historia como un patriota, sumado a las filas de los defensores del territorio nacional, o a convertirse en fautor de la intervención y del Imperio, partido este último al que por fin le empujó su indecisión, su falta de videncia política o su mala estrella.

Como bien lo expresa Ollivier, Miramón no era a los ojos de los ingleses "más que un malhechor, un ladrón de sellos británicos"; "de su propia autoridad (Wyke) se negó a recibirlo en las filas de un ejército que llegaba a gestionar la reparación de ultrajes en que él (Miramón), había sido el autor principal. En cuanto el barco en que navegaba el ex presidente fué anunciado, una canoa inglesa armada lo abor-

dó, los soldados lo arrestaron y lo devolvieron en una fragata inglesa a La Habana (27 de enero de 1862). Wyke incurrió en el yerro de detenerse a medio camino y de no tratar en la misma forma al padre Miranda".

Debe aclararse que éste había venido en compañía del joven Macabeo

Como quiera que fuese, el arbitrario proceder de los ingleses, que obraron así despreciando lo previamente convenido con sus aliados —que Prim suplicaría al gobernador y capitán general de Cuba persuadiera a Miramón a que no pretendiese entrar en México por Veracruz—, causó el enojo de españoles y franceses.

Sin embargo, para que no traspasaran frente al gobierno republicano las divergencias que cada vez más hondamente los separaban, el plenipotenciario español puso todo su afán en suavizar enconos; no sin dolerse de tener que representar el escabroso papel de intermediario.

"La situación, manifestaba el general Prim, no puede ser más ardua y complicada, sobre todo para mí, que tengo que desempeñar la difícil tarea de conciliador entre dos naciones rivales, cuyos representantes no se hallan muy de acuerdo en el fondo de algunas cuestiones".

ES ANUNCIADO EL AVANCE DEL INVASOR HACIA DOS IMPORTANTES POBLACIONES VERACRUZANAS

Sin embargo, aunque irritados con la digna respuesta que el gobierno de Juárez daba al ultimátum, y después de rechazar la sugestión del almirante Jurien de la Graviere, que se inclinaba a tomar, si fuere preciso por la fuerza de las armas, las posiciones que a los profanadores del suelo patrio conviniere, los emisarios redactaron una nota, que suscribieron en mancomún, y por la que exponían al ministro de Relaciones la necesidad en que las fuerzas expedicionarias veríanse, de avanzar hacia Orizaba y Jalapa, en el cercano mes de febrero.

El seis del mismo, el gobierno republicano, por su parte, pidió explicación clara y precisa de las intenciones que a los invasores animaban, pues de otra suerte estaba decidido a no permitirles avanzar. Cubierto ese requisito, verificaríanse "ne-

gociaciones ulteriores, con la garantía debida a los importantes intereses que deben discutirse.

"El ciudadano Presidente, concluía diciendo el ministro de Relaciones, me manda que manifieste a VV. EE., que si envían pronto a Córdoba, antes de mediados de este mes, un comisionado para discutir las bases arriba mencionadas se dará la orden permitiendo que esas fuerzas avancen a los puntos que se convenga. Establecidos dichos preliminares, podría el gobierno, sin comprometer la independencia nacional, conceder un permiso que ahora se miraría como una traición".

De acuerdo los expedicionarios, delegaron la representación común en el general Prim, que llegó al rancho de Purga, equidistante entre Tejería y La Soledad, la mañana del 18, mientras el general Doblado se dirigía a este último lugar —que por la concertación, en él, del convenio, llevó en lo sucesivo el nombre de Soledad Doblado—, y en donde el 19 quedaron aprobadas las condiciones preliminares; cuyo detallado conocimiento es absolutamente indispensable para poder juzgar mejor de los trascendentales acontecimientos a que su violación, por parte de los franceses, dió ulteriormente lugar.

Por esta consideración las transcribimos en seguida.

CON NOBLE HUMANITARISMO EL GOBIERNO PERMITIO AL INVASOR ABANDONAR LAS REGIONES MORTIFERAS

Aquel famoso documento, quedó redactado en los términos siguientes:

"PRIMERO: Supuesto que el gobierno constitucional que actualmente rige en la República Mexicana ha manifestado a los comisarios de las potencias aliadas, que no necesita del auxilio que tan benévolutamente han ofrecido al pueblo mexicano, pues tiene en sí mismo los elementos de fuerza y de opinión para conservarse contra cualquiera revuelta intestina, los aliados entran desde luego en el terreno de los tratados para formalizar todas las reclamaciones, que tienen que hacer en nombre de sus respectivas naciones.

"SEGUNDO: Al efecto, y protestando como protestan los Representantes de las potencias aliadas, que nada intentan

contra la independencia, soberanía e integridad del territorio de la República, se abrirán las negociaciones en Orizaba, a cuya ciudad concurrirán los tres comisarios y dos de los señores ministros del gobierno de la República, salvo el caso en que, de común acuerdo se convenga en nombrar representantes delegados por ambas partes.

"TERCERO: Durante las negociaciones, las fuerzas de las potencias aliadas ocuparán las tres poblaciones de Córdoba, Orizaba y Tehuacán, con sus radios naturales.

"CUARTO: Para que ni remotamente pueda creerse que los aliados han firmado estos preliminares para procurarse el paso de las posiciones fortificadas que guarnece el ejército mexicano, se estipula que, en el evento desgraciado de que se rompiesen las negociaciones, las fuerzas de los aliados desocuparán las poblaciones antedichas, y volverán a colocarse en la línea que está delante de dichas fortificaciones en rumbo a Veracruz, designándose como puntos extremos principales el de Paso Ancho, en el camino de Córdoba, y Paso de Ovejas en el de Jalapa.

"QUINTO: Si llegase el caso desgraciado de romperse las negociaciones y retirarse las tropas aliadas de la línea indicada en el artículo precedente, los hospitales que tuvieren los aliados, quedarán bajo la salvaguardia de la nación mexicana.

"SEXTO: El día en que las tropas aliadas emprendan su marcha para ocupar los puntos señalados en el artículo 3o., se enarbolará el pabellón mexicano en la ciudad de Veracruz y en el castillo de San Juan de Ulúa".

CON UNA CLARIVIDENCIA DE ILUMINADO, DECIDE EL GENERAL PRIM APARTAR A ESPAÑA DEL ASUNTO

Ya para estas fechas —19 de febrero, en que fueron firmadas las anteriores condiciones preliminares—, el general Prim, que si al desembarcar en playas mexicanas había sentido el vértigo del poder, ahora manifestaba una perspicacia y una videncia casi de profeta, sobre el destino que iba a caber a quienes se obstinaron en dominar un país indómito; estaba firmemente resuelto, bajo su más directa responsabilidad, a apartar a su patria de empresa tan ominosa como aventurada.

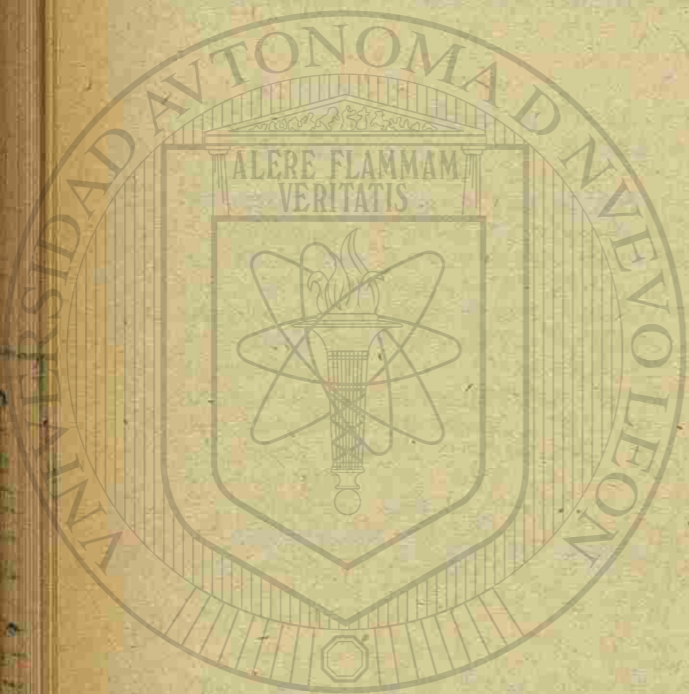
La perfecta visión que del verdadero estado de cosas en

México, en un momento tuvo, queda evidenciada cuando expone a su gobierno las razones que atendió al negociar con el gobierno de Juárez.

Hélas aquí:

"Como el verdadero objeto de las tres naciones aliadas, aparte del desagravio debido por las ofensas recibidas y la indemnización de este país bajo un pie estable y verdadero, toda vez que el gobierno existente se cree con los elementos suficientes para pacificar el país y consolidar la administración, y que se declara animado de los más vivos deseos de satisfacer las reclamaciones extranjeras, he creído y como yo han creído también mis colegas, que no había derecho para rechazar este gobierno, prestando auxilio moral o material al partido que le es contrario. Tal conducta sería, además de injusta, impolítica, porque es **evidente**, para los que vemos las cosas de cerca, que el partido reaccionario está casi aniquilado, hasta el punto de que, en cerca de dos meses que hace que estamos en este país, no hemos observado muestra alguna de la existencia de semejante partido. Es cierto que Márquez, a la cabeza de algunos centenares de hombres, sigue desconociendo la autoridad del presidente Juárez, pero su actitud no es la de un enemigo que ataca, sino la de un prescrito que se oculta en los montes, y es probable que muy pronto tendrá que someterse o abandonar el país.

"Además, y si bien los comisarios franceses traían grandes esperanzas de que sería fácil establecer aquí una monarquía, por creer que era fuerte el elemento monárquico en México, se van desengañando y reconociendo su error: ni puede ser de otro modo, pues por nuestras propias observaciones, y por las noticias que nos suministran personas muy conocedoras de esta tierra, no podemos dudar que el número de los partidarios del sistema monárquico es insignificante, y que no son hombres dotados de la energía y decisión que a veces dan el triunfo a las minorías. Por esto no hemos debido negarnos a declarar que no es el ánimo de nuestros gobiernos favorecer a determinada persona, ni a un partido, con exclusión de los demás; ni mucho menos atentar contra la independencia, soberanía o integridad del territorio mexicano. Por eso tratamos con el gobierno que hemos hallado establecido en la capital, a pesar de los motivos de queja que ha dado a nuestros gobiernos".



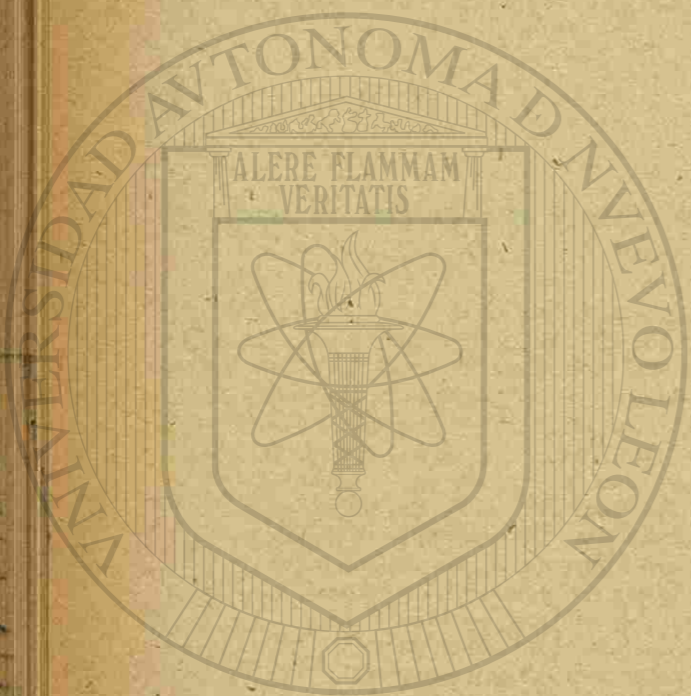
Ahóndanse diferencias y sobreviene la ruptura.

Perfilase un arreglo pacífico y satisfactorio — La magnanimidad del gobierno salva a los expedicionarios de una muerte segura — Se desvanece el optimismo al desautorizar las potencias a sus comisarios — Prim declara que España no será cómplice en una injusticia — Aparece en Veracruz el descastado Almonte — El conde de Reus augura siniestra suerte a las armas de Francia — Agrávanse las discrepancias entre los emisarios — Malhadada influencia de Saligny — Muerte a los traidores — Una conferencia en que los ánimos se caldean — Ingleses y españoles amenazan con ausentarse — Prim firme en su tesis de que el gobierno de Juárez era irreprochablemente legítimo — Imposibilidad de consolidar en México una monarquía — La alianza pueda deshecha.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





DIRECCIÓN GENERAL

CAPITULO XIV

AHONDANSE DIFERENCIAS Y SOBREVIENE LA RUPTURA

¡Ay! Y cuán remotos los caballerescos días en que Francisco I, exclamaba: ¡Todo se ha perdido, menos el honor!"

NADIE, por desgracia, alcanzaba a prever que el tratado que se ultimó dentro de los más severos principios de la caballerescidad, y en que el gobierno se mostró tan generoso, puesto que dió acceso a los expedicionarios al interior del territorio nacional, a efecto de librarles de que las dolencias tropicales siguieran diezmandoles y de que quizás acabaran aniquilándolos; iba a ser roto por los altos jefes franceses, que según autores de esta nacionalidad, cuyos pareceres ya conocemos, no fué posible que salieran ilesos de la corruptora contaminación por el imperio micronapoleónico propagada.

TOMADOS LOS PRELIMINARES DE LA SOLEDAD
COMO NUNCIO DE PAZ PROVOCARON ALBOROZO

El regocijo producido por la feliz concertación de los preliminares de La Soledad, fué casi unánime; si se exceptúa naturalmente a quienes cifraban sus más caras esperanzas en la entrega de los destinos patrios en manos de las poten-

cias extranjeras, y suspiraban por el restablecimiento de la monarquía. Causaba alborozo el considerar que la guerra extranjera, conceptuada como inminente, una guerra que habría sorprendido a México en un período de agotamiento y de crisis provocado por las inacabables luchas intestinas, había sido decorosamente conjurada.

El propio Presidente de la República denotaba satisfacción por lo que tenía todas las apariencias de ser un feliz desenlace de las dificultades internacionales.

Efectivamente, el 23 de febrero, escribía, desde México, a D. Francisco de P. Rodríguez, en Guanajuato:

"Mi querido amigo: Oficialmente remito a usted los preliminares que se han celebrado entre el señor ministro de Relaciones y los señores comisarios de las potencias aliadas. Como verá usted se salvan la independencia y soberanía de la nación, así como nuestras actuales instituciones, por eso no he vacilado en aprobarlos. Creo que es lo mejor que podríamos conseguir atendidas nuestras actuales circunstancias.

"La reacción queda definitivamente desahuciada, pues ya no habrá intervención en nuestra política, que era su esperanza de vida.

"Me apresuro a comunicar a usted por extraordinario este suceso, pues deseo que esté al tanto de lo que ocurre en este negocio.

"Soy de usted amigo y afectísimo y seguro servidor Q. B. S. M.—Benito JUAREZ".

HABER PERMITIDO AVANZAR A LOS EXPEDICIONARIOS FUE LIBRARLES DE UNA MUERTE SEGURA Y ESPANTOSA

Por otra parte, los preliminares venían a sacar a los expedicionarios de una posición que cada día iba siéndoles más intolerable. De ello dan prueba inconcusa las dificultades y las penalidades que hubieron de padecer, para avanzar hacia puntos de más bonancible clima y, sobre todo, más compatible a fuerzas procedentes de Europa; presa tan accesible al paludismo, al vómito negro y a otras fiebres malignas, así como a las implacables alimañas que suelen infestar las inhóspitas tierras tropicales.

La distribución de los ejércitos invasores, iba a ser la siguiente: francés, en Tehuacán; español, en Orizaba y Córdoba. Córdoba sería también albergue de los ingleses; pero como a su jefe, el comodoro Dunlop, el gobierno británico transmitió órdenes de permanecer en las primitivas posiciones, en ellas continuaron.

Los soldados de Napoleón III iniciaron la marcha con rumbo a Tehuacán el 26 de febrero, y apenas si los que ocupaban la vanguardia alcanzaron a llegar a ese punto el 12 de Marzo siguiente; pues los últimos transportes movidos por animales de tiro, no arribaron sino veinticinco días después.

Niox da condensadamente una idea de lo que fueron aquellas abrumadoras jornadas:

"La historia de la campaña de México —expresa—, no presenta ningún episodio comparable a esas primeras etapas. Muchas veces ejecutaron las tropas, en las tierras calientes, marchas más fatigosas, y sobre todo, más largas; no se podrían, pues, atribuir los accidentes que sobrevinieron a otra causa que a la inexperiencia de los oficiales y soldados, de ninguna manera preparados por su educación anterior a las fatigas de una campaña de esta naturaleza. Es que no se puede sin inconveniente, y a menudo sin peligro, cambiar la especialidad de cada etapa: el valor moral no lo suple todo; así es que más habría valido dejar a los soldados de marina en las colonias, a los marinos a bordo de sus buques y enviar a México una pequeña brigada de antiguas tropas aguerridas en una permanencia en Africa. Ochenta enfermos y doscientos soldados incapaces de caminar se quedaron en La Soledad, y en cuatro días la columna no había andado más que OCHO LEGUAS. ¿Qué habría sucedido si el enemigo hubiera querido impedirles el paso, y si las guerrillas hubieran venido a acribillar a aquellos soldados agotados por el cansancio y la fiebre?

Con que ya se presumirá la suerte que aguardaba a los intrusos, de no haberles protegido la magnanimidad del gobierno republicano.

LAS POTENCIAS REPRUEBAN A SUS PLENIPOTENCIARIOS POR ENTABLAR NEGOCIACIONES CON EL GOBIERNO

Mientras tanto en Veracruz, puerto que se dejó guarnicionado con cien hombres de cada uno de los ejércitos expe-

dicionarios, y de comandante supremo marítimo y terrestre al capitán de navío Roze, habían muerto de los invasores, para el 28 de febrero, veintinueve hombres; centenar y medio estaban confinados en el hospital de la población, y ciento veintidós en los alojamientos provisionales de Tejería.

En tal virtud, Jurien de la Gravière hubo de pedir auxilios a La Martinica, y con especial apremio dos centenares de marineros de color que pudieran resistir los rigores de la zona tórrida.

A despecho de que la desesperada situación de las tropas no podía ser más evidente, las potencias no aprobaban que sus plenipotenciarios hubieran entablado negociaciones con el gobierno de Juárez, a quienes ellas seguían negándose a considerar como legítimo. Desde los principios de sus gestiones en México, los delegados no oyeron sino censuras de sus mandantes.

El ministro francés en Madrid, imponía a su gobierno de que el español estaba en un todo de acuerdo en desautorizarlos. Y hacía hincapié en que: "La España, la Francia y la Inglaterra no pueden, cueste lo que cueste, abandonar una empresa para la cual han unido sus fuerzas. Deben hacer en México lo que se han propuesto hacer allí. En lo que toca a España, está perfectamente decidida a ello".

Lord Russell, el ministro inglés de Negocios Extranjeros, escribía al plenipotenciario Wyke, con fecha 25 de febrero: "He visto en los periódicos una copia o traducción de la proclama de los comisionados y generales de las potencias aliadas, fecha 10 de enero. El gobierno de S. M. no puede aprobar y en verdad desapruueba, esta proclama. El gobierno de S. M. cree que el camino era muy expedito. Evacuado Veracruz por las fuerzas mexicanas, los aliados debieron enviar a México las condiciones que pedían por las injurias que se enumeran en el preámbulo de la convención. Las medidas ulteriores debían depender de la respuesta que se recibiese; pero si un campamento fuera de Veracruz o el adelantarse hacia Jalapa era necesario por razones sanitarias o militares, debió pedirse en términos que inspirasen respeto y no de un modo que estimulase a la resistencia".

Huelga decir que sobre los preliminares de La Soledad, llovieron aún más acerbas críticas; supuesto que, como hacía

advertir el ministro Calderón Collantes al general Prim: "por la primera cláusula el gobierno de don B. Juárez adquiere una fama moral que no tenía, pues que dando fe a la palabra de que posee todos los elementos de fuerza y de opinión para conservarse, se entra desde luego en el terreno de los tratados o de las negociaciones".

EL CONDE DE REUS DECLARA QUE NUNCA EMPLEARIA LA INFLUENCIA DE SU PAIS PARA COMETER INJUSTICIAS

La indignación porque el lábaro de la República hubiera sido enarbolado junto con los de las naciones aliadas, tomaba proporciones indescriptibles.

Pero si desde un principio fué fácil advertir la disparidad de tendencias en la aventura, los gobiernos de las naciones aliadas no se manifestaban menos incongruentes cuando, para reclamar a Juárez reparaciones más o menos absurdas, le consideraban jefe de un gobierno, como en verdad era el suyo, legítimamente constituido; y, en cambio, desautorizaban a los plenipotenciarios enviados ex profeso a exigir satisfacciones de ese mismo régimen.

El general Prim, desde que sondeó las peligrosas complicaciones a que las naciones intervencionistas se exponían, despertó a la realidad de las cosas, y midiendo la magnitud de los sacrificios a que tendrían que aventurarse para alcanzar resultados muy inciertos; decidió en su fuero interno hacer honor a aquella su declaración, externada desde el punto y hora en que le fué dable apreciar la falta de escrúpulos de la rapacidad francesa atizada por Dubois de Saligny:

—"Yo no me resignaré nunca —había afirmado—, a emplear la influencia de mi noble y generosa nación y la sangre de sus soldados en precipitar a la ruina total a este desdichado país, al sostener exigencias tan mal basadas".

Palabras que, desde entonces, auguraron de una manera terminante que una ruptura no era algo imposible entre las naciones aliadas.

JUAN N. ALMONTE, UNO DE LOS CONSPIRADORES MAS
ACTIVOS CONTRA SU PATRIA APARECE EN VERACRUZ

Iban saliendo cada vez más nitidos a la superficie los verdaderos designios de cada una de las potencias, y aún profundizándose las pugnas de criterio entre los dos comisarios franceses, que tampoco se entendían entre sí; cuando pisa tierra veracruzana el más siniestro, con Gutiérrez de Estrada y con Hidalgo, de los maquinadores de la intriga, dispuesto a prestarse a representar, dentro del país que tuvo la desdicha de darle cuna, el bochornoso papel de instrumento sumiso de los invasores extranjeros, cuya presencia fué él uno de los intervencionistas que más activa y tenazmente atrajeron.

Juan N. Almonte arribó a playas mexicanas el primero de marzo de 1862, acompañado de Antonio Haro y Tamariz. Y aquí debe recalcarse, como una confirmación más de que la idea de instaurar la monarquía en México era negocio decidido de mucho tiempo atrás, y que todas las resoluciones posteriores no tendieron sino a dar la apariencia de que este afán no era sino la interpretación de los anhelos incubados por la mayoría del pueblo; que desde el mes de enero, Almonte había estado en Miramar a recibir instrucciones del archiduque Maximiliano, que se tenía ya por emperador de México, puesto que con este carácter facultó a aquél para, en su nombre, otorgar grados militares, distribuir empleos y hasta conceder títulos.

Esto, cuando la primera comisión de renegados mexicanos, que capitaneó el no menos funesto Gutiérrez de Estrada, no aparecía oficialmente ante el príncipe, para ofrecer la corona, sino casi dos años más tarde: por octubre de 1863!

NAPOLEON III ENVIA TROPAS DE REFUERZO
A LAS ORDENES DEL GENERAL LATRILLE

El 6 de marzo de 1862 llegó a Veracruz el general Carlos Fernando Latrille, conde de Lorencez, a la cabeza de un refuerzo consistente en una brigada de cuatro mil cuatrocientos setenta y cuatro hombres, que disponía de seiscientos dieciséis caballos y mulas, y que hizo la travesía en los ocho buques siguientes: Forfait —barco en que navegaba el general—, Turanne, Darien, Amazone, Finisterre, Fontenoy, Canadá y Asmodée.

Con los dos mil quinientos primitivamente desembarcados, las tropas expedicionarias francesas llegaban a sumar aproximadamente siete mil individuos.

Seguían siendo desoídas por el emperador las oportunas voces de protesta de los diputados de la oposición.

Achille Jubinal, clamaba desde la tribuna parlamentaria: "¿Reprocháis a México sus revoluciones? Pues digámoslo sin sarcasmo ¿no hemos visto en nuestros últimos setenta años sucederse una docena de gobiernos? ¿A título de qué iríamos a atacar a un pueblo pequeño y pobre más allá de los mares, y en el que como un eco lejano escúchase los principios sobre los que se ha fundado nuestra gran nacionalidad? El presente gobierno es normal; Juárez es el jefe indisputable: ninguna ciudad protesta, no hay rebelión. Dadle tiempo de que se organice y de que os pague.

Jules Favre, por su lado, argüía: "No vais a México como acreedores, sino como invasores, a entronizar la fuerza y contra el derecho de gentes a un archiduque austriaco".

Esto en sesión del 13 de marzo, menos de dos meses antes del enorme descalabro que frente a Puebla iban a sufrir las armas francesas.

ALMONTE DESESPERASE HASTA EL PAROXISMO
AL CONOCER LAS NEGOCIACIONES EFECTUADAS

La desazón y el asombro, rayanos en el paroxismo, que sobrecogieron a Almonte al tener conocimiento de que los plenipotenciarios aliados estaban en pláticas con representantes del gobierno de Juárez, deseosos de buscar una resolución pacífica a las reclamaciones, no son para descritos: —¿pero qué habéis hecho? —preguntó estupefacto cuando le comunicaban el curso de las conferencias—. Precisamente lo contrario de lo que se os recomendó, de lo que de vuestra iniciativa se esperaba. No se os recomendó que tratarais con Juárez, sino que desembarcarais de él a México, y que entronizarais a Maximiliano. Esa es la formal voluntad de Napoleón III y yo vengo, enviado por él, a hacer que se le obedezca. ¿Poneís en duda lo que os digo? Aquí está su carta autógrafa".

El general Lorencez confirmó las palabras pronunciadas por Almonte.

CON PALABRA PROFETICA DESCRIBE PRIM AL TENAZ
NAPOLEON LOS RIESGOS INMENSOS DE LA EMPRESA

Con su penetración asombrosa, el conde de Reus, previendo lo peligroso y poco menos que irrealizable de la empresa en que Napoleón III iba a comprometerse, dirigió una carta que contenía un cuadro exacto de las condiciones reinantes en México, y de la probable triste muerte que cabría a quien se arriesgara a empuñar el cetro en un país que detestaba el régimen monárquico:

"Tengo, Sire —asentaba entre otras cosas el ameritado militar y político español—, la profunda convicción de que en este país son escasísimos los hombres de sentimientos monárquicos. A despecho del desorden y de la agitación, el establecimiento de la república ha creado hábitos, costumbres y hasta cierto punto lenguaje republicano que no sería fácil destruir. Desde hace dos meses que las banderas aliadas flotan sobre Veracruz, y ahora que ocupamos las importantes ciudades de Orizaba, Córdoba y Tehuacán, en las cuales no ha quedado ninguna fuerza mexicana, ni conservadores ni monarquistas, no nos han hecho la menor demostración que pudiese demostrar a los aliados su existencia. Fácil será a Vuestra Majestad conducir al príncipe Maximiliano a la capital y coronarle rey. Pero este rey no encontrará más apoyo que el de los jefes conservadores que no pensaron establecer la monarquía cuando estaban en el poder, pero que ahora que se encuentran vencidos y emigrados, piensan en ello. Algunos hombres ricos aceptarán también a un monarca extranjero, pero este monarca no contará con nada que le sustente el día en que el apoyo de Vuestra Majestad llegue a faltarle". (17 de marzo de 1862).

AHONDANSE LAS DIFERENCIAS DE INGLESES Y
ESPAÑOLES CON LOS PLENIPOTENCIARIOS GALOS

A la repugnancia que la sola amenaza de imponerle un soberano excitaba en el país, uníase la por momentos más irremediable escisión entre los plenipotenciarios españoles y británicos, de una parte, y los franceses, de la otra. Los últimos sutráianse al mando supremo que había sido confiado al general Prim; a quien el 20 de marzo, Saligny notificaba categó-

ricamente que, en lo sucesivo, debía ser reconocido que la expedición francesa no estaba bajo las órdenes de nadie, como no fueran las de sus directos jefes.

Resultado inmediato de tan insolente actitud, fué que Prim y Wyke robustecieran el entendimiento entre ambos, que como hemos visto empezó a germinar al redactarse el proyecto de ultimátum de las tres potencias, y desde el instante mismo en que uno y otro pudieron apreciar los apetitos incalificables de los agentes de Napoleón III.

La protección impartida a Almonte, acabó con la paciencia del español y del inglés, que hicieron patente su inconformidad con la impolítica actitud de que el nefasto intervencionista alardeaba.

Sin embargo, el contraalmirante Jurien de la Graviere mostróse indiferente a las protestas y, como condición previa a cualquier arreglo, pretende que el gobierno de la República conceda una amnistía absoluta, incondicional y sin reservas a todos los proscritos políticos, e invite a las tropas aliadas a ocupar la capital para mantener la paz pública, y "a los comisarios de las tres potencias, para concertar, de común acuerdo, la mejor manera de consultar el voto sincero y verdadero del país".

El marqués de los Castillejos tuvo un momento de indecisión, por el efecto que en su espíritu produjo una altiva repulsa de Doblado, a las pretensiones de aquél, relativamente a las aduanas y al impuesto sobre capitales. En consecuencia, en oficio a Jurien, fecha 20 de marzo mismo, el quisquilloso hidalgo calificó la nota del ministro mexicano de seca y de rayana en la insolencia. Acababa, en su arrebato, afirmando: "Eso es bastante para quemar nuestros papeles y dar orden de marcha a nuestros soldados. ¡Reunámonos, pues, y que esto termine!".

Explicaciones ulteriores volviéronle a la senda de la equanimidad, de la justicia y de la razón.

Por eso cuando Jurien se manifiesta resuelto a hollar los preliminares de La Soledad y a que sus tropas avancen más allá del cerro del Chiquihuite, vuela Prim a Tehuacán, para excitarle a detener la ejecución de un plan que puede atraer irreparables consecuencias.

Instancia que refuerza Wyke en nota escrita al contraalmirante.

FUNESTA INFLUENCIA DEL INCONTINENTE SALIGNY SOBRE LAS RESOLUCIONES DEL MARINO FRANCÉS

Es curioso observar que éste, mientras obra alejado de la influencia del brutal y arbitrario Saligny, vuelve a ser el hombre de carácter sereno y equitativo, celoso observante de las tradicionales reglas del honor; pero en cuanto escucha el consejo del diplomático dipsómamo, se torna débil y voluble.

Primeramente, le vemos reproducir por escrito y al comunicarse con Wyke, las explicaciones dadas a Prim; sobre lo indebido de que los peligrosos e inescrupulosos intrigantes mexicanos, se amparen bajo la sombra de la bandera francesa. Hélas aquí:

"Fué sin mi consentimiento y debido a una mala interpretación lamentable por lo que esos emigrados han obtenido en esta vez la protección de nuestra bandera. Soy absolutamente de opinión de que si se puede aceptar el auxilio de un partido mientras se libra la guerra contra un gobierno, es preciso, por lo contrario, mientras duren las negociaciones, evitar toda ingerencia en los asuntos interiores del país".

Ollivier recalca que ese Jurien es el verdadero, el de La Soledad, y en seguida presenta al revisado y corregido por Saligny, con Almonte, por apuntador.

LOS REPUBLICANOS EMPIEZAN A CASTIGAR CON RIGOR A LOS TRAIADORES QUE CAEN EN SU PODER

Para más claro entendimiento de lo que en seguida va a leerse, es oportuno recordar que las tropas del general Ignacio Zaragoza habían salido al paso al general conservador Manuel Robles Pezuela, cuando éste dirigíase a reunirse con Almonte, y que le fusilaron el 23 de marzo en San Andrés Chalchicomula. Con que se puso de manifiesto que los patriotas estaban decididos a obrar con el rigor que las circunstancias exigían, y sin contemplaciones hacia quienes ahora llamaríamos cínicos entreguistas o colaboracionistas.

Al ser impuesto de la ejecución, Jurien no tuvo empacho en suscribir, el 29 de marzo, en Orizaba, los conceptos siguientes:

"Yo no hubiera vacilado en invitar a los EMIGRADOS en cuestión a regresar a Veracruz, si el asesinato del general Robles no hubiera parecido un desafío con que el partido exaltado replicaba a los consejos de moderación que hemos procurado hacerle oír... En consecuencia, he creído que frente a este doloroso suceso, constituiría una insigne debilidad renegar de los hombres a quienes había sido acordada, aún suponiendo que por un error, la protección de nuestra bandera".

WYKE REPROCHA AL FRANCÉS SU CONTRADICCION Y HALLA EXPLICABLE LA ENERGIA REPUBLICANA

Por su parte Wyke, que no demora su respuesta, pues está datada el propio 29, echa en cara con toda franqueza, al contraalmirante francés, su inconsecuencia, y justifica el rigor de los republicanos contra quienes daban al invasor la más descarada adhesión y se aprestaban a luchar en sus filas, hasta que consiguiera adueñarse de los destinos patrios.

"Tengo la honra —decía— de acusaros recibo de vuestra comunicación de hoy, que he leído con gran complacencia, pues que me impone de que la protección otorgada por las tropas francesas al general Almonte y al Padre Miranda, lo fueron sin vos saberlo y con vuestro sentimiento. La expresión de este sentimiento, releva a Vuestra Excelencia de responsabilidad en este negocio, y la descarga ahora sobre vuestro colega el señor Dubois de Saligny, quien ni siquiera ha informado al comodoro Dunlop, presente en Veracruz, de la protección que iba a otorgar a los exiliados, y quien, a ruegos de este oficial para que le explicara tan extraño proceder, le declaró que el general Lorencez los había conducido al interior del territorio, como consecuencia de órdenes formales del Emperador de los Franceses. Estoy completamente imposibilitado de explicar una contradicción tan extraordinaria entre los dos términos de este negocio, pero de buena gana acepto la vuestra como la expresión, estoy de ello persuadido, más exacta de las perspectivas de vuestro gobierno, que no sería capaz de querer arrojar nuevos elementos de miseria y de discordia

en este país, al introducir en él a los jefes de un partido en rebelión abierta contra el gobierno con el cual tenemos un amistoso entendimiento.

"No acierto a explicarme cómo la ejecución de un general mexicano a quien se encontró culpable de haber correspondido y conspirado con una facción que conspiraba contra el gobierno, puede explicar y justificar que guardéis bajo vuestra protección a los jefes de tal partido, a menos que no deseéis identificaros con ellos por completo; lo que no puede ser el caso, después del sentimiento que Vuestra Excelencia expresa, de que esa protección les haya sido otorgada. El hecho de retener a vuestro lado, en Córdoba, al general Almonte y al Padre Miranda, os compromete, y no sólo a vos, sino también a vuestros colegas, con los cuales colaboráis... Su arribo al interior ha sido la causa inmediata de la muerte del general Robles, y su estancia, así como las comunicaciones con otras personas, atraerán infaliblemente represalias de la misma naturaleza".

DURANTE UNA CONFERENCIA LOS ANIMOS DE LOS PLENIPOTENCIARIOS CALDEARONSE AL ROJO

Cuando al proyecto de las tan absurdas proposiciones, formulado por los emisarios franceses, se le quiso dar la formalidad suficiente para exigir que el gobierno de Juárez lo aceptara, Wyke, contentóse con sacudir los hombros y poner de su puño y letra, estas palabras: "¡Ya de eso se hablará en la conferencia!".

Efectuada esta el 9 de abril, en Orizaba, no se distinguió ciertamente por la cordialidad ni la buena armonía reinante entre los comisarios.

Hubo un momento en que el general Prim, sin poder contenerse más, expresó cómo tenía conocimiento de que pretendíase estar en posesión de pruebas irrefutables, de que si él se oponía a la idea de exaltar al trono de México al archiduque Maximiliano, era porque el propio conde de Reus abrigaba el firme propósito de ocuparlo. Aun invitó a exhibir semejantes documentos de convicción; pero entonces, Saligny, replicó:

—"No hice sino repetir lo que en público se decía: el almirante Jurien de la Graviere ha tenido en sus manos una carta

de cierta persona simpatizadora de vuestra candidatura; habéis insinuado que sería vista por nuestro Emperador con buenos ojos; el ECO DE EUROPA que, según confesión vuestra no ha publicado nada sin vuestra aprobación, dió a la estampa artículos ditirámicos, inexplicables de no mediar esa ambición. A mí mismo me habéis dicho que la candidatura austriaca es absurda, que quizás hubiera oportunidades para un soldado.

—"Me refería a un oficial mexicano de fortuna, —replicó Prim—. Jamás autoricé a nadie a atribuirme tan insensato proyecto; ni una sola palabra hay en el ECO DE EUROPA que se haya ocupado de mi candidatura; se ofende mi bien conocida lealtad al imputarme alimentar en secreto proyectos semejantes. Si México con todas sus riquezas me fuera ofrecido, no lo aceptaría a ningún precio, pues infinitamente prefiero la situación que en España me he labrado".

INGLESES Y ESPAÑOLES AMENAZAN A LOS FRANCESES CON RETIRARSE EN DEFINITIVA DE SUELO MEXICANO

Ya en este plano inclinado de las agrias discusiones y de los cargos sin embozo, el debate fué resbalando hacia la completa ruptura; y así fué como Prim, apoyado por los ingleses, notificó a los representantes de Napoleón que si persistían en su proceder de conservar consigo a los desterrados mexicanos y de negarse a asistir a una próxima conferencia, que se tenía prevista para el siguiente día 15, el primero y los segundos habían adoptado el acuerdo de abandonar nuestro país.

Jurien de la Graviere replicó que esa determinación no le interesaba en lo más mínimo; que, bien por lo contrario, ponía su escuadra a las órdenes de los iberos y de los británicos para que pudieran efectuar el regreso a Europa con mayor comodidad.

El conde de Reus patentizó su agradecimiento, aunque declinando la oferta y poniendo de resalte que con los buques españoles surtos en bahía, en último caso sumados a los ingleses, bastaba para la ejecución de los expuestos planes.

PRIM REDARGÜA QUE EL GOBIERNO PRESIDIDO POR JUAREZ ERA EL LEGITIMAMENTE CONSTITUIDO

Con la clarividencia del inspirado, de que a cada paso venía dando demostraciones, el emisario peninsular tenía pre-

vista ya también la ruptura a que los franceses estaban precipitando; como lo comprueba la carta que desde Orizaba dirigió a don José Salamanca el 6 de abril, y de la que retiramos algunos de los párrafos que más significativos nos parecen:

"Recibo la de usted de marzo, y me apresuro a contestarla, no con la esperanza de que por medio de sus buenas relaciones en París pueda usted contribuir a evitar el cataclismo que nos amenaza; pues estoy ya persuadido de que es inevitable; sino para dejar sentado lo que el tiempo se encargará de probar, esto es, que los comisarios del Emperador han emprendido una política que llegará a ser fatal para Francia.

"Mientras el vicealmirante La Graviere ha creído ser intérprete fiel de la política del Emperador, hemos estado en todo acordes, y todo ha ido bien; pero desde el momento en que llegó Almonte, y con él nuevas instrucciones, más en armonía con las opiniones de mister de Saligny que con las del Almirante, éste se desanimó, se entregó, se dejó ir hacia la política de su colega, y desde entonces vamos de mal en peor. ¡Qué fatalidad! ¿Y por qué esa ruptura?, porque los comisarios franceses se han empeñado en destruir el gobierno de Juárez, que es el gobierno constituido de hecho y de derecho, y que tiene autoridad y fuerza, para poner en su lugar al gobierno reaccionario del señor general Almonte, que ni tiene prestigio, ni fuerza, ni autoridad, ni representa más que unos centenares o miles de reaccionarios; insignificante número en la escala de uno contra nueve; pero en cambio el señor Almonte ofrece proclamar, en su día, **al Archiduque Maximiliano de Austria**, rey de México. Así me lo declaró a mí mismo el día que tuvo la bondad de ir a verme, recién llegado a Veracruz".

Estas eran las que el remitente reputaba por causas de los disentimientos entre los plenipotenciarios. Daba en seguida suelta a la pena que, decía, le causaba "Tener que separarme de mis bravos franceses", que empeñaríanse en una lucha injusta y desigual.

Auguraba que las fuerzas que estaban a las órdenes del general Lorencez, no bastarían ni para apoderarse de Puebla.

NI AUN A COSTA DE SACRIFICIOS INAUDITOS SE CONSOLIDARIA EN MEXICO EL IMPERIO

"Los emigrados y vencidos, continuaba pronosticando el marqués de los Castillejos, ofrecerán mucho y darán poco o nada, y por fin, el Emperador tendrá que hacer grandes sacrificios en hombres y dinero, no digo para consolidar el trono en que siente al Archiduque de Austria, porque esto no lo podrán realizar, por no haber hombres monárquicos en México, los sacrificios tendrán que hacerlos para que sus águilas lleguen siquiera a México".

No menos que veinte mil hombres y un material inmenso, calculaba que Francia necesitaría para asentarlas en la capital; porque, aunque no refiriéndose directamente al país, México era de los en que, según palabras de Napoleón I, "si el ejército es de mucha gente se muere de hambre, y si es de poca, se lo come la tierra".

Imposible crear una monarquía, ni siquiera un gobierno reaccionario estable, porque la mayoría inmensa digna de ser tomada en consideración, era liberal "... y todo lo que sea querer fundar un gobierno contra el sentimiento público, es un sueño, una quimera. ¿Sabe usted lo que yo pienso, mi buen amigo? —preguntaba y se respondía aquel vidente—. Pienso que el Emperador de los franceses está muy lejos de querer lo que sus comisarios están haciendo; estos señores le están comprometiendo y comprometerán más y más hasta un punto, que, cuando quiera retirarse, no podrá, porque estará empeñado el lustre de sus águilas, y hasta el prestigio y honor del Imperio".

EL PERFIDO SALIGNY EL DE LA PALABRA HELADA HABÍA DE SER FUNESTO PARA NAPOLEON III

En otro período, recalca: "... la frialdad de lenguaje de Saligny me desespera. ¡Qué fatal va a ser ese hombre para el Emperador y para la Francia!

"Con la suave y buena política que inauguramos juntos al llegar a Veracruz, hubiéramos llegado a todas partes, y lo hubiéramos alcanzado todo, la amnistía, las elecciones generales, buenos tratados, buenas garantías de pago y seguridad

para el porvenir; pero por malas, no alcanzarán los franceses nada; yo se lo digo a usted y téngalo usted por seguro. ...

"Hace unos días tuve el honor de escribir una razonada carta al Emperador, contestando a la que me hizo la honra de dirigirme. Le hablo con el profundo respeto que le profeso; pero con noble verdad. Mi carta llegará tarde, pues sus comisarios tienen prisa de romper el fuego. El 9 tendremos la conferencia; ¡será por desgracia la última! y lo más tarde, quince días después, sólo Dios lo sabe; pero de seguro que no será nada bueno, y sí mucho malo para la Francia. ...".

La del nueve fué efectivamente la última conferencia.

La alianza tripartita quedó rota y, por tanto, ya no fué posible celebrar la reunión de sus comisarios con los representantes del gobierno mexicano.

Al ministro de Relaciones, general Doblado, se le comunicó que los representantes de las potencias habían decidido adoptar, cada quien por su parte, una conducta independiente; que, en tal virtud, las fuerzas españolas dispondríanse a reembarrar, y que los franceses concentraríanse en Paso Ancho, para iniciar sin más tardanza sus operaciones; que Almonte continuaría al lado de ellas como "emisario de paz y conciliación" del emperador de los franceses.

Los Comisarios Franceses pisotean la fé jurada

De todas las duplicidades de los invasores, la violación de los preliminares fué la más infame — Indignada protesta del gobierno — Estado de sitio declarado en las poblaciones sustraídas a su autoridad — Los franceses continuaban enmascarando sus aviesos designios — Columniosas imputaciones para justificar una conducta injustificable — Almonte ungido gobernante supremo por el invasor — Los españoles fieles al deber contraído — Lorencez en el mando supremo de los expedicionarios franceses — Universal condenación de la infidencia — La traición se traduce para el enemigo en ventajosísimas posiciones.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



para el porvenir; pero por malas, no alcanzarán los franceses nada; yo se lo digo a usted y téngalo usted por seguro. ...

"Hace unos días tuve el honor de escribir una razonada carta al Emperador, contestando a la que me hizo la honra de dirigirme. Le hablo con el profundo respeto que le profeso; pero con noble verdad. Mi carta llegará tarde, pues sus comisarios tienen prisa de romper el fuego. El 9 tendremos la conferencia; ¡será por desgracia la última! y lo más tarde, quince días después, sólo Dios lo sabe; pero de seguro que no será nada bueno, y sí mucho malo para la Francia. ..."

La del nueve fué efectivamente la última conferencia.

La alianza tripartita quedó rota y, por tanto, ya no fué posible celebrar la reunión de sus comisarios con los representantes del gobierno mexicano.

Al ministro de Relaciones, general Doblado, se le comunicó que los representantes de las potencias habían decidido adoptar, cada quien por su parte, una conducta independiente; que, en tal virtud, las fuerzas españolas dispondríanse a reembarrar, y que los franceses concentraríanse en Paso Ancho, para iniciar sin más tardanza sus operaciones; que Almonte continuaría al lado de ellas como "emisario de paz y conciliación" del emperador de los franceses.

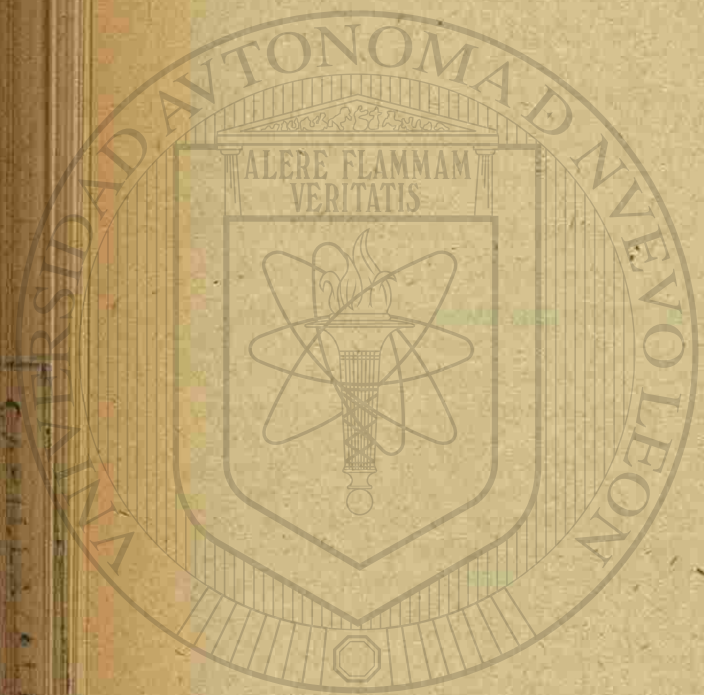
Los Comisarios Franceses pisotean la fé jurada

De todas las duplicidades de los invasores, la violación de los preliminares fué la más infame — Indignada protesta del gobierno — Estado de sitio declarado en las poblaciones sustraídas a su autoridad — Los franceses continuaban enmascarando sus aviesos designios — Columniosas imputaciones para justificar una conducta injustificable — Almonte ungido gobernante supremo por el invasor — Los españoles fieles al deber contraído — Lorencez en el mando supremo de los expedicionarios franceses — Universal condenación de la infidencia — La traición se traduce para el enemigo en ventajosísimas posiciones.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





CAPITULO XV

LOS COMISARIOS FRANCESES PISOTEAN LA FE JURADA

¿Qué requisitoria ni más abrumadora ni más terrible que la del defensor a quien la magnitud del crimen transforma en airado fiscal acusador?

ESTE asunto de la ruptura de los preliminares de la Soledad, que influyó tan decisivamente en los sucesos ulteriores al colocar la felonía a las tropas francesas en situación privilegiada con respecto a los nuestros; es de muy significativa importancia, por la manera elocuente como demuestra que para los agentes incondicionales de las autocracias poderosas, la observancia de las leyes del honor es algo circunstancial y despreciable, cuando tratan con países débiles que consideran fáciles de debelar. Lo que explica que no tengan empacho alguno en violar la palabra empeñada, si con ello se ponen en condiciones favorables para alcanzar la realización de los fines, por vergonzosos y arbitrarios que fueren, que se les han cometido.

Por semejante consideración, no nos perdonaríamos hacer punto omiso del imparcial análisis que el historiador francés Emilio Ollivier lleva a cabo, relativamente al estigma indeleble

que el incalificable acto de deslealtad imprimió en el régimen de Napoleón III.

Orizaba, nos cuenta, evacuada por los españoles el 18 de abril, es ocupada por el general Zaragoza. Lorencez se dispone a retroceder más allá del Chiquihuite, de acuerdo con los compromisos contraídos, después de transportarse con rapidez de Córdoba a Paso Ancho, a reserva de volver a salir inmediatamente. Los hombres conocedores del país consideran con aprensión este movimiento de retroceso, aunque ocupara pocos días. El ejército sería nuevamente diezmado por el vómito y las fiebres perniciosas, y una vez la infección contraída, imposible fuera volver a avanzar. No importa, el compromiso era solemne. Jurien lo había recordado repetidas ocasiones; en la declaración de guerra prometíase apearse a él; había que ejecutarlo costare lo que costase.

FUTIL ARGUMENTO ESGRIMIDO POR LORENCEZ PARA HOLLAR EL SOLEMNE DEBER CONTRAIDO

Lorencez lo había pensado así de primera intención; pero, paulatinamente ganado por las inspiraciones funestas de quienes le aconsejaban faltar a la palabra empeñada, resolvió, después de rechazar un primer pretexto insostenible (tres soldados muertos en los alrededores del campo) adoptar otro todavía más deplorable. Un centenar de enfermos había quedado en Orizaba; algunos de ellos convalecientes ya, fueron vistos armados y en las calles. El general Zaragoza creyó que se trataba de una guardia francesa dejada para custodia del hospital. Ofendido con esta demostración de desconfianza, escribió a Lorencez que los enfermos del ejército francés encontrábanse bajo la salvaguardia del ejército mexicano; lo que no justificaba darles protección con sus nacionales. Lorencez contestó por lo pronto con una explicación: no ha dejado a sus enfermos guardia de ninguna clase. Ni siquiera un solo hombre válido, a no ser algunos enfermeros; se ha tomado por una guardia a cierto número de soldados en convalecencia. (19 de abril).

"Zaragoza, instruido de su error por su médico en jefe, había expresado ya su pena y protestado sus buenas intenciones. Este incidente sin importancia parecía decorosamente solventado, cuando Lorencez escribió a nuestros plenipoten-

ciarios: "Después de enterarme de las estipulaciones de la Soledad, ratificadas por la comisión de las tres altas potencias contratantes, hubiera debido yo suspender todas las disposiciones necesarias para concentrar mis tropas en Paso Ancho, inmediatamente que el ejército español ejecutara su movimiento retrógrado. Ni siquiera el asesinato de tres soldados franceses en los alrededores del campo me parecía suficiente para considerarse relevado del compromiso de la estricta ejecución de un convenio suscrito por los representantes de Francia; estos atentados no son, sin embargo, más que la consecuencia del decreto expedido el 25 de enero por el gobierno de Juárez, que nos pone fuera de la ley equiparándonos con los piratas, decreto humillantemente sostenido después de la firma de los preliminares. Pero la situación de Veracruz, rodeada de numerosas partidas de guerrillas y reducida al estado de bloqueo, parecíame ya una violación de los preliminares de parte de los mexicanos, cuando anoche recibo del señor general Zaragoza una nota oficial por la que se me informa que considero una parte de los enfermos dejados en Orizaba, y que posteriormente entraron en convalecencia, como una guardia destinada a la custodia de mi hospital, y reclama por esta seudoprecaución. En presencia de una declaración de esta índole, tengo todo derecho de temer que nuestros enfermos puedan no contar más con la protección que les estaba garantizada, y que sean considerados como rehenes abandonados con exceso de confianza en manos del enemigo. Mi deber es marchar en su auxilio sin pérdida de tiempo, pues sería imprudencia de mi parte dejarlos expuestos a los excesos de un ejército indisciplinado y con jefes sin escrúpulos. Tengo la honra, pues, de informaros que en virtud de las facultades militares de que se me ha investido, esta misma tarde me pondré en marcha sobre Orizaba. (Córdoba, 19 de abril de 1862).

DE MUCHAS DUPLICIDADES ERAN YA CULPABLES LOS EXPEDICIONARIOS; FALTABA LA MAS INFAME

El desapasionado ex ministro de Napoleón III, emite en seguida este impresionante juicio:

"Sonrojándome transcribo este documento. Numerosas duplicidades han acumuládose ya en este período de la expedición; pero este mensaje sobrepasa a todas. Ni una sola palabra que no sea un insulto al buen sentido, a la verdad, a la lealtad.

que el incalificable acto de deslealtad imprimió en el régimen de Napoleón III.

Orizaba, nos cuenta, evacuada por los españoles el 18 de abril, es ocupada por el general Zaragoza. Lorencez se dispone a retroceder más allá del Chiquihuite, de acuerdo con los compromisos contraídos, después de transportarse con rapidez de Córdoba a Paso Ancho, a reserva de volver a salir inmediatamente. Los hombres conocedores del país consideran con aprensión este movimiento de retroceso, aunque ocupara pocos días. El ejército sería nuevamente diezmado por el vómito y las fiebres perniciosas, y una vez la infección contraída, imposible fuera volver a avanzar. No importa, el compromiso era solemne. Jurien lo había recordado repetidas ocasiones; en la declaración de guerra prometíase apegarse a él; había que ejecutarlo costare lo que costase.

FUTIL ARGUMENTO ESGRIMIDO POR LORENCEZ PARA HOLLAR EL SOLEMNE DEBER CONTRAÍDO

Lorencez lo había pensado así de primera intención; pero, paulatinamente ganado por las inspiraciones funestas de quienes le aconsejaban faltar a la palabra empeñada, resolvió, después de rechazar un primer pretexto insostenible (tres soldados muertos en los alrededores del campo) adoptar otro todavía más deplorable. Un centenar de enfermos había quedado en Orizaba; algunos de ellos convalecientes ya, fueron vistos armados y en las calles. El general Zaragoza creyó que se trataba de una guardia francesa dejada para custodia del hospital. Ofendido con esta demostración de desconfianza, escribió a Lorencez que los enfermos del ejército francés encontrábanse bajo la salvaguardia del ejército mexicano; lo que no justificaba darles protección con sus nacionales. Lorencez contestó por lo pronto con una explicación: no ha dejado a sus enfermos guardia de ninguna clase. Ni siquiera un solo hombre válido, a no ser algunos enfermeros; se ha tomado por una guardia a cierto número de soldados en convalecencia. (19 de abril).

"Zaragoza, instruido de su error por su médico en jefe, había expresado ya su pena y protestado sus buenas intenciones. Este incidente sin importancia parecía decorosamente solventado, cuando Lorencez escribió a nuestros plenipoten-

ciarios: "Después de enterarme de las estipulaciones de la Soledad, ratificadas por la comisión de las tres altas potencias contratantes, hubiera debido yo suspender todas las disposiciones necesarias para concentrar mis tropas en Paso Ancho, inmediatamente que el ejército español ejecutara su movimiento retrógrado. Ni siquiera el asesinato de tres soldados franceses en los alrededores del campo me parecía suficiente para considerarse relevado del compromiso de la estricta ejecución de un convenio suscrito por los representantes de Francia; estos atentados no son, sin embargo, más que la consecuencia del decreto expedido el 25 de enero por el gobierno de Juárez, que nos pone fuera de la ley equiparándonos con los piratas, decreto humillantemente sostenido después de la firma de los preliminares. Pero la situación de Veracruz, rodeada de numerosas partidas de guerrillas y reducida al estado de bloqueo, parecíame ya una violación de los preliminares de parte de los mexicanos, cuando anoche recibo del señor general Zaragoza una nota oficial por la que se me informa que considero una parte de los enfermos dejados en Orizaba, y que posteriormente entraron en convalecencia, como una guardia destinada a la custodia de mi hospital, y reclama por esta seudoprecaución. En presencia de una declaración de esta índole, tengo todo derecho de temer que nuestros enfermos puedan no contar más con la protección que les estaba garantizada, y que sean considerados como rehenes abandonados con exceso de confianza en manos del enemigo. Mi deber es marchar en su auxilio sin pérdida de tiempo, pues sería imprudencia de mi parte dejarlos expuestos a los excesos de un ejército indisciplinado y con jefes sin escrúpulos. Tengo la honra, pues, de informaros que en virtud de las facultades militares de que se me ha investido, esta misma tarde me pondré en marcha sobre Orizaba. (Córdoba, 19 de abril de 1862).

DE MUCHAS DUPLICIDADES ERAN YA CULPABLES LOS EXPEDICIONARIOS; FALTABA LA MAS INFAME

El desapasionado ex ministro de Napoleón III, emite en seguida este impresionante juicio:

"Sonrojándome transcribo este documento. Numerosas duplicidades han acumuládose ya en este período de la expedición; pero este mensaje sobrepasa a todas. Ni una sola palabra que no sea un insulto al buen sentido, a la verdad, a la lealtad.

El decreto de Juárez había violado tan poco los preliminares de la Soledad, que nosotros habíamos seguido viviendo en la zona templada y aprovechando sus estipulaciones. Las guerrillas que existían alderredor de Veracruz, eran la consecuencia del estado de guerra notificado por nosotros mismos el 9 de abril, y no de una deslealtad de los mexicanos. ¿Qué decir de esta transformación de un acto de susceptibilidad del amor propio, en un reto feroz? ¿La seguridad de que una guardia francesa era innecesaria a la custodia de nuestros enfermos en Orizaba, podía ser expuesta como una amenaza de tratarlos en calidad de rehenes? Romper una convención por subterfugios capciosos, era demasiado; faltar por tan detestables razones a un compromiso formal, imperioso, repetidas veces refrendado, era excesivo. No pareció sino que habíamos suscrito el pacto de la Soledad con la intención de no respetarlo, a fin de introducirnos fraudulentamente en la zona saludable, que nuestros soldados no hubieran podido franquearse por la fuerza. Nuestras tropas conocieron la decisión de su general el viernes santo (19 de abril) a las tres de la tarde. Su rectitud nacional no la ratificó: muy conturbados, temieron que esta falta de palabra pudiera atraer sobre nosotros la maldición de Dios".

INDIGNADO EL GOBIERNO DE JUAREZ PROTESTA POR LA VIOLACION DE LOS PRELIMINARES DE SOLEDAD

Por la voz del ministro Doblado, el gobierno de Juárez, defensor del decoro y de la soberanía patrios, formuló su más severa protesta por la violación de los preliminares de La Soledad, que bajo un pretexto pueril e injustificable, consumaban los emisarios franceses. Reiteraba, asimismo, que Almonte no era más que un traidor puesto fuera de la ley por un acto de administración interna, en la cual los extranjeros habían empeñado la promesa de no intervenir, por reconocer el respeto que a la legalidad del gobierno constitucional debían. La protesta oficial, negaba de manera rotunda que hubieren recibido nuevos ultrajes los franceses residentes en México.

Y acababa declarando que el gobierno nacional, depositario de la soberanía, guardián de la República, opondría la fuerza a la fuerza y sostendría la guerra hasta sucumbir, por asistirle la conciencia de la justicia de su causa.

Al día siguiente, 12 de abril, el Presidente Juárez lanzó

a la nación un manifiesto en que hacía del dominio público la ruptura con los comisarios franceses, y la perspectiva de arreglo con España e Inglaterra; a la vez que reiteraba sus exhortaciones al pueblo, para que secundara los esfuerzos del régimen, tendientes a la defensa de la independencia nacional.

ESTADO DE SITIO EN LUGARES SUSTRIDOS AL GOBIERNO Y RIGUROSAS PENAS A TRAIADORES

Compelido por la necesidad imperiosa de prevenir el efecto soliviantador, que la presencia de los invasores en suelo patrio pudiese ejercer en el ánimo de los partidarios de la intervención extranjera, efectivamente, desde el 25 de enero el Gobierno legítimo había expedido un inflexible decreto que establecía la pena de muerte para todo individuo que atentase contra la seguridad e independencia nacionales.

Documento que es precisamente al que se refiere Lorencez en el comunicado, que acaba de ser transcrito, dirigido por el jefe francés a los plenipotenciarios de las tres potencias.

Y una vez que fueron pisoteadas las estipulaciones de La Soledad, el Presidente Juárez declaró en estado de sitio las poblaciones de que el invasor se apoderase; traidores a los mexicanos que en ellas permanecieren y sus bienes afectos a confiscación, excepto en aquellos casos en que mediare motivo legal justificativo de su presencia en ellas.

Todos los mexicanos, entre los veinte y los sesenta años, quedaban adscritos al servicio de las armas; los gobernadores de los Estados recibieron autorización para organizar guerrillas e invertir discrecionalmente las rentas públicas. Se estableció la pena de muerte para quienes suministraren armas, víveres, noticias, etc., al enemigo; pero, en cambio, a los franceses pacíficos se les garantizaba el amparo de las leyes y de las autoridades mexicanas, "medida, subraya un historiador francés, que no es de un salvaje sin fe ni ley".

Durante la apertura del segundo período ordinario de sesiones del Congreso de la Unión, efectuada el 15 de abril, el Presidente Juárez tomó la palabra con objeto de ratificar, desde la tribuna, los propósitos que a su gobierno animaban, de defender la soberanía nacional:

"En la situación a que ha dado origen esta violación in-

esperada de un pacto solemne —dijo entre otras cosas—, el gobierno no ha hecho más que aplicar su norma constante de conducta en las relaciones internacionales; encerrarse en los límites de una prudente moderación, abstenerse de todo acto agresivo, y prepararse a repeler la fuerza. Por azarosa que sea la lucha a que el país es provocado, el gobierno sabe que las naciones tienen que luchar hasta salvarse o sucumbir cuando se intenta ponerlas fuera de la ley común y arrancarles el derecho de existir por sí mismas y de regirse por voluntad propia. En este sentido, el Ejecutivo se ha visto admirablemente secundado por el espíritu nacional, y tiene la certidumbre de que lo será también por el patriotismo de esta Asamblea".

LOS INVASORES FRANCESES CONTINUABAN DISFRAZANDO LOS DESIGNIOS ABRIGADOS

Por su parte los comisarios de Napoleón III intentaban justificar su injustificable conducta con la repetición de la muletilla de que venían a poner término a las disensiones intestinas, y lanzaban un llamamiento a "los hombres de bien", para que se les uniesen en la empresa, y protestaban que el gobierno de Francia no tenía ni por un momento la intención de restaurar en un pueblo extranjero "abusos e instituciones que no son ya de este siglo".

Lo cual no obstaba para que la actitud de los agentes del emperador fuera volviéndose día por día más sospechosa. Independientemente de que desde el 9 de abril empezó a correr con visos de veracidad el rumor de que no acatarían el solemne compromiso contraído en los preliminares de La Soledad —de que si las potencias y el gobierno de Juárez no llegaban a un entendimiento, los expedicionarios retrocederían a sus primitivas posiciones y, por tanto, los franceses a Paso Ancho—, sino que desde Córdoba iniciarían su movimiento de penetración hacia el interior de la República; dirigieron al ministro Doblado una comunicación impertinente, en que protestaban por supuestas enajenaciones, a un Estado extranjero, de parte del territorio nacional.

La inmediata respuesta, que dignamente rechazaba toda intromisión en los asuntos interiores del país, después de reducirse a acusar recibo, concluía con la advertencia que reproducimos en seguida: "El infrascripto añadirá únicamente, por orden del Presidente, que la protesta de los señores comisarios

no le impedirá celebrar los tratados o convenciones a que se refiere, siempre que lo juzgue conveniente y quepa en sus facultades, por usar en ello de un derecho inherente a la soberanía e independencia de la nación".

CALUMNIOSAS IMPUTACIONES TENDIENTES A JUSTIFICAR UNA CONDUCTA INCALIFICABLE

El 16 de abril, los emisarios franceses, curándose en salud, como vulgarmente se dice, y con el deliberado propósito de encubrir su deshonesto y pérfido proceder, anticipáronse a imputar al gobierno nacional la ruptura de los tratados de La Soledad y a denunciar la muerte de tres de sus soldados en los alrededores de Córdoba.

El ministro Doblado impugnó la falsedad de violación a los convenios, a la vez que exponía la ignorancia en que, sobre la perpetración de no comprobados asesinatos encontrábase; pero advertía que ya se daba orden de practicar las averiguaciones conducentes a su descubrimiento. Por último, reprochaba a los intrusos su proceder, con estas palabras:

"Por lo demás, pocos días después de firmados los preliminares, los señores comisarios abrigaron a varios reos de la República, de los cuales, unos vinieron de Europa, otros estaban en Veracruz huyendo de sus jueces, y otros se han separado de las fuerzas sublevadas en que militaban, para ir a concertar de consuno el trastorno del orden público, según consta de documentos que obran en este ministerio. Esos mismos reos se han trasladado a poblaciones sujetas al gobierno, custodiados por fuerzas francesas, cuyos jefes han impedido a las autoridades locales el libre ejercicio de sus funciones, estipulado en los preliminares. Otros jefes franceses han llegado hasta a reducir a prisión a algunas autoridades mexicanas, amenazándolas con fusilarlas por injustos y frívolos pretextos. —Si estos hechos, y el haber faltado a las conferencias estipuladas en los preliminares, son o no una infracción a ellos, lo dirá la historia y lo atestiguarán los comisarios, jefes y fuerzas inglesas y españolas, a cuya vista han pasado".

JUAN N. ALMONTE ES UNGIDO POR EL INVASOR COMO GOBERNANTE SUPREMO

El general Antonio Taboada se pronuncia entre tanto con-

tra el gobierno, para adherirse a Almonte que, en compañía del padre Miranda, de Castellanos, Guevara, Samaniego, González y Antonio Haro y Tamariz, se trasladó a Orizaba, y quien nombró al novel infidente, jefe militar y político de Córdoba.

Veracruz, Alvarado e Isla del Carmen secundaron el pronunciamiento; pero como era de tan escasa significación y estallaba a la sombra de los invasores, no produjo en estos un júbilo muy profundo. Sin embargo, vino en parte a estimularlo la rendición del cabecilla reaccionario José María Gálvez que después de acogerse a la amnistía otorgada por el Presidente Juárez al desembarcar los invasores, iba a ofrecer su colaboración al general Lorencez. El júbilo de los irruptores sentíase estimulado con esta rendición, no obstante las lastimosas condiciones en que se hallaba la tropa del doble infidente.

Los estrafalarios individuos que la formaban, confesaron a los suavos que con ellos entablaron conversación en Orizaba, que la falta de sueldo y de comida les había empujado a pasarse al campo francés. Los suavos, relata el príncipe Bibiesco, tuvieron lástima de ellos y dividieron sus provisiones con sus enemigos de la mañana, de tal suerte, que, cuando se les llevó la orden para que entrasen en la ciudad, se les encontró con el **cuartillo** en la mano, mojado un pedazo de pan blanco en una excelente mezcla de café con aguardiente de caña. ¡Qué desilusión la de verse arrancados de semejante regalo! — La tropilla entró en la población y comenzó el desfile. — No fué largo; pero no habríamos dado por la más bella revista en el Campo de Marte el espectáculo de aquellos hombres vestidos de anchos pantalones abiertos de un lado, desgarrados en su mayor parte; de chaquetones de cuero, raídos y agujereados, que algunos cubrían negligentemente con un sarape multicolor; de aquellos guerrilleros con anchos sombreros de fieltro armados, al parecer sin molestia, de lanzas que no tenían todos sus hierros, o de malos mosquetones. Montada en flacas cabalgaduras la caballería de Gálvez, desfiló **orgullosamente**, seguida a manera de cola de columna, por las mujeres del escuadrón y los bagajes. Era la retaguardia.

El príncipe dice que la contemplación de semejante chusma, le indujo a las más melancólicas reflexiones sobre la importancia de un partido, el aliado de la intervención extranjera,

que a duras penas y pasado un cuatrimestre de activa propaganda, no acertaba a presentar sino tan miserable grupo.

En cambio, la incorporación de la deplorable chusma, colmó de optimismo el pecho de Lorencez, que el 26 de abril escribía al ministro de la Guerra del pequeño Bonaparte: "Tenemos sobre los mexicanos tal superioridad de raza, de organización, de disciplina, de moralidad y de elevación de sentimiento, que suplico a V. E., se sirva decir al Emperador que desde ahora, a la cabeza de sus 6000 soldados, soy dueño de México. — Profundamente sentiría que las correspondencias oficiales o particulares hubiesen apartado al Emperador de sus proyectos sobre México, y hecho vacilar al príncipe Maximiliano en aceptar la corona que S. M., quería ponerle en la cabeza. Cada día me convenzo más de que la monarquía como ya he tenido la honra de escribirlo a V. E., es el solo gobierno que conviene a México, y estoy igualmente seguro de que en muy pocos años, este país, bien gobernado, gozará de una prosperidad inaudita".

¡El iluso!

PIELES AL COMPROMISO CONTRAIDO LOS ESPAÑOLES SE ALEJAN DE ORIZABA PARA QUE ZARAGOZA LA OCUPE.

Fieles en cambio los españoles a la obligación aceptada, evacuaron la plaza de Orizaba, que el general Zaragoza apresuró a ocupar.

Pero Lorencez, que ya había asumido el mando supremo de las fuerzas de su país, después de argüir, para pisotear los convenios, los fútiles pretextos y las odiosas falsedades que ya conocemos; salió de sus posiciones en Paso Ancho, donde había concentrado, para emprender la marcha hacia Orizaba, el 19 de abril.

Otro escritor francés, Imbert de Saint-Amand, emite sobre el perjurio, este juicio que es digno de recordación:

"Quedaban ya solas las tropas francesas para llevar a efecto los planes y proyectos acariciados hacía tiempo por el emperador. Para no dar pretexto a que se dijera que se rompía abierta e injustamente con los preliminares de la Soledad, el general Lorencez abandonó sus acantonamientos en Tehua-

tra el gobierno, para adherirse a Almonte que, en compañía del padre Miranda, de Castellanos, Guevara, Samaniego, González y Antonio Haro y Tamariz, se trasladó a Orizaba, y quien nombró al novel infidente, jefe militar y político de Córdoba.

Veracruz, Alvarado e Isla del Carmen secundaron el pronunciamiento; pero como era de tan escasa significación y estallaba a la sombra de los invasores, no produjo en estos un júbilo muy profundo. Sin embargo, vino en parte a estimularlo la rendición del cabecilla reaccionario José María Gálvez que después de acogerse a la amnistía otorgada por el Presidente Juárez al desembarcar los invasores, iba a ofrecer su colaboración al general Lorencez. El júbilo de los irruptores sentíase estimulado con esta rendición, no obstante las lastimosas condiciones en que se hallaba la tropa del doble infidente.

Los estrafalarios individuos que la formaban, confesaron a los suavos que con ellos entablaron conversación en Orizaba, que la falta de sueldo y de comida les había empujado a pasarse al campo francés. Los suavos, relata el príncipe Bibiesco, tuvieron lástima de ellos y dividieron sus provisiones con sus enemigos de la mañana, de tal suerte, que, cuando se les llevó la orden para que entrasen en la ciudad, se les encontró con el **cuartillo** en la mano, mojado un pedazo de pan blanco en una excelente mezcla de café con aguardiente de caña. ¡Qué desilusión la de verse arrancados de semejante regalo! — La tropilla entró en la población y comenzó el desfile. — No fué largo; pero no habríamos dado por la más bella revista en el Campo de Marte el espectáculo de aquellos hombres vestidos de anchos pantalones abiertos de un lado, desgarrados en su mayor parte; de chaquetones de cuero, raídos y agujereados, que algunos cubrían negligentemente con un sarape multicolor; de aquellos guerrilleros con anchos sombreros de fieltro armados, al parecer sin molestia, de lanzas que no tenían todos sus hierros, o de malos mosquetones. Montada en flacas cabalgaduras la caballería de Gálvez, desfiló **orgulosamente**, seguida a manera de cola de columna, por las mujeres del escuadrón y los bagajes. Era la retaguardia".

El príncipe dice que la contemplación de semejante chusma, le indujo a las más melancólicas reflexiones sobre la importancia de un partido, el aliado de la intervención extranjera,

que a duras penas y pasado un cuatrimestre de activa propaganda, no acertaba a presentar sino tan miserable grupo.

En cambio, la incorporación de la deplorable chusma, colmó de optimismo el pecho de Lorencez, que el 26 de abril escribía al ministro de la Guerra del pequeño Bonaparte: "Tenemos sobre los mexicanos tal superioridad de raza, de organización, de disciplina, de moralidad y de elevación de sentimiento, que suplico a V. E., se sirva decir al Emperador que desde ahora, a la cabeza de sus 6000 soldados, soy dueño de México. — Profundamente sentiría que las correspondencias oficiales o particulares hubiesen apartado al Emperador de sus proyectos sobre México, y hecho vacilar al príncipe Maximiliano en aceptar la corona que S. M., quería ponerle en la cabeza. Cada día me convenzo más de que la monarquía como ya he tenido la honra de escribirlo a V. E., es el solo gobierno que conviene a México, y estoy igualmente seguro de que en muy pocos años, este país, bien gobernado, gozará de una prosperidad inaudita".

¡El iluso!

PIELES AL COMPROMISO CONTRAIDO LOS ESPAÑOLES SE ALEJAN DE ORIZABA PARA QUE ZARAGOZA LA OCUPE.

Fieles en cambio los españoles a la obligación aceptada, evacuaron la plaza de Orizaba, que el general Zaragoza apresuró a ocupar.

Pero Lorencez, que ya había asumido el mando supremo de las fuerzas de su país, después de argüir, para pisotear los convenios, los fútiles pretextos y las odiosas falsedades que ya conocemos; salió de sus posiciones en Paso Ancho, donde había concentrado, para emprender la marcha hacia Orizaba, el 19 de abril.

Otro escritor francés, Imbert de Saint-Amand, emite sobre el perjurio, este juicio que es digno de recordación:

"Quedaban ya solas las tropas francesas para llevar a efecto los planes y proyectos acariciados hacía tiempo por el emperador. Para no dar pretexto a que se dijera que se rompía abierta e injustamente con los preliminares de la Soledad, el general Lorencez abandonó sus acantonamientos en Tehua-

cán y retrocedió con sus tropas a Córdoba, dejando algunos centenares de enfermos en Orizaba bajo la salvaguardia de la lealtad mexicana; pero no tardó en avanzar nuevamente bajo el especioso pretexto de que aquellos enfermos estaban amenazados por el enemigo y que sería imprudente por su parte dejarlos expuestos "a los excesos de un ejército indisciplinado y de jefes sin escrúpulos". Hay que advertir que los enfermos estaban perfectamente tratados en Orizaba, y de ello pudo convencerse Lorencez cuando en su nuevo avance volvió a penetrar en aquella ciudad".

Favre, al tener conocimiento de la innoble acción, peroraba así con inocultable amargura, en la capital francesa y desde la tribuna de la asamblea legislativa:

"Sólo me permitiré decir en nombre de mi país, que los sentimientos caballerescos esenciales a su carácter, se concilian poco con semejantes actos, y que no es el talento de eludir los tratados por lo que la Francia se distingue en la historia".

AL HOLLAR EL EJERCITO DE NAPOLEON EL PEQUEÑO,
LOS TRATADOS, LORENCEZ HABIA ASUMIDO EL MANDO

Por ser de justicia, debe hacerse hincapié en que, al ser perpetrada la violación, que dejó impresa una indeleble impronta de ignominia en los invasores franceses; ya Julien de la Gravière, prefiriendo regresar a Francia para sincerarse, a ponerse nuevamente a la cabeza de su escuadra, había hecho entrega a Lorencez, del manto supremo de las fuerzas expedicionarias.

Pero como quiera que fuese, también el marino había dado por rotos los compromisos, y el estigma que con sólo esto maculaba las banderas de su amo Napoleón III, ni los deterioros más eficaces acertarían a desvanecerlo.

Baldón, que, en último resultado, no era sino la consecuencia lógica de aquel séptimo influjo que el régimen del sobrino del Gran Corso, ejercía sobre cuanto llegaba a ponerse a su alcance.

Pero si Lorencez, aunque habiendo atropellado un pacto solemne, sentía la necesidad de cubrir las apariencias, de bus-

car justificación a un hecho injustificable; su colega Dubois de Saligny, en cambio, con el mayor desplante desconocía todo valor a lo que su firma autorizaba, y con esto exhibía la inaudita bajeza de su carácter y la insolente desvergüenza de los procedimientos adoptados, sin el menor sonrojo, por el gobierno de Napoleón III.

La respuesta del degradado diplomático, saca a la luz esa total ausencia de escrúpulos: "Una vez retiradas las potencias —dice el historiador Pérez Verdía—, quedó Francia sola patrocinando la causa más injusta, y aunque se había dicho que el **honor militar** influía en aquella campaña, el comisario Saligny no quiso retirarse de las poblaciones que había ocupado por permiso condicional del gobierno mexicano, y no obstante las reclamaciones que le hizo el ministro Doblado. Declaró que su firma valía tanto como el papel en que estaba puesta, y faltando al honor y a la lealtad, dejó tras de sí las fortificaciones que se habían levantado para impedirle el paso, influyendo esto muchísimo en el éxito de aquella guerra.

DE TODAS PARTES BROTA CONDENACIONES
CONTRA LA INFIDENCIA SIN PRECEDENTE.

Aún el mismo conde De Kératry, cuya animosidad contra los patriotas alcanza en ocasiones arranques de hiperestesia, no puede menos de escribir: "Después del rompimiento de la convención de la Soledad, las tropas francesas, reforzadas con tres mil quinientos hombres traídos por el general Lorencez, comenzaron las hostilidades. La línea del Chiquihuite no fué repasada, como lo quería la convención de la Soledad. Esta violación de la palabra dada fué un mal principio, y produjo un efecto deplorable. Un pueblo civilizado, que se jactaba de llevar a una nación casi bárbara el respeto del derecho y de los compromisos contraídos, comenzaba por hollar una promesa solemne. Fué una doble falta. Además de disminuir el prestigio de nuestras fuerzas, abrimos los primeros las puertas a la traición. Por otra parte, los mexicanos se imaginaron, y en su lenguaje fanfarrón repitieron a competencia, que los franceses habían tenido miedo de devolverles la posesión de la garganta del Chiquihuite; "posición formidable que no habríamos podido atravesar segunda vez", según suponían, "si hubiera sido defendida por los dignos hijos de Cortés"... "El buen dere-

cho, esta vez más pareció ponerse del lado de los mexicanos, que no dejaron de explotar entre los pueblos, nuestro olvido de los tratados”.

El general Prim, aunque discretamente, como a un amigo de Napoleón III convenía, aludió también, desde la tribuna del Senado español, a la abominable ruptura de aquella cláusula de los preliminares: “Este artículo, declaró el conde de los Castillejos, no se cumplió por los comisarios del emperador de los franceses; pero no es tiempo de anatemizar este hecho, **único en los anales militares desde que el mundo es mundo.** Por lo demás, este artículo se puso por el comisario español para calmar los recelos del ministro de la República, señor Doblado, y a los que digan que la condición de retirarse debió haberse dejado a la hidalguía de los aliados, les contestaré con los hechos ocurridos, **pues si habiéndose firmado, no se cumplió, ¿qué habría sucedido si no se hubiera firmado?**”.

EL CRIMINAL PERJURO COLOCA AL INVASOR EN EXTRAORDINARIA SITUACION PRIVILEGIADA

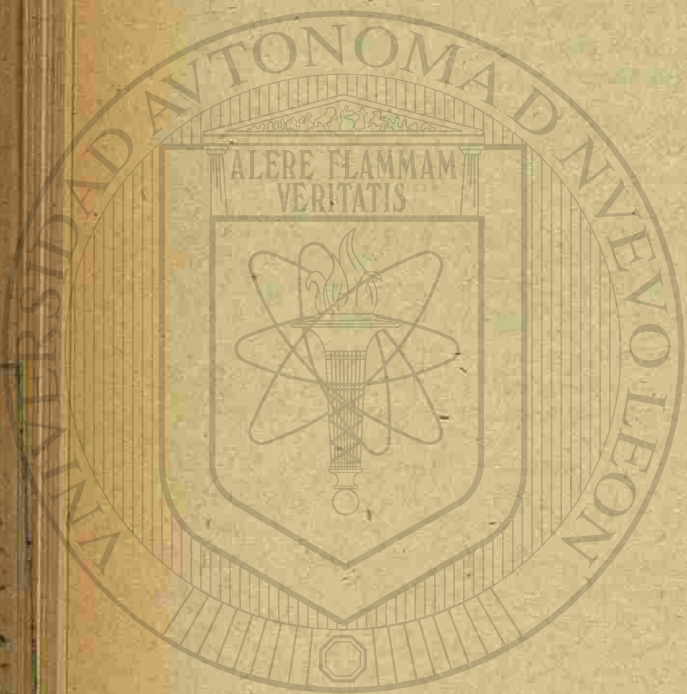
Así era como el ejército de Napoleón el Pequeño correspondía a la magnanimidad del gobierno de la República; el que, para librar a los invasores de seguir siendo diezmados por las mortíferas enfermedades tropicales, que quizás hubieran bastado para aniquilar el embrión de la guerra; permitióles salir de zonas poco menos que inhabitables para los europeos.

La inaudita infidencia dejaba pues a los expedicionarios en posesión de puntos estratégicos que de otra suerte nunca hubieran conseguido capturar, o, en todo caso, no lo consiguieran sino a costa de esfuerzos sobrehumanos y de pérdidas incalculables en hombres y en material de guerra.

Esa ruptura de la fe jurada, tácitamente relevaba a los defensores del territorio nacional de observar en lo sucesivo aún las más rudimentarias reglas de la caballeridad, hasta entonces en vigor entre ejércitos combatientes. Pero, digámoslo para nuestra satisfacción como mexicanos, si la perfidia fué casi siempre distintiva de los extranjeros al servicio de Napoleón III —y los que de aquí se les incorporaron, nunca les iban en zaga—, ya veremos cómo los auténticos liberales que sin

elementos de ningún género organizaron la defensa de la patria, hasta vencer con su desnudo, con su perseverancia y con su probidad, a intrusos y a traidores, pueden jactarse de haberse apegado sistemática y estrictamente a las más rígidas normas de la lealtad y del honor.

Hacemos punto omiso, como es natural, de esos políticos y de esas bandas armadas oportunistas, proliferación fatal e ineludible que se produce a la sombra de toda contienda intestina; y que, en la que ocupándonos viene, no estaban sino al acecho del sol que más calienta y que, perpetrando toda suerte de tropelías, pasábanse de un bando a otro alternativamente, sin más afán que el de saciar impunes los más bajos instintos que las lanzaban sin descanso al crimen y al despojo.



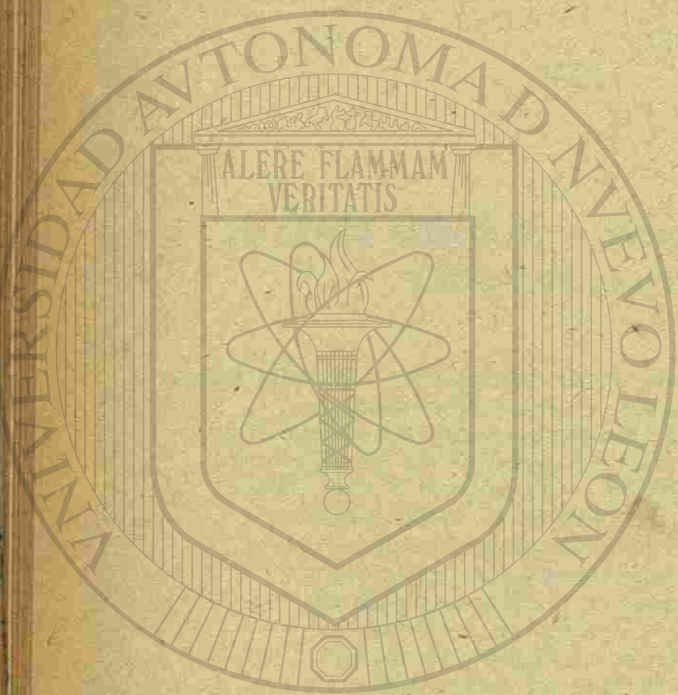
Ignacio Zaragoza y la Batalla del 5 de Mayo en Puebla

Carrera militar de quien ahorcó los hábitos — Nuevas posiciones de los republicanos — Aterradora hecatombe — Los mexicanos atienden esmeradamente a los heridos franceses — Superiorísimos elementos de los invasores Parte de la batalla — El general Porfirio Díaz en la acción — Denuedo de los atacantes — Bajas de los ejércitos contendientes — Los indígenas enmudecían para no dar informes al enemigo — Balandronadas de Lorencez y descalabro — Napoleón le ratifica su confianza y en seguida le fulmina a recriminaciones — Aun en campamentos reaccionarios fué celebrada la victoria de Puebla

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





CAPITULO XVI

IGNACIO ZARAGOZA Y LA BATALLA DEL CINCO DE MAYO EN PUEBLA

"Es imposible conquistar a un pueblo
que desprecia al conquistador".

LIN YUTANG.

El general Ignacio Zaragoza, ocupaba desde abril de 1861 el cargo de ministro de la Guerra en el gabinete del Presidente Juárez; pero, al perfilarse como inminente la amenaza de conflicto extranjero, dejó la cartera para ponerse a la cabeza del ejército de Oriente y, con su fulgurante y vertiginosa actuación al frente de él, alcanzar la inmortalidad en el firmamento de nuestra historia.

CARRERA MILITAR DE QUIEN POR SU FAMILIA ESTABA
DESTINADO A TOMAR LAS ORDENES SACERDOTALES

Zaragoza vio la primera luz el 14 de marzo de 1829, en Bahía del Espíritu Santo, perteneciente a Texas —por aquel entonces de México y hoy, como una de las tristes consecuencias de la inicua guerra del 47, de la vecina Unión Norteamericana.

Su familia tenía destinado al sacerdocio, por el que nuestro héroe no sentía ninguna vocación.

Así, pues, prefirió ocuparse en el comercio, actividad a la que se dedicaba, cuando sorprendió la creación de las guardias nacionales, en las que se dio de alta y llegó a alcanzar el grado de sargento. Siguió ascendiendo por méritos contraídos en el servicio y, al caer la revolución de Ayutla, en 1853, cuando ya ostentaba las espiguillas de capitán, adhirióse a ella y por tanto al partido liberal, al que siguió consagrado hasta su muerte, y fué uno de los más fervorosos paladines de la Constitución de 1857.

En su carrera suceden los hechos de armas en que se distingue; hasta que, aquilatadas sus virtudes militares, el Presidente de la República le llama, en abril de 1861, a desempeñar, como ya decíamos, el puesto de ministro de la Guerra. Pero en cuanto se condensa en el horizonte el borrascoso nublado que anuncia la contienda internacional, encomiéndasele la jefatura del ejército de Oriente, que asume el 21 de febrero de 1862, y que iba a brindarle la oportunidad de alcanzar la más brillante victoria de toda la guerra de segunda independencia, o sea la de la batalla del 5 de mayo en Puebla.

Debe advertirse que si el general Zaragoza hubo de ocupar posición tan culminante, fué debido a que el general José López Uruga, a quien correspondía, amilanado con el poderío de las tropas expedicionarias, frente al cual opinaba que México no disponía de medios de defensa, lo declaró así sin ambages y fué relevado de aquella jefatura.

(El derrotista Uruga, defeccionó de las filas republicanas, posteriormente).

NUEVAS POSICIONES DE LOS REPUBLICANOS Y ESPANTOSA CATASTROFE QUE DIEZMA SUS FILAS

El general Porfirio Díaz, refiérese así a los movimientos ejecutados por aquellos días: "Entretanto se verificaron las conferencias de la Soledad, que dieron por resultado la retirada del ejército hasta San Andrés Chalchicomula, y la ocupación pacífica por el enemigo de las plazas de Córdoba, Orizaba y Tehuacán. El núcleo principal del Ejército mexicano, se colocó en San Andrés Chalchicomula, y mi Brigada, reforzada por uno de los Batallones de la Primera, se estableció como puesto avanzado, con dos baterías de batalla, en la cañada de Ixtapa y Cuesta Blanca.

"El 6 de marzo de 1862 tuvo lugar en San Andrés Chalchicomula una verdadera hecatombe causada por imprevisión de los jefes respectivos y de la cual fué víctima la 1ª Brigada de la 1ª División, compuesta exclusivamente de fuerzas de Oaxaca. Se dejó en la Colecturía, en donde se alojó la 1ª Brigada, una gran cantidad de municiones, las cuales se incendiaron en la noche, probablemente con alguna chispa de las fogatas que hacían las mujeres de los soldados para condimentar su rancho, causando la muerte de 1,042 soldados y 475 mujeres, quedando heridos más de 200 soldados y más de 500 entre los vecinos de la población, próximos al lugar del incendio".

LOS HERIDOS FRANCESES AL CUIDADO DE MEXICANOS RECIBIAN TODO GENERO DE CUIDADOS Y ATENCIONES

Desocupada Orizaba por los españoles el 18 de abril, el general Zaragoza tomó posesión de la plaza el 19, y la tarde de ese mismo día, en que los franceses libraron un combate con una fuerza mexicana de a caballo, al cruzarse Jurien de la Gravière con el carruaje en que el general Prim, ya de salida, viajaba con su esposa, el contraalmirante preguntó confuso, al conde de Reus: —¿Cómo van nuestros heridos?

A lo que el español, repuso: —Los visité esta mañana antes de salir. Van a maravilla.

¡Y precisamente la dolosa suposición de que los soldados franceses que, heridos, permanecían en Orizaba, al amparo de "los salvajes mexicanos", fué el fútil pretexto que los jefes franceses alegaron para hollar los solemnes compromisos a que por su honor se ligaron!

Rotas de hecho las hostilidades, estimase que Lorencez contaba con aproximadamente siete mil franceses a sus órdenes.

Las fuerzas del ejército mexicano de Oriente encontrábase esparcidas desde Jalapa hasta Tehuacán, y estaban en su mayoría compuestas de indígenas poco menos que desnudos, con pésimo armamento, en gran parte cogidos de leva y mal alimentados, pero frugales y valerosos hasta la temeridad.

La principal acción librada al irse retirando los patriotas desde Orizaba en dirección a Puebla, punto donde debería oponerse una formal resistencia a los intrusos, fué la de las Cumbres de Acultzingo; donde el general Zaragoza y dos mil hombres que a sus órdenes llevaba, fueron rechazados el 28 de abril. Este hecho de armas se prolongó por espacio de tres horas, y el general Zaragoza, una vez sufrido el descalabro, replegóse a San Agustín del Palmar, de donde continuó la marcha rumbo a Puebla.

AUNQUE CASI EQUILIBRADOS EN NUMERO, FRENTE A PUEBLA LOS FRANCESES CUENTAN CON MAS ELEMENTOS

Aunque bien es cierto que al ocupar la ciudad los efectivos republicanos descomponíanse de la siguiente manera: 161 jefes, 767 oficiales, 8095 de tropa, 1482 caballos y 818 acémilas, calcúlase que en la defensa no participaron sino aproximadamente cinco mil hombres.

Los efectivos de los expedicionarios, rebasaban esta última cifra en poco menos de doscientos individuos; pero si las tropas contendientes estaban equilibradas en cuanto al número de éstos, la superioridad de los franceses, por los elementos bélicos de que disponían, modernísimos y abundantes, era infinita.

Sin embargo, los defensores de la patria se batieron con tal decisión y con tal denuedo, que alcanzaron un triunfo definitivo sobre aquel ejército que se llamaba invicto y que veía con desprecio al que componían los patriotas, tan lleno de entusiasmo, como privado de los recursos más indispensables.

De allí que su comportamiento y su victoria, sean más dignas aún de admiración y de alabanza.

EL PARTE DE LA BATALLA RENDIDO POR EL GENERAL ZARAGOZA AL SUPREMO GOBIERNO

Sobre la acción, en que se coronaron de laureles aquellos bravos que, sin medir las desventajosas condiciones en que estaban para resistir el embate de quienes la fama consagraba como los primeros soldados del mundo, así por su arrojo como por su equipo, nada más elocuente, en su sobriedad, que el parte rendido por el general en jefe. Dice así:

"Ejército de Oriente.—General en Jefe.

"Después de mi movimiento retrógrado que emprendí desde las cumbres de Acultzingo, llegué a esta ciudad el día 3 del presente, según tuve el honor de dar parte a usted. El enemigo me seguía a distancia de una jornada pequeña, y habiendo dejado a retaguardia de aquél la 2ª Brigada de Caballería, compuesta de poco más de 300 hombres, para que en lo posible lo hostilizara, me situé, como llevo dicho, en Puebla. En el acto dí mis órdenes para poner en un regular estado de defensa los cerros de Guadalupe y Loreto, haciendo activar la fortificación de la plaza que hasta entonces estaba descuidada.

"Al amanecer del día 4 ordené al distinguido General C. Miguel Negrete, que con la 2ª División de su mando, compuesta de 1,200 hombres, lista para combatir, ocupara los expresados cerros de Loreto y Guadalupe, los cuales fueron artillados con dos baterías de batalla y montaña.

"El mismo día 4 hice formar de las Brigadas Berriozábal, Díaz y Lamadrid tres columnas de ataque, compuestas: la primera de 1,082 hombres, la segunda de 1,000 y la última de 1,020, toda infantería, y además una columna de caballería con 550 caballos que mandaba el Ciudadano General Antonio Alvarez, designando para su dotación una batería de batalla. Estas fuerzas estuvieron formadas en la plaza de San José, hasta las doce del día, a cuya hora se acuartelaron. El enemigo pernoctó en Amozoc.

MARCHAN A LA LINEA DE BATALLA QUE SE LES FIJO AL DESPUNTAR DEL DIA SIGUIENTE LAS TROPAS

"A las cinco de la mañana del memorable 5 de mayo, aquellas fuerzas marchaban a la línea de batalla que había yo determinado, y verá usted marcada en el croquis adjunto; ordené al Ciudadano Comandante General de Artillería, Coronel Zeferino Rodríguez, que la artillería sobrante la colocara en la fortificación de la plaza, poniéndola a disposición del Ciudadano Comandante Militar del Estado, General Santiago Tapia. ®

"A las diez de la mañana se avistó el enemigo, y después del tiempo muy preciso para acampar, desprendió sus colum-

nas de ataque, una hacia el cerro de Guadalupe, compuesta como de 4,000 hombres con dos baterías, y otra pequeña de 1,000, amagando nuestro frente. Este ataque que no había previsto, aunque conocía la audacia del ejército francés, me hizo cambiar mi plan de maniobras y formar el de defensa, mandando en consecuencia, que la Brigada Berriozábal a paso veloz reforzara a Loreto y Guadalupe, y que el cuerpo Carabineros de a caballo, fuera a ocupar la izquierda de aquellos para que cargara en el momento oportuno. Poco después mandé al Batallón Reforma, de la Brigada Lamadrid, para auxiliar los cerros que a cada momento se comprometían más en su resistencia. Al Batallón de Zapadores de la misma Brigada le ordené marchase a ocupar un barrio que está casi a la falda del cerro, y llegó tan oportunamente, que evitó la subida a una columna que por allí se dirigía al mismo cerro, trabando combates casi personales. Tres cargas bruscas ejecutaron los franceses, y en las tres fueron rechazados con valor y dignidad; la caballería situada a la izquierda de Loreto, aprovechando la primera oportunidad cargó bizarramente, lo que les evitó reorganizarse para nueva carga. Cuando el combate del cerro estaba más empeñado, tenía lugar otro no menos reñido en la llanura de la derecha que formaba mi frente.

EL GENERAL PORFIRIO DIAZ TOMA PARTE EN LA ACCION Y RECHAZA LA COLUMNA ENEMIGA.

"El ciudadano General Díaz con dos cuerpos de su Brigada, uno de la de Lamadrid, con dos piezas de batalla y el resto de la de Alvarez, contuvieron y rechazaron a la columna enemiga, que también con arrojo marchaba sobre nuestras posiciones; ella se replegó hacia la hacienda de San José Rentería, donde también lo habían verificado los rechazados del cerro, que ya de nuevo organizados se preparaban únicamente a defenderse, pues hasta habían claraboyado la finca; pero yo no podía atacarlos, porque derrotados como estaban tenían más fuerza numérica que la mía; por tanto mandé hacer alto al Ciudadano General Díaz, que con empeño y bizarría los siguió, y me limité a conservar una posición amenazante.

"Ambas fuerzas beligerantes estuvieron a la vista hasta las siete de la noche, que emprendieron los contrarios su retirada a su campamento de la hacienda de los Alamos, verificándolo poco después la nuestra a la línea.

"La noche se pasó en levantar el campo, del cual se recogieron muchos muertos y heridos del enemigo, y cuya operación duró todo el día siguiente; y aunque no puedo decir el número exacto de pérdidas de aquél, sí aseguro que pasó de mil hombres entre muertos y heridos, y ocho o diez prisioneros.

"Por demás me parece recomendar a usted el comportamiento de mis valientes compañeros; el hecho glorioso que acaba de tener lugar patentiza su brío y por sí sólo los recomienda.

BATIERONSE LOS FRANCESES CON DENUEDO PERO SU JEFE MOSTRO TORPEZA AL ATACAR

"El ejército francés se ha batido con mucha bizarría: su General en Jefe se ha portado con torpeza en su ataque.

"Las armas nacionales, Ciudadano Ministro, se han cubierto de gloria, y por ello felicito al Primer Magistrado de la República por el digno conducto de usted, en el concepto de que puedo afirmar con orgullo que ni un solo momento volvió la espalda al enemigo el Ejército Mexicano durante la larga lucha que sostuvo.

"Indicaré a usted, por último, que al mismo tiempo de estar preparando la defensa del honor nacional, tuve la necesidad de mandar a las Brigadas O'Horán y Carbajal a batir a los facciosos que en número considerable se hallaban en Atlixco y Matamoros, cuya circunstancia acaso libró al enemigo extranjero de una derrota completa, y al pequeño Cuerpo de Ejército de Oriente de una victoria que habría inmortalizado su nombre.

"Al rendir el parte de la gloriosa jornada del día 5 de este mes, adjunto el expediente respectivo en que constan los pormenores y detalles expresados por los jefes que a ella concurren.

"Libertad y Reforma.

"Cuartel General en Puebla, a 9 de Mayo de 1862.—I. Zaragoza.—Ciudadano Ministro de la Guerra.—México".

Las bajas sufridas por los ejércitos combatientes, fueron las que a continuación se explican.

Los sostenedores de la independencia patria: 83 muertos, 132 heridos y 12 dispersos.

Los invasores, a creer el parte oficial relativo: 16 oficiales y 156 hombres de tropa, muertos; 132 heridos y 12 dispersos.

HERMETISMO DE LOS VIANDANTES INDIGENAS E IMPORTANCIA DEL TRIUNFO TENIDO EN PUEBLA

Los senderos que tenían que recorrer los expedicionarios, y que los clericales les pronosticaban que allombraríanse de lozano follaje y de pintadas flores a su paso, empezaban a aparecer erizados de punzantes espinas. El pueblo mexicano, en lugar de darles la bienvenida con palmas y con rosas, disparaba sobre ellos mortífera metralla; y hasta los indígenas más rudos mostrábanse herméticos y reacios a tener tratos con quienes brutalmente hollaban el suelo de la patria, y cuantas veces podían esquivaban su vista.

"Los indios que encontrábamos, dice el príncipe Bibiesco, sea porque no han tenido tiempo de evitarnos, o porque tienen el valor de pasar al través de nuestras filas, son de un mutismo tal que a veces se ve uno tentado a creerlos privados de inteligencia. A toda pregunta que se les hace, aun cuando sea si hay agua o leña en el pueblo, o si acaban de pasar las tropas mexicanas, responden invariablemente: "¡Quién sabe, señor!" con una sonrisa hipócrita. Hay evidentemente de su parte una resolución tan bien formada de reducir toda su ciencia a esas tres palabras, que a la pregunta hecha a que ma ropa: "¿Tienes mujer e hijos?", nos dió uno de ellos absolutamente la misma respuesta: "¡Quién sabe, señor!".

¡Con cuánta razón dos meses después el comandante Magnin, escribía al mariscal de Castellane: "El Emperador ha sido indignamente engañado por su ministro M. de Saligny u otros, sobre la situación del país; estamos sosteniendo una causa que ya no cuenta ni puede ya tener partidarios, tenemos a nuestra zaga gentes tales como Almonte, Miranda y otros que inspiran horror en el país y que nos hacen detestar hasta de nuestros compatriotas. Aquí se requieren otro general y otro ministro, y en seguida mucha gente. Pero aunque fuéramos 50,000, entráramos por todas partes y fuésemos a México, no contaríamos con un solo partidario!"

Estérilmente los promotores de la intervención ponían todos sus afanes en empequeñecer el triunfo alcanzado por el general Zaragoza el cinco de mayo, en Puebla, sobre Lorencez, que apenas el 29 de abril anterior había recibido la noticia de su ascenso a general de división investido del mando supremo; noticia que no ha de haber regocijádole menos en su fuero interno, ya que así se desautorizaba a Jurien de la Graviere por haber entablado negociaciones con el gobierno de la República.

MAYOR ERA EL RIDICULO POR EL POCO TIEMPO TRANSCURRIDO DESDE LA GASCONADA DE LORENCEZ

La derrota sobrevenía cuando contábase diez días escasos desde aquél en que el jactancioso Lorences lanzara la descomunal fanfarronada: "Tenemos sobre los mexicanos —decía en comunicado oficial al ministro de la Guerra—, tal superioridad de raza, de organización, de disciplina, de moralidad y de elevación de sentimientos, que suplico a V. E., se sirva decir al Emperador que desde ahora, a la cabeza de sus 6,000 soldados, soy dueño de México..."

Como es de suponer, entre los antintervencionistas de Francia, que no eran pocos, la noticia del fracasado intento de apoderarse de Puebla, fomentó los ataques y la censura contra los autores de la peligrosa empresa.

A despecho de todo, Napoleón disimuló su contrariedad, y dió a la estampa una carta abierta, dirigida a Lorencez, en que a la vez que recordaba cómo, en toda campaña militar, alternan con las victorias los reveses, sin prescindir de su eterna hipocresía, continuaba persistiendo en que nada era más ajeno a su designio, que el obligar al pueblo mexicano a aceptar un gobierno que se le impusiera. Era así como, el trapacero monarca, expresábase el 16 de junio de 1862:

"Mi querido general: Prodújome regocijo el enterarme del brillante hecho de armas de las Cumbres y pena el malogro del ataque a Puebla. Propio de la guerra es ver que algunos reveses oscurezcan los éxitos magníficos, pero que esto no os descorazone: el honor del país está comprometido y se os sostendrá con todos los refuerzos que pudiereis necesitar. Expresad a las tropas mi completa satisfacción por su valor y por

su perseverancia al soportar fatigas y privaciones; mientras más lejos se encuentren, mayor será la solicitud que les dedique. Aunque vuestra conducta no haya sido de todos comprendida, cuenta con mi aprobación. Habéis hecho bien en proteger al general Almonte; estando en guerra con México, cuantos vinieren a refugiarse a la sombra de nuestra bandera, tendrán el mismo derecho a nuestra protección, pero esto no debe influir para nada en nuestra política futura. Es contrario a mis intereses, a mi origen y a mis principios, imponer un gobierno al pueblo mexicano. Que escoja con toda libertad la forma que le convenga, yo no le pido más que sinceridad en sus relaciones exteriores, y sólo una cosa deseo: la felicidad y la independencia de ese bello país bajo un gobierno estable y normal".

No debe dejarse pasar inadvertido que Napoleón III afirmaba, públicamente y sin ambages, "estar en guerra con México", no con una facción codiciosa de poder. Palabras solas que bastarían, aparte su odiosa y criminal conducta, ya de todos juzgada; para condenar a los intervencionistas como enemigos jurados de su patria de origen.

LAS PELIGROSAS INTRIGAS DE DUBOIS DE SALIGNY HACEN CONTRADECIRSE Y RECTIFICAR A NAPOLEON

Pero muy pronto, a la llegada del informe del temible intrigante Dubois de Saligny, Napoleón habría de contradecirse, al cambiar de dictamen y hasta de tono; sino es que la carta abierta no constituyó más que una estratagemá para encubrir a los ojos de Francia, los enormes riesgos, ya del emperador estimados, que la intervención suponía, y la necesidad de comprometer en la aventura un más numeroso ejército, al mismo tiempo que incalculables sumas de dinero.

Lo cierto es que Napoleón, días más tarde, y por conducto del ministro de la guerra, dirigíase a Lorencez en los términos siguientes:

"El Emperador admira el valor desplegado por las tropas, pero no aprueba el imprudente ataque a Puebla, ni el empleo de la artillería contra fortificaciones a 2.500 metros. Censura vuestra actitud con respecto a M. de Saligny; cualquiera que pudieren ser sus yerros, es el representante del

Emperador y tiene derecho a vuestras consideraciones. Debéis asimismo colmar de deferencias y de atenciones al general Almonte, y además a todos los mexicanos que a nosotros se acogieron. No será tratándoles con aspereza como os procuraréis simpatizadores. Hay que pagar y armar a los auxiliares mexicanos y mostrarles confianza".

En el fondo, el letárgico soberano ha de haber empezado a convencerse de que las palabras que acompañaron la demanda de pasaporte del ministro mexicano Lafuente, estaban impregnadas de una abrumadora fuerza profética:

"México, había escrito el representante diplomático de Juárez a Thouvenel, podrá ser conquistado pero no avasallado, y no será conquistado sin antes dar pruebas del valor y de las virtudes que se le niegan. México, que no aceptó ni quiso por rey a su libertador, no aceptará jamás una monarquía hereditaria. Monarquía que si es difícil de crear más difícil será de mantener. Semejante empresa, si ruinosa y terrible para nosotros, lo será aún más para sus promotores".

LA RESONANCIA QUE LA ESPLENDOROSA VICTORIA ALCANZO EN LA REPUBLICA FUE INDESCRIPtible

Si la jornada del Cinco de Mayo tuvo que influir decisivamente para que en el Viejo Mundo variaran las erróneas e injustas opiniones con respecto a México imperantes; la influencia que este glorioso hecho de armas ejerció en el entusiasmo patriótico de toda la nación, no fué menos profunda.

Los defensores de Puebla, desde los generales hasta los individuos de tropa, así como también quienes habíanse batido en la batalla de las Cumbres de Acultzingo, fueron declarados beneméritos de la patria, y a todos ellos les condecoró el gobierno.

Resolvióse, además, patentizar la gratitud de la República hacia el heroico Zaragoza, con el presente de una espada de honor, que debería ser costeadá por suscripción nacional. Homenaje que, como ya se verá, por la prematura muerte del general en jefe del Cuerpo de Ejército de Oriente, no llegó a ser rendido.

Tan inesperada había sido la victoria de las armas mexicanas sobre las fogueadas fuerzas francesas, que consiguió

conmover aún a clericales tan recalcitrantes como Zuloaga y como Cobos. Este, en uno de los períodos de un manifiesto que expidió el 20 de julio de 1862, expresábase, desde San Thomas, con las palabras siguientes:

"El rechazo de Guadalupe, no causó pena ni disgusto en nuestro cuartel general; por el contrario se notaba en los más cierta satisfacción de orgullo nacional, que a nadie de los que mandaban inspiró recelos. Aun tengo entendido que en Chietla, en alguna reunión de jefes, se brindó por el valor de los mexicanos al frente de un ejército que ha aspirado a preponderar en la guerra, y cuyas huestes, que ostentan con orgullo en sus pechos las glorias de Magenta y Solferino, fueron rechazadas y obligadas a retroceder en mal estado treinta y cuatro leguas... ¿Y cómo podía yo no celebrar también una gloria que tocaba a la nación y no a ninguno de sus partidos? Lo repito: de todo esto me sentía regocijado y me felicitaba de ver el mismo espíritu en todos mis compañeros".

IGNACIO ZARAGOZA Y LA BATALLA DEL CINCO DE MAYO EN PUEBLA

—Continúa y concluye—

Magnánima hidalguía con los vencidos — Voto de gratitud elevado por los franceses residentes en Puebla — Lo importante para el clero era el exterminio de los enemigos — La salvación de las almas le tenía sin cuidado — La influencia de la rutina sobre las más groseras supersticiones — Juicios torpes y contradictorios de los filibusteros que vinieron a pescar en río revuelto — El asombroso valor de los defensores de la patria — Hay un momento en que hasta el estrafalario don José Zorrilla exalta el arrojo mexicano



conmover aún a clericales tan recalcitrantes como Zuloaga y como Cobos. Este, en uno de los períodos de un manifiesto que expidió el 20 de julio de 1862, expresábase, desde San Thomas, con las palabras siguientes:

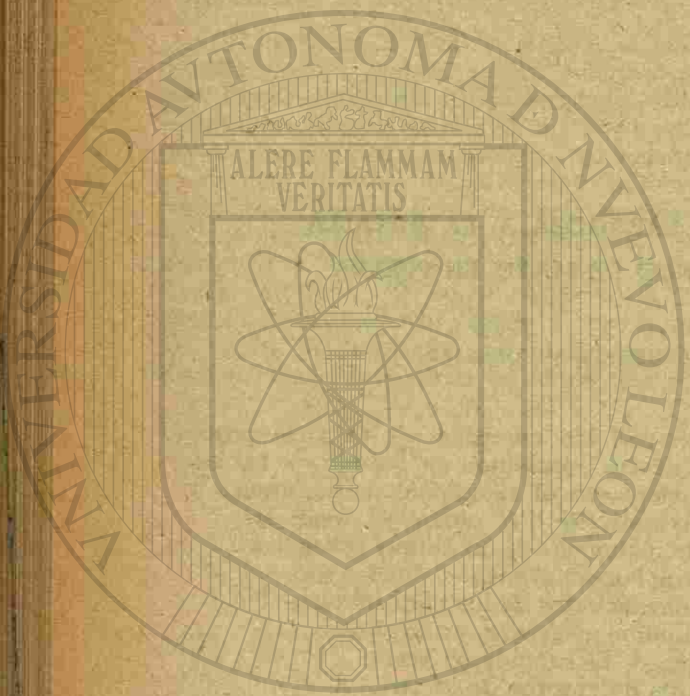
"El rechazo de Guadalupe, no causó pena ni disgusto en nuestro cuartel general; por el contrario se notaba en los más cierta satisfacción de orgullo nacional, que a nadie de los que mandaban inspiró recelos. Aun tengo entendido que en Chietla, en alguna reunión de jefes, se brindó por el valor de los mexicanos al frente de un ejército que ha aspirado a preponderar en la guerra, y cuyas huestes, que ostentan con orgullo en sus pechos las glorias de Magenta y Solferino, fueron rechazadas y obligadas a retroceder en mal estado treinta y cuatro leguas. ¿Y cómo podía yo no celebrar también una gloria que tocaba a la nación y no a ninguno de sus partidos? Lo repito: de todo esto me sentía regocijado y me felicitaba de ver el mismo espíritu en todos mis compañeros".

IGNACIO ZARAGOZA Y LA BATALLA DEL CINCO DE MAYO EN PUEBLA

—Continúa y concluye—

Magnánima hidalguía con los vencidos — Voto de gratitud elevado por los franceses residentes en Puebla — Lo importante para el clero era el exterminio de los enemigos — La salvación de las almas le tenía sin cuidado — La influencia de la rutina sobre las más groseras supersticiones — Juicios torpes y contradictorios de los filibusteros que vinieron a pescar en río revuelto — El asombroso valor de los defensores de la patria — Hay un momento en que hasta el estrafalario don José Zorrilla exalta el arrojo mexicano





CAPITULO XVI

IGNACIO ZARAGOZA Y LA BATALLA
DEL CINCO DE MAYO EN PUEBLA

—Continúa y concluye—

"El borracho atribuye al salmón picante
su dolor de cabeza; el hombre que nos
odia nos da una razón, pero no la razón".

WILLIAM MAKEPEACE THACKEREY.

CON justa razón se ha hecho resaltar la hidalguía con que después de que opulentos lauros coronaron sus armas, condujéronse los mexicanos; quienes empezaron por no escatimar entusiastas elogios al siempre magnífico valor de los soldados franceses.

Numerosos artículos de la prensa periódica de la época, demuestran con su esplendorosa imparcialidad cuán loable fué ese proceder excepcional. No menos que el manifiesto que el Congreso de la Unión puso a circular el 9 de mayo, y que contiene conceptos como estos:

"Dios ha protegido la causa de la justicia, han venido en el ejército francés los cuerpos más distinguidos en las campañas de Crimea y de Italia; y sin embargo, con menor número

y con menos elementos de guerra, han empezado a triunfar la guardia nacional y el ejército mexicano. Los soldados franceses, que han vencido en todas partes donde defendían una causa noble y digna, reconocerán la justicia de su desastre, porque combatían sin motivo para atacar la independencia de un pueblo. No se retirarán con vergüenza porque han probado siempre su valor; pero sentirán la amargura de haber sido rechazados en una guerra inicua, porque los representantes de su gobierno han querido hacerlos instrumentos de la codicia, la perfidia y la traición".

UN ALTÍSIMO EJEMPLO DE MAGNANIMIDAD HACIA EL ENEMIGO PONEN LOS MEXICANOS

Si de inaudita debió de ser calificada esta victoria por quienes en el Viejo Continente consideraban a México país poco menos que salvaje; no menor asombro ha de haberles producido la forma en que aquí se extremaban los principios de la más exquisita caballería, para con los vencidos. En contraste con el desprecio mostrado por los comisarios franceses, civiles y militares por igual, hacia la obligación solemnísimamente contraída, hacia la palabra formalísimamente empeñada.

A esto agregábanse las infinitas atenciones de que hacía-se objeto a heridos y prisioneros. Actitud tan evidente, noble y humanitaria, que indujo a muy numerosos y significados miembros de la colonia francesa de antiguo radicada en Puebla, a dirigir al gobernador y comandante militar del estado, general Santiago Tapia, un testimonio de espontánea gratitud, fecha 9 de mayo, cuya transcripción enorgullece:

"Excelentísimo señor general: Los que suscribimos —expresaba el documento—, habiendo presenciado todas las delicadas atenciones de que se hallan rodeados los prisioneros franceses, y muy particularmente los heridos, venimos a cumplir con el sagrado deber, manifestando a V. E. cuánto ha conmovido nuestro corazón una conducta tan noble y generosa de parte del gobierno hacia nuestros compatriotas, que los azares de la guerra han hecho caer prisioneros o se encuentran heridos. Autorizados por un especial favor de V. E. a visitar y auxiliar a nuestros desgraciados compatriotas, **somos los fieles intérpretes de los sentimientos de gratitud que**

los animan por los cuidados esmerados que reciben.—Sírvese V. E. admitir, a nombre de todos nosotros la expresión sincera de nuestros agradecimientos, como también la presentamos a los señores facultativos, practicantes y oficiales del ejército que visitan diariamente a los enfermos, dándoles muestras de simpatía.—Reiteramos, etc."

EL PRESIDENTE ACUERDA LA DEVOLUCION DE CONDECORACIONES RECOGIDAS AL ENEMIGO

No pararon allí las magnánimas pruebas de nobleza en que los conspicuos jefes republicanos abandonaron después de la victoria, que naturalmente secundaban las tropas bajo su mando.

Los heridos franceses prisioneros, conforme iban logrando su restablecimiento, eran devueltos a su campo, bien provistos de fondos para que sin mayores penalidades pudieran reintegrarse a él.

Mas como si esto no fuere todavía bastante, el general Miguel Blanco, ministro de la Guerra, dirigió al general en jefe del ejército de Oriente, una comunicación, el 10 de mayo, en que le participaba que, por acuerdo del Presidente Juárez, deberían ser devueltas las condecoraciones que habían sido recogidas a los expedicionarios franceses por los bravos defensores de Puebla; condecoraciones cuya contemplación muy hondamente había conmovido al general Zaragoza.

Pues hacíase la reflexión de "que los desgraciados que las hubieran merecido por hechos distinguidos, cuya memoria es superior a la misma muerte, no las desmerecen en ninguna manera, porque sumisos y debidamente subordinados, han venido a nuestro suelo a traernos una guerra inicua y loca, de cuyo origen y consecuencia serán responsables los que la previnieron".

Este era el Benito Juárez a quien el autócrata usurpador que desde los colmados parisienses se encaramara al trono de Francia, y a quien, según el decir de Molé, "todo sentimiento noble, toda inspiración generosa, le eran desconocidos", hacía aparecer como un monstruo escapado del averno, y cuyo solo nombre, si pronunciado en su presencia, ponía frenético de indignación y de rabia, al Pequeño Bonaparte.

AL ALTO CLERO NO LE PREOCUPA SALVAR
ALMAS, SINO EXTERMINAR A SUS ENEMIGOS

En contraste con la generosidad republicana, el cristianísimo gobernador de la mitra de Puebla, vedaba categóricamente al capellán castrense Vicente Guevara, por lo que a los defensores del patrio suelo se refiere, "administrar los socorros espirituales a los moribundos, porque en el estado de excomunión en que se hallaban, sus confesiones no tendrían ningún valor".

Quizás un espíritu moderno, despojado de las grotescas supersticiones religiosas que los clérigos se esmeraban y aún se esmeran en perpetuar, para que no se les escape el dominio absoluto de las conciencias, garantía segura del disfrute del nada despreciable reino temporal; no acierte a comprender cómo podía haber republicanos, hombres ilustrados y de ideas avanzadas, que no morían tranquilos si un individuo disfrazado de la cabeza a los pies con las vestiduras sacerdotales, no les daba la absolución. Pero debe tenerse en cuenta que la labor fanatizadora emprendida por los frailes, llevaba siglos de estar siendo desarrollada y fomentada en nuestro país, y que no es posible desechar en un momento un credo, por absurdo que sea, que ha venido estigmatizando de superstición al ser humano, desde el momento mismo en que hace su aparición en este mundo.

ACUDIASE A SOFISMAS PARA EXPLICAR EL REVES
ANTES QUE RECONOCER EL HEROISMO MEXICANO

Hubiera sido necio esperar que los turiferarios del régimen imperial consintieran jamás en emitir un juicio desapasionado y sereno, equitativo e imparcial, sobre el descalabro padecido en Puebla por las tropas francesas, reputadas hasta entonces como invictas. ¡Ni cómo iban a reconocer, ni mucho menos a proclamar, el valor, la abnegación, el patriotismo ni la heroicidad de los defensores de la República, de aquellos hombres que, por la carencia de elementos con qué enfrentarse al enemigo, a veces no oponían más que su cuerpo casi, a los ataques del, por aquel entonces, ejército mejor dotado del mundo!

Así veremos al parcial y rencoroso conde de Kératry, buscar un chivo expiatorio, que en este caso será el dipsómano Saligny:

"Pero la derrota de Puebla —dice éste— tuvo por causa principal la ignorancia completa en que M. de Saligny, que estaba investido de amplios poderes y que acompañaba al ejército, encontrábase en lo que a las inclinaciones de la plaza y de la población se refiere. El general —Lorenz—, engañado por los asertos de la mal informada diplomacia, se lanzó recto y de frente, convencido de que las calles de Puebla estaban adornadas de arcos triunfales en honor de nuestros soldados libertadores (!). Cruel equivocación que debió haber sido prevista. ¿Ese era el partido de los emigrados, que de mucho tiempo atrás envejecían fuera de su país; el que podía dar saludables consejos? ¡Aparte de que habíase tomado por aliado al general Márquez, conocido en México por su crueldad, y culpable de haber hecho quebrantar, de orden del presidente Miramón, rebelde a la autoridad de Juárez, y con sus soldados, el sello oficial y los cofres de la legación inglesa para sustraer 7 millones de francos que allí estaban en depósito; culpable, además, de haber hecho fusilar a los heridos nacionales y extranjeros encamados en los hospitales de Tacubaya! ¡Y es así como íbamos a presentarnos bajo el aspecto de libertadores a los mexicanos, que desbordaban en odio contra Márquez, soldado vigoroso, pero en quien el soldado tenía apetitos de verdugo! El último sitio de México —el autor se refiere a cuando el archiduque Maximiliano había ya caído en la ratonera de Querétaro—, que este general defendía tres semanas hacía, señalóse por excesos que, según confesión misma del infortunado Maximiliano, deshonoraban la causa imperial. El general Márquez tenía que ser naturalmente nuestro aliado, puesto que es él quien, desde 1861, tenía en sus manos los hilos de la conspiración francomexicana".

LOS AUDACES FILIBUSTEROS CEGADOS POR LA PASION
AVENTURABAN JUICIOS TORPES Y CONTRADICTORIOS

Muy espesa era la venda que los ojos del comentarista envolvía, para que pudiera apreciar la sencillez de la cuestión, y muy grande su despecho por la derrota del imperio en quien, seguramente, como todo soldado de fortuna, cifraba la realización de delirantes sueños de poderío y de riqueza. Su obcecación y su ceguera, condúcenle a incurrir en frecuentes contradicciones, tan palmarias como la que encierra el siguiente párrafo, que no resistimos a la tentación de traducir:

"México es un país maldito, donde la palabra patria no resuena. Está dividido en dos partidos, que se intitulan de los clericales y de los liberales, sin hablar de los bandos de todos colores que pillan las ciudades y en nombre de Dios o de la libertad exigen rescate a los viajeros. En ambos partidos hay sin duda personalidades honorables que gimen por la decadencia y por la guerra civil. Pero, mientras cinco millones de indios trabajan y sufren, los clericales quieren conservar lo que a costa de la prosperidad general han adquirido, y los liberales quieren enriquecerse y alcanzar honores. Todos son culpables. Los liberales, fieles a la constitución, no han incurrido en el oprobio de haber entregado su territorio al extranjero. Único mérito del presidente Juárez si se quiere; pero allí reside su fuerza. Francia debió contar con esta fuerza. Es ella la que dará a Juárez, frente al tribunal de la historia, el beneficio de las circunstancias atenuantes".

Fácil es apreciar en las líneas anteriormente transcritas, cómo la pasión sectaria, o la abortada ambición, deformaba las imágenes a quienes tan desenfadadamente habíanse abrogado el papel de "redentores de México y de los mexicanos".

Como el lector menos avisado habrá visto, De Kératry empieza aseverando que México era un país donde la palabra patria no resonaba ya, y a poco andar reconoce que los liberales no habían incurrido en el oprobio de entregar "su patria al extranjero"; esto es, aquilata su patriotismo. Cuanto a las otras necedades de que los republicanos perseguían el enriquecimiento, los hechos estaban demostrando lo contrario, y en las páginas de nuestra historia hay constantes prendas de que su austeridad, su probidad, su frugalidad y su patriotismo, fueron proverbiales.

Sino que a los aventureros alienígenas, fementidos defensores del imperio de Maximiliano, que vinieron a México acompañando al iluso príncipe en bancarrota; ocúrreles que con frecuencia hacen tabla rasa de liberales y de conservadores, cuando pretenden juzgar a los primeros, —a quienes no tuvieron oportunidad de conocer íntima y verídicamente— y medirles con la misma vara que a los segundos que, ellos sí, incurrieron en el oprobio de entregar su tierra al extranjero, y cuyas lacras morales, los secuaces del archiduque y de Napoleón III, pudieron apreciar tan minuciosamente, como el laborato-

rista que ejecuta un análisis, las bacterias que pululan en una expectoración tuberculósica, que al microscopio examina.

SIN EMBARGO, EN OCASIONES NO LES QUEDABA OTRO REMEDIO QUE PROCLAMAR EL TEMPLE REPUBLICANO

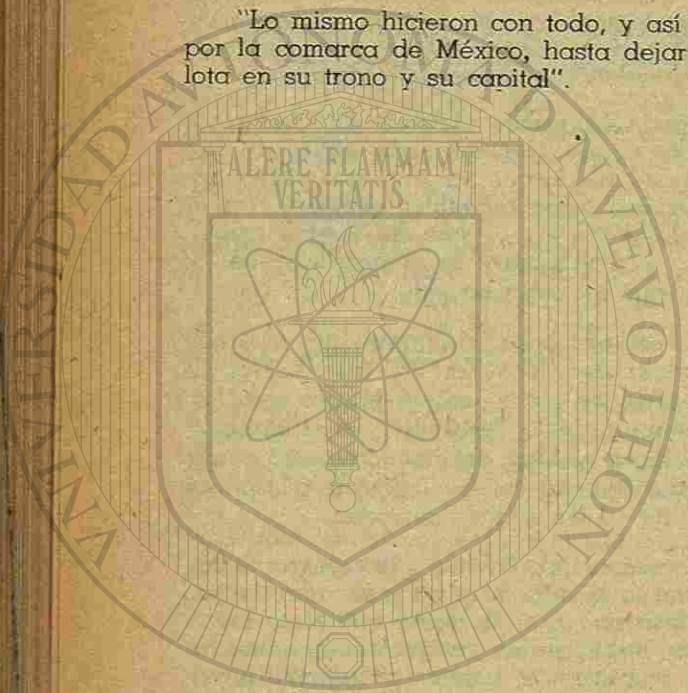
No daremos conclusión al presente capítulo, sin insistir en que "en un país maldito, donde el nombre de patria no resuena", no es explicable se produzcan varones que, llevando su resistencia y su estoicismo hasta increíbles extremos, como los que más tarde multiplicaron en el sitio de Puebla; anteponen a todo, hasta a la muerte misma, la conservación de la independencia del suelo que su cuna ha sido.

Varones que con su espartanismo, obligaron aún a aquel estrafalario y ripioso poeta don José Zorrilla, que hablando por boca del despecho puso de oro y azul a México y a los mexicanos, que con el triunfo de la República, le arruinaban la teatral situación que tenía al lado del "archiduque", como su lector de cámara y director del coliseo imperial; a escribir estas líneas laudatorias de la temeridad mexicana:

"Avanzaban los franceses sobre Puebla y le pusieron sitio: Una de las cosas que con más cuidado traía a los mexicanos, era la destreza maravillosa con que se decía que los zuavos manejaban la bayoneta. Había quien aseguraba que ensartaban moscas en ella, y que un solo francés con aquella arma daba cuenta de tres jinetes mexicanos armados de lanza. Se formalizó el sitio: atacaron los franceses y resistieron los mexicanos; éstos se batieron como buenos: yo soy quien te lo digo, Pedro —el novelista Pedro A. de Alarcón, a quien el poeta se dirige— la prueba es que el resultado final de la destreza de los bayonetistas franceses en los ataques a la bayoneta con los mexicanos, era que el francés ensartaba en su bayoneta al mexicano por debajo del esternón, mientras el mexicano introducía la suya al francés por la mismísima boca del estómago, quedando ensartadas en sus fusiles muchas parejas de muertos de ambas naciones. A estas infelices parejas les llamaron los mexicanos los **jemelitos** (las mancuernitas, que es como se llama allá los dobles botones del puño de las camisas); y esta sola palabra, igualando al soldado mexicano con el francés, destruyó el prestigio de la superioridad de éste

sobre aquél. Y aquí concluyó el miedo a las bayonetas francesas.

"Lo mismo hicieron con todo, y así avanzó la intervención por la comarca de México, hasta dejar a Maximiliano y Carlota en su trono y su capital".



Napoleón sextuplica su Ejército y comete su mando a Forey

Necesidad de acumular mayores contingentes de ocupación — Lorencez indeciso — Permite que Márquez se ponga al habla con Almonte — Las tropas del Tigre de Tacubaya, chusmas de andrajientos — Honrosa excepción entre el infame clero — Zaragoza y Ortega exhortan al invasor a desistir de su empresa — Malógrase un golpe de mano en el Cerro del Borrego — El revés republicano y los dicitos de un aborto fornecino — Los adictos a la intervención no aparecen por lado alguno — El emperador sostiene a Saligny contra viento y marea

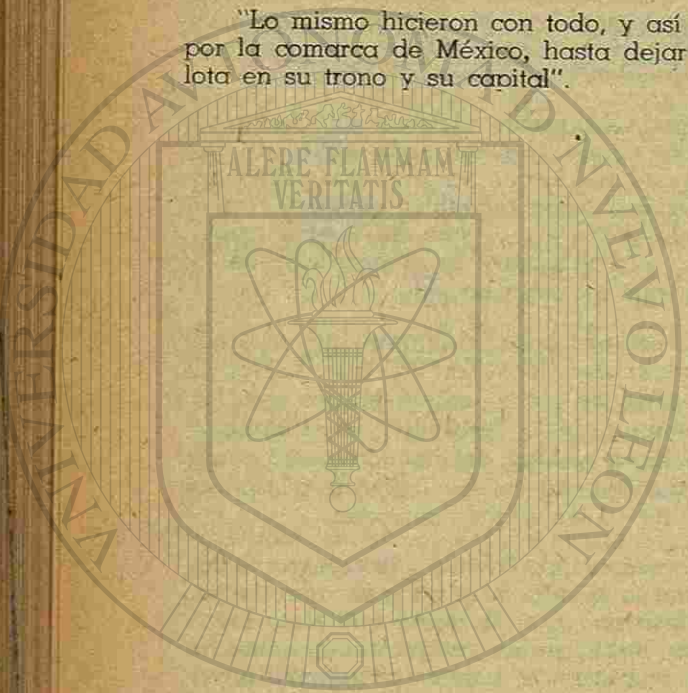
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



sobre aquél. Y aquí concluyó el miedo a las bayonetas francesas.

"Lo mismo hicieron con todo, y así avanzó la intervención por la comarca de México, hasta dejar a Maximiliano y Carlota en su trono y su capital".



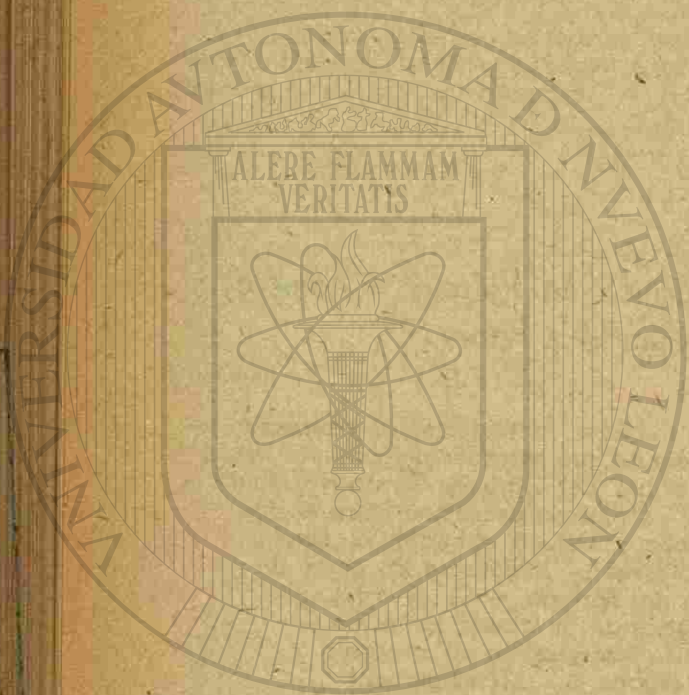
Napoleón sextuplica su Ejército y comete su mando a Forey

Necesidad de acumular mayores contingentes de ocupación — Lorencez indeciso — Permite que Márquez se ponga al habla con Almonte — Las tropas del Tigre de Tacubaya, chusmas de andrajientos — Honrosa excepción entre el infame clero — Zaragoza y Ortega exhortan al invasor a desistir de su empresa — Malógrase un golpe de mano en el Cerro del Borrego — El revés republicano y los dicitos de un aborto fornecino — Los adictos a la intervención no aparecen por lado alguno — El emperador sostiene a Saligny contra viento y marea

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





CAPITULO XVII

NAPÓLEON SEXTUPLICA SU EJERCITO Y COMETE SU MANDO A FOREY

"En realidad sólo se podía edificar sobre una acción militar, pues en México todo tenía que ser impuesto con las armas en la mano".

CONTE CORTI.

El desastre de Puebla demostró, pues, a Napoleón III, la magnitud de la empresa en que se había comprometido; así como que el adueñarse de México no iba a ser obra de tan pronta ejecución como lo pensaba, ni de éxito tan seguro. Bien por lo contrario, requeriría sacrificios inmensos en sangre y en dinero.

Sin embargo, retirarse con lo avanzadas que estaban ya las operaciones, equivaliera a reconocer ostensiblemente el error, a justificar los airados ataques de la oposición y a poner, por último, en peligro la estabilidad del régimen imperial. ®

PARA TOMAR LA REVANCHA NAPOLEON III
SEXTUPLICA SU EJERCITO Y CAMBIA JEFE

No había más remedio, por problemático que fuere el desenlace, que persistir en el empeño.

En consecuencia, Napoleón III decidió enviar a México un ejército seis veces más numeroso que el primitivamente destinado a su conquista, y sustituir al fracasado Lorencez por el general Elías Federico Forey, uno de los más incondicionales instrumentos del golpe de Estado de 1851, que exaltó al Pequeño Bonaparte al trono de Francia.

Al mismo tiempo empezaba el vértigo de los millones, al votar la Asamblea Legislativa un crédito de siete millones de francos para gastos de guerra, y de seis para la marina. En el transcurso de los debates, Jules Favre había prodigado elocuencia desde la tribuna, para insistir sobre lo descabellado de la aventura. Entre otros contundentes argumentos, esgrimió estos:

"¿Decís que contamos con la parte sana de la población —de México—? ¿Con la parte sana de la población que vendría al encuentro del invasor del territorio? ¡Esa sería la parte más menospreciable! No habléis de proscritos a quienes hay que impartir protección. ¡Almonte no es un proscrito! Es el comisionista de una candidatura monárquica que acaba de desencadenar sobre su propio país el flagelo de la guerra extranjera".

Sin embargo, tan atinadas razones fueron echadas en saco roto.

LORENCEZ PARECE INDECISO TRAS EL TREMENDO DESCALABRO QUE RECIBIO

A raíz de la derrota, Lorencez parece haberse abismado en la perplejidad y en la indecisión. Dos días mantúvose a corta distancia de Puebla; hasta que, por fin, el ocho de mayo, después del mediodía, inició la marcha rumbo a Amozoc, donde permaneció hasta el diez, eso compelido por la presión que en su ánimo ejercían Almonte y Saligny, quienes esperaban que Leonardo Márquez, después de haber abandonado a Zuloaga, que buscaba consuelo en Cuba al fracaso de su gobierno, se les reuniera.

Pero como el jefe supremo de las fuerzas expedicionarias tuviera noticia de que el odiado jefe reaccionario, hijo predilecto de la iglesia, no estaría aún en aptitud de incorporár-

sele, continuó el movimiento de retroceso y pasó, en sucesivos días, por Tepeaca, Acatzingo, Quecholac, Palmar, y temeroso de una sorpresa, tomó dispositivos en las Cumbres, cuyo camino los patriotas habían sembrado de obstáculos, pero no encontró enemigos y pudo alcanzar Acultzingo el dieciséis.

MARQUEZ SE APERSONA CON LORENCEZ QUE LE PERMITE ENTREVISTARSE CON ALMONTE

En ese mismo lugar, el día diecisiete, conferenció Márquez con el general francés, quien le permitió trasladarse a Orizaba, a efecto de que se pusiera al habla con Almonte.

Márquez anunció que sus tropas llegarían en el transcurso de las siguientes veinticuatro horas; pero fueron atacadas por el general Tapia, quien, al frente de quinientos dragones, estaba ya a punto de derrotarlas en las proximidades de Texmelucan, y de fijo las hubiera deshecho, a no mediar el auxilio que a los intervencionistas dió el comandante Lefèvre, con un batallón compuesto de medio millar de hombres. Así es como la ciega y veleidosa fortuna parece complacerse en cambiar las fases de los acontecimientos, y tornar, lo que ya parece un triunfo decisivo, en un doloroso descalabro.

No falta quien atribuya a Lorencez, visto el adverso resultado de la batalla del cinco de mayo, el firme designio de retirarse hasta el puerto de Veracruz; pero de estar en lo cierto quienes tal suponen, la presencia de Márquez debe de haberle hecho rectificar semejantes propósitos, y detenerse en Orizaba, como Almonte y Saligny con tal vehemente afán se lo pedían.

Desde que los franceses emprendieron la marcha sobre Puebla, el general De la Llave, que habíase posesionado de El Chiquihuite, mantuvo cortadas las comunicaciones con Veracruz; de tal manera que ni el capitán de marina Roze, jefe supremo del puerto, lograba tener la menor noticia de Lorencez, ni éste de aquél. Tres correos indios que, seducidos por la promesa de que su traición les sería estipendiada con la suma de trescientos pesos, y que se aventuraron a hacerse portadores de un billete en cifra, dirigido al comandante Roze, fueron sucesivamente ejecutados, conforme caían en poder de los republicanos.

Pero las tropas libertadoras, en cuanto Lorencez ocupó Orizaba, fueron desalojadas de aquellas sus posiciones.

MAS QUE UN EJERCITO EL DE MARQUEZ ERA UNA CHUSMA DE ANDRAJOSOS PORDIOSEROS

Las fuerzas de Márquez, en lugar de constituir un contingente militar del que sin más tardanza se pudiese disponer estaban en la más lastimosa desnudez, y apenas si muy de para el mejor éxito de las operaciones en perspectiva, vinieron a echar una pesada carga sobre los hombros del invasor; pues tarde en cuando se conseguía que, como una verdadera limosna, los franceses las socorrieran con exiguas cantidades de dinero.

Almonte, que muy envanecido llamábase "jefe supremo de la nación", deseoso de aliviar laceria tanta, cometió el desatino, que da la medida de sus capacidades, de lanzar, sin garantía de ninguna especie, una emisión de billetes de circulación forzosa, cuyo valor fluctuaba entre cinco pesos y un real, y cuya repulsa era castigada con muy severas penas; inclusive a los comerciantes con el decomiso de mercancías.

Como el más obtuso hubiere podido prever, los mercaderes ingleses radicados en el puerto de Veracruz, elevaron contra ese monstruoso atropello una enérgica protesta ante su ministro, Mr. Wyke; quien puso de manifiesto que como ni Almonte ni aquellas personas que mandaban en su nombre, "derivaban el poder que ejercían de ninguna autoridad legalmente constituida en el país"; los franceses eran los indirectamente responsables de los abusos denunciados, así por sostener las absurdas pretensiones del empecatado monarquista, como por haber puesto la aduana de Veracruz a merced de sus adictos, en vez de conservarla en sus manos desde a raíz de que las tropas españolas evacuaron la ciudad.

AMONESTADO POR SUS AMOS EXTRANJEROS ALMONTE DEROGA SU UKASE SIN MAYORES EXPLICACIONES

Mr. Wyke hacía hincapié en que, caso de que los comerciantes cuyos intereses eran tan profundamente lesionados, continuaran siendo compelidos a acatar la desatinada dispo-

sición, deberían dirigirse "a la principal autoridad francesa del lugar, y presentarle su protesta en la forma de costumbre, a fin de que retirase su protección a una facción que, abandonada a sus propias fuerzas, no podría causar daño ninguno en nombre de un gobierno de farsa, cuya existencia era ignorada en la mayor parte de la República; que la opinión rechazaba donde era conocido, y que sólo mandaba en dos ciudades donde era apoyado por las bayonetas francesas".

Amonestado por el general de los expedicionarios franceses, el que se autodenominaba "jefe supremo de la nación", tan despótico con los mexicanos a quienes la desgracia ponía bajo su férula, como servil con sus amos extranjeros, derogó sin tardanza su célebre ukase.

El general Félix Douay, segundo en jefe del ejército intervencionista, había desembarcado mientras tanto en Veracruz el 16 de mayo, al frente de trescientos hombres, y el diez de junio inmediato llegó a Orizaba, acompañado de un convoy compuesto de cuarenta carros, a los que daba escolta parte de la fuerza que con él había venido a México.

Pero el júbilo que la presencia de Douay produjo, vióse empañado por el asalto que el guerrillero republicano Honorato Domínguez efectuó sobre otro convoy, y en el que, más de cuarenta hombres que lo custodiaban, sólo dos pudieron salvar la existencia.

Hecho tan grave, obligó a Lorencez a destacar a Márquez de Orizaba, con fuerzas suficientes para poner a salvo las comunicaciones con Veracruz.

HONROSA EXCEPCION ENTRE EL SACERDOCIO FUE LA ACTITUD DEL CLERO DE GUADALAJARA

Resentido el jefe de la expedición francesa con Saligny y con Forey, a cuyas falsas y optimistas informaciones achacaba el desastre de Puebla, habíase apartado de ambos. Máxime cuando consideraba que a las torpezas que cometían habíase debido también el que algunos jefes reaccionarios reconocieran al gobierno de Juárez, y hasta una protesta elevada por el clero de una de las ciudades más religiosas del país, contra la intervención francesa en México.

Digno efectivamente es de transcribir aquí la patriótica respuesta que el cabildo eclesiástico de Guadalajara, dió al oficio en que el Supremo Tribunal de Justicia de Jalisco, exhortábale a hacer públicos, con toda sinceridad y con toda libertad, los sentimientos que la presencia de tropas extranjeras en territorio nacional, le suscitaban:

"Con sumo agrado —manifestaba la contestación—, ha visto este cabildo eclesiástico la comunicación que por el órgano de su digno presidente le ha dirigido el Supremo Tribunal de Justicia de este Estado, contraída a excitarlo a que con entera libertad haga manifestación de los sentimientos que le inspire su patriotismo en presencia de la lucha que está empeñada con el ejército francés, porque quieren arrebatarnos nuestra libertad y nuestra independencia para imponernos las cadenas de la esclavitud.

"Efectivamente, no se ha equivocado esa corporación ilustre al suponer a los individuos que forman este cabildo, animados de aquellos sentimientos patrióticos y generosos que todo buen mexicano abriga en su corazón. Nuestra independencia nacional, que conquistaron nuestros padres a costa de tantos sacrificios heroicos, la integridad del territorio nacional, el derecho precioso e inalienable que asiste incuestionablemente a la nación para establecer la forma de gobierno que convenga mejor a sus intereses; en suma, todas las prerrogativas inherentes a la soberanía de un pueblo libre y civilizado, son bienes inestimables que este cabildo eclesiástico aprecia, como el que más, en su justo valor, y nunca verá con indiferencia que sean atacados o menoscabados por las fuerzas francesas ni por las de ninguna otra nación extranjera. Desde que brillaron en el pabellón nacional los bellos colores que simbolizan los intereses más caros y preciosos de todos los mexicanos, nosotros, que nos gloriamos de ser miembros de esa gran familia, nos agrupamos llenos de entusiasmo y de júbilo alrededor de aquella enseña gloriosa.

"Hoy, pues, que aquellos intereses peligran con motivo de la invasión e intervención francesa en los asuntos políticos de nuestra República, esta corporación no duda levantar, como lo ha hecho siempre, su humilde voz para protestar a la faz de todo el mundo civilizado, contra la notoria injusticia de los atentados que tiendan a privarla de sus derechos imprescriptibles.

"Con lo expuesto cree este cabildo eclesiástico haber contestado a la excitativa que se le hace. Si los ciudadanos que componen el Supremo Tribunal de Justicia del Estado lo tuvieren por conveniente, esta corporación les suplica que se dignen dar conocimiento de esta exposición al supremo gobierno del Estado.

"Aprovechamos esta ocasión para protestar al presidente del Supremo Tribunal de Justicia de este Estado, todas las consideraciones de nuestro respeto.

"Dios Nuestro Señor guarde a V. muchos años.—Guadalajara, Mayo 13 de 1862.—Firmado.—JUAN N. CAMACHO.—J. M. REFUGIO GORDOA.—JOSE LUIS VERDIA.—C. Lic. Jesús Camarena, presidente del Supremo Tribunal de Justicia del Estado.—Presente".

Desgraciadamente este documento fué, entre todo el clero mexicano, la excepción, aunque honrosísima por cierto, pues puede asegurarse, sin lugar a error, que los altos dignatarios como los párrocos humildes —y salvo uno que otro de éstos—, simpatizaban con la bochornosa causa y habían hecho cuanto de su parte estaba para entregar a México a un poder extranjero, con tal de conservarse en el disfrute, los unos, de sus cuantiosísimos bienes temporales, y de seguir, los otros, gozando de sus muy jugosas obvenciones parroquiales.

DOS PROMINENTES GENERALES MEXICANOS EXHORTAN A DESISTIR DE LA EMPRESA

Ya para los principios de junio, las fuerzas republicanas que militaban a las órdenes de los generales Ignacio Zaragoza y Jesús González Ortega, habían conseguido unirse en el Valle de Río Blanco, para emprender operaciones sobre Orizaba, a donde habían obligado al enemigo a replegarse.

Uno y otro jefes pretendieron entonces persuadir a los invasores a que desistieran de su arriesgadísima aventura; para lo que González Ortega dirigió a Saligny una exhortación que quedó sin respuesta, mientras Zaragoza, por su lado y desde Temalucan, distante doce kilómetros de Orizaba, mandó a Lorencez un comunicado por este tenor:

"Tengo datos para creer que usted y los jefes y oficiales

de la división de su mando, han remitido una protesta al emperador contra la conducta del ministro Saligny por haberlos arrastrado con engaño a una expedición contra un pueblo que antes de ahora ha sido el mejor amigo del pueblo francés. Esta circunstancia, el conocimiento de la situación difícil que guarda el ejército francés y el deseo de procurarle una retirada honrosa, me deciden a proponer una capitulación, cuya base principal sea la evacuación del territorio de la República, en un tiempo convenido. Creo que mi gobierno no reprobará este nuevo llamamiento a la paz, porque sin traslucir mis atribuciones puedo evitar el derramamiento de sangre de los hijos de las dos naciones, a quienes sólo el error y la intriga han podido hacer aparecer como enemigos, y este pensamiento ha sido el del gobierno constitucional desde el principio de la invasión. Si no acepta este ofrecimiento, hecho a la parte de los franceses que vienen de buena fe, habré llenado mi último deber en la vía humanitaria y procederé a cumplir con las órdenes que tengo, pesando entonces la responsabilidad de lo que venga, únicamente en los que se han obstinado en una empresa condenable por la razón y la justicia".

Lorenz, deseoso de dar largas a una respuesta categórica, para así disponer de mayor tiempo que aprovecharía en mejor distribuir sus tropas; contestó al general Zaragoza que el único facultado para resolver esa cuestión de índole política, era el ministro Saligny.

GONZALEZ ORTEGA PREPARA UNA SORPRESA QUE DESGRACIADAMENTE VESE MALOGRADA

Así, pues, el general en jefe del ejército francés, ordenó que el coronel L'Heriller, que se encontraba en el Ingenio, se replegase a Orizaba con el 99 de línea, sus enfermos, sus almacenes y sus forrajes, e igual movimiento ejecutaron dos secciones de ingenieros que se encontraban en el Chiquihuite; pues la intención era hacerse fuertes en aquella plaza.

Por su parte el jefe supremo republicano, por lo que al mando militar se refiere, acordó que el general González Ortega ocupara sigilosamente el Cerro del Borrego, eminencia de unos trescientos cincuenta metros que domina a Orizaba desde el Oeste. Desde ella se pensaba dar una sorpresa a los defensores del lugar.

La operación estaba por ser rematada venturosamente, protegidos los patriotas por la sombra de la noche, ya que habían conseguido infiltrarse frente de las líneas del intervencionista Taboada, sin ser sentidos; pero un incidente desgraciado, como fuera, según unos, el accidental disparo de un fusil, o, según otros, la denuncia de una mujer indígena, dió la alarma a los invasores y a sus aliados.

Ni tardos ni perezosos, los franceses emprendieron la ascensión del cerro con las mayores precauciones, y volviendo la oración por pasiva, fueron ellos quienes dieron la sorpresa a los patriotas, a quienes acabaron desalojando de la posición, no sin que se trabaran combates, algunos de ellos cuerpo a cuerpo, en que perdieron la vida algunos de aquellos abnegados sostenedores de la dignidad y de la integridad nacionales. Así, adversamente, dió fin aquella acción, librada la noche del 13 al 14 de junio de 1862, y en la que tantas esperanzas cifrado habíanse, de derrotar a los franceses y a sus obedientes servidores.

Sin embargo, el desastre no alcanzó las proporciones que una proclama lanzada por Lorenz le atribuía. En ella se alababa el arrojo de los capitanes Diétrie y Lecler, pero el general absteniase de arrojar dicerios sobre los defensores de la patria.

DE SUS INJURIAS SOBRE LOS REPUBLICANOS EL INDIGNO ALMONTE VUELCA LA CLOACA

La moderación del militar francés hacía aún más odiosa la conducta del bastardo Almonte, quien, a su vez, publicó un manifiesto en que, como en el pantano las aguas putrefactas, efervescían las injurias más atroces y las calumnias más groseras:

"El ejército de Juárez, —expresaba aquel aborto fornecino—, mandado por los demagogos más célebres por sus crímenes contra la sociedad, se ha presentado con la amenaza en la boca, y ha tenido la imprudencia de enviar una intimación arrogante al valiente y caballeresco comandante en jefe de las fuerzas francesas. La más completa derrota que han hecho sufrir ciento cincuenta valientes soldados del intrépido y honorable capitán Diétrie, a cuatro mil hombres de

la famosa división de Zacatecas, ha sido la respuesta que el ejército del Emperador de los franceses ha dado a esas hordas de vándalos que lo creían intimidado...."

Pero, no obstante la victoria tan fortuitamente alcanzada y que fué el fruto de una de tantas pequeñas causas que se traducen, en la guerra como en nada, en tan grandes efectos, como fué en esta vez evitar al ejército expedicionario una derrota casi segura y decisiva; los franceses continuaban dándose perfecta cuenta de la impopularidad de la intervención y de lo descabellado de la idea de querer implantar en México una monarquía.

A PESAR DEL TRIUNFO LOGRADO EN EL BORREGO LOS FRANCESES NO VEN ADEPTOS POR NINGUN LADO

Lorencez, en comunicación al gobierno imperial, hacía hincapié en que después del descalabro sufrido por los republicanos en El Borrego, la repugnancia de la nación por la presencia de tropas extranjeras dentro de su territorio, iba en aumento; de que nadie estaba en favor de ellas.

"El partido moderado, añadía, no existe; el partido reaccionario está reducido a nada, y es odioso. Los liberales se han dividido los bienes del clero, y esos bienes constituían la mayor parte de México. Fácil es deducir de este hecho el gran número de personas interesadas en que el partido clerical no se levante... Nadie quiere aquí la monarquía, ni siquiera los reaccionarios...."

Poco después, el 22 de julio, repetía que le apesaraba seguir sin encontrar en México un solo adepto de la idea monárquica; no sin recalcar, con su dejo de ironía, que incubaba la esperanza de equivocarse, y que de prolongar la ocupación francesa luengos años, quizá llegaría a descubrirseles; que de todas maneras hubiera sido necesario no dar a conocer designios semejantes y haber prescindido de aquel Almonte "que desde el fondo de nuestro bagaje se declara jefe supremo de la nación mexicana...." "estoy seguro, subraya, de que nada será posible en México con Almonte y M. S." (Monsieur Saligny).

El militar que clamoreaba —y perdónesenos la insistencia en gracia a lo cómico que resulta el cambio de actitud— que

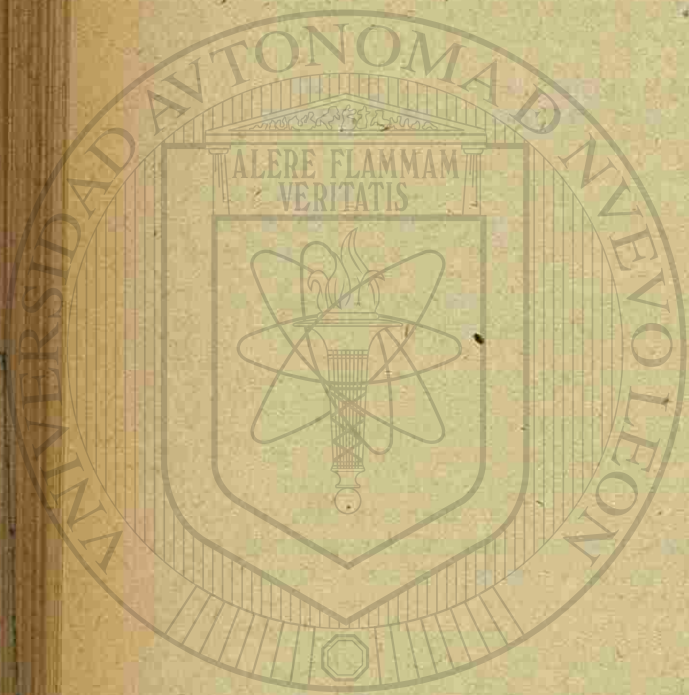
con los seis mil hombres que primeramente estuvieron bajo su mando, era dueño y señor de México; solicitaba ahora la triplicación de ese número, dos cañones, cuatro morteros....

NADA ACERTABA A DISMINUIR LA PRIVANZA DE SALIGNY EN EL ANIMO DEL PEQUEÑO BONAPARTE

Empero, toda queja contra Saligny estrellábase contra el favor sin límite con que Napoleón III le distinguía. Así se desprende de las instrucciones que al general Forey, destinado a reemplazar a Lorencez en el mando, entregó cuando éste preparábase a emprender el viaje con rumbo a México; instrucciones que están fechadas el 3 de julio de 1862.

Aunque investía al nuevo jefe de los más amplios poderes militares y políticos, colmaba de elogios al intemperante ministro, y subrayaba que de haber sido escuchados sus consejos, el pabellón francés flotaría ya en la ciudad de México; reconocía que ni Dubois ni Almonte habíanle engañado, pues que la derrota sufrida el 5 de mayo en Puebla, había dejado consternada a la población que no reflejaba sino el sentir de otras muchas que a todo lo largo del territorio mexicano simpatizaban con los invasores.

Las recomendaciones precisas para Forey, estaban contenidas en las palabras siguientes: "1o.—Dirigir, al llegar, una proclama cuyas principales ideas le serán indicadas. 2o.—Acooger con la mayor benevolencia al general Almonte y a todos los mexicanos que se le presenten. 3o.—No prohiar las querellas de ningún partido, declarando que todo es provisional mientras la nación mexicana no se haya pronunciado, y mostrar una gran deferencia hacia la religión, pero tranquilizando al mismo tiempo a los poseedores de bienes nacionales. 4o.—Alimentar, pagar y armar, según sus medios, a las tropas mexicanas auxiliares, haciéndoles representar el principal papel en los combates. 5o.—Mantener en nuestras tropas, así como en las auxiliares, la más severa disciplina; reprimir vigorosamente todo acto o palabra que pueda herir a los mexicanos, pues no hay que olvidar su carácter orgulloso, e importa al buen éxito de la empresa, el conciliarse ante todo el espíritu de las poblaciones".



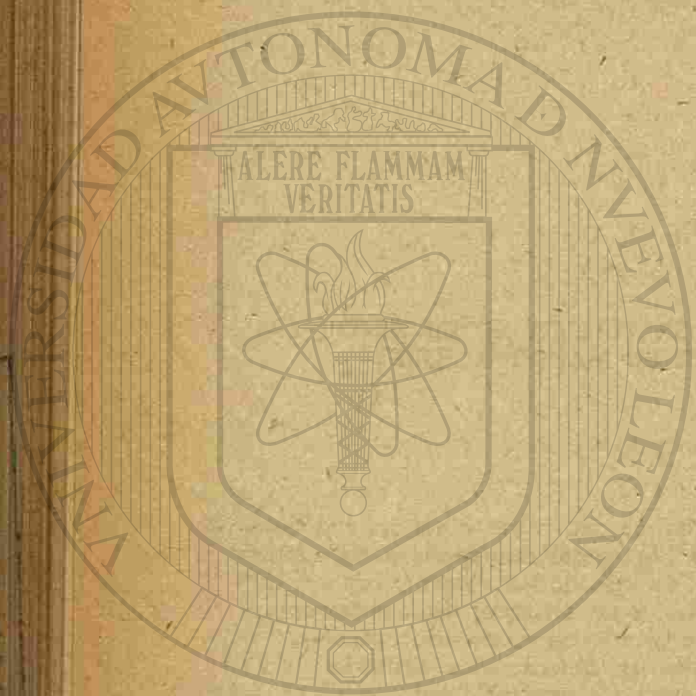
**NAPOLEON SEXTUPLICA SU EJERCITO
Y COMETE SU MANDO A FOREY**

—Continúa y concluye—

Suena el nombre de Maximiliano como candidato al trono —
Príncipe fantoche que Bonaparte manejaría a su capricho —
— Forey revestido de facultades omnímodas — "El
Tigre de Alica" sublévase en favor de la interven-
ción — Juárez celebra con moderado optimis-
mo la cohesión en defensa del territorio —
— Las intrépidas guerrillas hostilizan
sin descanso al enemigo — Al-
monte destituido por Forey, a
cuyas plantas sumiso se
prosterna

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





CAPITULO XVII

NAPOLEON SEXTUPLICA SU EJERCITO Y COMETE SU MANDO A FOREY

—Continúa y concluye—

"Erasmus de Rotterdam se mostró genuino representante de la democracia al escribir: "Cada dos siglos ha aparecido, a lo más, uno que otro príncipe que no haya sido funesto al mundo por su extraordinaria estupidez. Deberían aprenderse todas las profesiones, pero la más difícil de todas ellas y la que mejor tendría que conocerse es la de nacer príncipe, pudiendo uno darse por satisfecho cuando el que nace se parece a los demás hombres".

VON BOHEN. [®]

EN lo que respecta a la organización del régimen civil, las instrucciones giradas por Napoleón III a Forey, insinuaban la conveniencia de que una vez llegados Almonte y su cortejo de intervencionistas a la ciudad de México, convocaran una asamblea que optase por la forma de gobierno y decidiera los destinos de México.

Cuanto a la implantación del poder monárquico, expresaban: "Deja entenderse que si los mexicanos prefieren la monarquía, está en el interés de Francia apoyarlos en ese camino y en tal caso, el general podría indicar al archiduque Maximiliano como el candidato de Francia".

Con su habitual perfidia, Napoleón III continuaba encubriendo bajo los ropajes de una empresa grandiosa, a la vez que su desapoderada codicia, la necesidad ingente de buscar en el exterior empresas belicosas, que fortalecieran en el interior su ya decadente reinado.

"No faltarán personas que os pregunten —seguida diciendo en otra parte aquel epitome del perfecto socaliñero—, por qué vamos a gastar hombres y dinero para sentar a un príncipe austríaco en un trono. En el estado actual de la civilización del mundo, la prosperidad de América no es indiferente a la Europa, puesto que alimenta nuestra industria y hace vivir nuestro comercio. Tenemos interés en que la República de los Estados Unidos sea poderosa y próspera; pero no tenemos ninguno en que se apodere de todo el Golfo de México, domine desde allí las Antillas y la América del Sur, y sea la única dispensadora de los productos del Nuevo Mundo. Dueña de México, y por consiguiente, de la América Central y del paso entre ambos mares, no habría en lo de adelante más potencia en América que la de los Estados Unidos. Si, por el contrario, México conquista su independencia y mantiene la integridad de su territorio; si por las armas de la Francia se constituye en gobierno estable, habremos puesto un dique insuperable a las invasiones de los Estados Unidos; habremos extendido nuestra influencia benéfica en el centro de la América, y esa influencia irradiará al Norte y al Mediodía, creará inmensos mercados a nuestro comercio, y procurará las materias indispensables a nuestra industria.

UN PRINCIPE FANTOCHE OBLIGADO A OBRAR AL CAPRICHIO DEL EMPERADOR QUE LE CORONABA

"En cuanto al príncipe que pudiera subir al trono de México, se verá obligado a obrar siempre en favor de los intereses de la Francia, no sólo por reconocimiento, sino, sobre todo, porque los de su nuevo país estarán de acuerdo con los nuestros, y no podrá siquiera sostenerse sino por nuestra in-

fluencia. Así, pues, nuestro honor militar comprometido; la exigencia de nuestra política; el interés de nuestra industria y de nuestro comercio; todo nos impone ahora el deber de marchar sobre la capital de México; de plantar atrevidamente allí nuestra bandera; de establecer sea una monarquía, si no es incompatible con el sentimiento nacional del país, sea a lo menos un gobierno que prometa alguna estabilidad".

EL NUEVO JEFE EXPEDICIONARIO REVESTIDO DE LOS MAS AMPLIOS PODERES POR SU EMPERADOR

En el orden militar prescribía una bien calculada mezcla de audacia y de prudencia; una sola línea de operaciones; atacar a Puebla, aquella neuralgia del imperio francés, por el Carmen, que era el punto vulnerable, según lo demostraban las contiendas civiles, y una vez dueños de la plaza, hacer de ella el gran depósito y emporio de abastecimiento; inclusive instalar allí hospitales y unirla por ferrocarril con Veracruz.

Forey por último quedaba investido de todos los poderes, y con relación a él, Saligny permanecería "en la misma posición que un ministro, jefe de legación, respecto de un embajador en un congreso".

La repugnancia que en el país suscitaba la testarudez del ex asiduo frecuentador de prostíbulos parisienses, en acomodar a su antojo los destinos nacionales, hacía patente al extremo que Almonte, aquel servil y ciego instrumento de Napoleón el Pequeño, se vió en la necesidad de inventar un originalísimo género de delito, hasta entonces desconocido en el derecho penal mexicano: el de **desafección**.

Aquel "jefe supremo interino" de la nación, ungido por el emperador de los franceses, expidió efectivamente, en Orizaba, el 4 de junio de 1862, un peregrino firmán, en que ordenaba que todos los mexicanos quedaban obligados "a aceptar y desempeñar los cargos y comisiones que les confiaren el Jefe supremo de la nación, y los gobernantes de los departamentos en los límites de sus atribuciones".

"Las excusas y renunciaciones sin causas legítimas y justificadas, serán calificadas como delito de desafección al gobierno y al nuevo régimen establecido".

Tan arbitrario precepto, es una de las más irrecusables demostraciones de la impopularidad, del odio y de la antipatía que rodeaban a quienes, apoyados en las armas extranjeras, pretendían avasallar a un pueblo que mostraba por inconfundible manera, la resolución de perecer en defensa de su soberanía.

SE SUBLEVA PARA SUMARSE A LA INTERVENCION MANUEL LOZADA, EL OTRO TIGRE, EL DE ALICA,

Visperas del arribo de Forey con los enormes refuerzos que debían contribuir al triunfo definitivo de la aventura intervencionista, según la absurda creencia del Pequeño y sus secuaces, sucedíanse en las diversas regiones del territorio nacional los reencuentros entre las tropas republicanas y los traidores, debilitados éstos por la defección o por la ausencia de sus principales jefes, que habían huído del país.

Los principios de junio significáronse por la sublevación de Manuel Lozada en la Sierra de Alica, que de hecho sustraía a la influencia del gobierno del Territorio de Tepic, de la que erigíase en amo y señor, y donde por tan luengos años habría de sostenerse como régulo único, invencible y supremo, que disponía de vidas y de haciendas a su antojo.

El célebre, rudo y bárbaro bandido, que posteriormente fué objeto de las más extremadas y honrosas distinciones, así por parte de Napoleón III, que le confirió la roseta de la Legión de Honor, como de Maximiliano I, el iluso "emperador de México", que le hizo el presente de una espada de general constelada de gemas; no había de venir a pagar sus crímenes, tan incalificables como innumerables, sino por el año de 1873, solidificado ya el gobierno republicano, y al frente de él don Sebastián Lerdo de Tejada.

En el campo republicano redoblábanse las esperanzas de resistir a los intrusos y a sus cómplices, que les habían inducido a tentar en México fortuna.

CON PONDERADO OPTIMISMO JUAREZ DICE QUE SOLO VOCES DE ADHESION SE DEJAN ESCUCHAR

Al clausurar el Congreso su último período de sesiones anuales, el último día del mes de marzo, el Presidente Juárez

había expuesto la situación con discreto optimismo: los Estados, apresurándose a enviar sus contingentes al campo de batalla; "los caudillos que guiaron al pueblo para conquistar la libertad y la reforma, lo guían ahora para defender la independencia y la soberanía de México, y en todo el país se levanta una voz tan unánime como espontánea, protestando adhesión sincera a la Constitución de 1857 y al orden legal que de ella se deriva, y rechazando con indignación los proyectos insensatos de intervenir en nuestros negocios interiores, y de cambiar, bajo la sombra de bayonetas extranjeras, la forma de gobierno que libremente se ha dado la República".

Después de abortar la sorpresa intentada por los republicanos, al amparo de las tinieblas nocturnas, para caer de improviso sobre los franceses adueñados de Orizaba, Lorencez, aunque dueño de la plaza, permanecía asediado de peligros y asechanzas. Las partidas de republicanos que rodeaban la ciudad, tenían prácticamente cortadas las comunicaciones con Veracruz, de donde sólo a costa de penalidades y de sacrificios sin cuento conseguían llegar convoyes de auxilio, muy relativo por cierto; visto el prolongado tiempo que debían emplear en el trayecto, para eludir el peligro de las emboscadas y de los grupos volantes de patriotas que hostilizaban al intruso sin darle momento de reposo. Circunstancias que obligaban a los custodios a vivir sobre los elementos que conducían, y que, por lo tanto, llegaban mermadísimos al lugar de su destino. A lo que hay que agregar la pésima condición de los caminos, agravada por los torrenciales chubascos, que los convertían en intransitables pantanos.

LAS GUERRILLAS DESPLIEGAN ENORME ACTIVIDAD PARA HOSTILIZAR SIN TREGUA A LOS INVASORES

De la actividad de las guerrillas, tan funesta a los invasores, nos ofrece impresionante imagen el relato que ha dejado el comandante Lefèvre, que salió rumbo a Veracruz al mando de una columna militar:

"He notado, dice, durante el trayecto de la Tejería al Chiquihuite, que era preciso avanzar con una prudencia y una atención incesantes. Un vanguardia explora el terreno adelante, a la derecha, a la izquierda; registra los bosques, las barrancas, y no encuentra nada: un instante después esos

bosques y esas barrancas rebosan en hombres a pie detrás de los cuales hay otros tantos a caballo. Todos están escondidos detrás de una cortina de bosque o una quiebra de terreno demasiado lejana para ser advertida. A una señal invisible para nosotros, el enemigo se dirige a un punto indicado de antemano y aguarda pacientemente una ocasión; si ésta no se presenta, la tropa se dispersa sin ser vista, y va por marchas rápidas y sendas extraviadas sobre nuestro camino a espiar una nueva oportunidad. En el paso de las barrancas, sobre todo, hay que aguardar algún acontecimiento, siendo raro no encontrar una emboscada. Para tener en respeto al enemigo, es indispensable dejar al paso de cada barranca una sección de una de las compañías que encabezan el convoy, hasta que el último carro haya pasado. Esta tropa, por pequeña que sea, basta para alejar el peligro. Se necesita, además, que los carros vayan siempre juntos, no debiendo haber entre ellos más de treinta a cuarenta pasos de distancia. Esta es una medida que no hay que abandonar nunca, por más lenta que haga la marcha".

Sin embargo, ni todas esas precauciones aconsejadas por Lefèvre, a las que naturalmente en cada vez añádanse las impuestas a cada jefe de convoy por las particulares circunstancias; evitaban que las guerrillas atacaran de improviso y se apropiaran de todos los elementos que eran conducidos de un lugar a otro, o por lo menos de parte de ellos.

LORENCEZ PIDE PERMITASELE VOLVER A FRANCIA
AL SABER LA PROXIMA LLEGADA DE FOREY A MEXICO

Situación ya de suyo tan espinosa y apurada, volvíase más difícil y más grave con las constantes y ya inocultables disensiones que a cada paso entre Lorencez y Saligny brotaban.

Por esta causa, en cuanto el comandante D'Ornant desembarcó en Veracruz el 20 de julio, y por medio de un correo pudo sigilosamente comunicarle la noticia de la inminente llegada de Forey a la cabeza de numerosas fuerzas, Lorencez envió al ministro de la Guerra de Napoleón III una solicitud para que se le autorizase a regresar a Francia, pese a las instrucciones precisas, transmitidas también por D'Ornant, para que por ningún motivo se alejase de México antes de efectuar

la conjunción de los contingentes militares por venir, con los que ya se hallaban en acción.

Elías Federico Forey, el que había obtenido la banda de divisionario, como pronto sabremos, en premio de las carnicerías ejecutadas cuando el golpe de Estado que elevó al trono a Napoleón III, atracó en Veracruz el 21 de septiembre, pero no puso la dilatada planta en tierra mexicana, sino hasta las siete y media de la mañana del veinticinco. Con ánimo de producir una profunda impresión en el ánimo popular y de exhibir el poderío del ejército francés, pasó revista a las tropas; en tanto que por otra parte, deseoso de halagar a las muchedumbres, mandó que el pabellón mexicano fuera izado en el edificio del Ayuntamiento.

FOREY DISUELVE EL REGIMEN DE QUE JUAN N.
ALMONTE HABIASE DECLARADO JEFE SUPREMO

Como llegaba dotado de las más amplias facultades, una de sus primeras providencias en el orden gubernativo, fué acordar la disolución del régimen que tenía por jefe al pelele Juan N. Almonte; precursor, en los anales de la traición, de aquel Quisling noruego que, madurando en nuestros días, había de heredar su estigmatizado apellido, a quienes entregan la tierra que les vió nacer en manos del enemigo extranjero, en cuyo nombre la tiranizan, administran y gobiernan.

Destitución, la del entreguista fornecino, que induce a imaginar que Forey no hizo más que seguir el impulso a que su manera de pensar sobre Almonte le arrojaba; pues llegó a definirle así, aparte de muchos otros defectos que decía concurrir sobre el viejo, inepto y servil maquinador de monarquías: "falso, astuto, intrigante... hay que desconfiar de él".

Pero la pública humillación no fué óbice para que el destituido maniquí, escoltase a Forey a su entrada en Orizaba; a donde llegó el nuevo comitente de Napoleón III el 24 de octubre, y sin más tardanza se apersonó con Saligny. Ambos celebraron una conferencia que se prolongó por más de tres horas, y en la que el último arguyó que la malquerencia de Lorencez en contra suya, provenía del espantoso descalabro sufrido por los franceses en Puebla.

El nuevo contingente de tropas expedicionarias, no acabó de desembarcar en Veracruz sino hasta el 11 de noviembre, y en total componíase de dos divisiones de infantería, respectivamente bajo las órdenes de Bazaine, llamado a jugar el papel más importante y decisivo en la sangrienta aventura intervencionista, y de Douay; de una brigada de caballería, cuyo jefe era Mirandol; de ocho cañones de 12, de sitio; de seis, también de 12, de reserva; de veinticuatro de campaña y de doce de campaña.

28126 hombres, sin contar la brigada de reserva y las tropas auxiliares "mexicanas", y un reducido grupo de soldados egipcios, que elevaban el efectivo a 35000 individuos.

El general Laumiére venía al frente de la artillería, y Wolff a la cabeza de los servicios administrativos.

"Para tal amo, tal criado"

Forey retratado por Víctor Hugo en dos líneas — Cómplice principal en el golpe de Estado — Almonte destituido en humillante forma — Decantada regeneración — Calumnias viles — Cargado de años y estragado por la política, el comandante supremo francés húndese en el apoltronamiento — Napoleón obstinado en mitigar la neuralgia de Puebla — Atentados sin cuento de los intrusos — El padre Miranda murmura de la intervención — Obligasele a retractarse bochornosa y públicamente — Plan del alto comando francés — Redoblada hostilidad de los patriotas — Creación de la contra-guerrilla — En el frenesí de un baile Forey designa a su cruel verdugo — Asqueante escamochito humano alimenta la contra-guerrilla — Nueva existencia para borrar un pasado o tenebroso o criminal — Con distinto programa, la faz de los acontecimientos hubiera cambiado — Zaragoza murió cubierto de laureles y afligido de pobreza — Ejemplaridad republicana. ®

El nuevo contingente de tropas expedicionarias, no acabó de desembarcar en Veracruz sino hasta el 11 de noviembre, y en total componíase de dos divisiones de infantería, respectivamente bajo las órdenes de Bazaine, llamado a jugar el papel más importante y decisivo en la sangrienta aventura intervencionista, y de Douay; de una brigada de caballería, cuyo jefe era Mirandol; de ocho cañones de 12, de sitio; de seis, también de 12, de reserva; de veinticuatro de campaña y de doce de campaña.

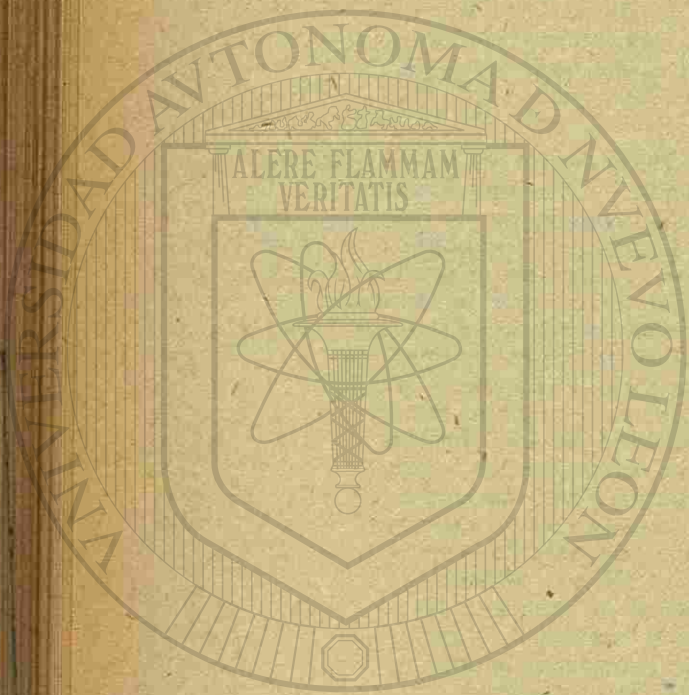
28126 hombres, sin contar la brigada de reserva y las tropas auxiliares "mexicanas", y un reducido grupo de soldados egipcios, que elevaban el efectivo a 35000 individuos.

El general Laumiére venía al frente de la artillería, y Wolff a la cabeza de los servicios administrativos.

"Para tal amo, tal criado"

Forey retratado por Víctor Hugo en dos líneas — Cómplice principal en el golpe de Estado — Almonte destituido en humillante forma — Decantada regeneración — Calumnias viles — Cargado de años y estragado por la política, el comandante supremo francés húndese en el apoltronamiento — Napoleón obstinado en mitigar la neuralgia de Puebla — Atentados sin cuento de los intrusos — El padre Miranda murmura de la intervención — Obligasele a retractarse bochornosa y públicamente — Plan del alto comando francés — Redoblada hostilidad de los patriotas — Creación de la contraguerrilla — En el frenesí de un baile Forey designa a su cruel verdugo — Asqueante escamochito humano alimenta la contraguerrilla — Nueva existencia para borrar un pasado o tenebroso o criminal — Con distinto programa, la faz de los acontecimientos hubiera cambiado — Zaragoza murió cubierto de laureles y afligido de pobreza — Ejemplaridad republicana.





CAPITULO XVIII

"PARA TAL AMO TAL CRIADO"

La versatilidad de la humana fortuna es tan increíblemente prodigiosa, que los mismos crímenes que encaraman a un hombre al pináculo del poder y de la grandeza, precipitan a otro al presidio, si no hacen de su cuerpo un péndulo para la horca.

(T)

LOS antecedentes de Elías Federico Forey, autorizaban a Napoleón III a suponerle el hombre más indicado para gobernar a México en su representación y para aniquilar la resistencia republicana.

Aquel soldadón autoritario y brutal, si servil con el amo despótico para sus subordinados, habíase atraído el favor del pequeño Bonaparte y conquistádose el grado de general de división, en premio a su ayuda ciega, para el mejor éxito del golpe de Estado por el que el perjuro hijo de la reina Hortensia, convirtiéndose de la noche a la mañana en emperador de los franceses.

UNO DE QUIENES SE OPUSIERON AL ATROPELLO
LIMPIO EL CIENO DE SU BOTA EN EL GENERAL

Forey fué quien aprendió a los diputados que con ánimo de oponerse al "Gran Crimen", estaban celebrando una reunión en la alcaldía del X Distrito de París.

Víctor Hugo, participante activo en el conato de resistencia al atropello del usurpador, nos ha legado fiel descripción de una expresiva escena en que aquel eminentísimo descendiente del pretorianismo clásico aparece con el carácter de protagonista:

"El general F., mismo que había rehusado un batallón al presidente de la constituyente, Marrast, quien de coronel lo había ascendido a general; el general F. en medio del patio de la alcaldía, con el rostro inflamado, medio borracho, y de quien decíase acababa de salir de almorzar en el Eliseo, dirigía el atentado. Uno de los miembros, cuyo nombre lamentamos no conocer, remojó su bota en el arroyo, y se la limpió a lo largo del dorado galón de los pantalones del uniforme del general F., a quien dijo: —General, es usted un cobarde. En seguida, volviéndose hacia sus colegas, voceó: —Oídllo, he dicho a este general que es un cobarde. El general F. no parpadeó. Conservó el lodo sobre su uniforme y el epíteto sobre su mejilla".

El general Forey fué quien, para reprimir los brótes subversivos contra la infidencia del príncipe presidente, hizo correr arroyos de sangre por las calles de la capital francesa.

El general Forey fué quien, asesinando al pueblo despiadadamente, ganó la banda de divisionario y obtuvo la cruz de comendador de la Legión de Honor.

Nadie, pues, decíamos, más indicado que el general Forey, para que Luis Napoleón delegara en él omnímodos poderes, ni para que lo erigiese en árbitro supremo de los destinos de México, investido de todas las facultades, tanto en el orden civil como en el orden militar. Su falta de experiencia política la compensaba su sobra de barbarie cuartelaria.

La sola y compendiosa respuesta dada al presidente de la asamblea legislativa, durante la sesión que se improvisó en la

alcaldía del X Distrito, con objeto de protestar, como recordábamos, contra el golpe de Estado, pinta de cuerpo entero a estos militares que tienen algo de autómatas, y que no vacilan en perpetrar un crimen si el superior, a cuya merced está el otorgamiento de distinciones y riquezas, así lo dispusiere:

"—Nosotros somos militares, y no reconocemos más órdenes que las que recibimos".

ALMONTE SOMETIDO A LA MAS CRUEL HUMILLACION
AL SER DESPOJADO DEL PODER DE QUE SE ADUEÑO

Para finalizar ya el capítulo anterior, contábamos cómo uno de las primeras providencias del nuevo supremo comitente de Napoleón III, al respirar la abrasada atmósfera veracruzana, fué dar por desaparecido el histrionesco régimen a cuya cabeza habíase puesto Juan N. Almonte; pero lo disolvió en una forma tan despreciativa y vejatoria que, aún conociendo la ruin condición del personaje, y su irritante proceder como uno de los más diligentes entreguistas de la patria a un poder extranjero, sobrevienen náusea y sonrojo al pensar cómo continuó al servicio de la intervención, después de prosternarse a las plantas del nuevo y supremo jefe expedicionario.

Este limitóse a ordenar la inserción, en los órganos periodísticos, de un anuncio que a la letra rezaba:

"El general comandante en jefe, investido de todos los poderes militares y políticos, hace saber al pueblo mexicano, y en particular a los habitantes de Veracruz, que el gobierno instituido por el general Almonte sin el concurso de la nación, **no tiene de ninguna manera la aprobación de la intervención francesa.**

"El general Almonte tendrá pues: 1o. que disolver el ministerio que ha creado. 2o. Que abstenerse de promulgar ninguna ley o decreto. 3o. Que dejar el título que ha tomado de jefe supremo de la nación, limitándose de la manera más estricta **a ejecutar las instrucciones del Emperador**, que son proceder por todos los medios posibles a la organización del ejército mexicano con todos los otros generales mexicanos que se han adherido a nuestra bandera".

¡Cuán inesperado y sonoro bofetón en pleno rostro de

quien, muy ufano y apenas unos días antes, declaraba sin el mínimo rubor a Cobos: "...no vengo atendido a las fuerzas del país, que de nada me servirán; por eso traigo bayonetas francesas" (!!).

LA DECANTADA REGENERACION DEL PUEBLO MEXICANO Y CALUMNIAS CONTRA EL GOBIERNO

Simultáneamente al desconocimiento de Almonte, Forey evidenció su preocupación de seguir dorando la píldora intervencionista.

El 24 de septiembre, también desde Veracruz, lanzó un manifiesto en que, después de advertir que Francia, aunque abandonada por sus aliados, no retrocedería, "convencida de la justicia de sus reclamaciones, fuerte en sus sentimientos favorables a la regeneración de México"; "ella, agregaba, ha perseverado y perseverará, hoy más que nunca, marchando resueltamente a realizar sus propósitos. No es al pueblo mexicano a quien vengo a hacer la guerra, sino a un puñado de hombres sin escrúpulos y sin conciencia, que han pisoteado el derecho de gentes, gobiernan por medio de un terror sanguinario y no tienen reparo en recurrir, para sostenerse, al vergonzoso arbitrio de vender al extranjero el territorio patrio..."

(La mano del general Forey no se desprendió de su muñeca en castigo inaplazable y merecido, por haber atentado tan oprobiosamente en contra de la verdad evidente y resplandeciente).

Su documento acababa repitiendo la explicación no pedida, de ser mentira que Francia abrigare el designio de imponer a su antojo a México un gobierno. Aseveraba que el pueblo mexicano, "emancipado por nuestras armas, será árbitro exclusivo de elegir el gobierno que le convenga: tengo especial encargo de declararlo así".

Sería ocioso seguir subrayando las monstruosas capciocidades, las temerarias mentiras, los descomunales absurdos de que el general Forey hizo derroche en esta su famosa proclama, cuyo texto asegúrase trajo escrito de puño y letra de su emperador.

Sin embargo, no estará por demás insistir en que desde agosto de 1857, durante la conversación sostenida en Biarritz entre Eugenia y José Hidalgo, la emperatriz había declarado sin ambages, "que muchas veces había pensado en lo bueno que sería establecer un trono en México, lo que revela una ambición antigua que nada tenía que ver en el fondo con los posteriores pretextos que se invocaron".

ENTRE LOS AÑOS Y LA POLITICA HABIAN ACABADO POR APOLTRONAR A ELIAS FOREY

Se ha hecho advertir que bajo el peso de los años y las marrullerías de la política, el antaño audaz Forey habíase transformado en un hombrachón flemático y obeso, tardo en la resolución y perezoso en el movimiento.

En suma, el general estaba apoltronado y más propendía a la existencia plácida, golosa y sin desasosiegos, que a los fatigosos y molestos traqueteos de las campañas militares.

En la agobiadora atmósfera de Orizaba, donde hasta la tenue llovizna que casi nunca deja de lavarle a la localidad el bello rostro, se desprende tibia de las bajas nubes, dijérase que Forey no iba a sacudir nunca su letárgica pesadez.

Pero, no obstante la inercia del general en jefe, el servicio de intendencia desplegada una actividad suma, y allegábase vituallas, mulas, vehículos y forrajes, que obtenía de los Estados Unidos, aunque a precio de oro.

Con que ya se ve que la democrática Unión septentrional prodigaba en venta elementos a las tropas de invasión, venidas al país a instancias de los corifeos del partido clerical, para establecer la monarquía, que al vecino inspiraba una invencible repugnancia.

A la postre, por principios de diciembre, el flemático, el perezoso, el somnoliento general, dicitóse a iniciar el ascenso a la altiplanicie; al mismo tiempo que ordenaba la desocupación de Tampico, por las fuerzas que tenía allá destacadas para que recogieran un mil mulas que un cabecilla reaccionario, apellidado López, ofreció entregar, a condición de que tropas francesas se adueñaran del puerto.

Correría que asumió perfies de desastre, pues en ella fueron distraídos un mil quinientos hombres que, bajo el mando del coronel Canorgue y la dirección personal de Jurien de la Gravière, se posesionaron del lugar, el 23 de noviembre de 1862, con instrucciones de no prolongar su estada allá por más de treinta días. A la expedición fueron destinados diez buques, de los que se perdió la cañonera **Lance**; porque como cuando quiso hacerse a la mar estaban muy bajas las aguas del río, no fué posible ponerla a flote, y al estar siendo blanco de dos piezas de artillería republicana, el marino galo ordenó su voladura.

De las mil mulas ofrecidas, apenas si escasamente los expedicionarios consiguieron obtener doscientas, cada una de las cuales vino a sacar el mitológico coste de cinco mil pesos mexicanos de aquellos tiempos.

El jefe de las fuerzas liberales, general Juan José de la Garza, al serle solicitadas garantías, por el vicecónsul español, para el vecindario pacífico, las impartió inclusive a los franceses residentes, ajenos a la intervención.

CONTINUABAN DESARROLLÁNDOSE LAS OPERACIONES CON LA MIRA DE OCUPAR LA CIUDAD DE PUEBLA

Las operaciones ordenadas por Forey, y que no eran sino los prolegómenos del nuevo ataque a Puebla, de aquella Puebla que constituía la tema taladrante que torturaba sin darle punto de reposo el somnoliento cerebro de Carlos Luis Napoleón, proseguían su desenvolvimiento.

Bazaine, al ocupar Perote, ordenó la reconcentración de efectivos, que se llevó a cabo no sin que el coronel Díaz Mirón se aprovechara a efecto de atacar a alguna fuerza en marcha y aun ocupar Jalapa, al saberla evacuada por el invasor. El 18 de enero acabó de reunirse el ejército francés en Perote.

Por mediados de ese mismo mes, y durante tres días consecutivos, el almirante Bouet estuvo bombardeando con su escuadra el indefenso puerto de Acapulco, sin llegar a ponerse al alcance de los cañones mexicanos. Impulsábale el deseo de lavar "la ofensa" que el periódico peruano **El Chaleco**, infirió al capitán de la **La Bayonaise**, con una información rela-

tiva a la resistencia que el general Ghilardi opúsole en aquella localidad marítima.

En todas partes la presencia de los soldados de Napoleón III, significábase por los hechos más atentatorios. Para muestra, está indicado reproducir el siguiente fragmento de una carta que el 2 de febrero escribió desde Tehuacán, el general Riva Palacio al general González Ortega:

"Los franceses, le dice, hacen pesar sobre los desgraciados que viven en los pueblos ocupados por ellos un yugo de fierro. En Orizaba, basta la más leve denuncia para sentir el látigo de los conquistadores; los españoles son el blanco de sus iras, y con el menor pretexto los persiguen. La semana pasada salió para Cayena un español llamado Ceballos, a quien denunciaron por sospechoso, a pesar de que había andado con Cobos y se había retirado a buen vivir; salió a pie, cargando su maleta y con esposas en las manos; a otro de la misma nación, llamado Ciriaco Marrón, por una disputa que no sé, lo tuvieron encarcelado a pan y agua por ocho días, a pesar de las protestas del vicecónsul español. El joven español que iban a fusilar, y del que hablé a V. en mi anterior, no fué fusilado, y se ha suspendido la ejecución por el empeño de dos niñas, hijas de un tal Isaguirre, a las que protege mucho Forey. Los destierros se decretan ahora a Cayena, y los deportados, unos salen en jaulas, como salieron nueve la semana pasada, y otros a pie, todos con esposas... El padre Miranda está en Orizaba echando pestes contra la intervención; tarde conocen lo que han hecho: opina este señor que cualquiera cosa es mejor que el dominio de los franceses; no creo que sea necesaria esa declaración dogmática para creer esto como artículo de fé".

EL PADRE MIRANDA ES OBLIGADO A LA RETRACTACION PUBLICA Y HUMILLANTE

Al inquieto sacerdote aventurero iba bien pronto Forey a compelerle a retractarse pública y bochornosamente de su nuevo sentir sobre la intervención. Así, en cuanto aquél regresó de Europa, a donde estuvo animado con la esperanza de intrigar con éxito para encauzar la cosa de México hacia un sesgo favorable a sus miras personales, el hombre que era a la sazón depositario de toda la confianza del emperador, re-

dujo a Miranda, a expedir una declaración tan vergonzosa como breve, concebida en los términos siguientes:

"Al llegar a este cuartel general del ejército francés, declaro no tener otra intención que la de contribuir con mis palabras y acciones al buen éxito de la intervención francesa, tal como la comprende el señor general en jefe. En consecuencia, me comprometo a abstenerme de seguir otra marcha que pueda desnaturalizar la política del emperador Napoleón; política cuyo fin es el de reunir a todos los hombres honrados bajo un solo partido animado del amor a la patria; de fundar un gobierno estable y moralizado, que garantice las propiedades, las vidas y la libertad de todos, sin excepción de opiniones por lo pasado, prometiendo valarme de la influencia que pueda tener, y de mis palabras, para calmar los ánimos, y asegurar tan pronto como sea posible, la entera pacificación del país.

"Orizaba, Noviembre 8 de 1862. Francisco Javier Miranda".

Las demostraciones de servilismo dadas a los franceses por quienes habían venido llamándoles para que intervinieran y asumiesen la dirección de las cuestiones internas de México, eran inauditas. Si el padre Miranda retractábase en forma tan indigna, no más airosa había sido, como ya se vió, la actitud de Juan N. Almonte quien, a los cuatro meses de ser ignominiosamente destituido por Forey, o lo que es igual el 12 de enero de 1863, lanzaba un manifiesto en que hacía aparecer ya no como expulsado, por los intrusos, de la jefatura de la regencia, sino como quien abnegadamente renunciar a su jerarquía, para allanar el camino a la "felicidad" que las tropas de Napoleón III venían a brindar a nuestro pueblo.

PUBLICACION DEL PLAN QUE LOS INVASORES SE IMPONEN PARA LA CONQUISTA DEL PAIS

El primero de febrero, Bazaine trasladó su cuartel a Nopalucan, y para el 25 Perote quedó completamente desocupado. El 16 Forey dirigió al pueblo orizabeño una proclama de despedida, en que anunciaba el plan que iba a ser puesto en ejecución por el ejército expedicionario.

Independientemente de que la pachorra con que Forey obra había dado oportunidad a los defensores del territorio nacional para prepararse a la resistencia; a la lentitud de movimientos de los franceses contribuyó la circunstancia de que, en gran parte, los auxilios adquiridos a peso de oro en la Unión Norteamericana, se inutilizaron como consecuencia directa de la cachaza de su comandante general.

"Cinco largos meses transcurrieron, recuerda Kératry, de esta manera, en marchas y contramarchas penosísimas. Hasta abril de 1863, el ejército francés avanzó a pasos contados tan sólo, empobreciendo el país con una prolongada estancia, y redoblando, por el exceso de sus precauciones, la confianza de los liberales. En consecuencia, cuando ascendimos las Cumbres, el enemigo había hecho el vacío delante de nuestras columnas en la altiplanicie de Anáhuac. La región estaba devastada y era casi estéril. Las tierras tóridas habían diezmado nuestro efectivo, y fué necesario ir a solicitar a Estados Unidos y a La Habana, las semillas imprescindibles a hombres y animales. Sumas considerables fueron consagradas por las intendencias a la compra de mulas pedidas al extranjero, mientras ahora abundaban frente a nuestros puestos de avanzada, y enormes cantidades de avenas importadas de Nueva York, permanecieron, en parte por falta de medios de transporte para las altiplanicies, en amontonamiento sobre los muelles de Veracruz, inundadas por el agua de mar hasta el día en que, no pudiendo utilizarlas, se decidió reexpedirlas a Francia, donde llegaron medio averiadas. Intentóse también una operación de remonta en Tampico —de ella nos hemos ocupado en líneas anteriores—, y cada caballo traído a Veracruz por nuestros dragones africanos, después de calculados los gastos, resultó a un precio medio de 25,000 francos. Bien es cierto que la operación había costado una cañonera, la *Lance*, perdida en la barra del río. Tales fueron los frutos de la contemporización".

LAS REDOBLADAS HOSTILIDADES DE LOS PATRIOTAS OBLIGARON A LA CREACION DE CONTRAGUERRILLAS

Mientras el enemigo afanábase en avanzar hacia Puebla, los republicanos no cejaban en el afán de hostilizarlo, por lo que las escaramuzas se sucedían con temible frecuencia.

Para que la línea de comunicación con Veracruz tuviera firmeza, Forey encomendó las guarniciones a dos comandancias militares; la jefatura de una de las cuales asumió el capitán de marina Durand Saint-Amand, con el mando del puerto, de Tejería y de La Soledad. Para la otra se destinó al teniente coronel Waisse de Roquebrunne. Esta última comprendía Paso del Macho, El Chiquihuite, Córdoba, Río Seco, El Fortín y Orizaba.

Preocupado con la ininterrumpida actividad que las guerrillas desplegaban, el comitente de Napoleón el Pequeño, decepcionado de la poca eficacia del suizo Staeklin, organizador de la primera contra guerrilla, aceptó la renuncia del mando y, durante una fiesta que Saligny dió en Orizaba, encomendó la destrucción de aquellas columnas volantes de patriotas a uno de los más sanguinarios, feroces y escalofriantes malhechores del ejército intervencionista; a uno de aquellos crueles militares que tenían más de forajido que de soldado, y en quienes se condensaban todas las podredumbres de que gran parte de las corporaciones armadas francesas contagiáronse, como ya lo hemos visto, bajo el segundo imperio.

No era raro que en esos híbridos personajes se entretijera, con la inhumanidad del verdugo, el acicalamiento del afeminado.

En esta ocasión, el escogido por Forey, fué el tristemente célebre coronel Dupin, que tenía poco tiempo de llegado de Francia. Sobre el particular, sirve para ilustrarnos una referencia de Corti, que dice: "Al ejército francés pertenecía además una llamada contra guerrilla, al mando del coronel Dupin, un desesperado que había perdido su fama en su patria a consecuencia de diversas irregularidades y que lo había recobrado lejos de su país ofreciéndose voluntario en acciones de guerra. Su misión consistía en proceder de manera despiadada contra las bandas que infestaban el país, combatiendo a la intervención, pero que también se dedicaban a menudo a toda clase de robos y asesinatos, e hizo esto de un modo tan radical que alcanzó la peor fama a causa de su terrible crueldad y de sus numerosas ejecuciones inmotivadas".

FOREY ESCOGE A SU MEJOR VERDUGO ENTRE LA ANIMACION DE UN BAILE.

Durante la tertulia, el jefe supremo del ejército invasor, llamó a solas al uniformado forajido, para advertirle:

"—Coronel, las tierras calientes están infestadas de bandidos; nuestros convoyes son atacados diariamente; los viajeros robados o asesinados, las comunicaciones con harta frecuencia cortadas. He puesto los ojos en usted para desembarazarme de esos bandidos; doy a usted el mando de las contra guerrillas de las tierras calientes. Trátase de afianzar la seguridad del país y la marcha de los convoyes del ejército, mientras me ocupo en el sitio de Puebla que voy a emprender dentro de poco.

"El coronel Dupin pidió al general sus instrucciones. **Se le dieron plenas facultades:** no tenía más que perseguir a los bandidos a todo trance y purgar de ellos al país. El baile continuaba entretanto: al compás de las lánguidas notas de una habanera, se cruzaban sin cesar las parejas; entre las bellas mexicanas que se entregaban a la embriaguez del wals, varias habrían palidecido, si la orden caída de los labios del general en jefe hubiera herido sus oídos. En efecto, acababa de decretarse una contra guerrilla francesa, y tal vez había en aquel momento, en los salones del ministro de Francia, algunos jefes de guerrillas disfrazados de caballeros galantes, cuyas cabezas, que sonreían en esa noche de fiesta, debían más tarde gesticular en la punta de una rama".

Esto es, entre los voluptuosos giros de la danza, el ejército, con la diabólica hipocresía con que la inquisición, para no mancharse con la sangre de los suplicios ni abochornarse con el calor de las achicharrantes hogueras, entregaba al brazo secular a los por ella condenados; delegaba en aquellos militares verdugos, la perpetración de las acciones más abominables, cuya responsabilidad hubiérale recudido en mayor desdoro, de asumirla franca y descaradamente.

Para que la línea de comunicación con Veracruz tuviera firmeza, Forey encomendó las guarniciones a dos comandancias militares; la jefatura de una de las cuales asumió el capitán de marina Durand Saint-Amand, con el mando del puerto, de Tejería y de La Soledad. Para la otra se destinó al teniente coronel Waisse de Roquebrunne. Esta última comprendía Paso del Macho, El Chiquihuite, Córdoba, Río Seco, El Fortín y Orizaba.

Preocupado con la ininterrumpida actividad que las guerrillas desplegaban, el comitente de Napoleón el Pequeño, decepcionado de la poca eficacia del suizo Staeklin, organizador de la primera contra guerrilla, aceptó la renuncia del mando y, durante una fiesta que Saligny dió en Orizaba, encomendó la destrucción de aquellas columnas volantes de patriotas a uno de los más sanguinarios, feroces y escalofríos malhechores del ejército intervencionista; a uno de aquellos crueles militares que tenían más de forajido que de soldado, y en quienes se condensaban todas las podredumbres de que gran parte de las corporaciones armadas francesas contagiáronse, como ya lo hemos visto, bajo el segundo imperio.

No era raro que en esos híbridos personajes se entretijera, con la inhumanidad del verdugo, el acicalamiento del afeminado.

En esta ocasión, el escogido por Forey, fué el tristemente célebre coronel Dupin, que tenía poco tiempo de llegado de Francia. Sobre el particular, sirve para ilustrarnos una referencia de Corti, que dice: "Al ejército francés pertenecía además una llamada contra guerrilla, al mando del coronel Dupin, un desesperado que había perdido su fama en su patria a consecuencia de diversas irregularidades y que lo había recobrado lejos de su país ofreciéndose voluntario en acciones de guerra. Su misión consistía en proceder de manera despiadada contra las bandas que infestaban el país, combatiendo a la intervención, pero que también se dedicaban a menudo a toda clase de robos y asesinatos, e hizo esto de un modo tan radical que alcanzó la peor fama a causa de su terrible crueldad y de sus numerosas ejecuciones inmotivadas".

FOREY ESCOGE A SU MEJOR VERDUGO ENTRE LA ANIMACION DE UN BAILE.

Durante la tertulia, el jefe supremo del ejército invasor, llamó a solas al uniformado forajido, para advertirle:

"—Coronel, las tierras calientes están infestadas de bandidos; nuestros convoyes son atacados diariamente; los viajeros robados o asesinados, las comunicaciones con harta frecuencia cortadas. He puesto los ojos en usted para desembarazarme de esos bandidos; doy a usted el mando de las contra guerrillas de las tierras calientes. Trátase de afianzar la seguridad del país y la marcha de los convoyes del ejército, mientras me ocupo en el sitio de Puebla que voy a emprender dentro de poco.

"El coronel Dupin pidió al general sus instrucciones. **Se le dieron plenas facultades:** no tenía más que perseguir a los bandidos a todo trance y purgar de ellos al país. El baile continuaba entretanto: al compás de las lánguidas notas de una habanera, se cruzaban sin cesar las parejas; entre las bellas mexicanas que se entregaban a la embriaguez del vals, varias habrían palidecido, si la orden caída de los labios del general en jefe hubiera herido sus oídos. En efecto, acababa de decretarse una contra guerrilla francesa, y tal vez había en aquel momento, en los salones del ministro de Francia, algunos jefes de guerrillas disfrazados de caballeros galantes, cuyas cabezas, que sonreían en esa noche de fiesta, debían más tarde gesticular en la punta de una rama".

Esto es, entre los voluptuosos giros de la danza, el ejército, con la diabólica hipocresía con que la inquisición, para no mancharse con la sangre de los suplicios ni abochornarse con el calor de las achicharrantes hogueras, entregaba al brazo secular a los por ella condenados; delegaba en aquellos militares verdugos, la perpetración de las acciones más abominables, cuya responsabilidad hubiérale recudido en mayor desdoro, de asumirla franca y descaradamente.

A LA CONTRAGUERRILLA IBA A PARAR
LA MAS ABOMINABLE ESCORIA HUMANA

Dupin se hizo cargo de la fuerza que se ponía bajo sus órdenes, en Medellín, el 20 de febrero.

El conjunto de aquellos individuos, de heterogénea vestimenta y montados en jamelgos de las más diversas pintas y alzadas, alarmara el espíritu de mejor temple. Era como un albañal a donde hubieran ido a parar los más inesperados, caprichosos y asquerosos desechos humanos.

"La tropa, valientemente desarrapada, aguardaba formando, sobre las armas, en un corral. Parecía que todas las naciones del mundo se habían dado allí cita: franceses, griegos, españoles, mexicanos, americanos del Norte y del Sur, ingleses, piemonteses, napolitanos, holandeses y suizos se codeaban, sin que pudiese decirse que cada país hubiera enviado a tan extraña exposición los tipos más notables de su raza. Casi todos aquellos hombres habían dejado su patria para correr tras una fortuna siempre fugitiva. Encontrábase allí el marinero desilusionado del mar; el negrero de la Habana, arruinado por el tifo destructor de su cargamento; el antiguo pirata compinche del filibustero Walker; el buscador de oro escapado en Hermosillo de las balas que mataron a Rousset (Raousset) Boulbon; el cazador de bisontes procedente de los grandes lagos; el manufacturero de la Louisiana, arruinado por los yankees. Aquella banda de aventureros ignoraba la disciplina: oficiales y soldados se embriagaban en la misma tienda, y los tiros de revólver eran a menudo la señal de despertar. Cuanto a la indumentaria, si aquella tropa, precedida de clarines, hubiera desfilado por los **boulevares** de París, habríase creído asistir al paso de una vieja pandilla de truhanes, exhumados del fondo de la Cité. El cuartel, sito al extremo del río y rodeado de una palizada, al través de la cual fácilmente hubiera podido pasar una carreta, era una cloaca infecta, donde ni siquiera durante las lluvias del invierno era posible guardarse..."

¡Magnífica descripción ésta del conde de Kératry, por ostentar el profundo sello de quien observó en lo vivo escena y personajes! ¡Magnífica y estrujante, por lo expresiva y por lo veraz!

EL INDIVIDUO QUE EN LA CONTRAGUERRILLA SE
ENGANCHABA NO EXPLICABA SUS ANTECEDENTES

A estos azotamundos, a quienes no espoleaba más propósito que acumular una rápida fortuna o estacar en la demanda la zalea, confiaba el general Forey en buena proporción la tarea pacificadora.

Tropa tan recomendable viene a ser algo así como el antecedente de aquel tercio extranjero del Marruecos español, cuyas hazañas tanto dieron qué hablar; pues en él, como en la contraguerrilla, el individuo que se enganchara, tácitamente hallábase exento de la obligación de referir su origen y sus antecedentes, por execrados que fueren.

Ni se le exigía más que un desprecio infinito de la vida humana, así de la del semejante como de la propia, a cambio de la oportunidad de rehacer una existencia que, o por sus infortunios o por sus crímenes, no pedía sino que el pasado fuere olvidado, fuere borrado, para reconstituirse sobre una base completamente nueva.

Así es cómo, en semejantes gavillas, se conjuntaba la flor y nata de los escelerados.

Nada más explicable entonces, que un cuerpo integrado por la crema de la granjería internacional, exigiera un jefe en consonancia con su carácter. Ojo certero había demostrado Forey al sentir preferencia por Dupin.

Y mientras el siniestro belitre empezaba su implacable persecución contra los patriotas que operaban en grupos aislados y reducidos, el ejército expedicionario continuaba desenvolviendo el plan que tenía a Puebla por mira; no obstante que quizás para economizar sangre y sacrificios y dinero, más hubiérase valido a Forey prescindir de la inmediata toma de la codiciada plaza, y avanzar directamente sobre la capital de la República; a reserva de obligar posteriormente a los republicanos a desalojar aquella, una vez asegurado el predominio francés en la urbe más importante del país.

DE COMO CON OTRO PLAN LA FAZ DE LAS COSAS
HUBIERA VARIADO PARA LOS EXPEDICIONARIOS

Kératry mismo, testigo presencial de los acontecimientos, aventura las observaciones siguientes:

"Si el general Forey, por la rapidez de su marcha hubiera evitado el sitio de Puebla, la faz de las cosas hubiera quizás cambiado en México. Gracias a nuestras demoras, el espíritu de resistencia habíase desarrollado en la República y había tenido tiempo de ganarse todas las provincias que, posteriormente, habíanse pronunciado en favor de la autoridad presidencial. Las capitales de los Estados, que iban a convertirse en otros tantos focos de insurrección, a falta de entendimiento entre ellas hubieran permanecido tranquilas, y Francia, desde los primeros días de 1862, al entrar en México como ama, hubiera conquistado una completa libertad para aliarse francamente con los separatistas del Sur, —no puede uno menos de preguntarse: ¿para así oponer la decantada barrera a la expansión del imperialismo yanqui?— que por su parte ganaban terreno todavía.

"A pesar de las flores y de los cohetes lanzados sobre la ruta del general Forey al penetrar en México, el entusiasmo fué ficticio. Lo que, primero que nada, debiera haber impresionado a un comando escrupuloso, es que Juárez no había sido expulsado por el pueblo de la capital. El jefe del Estado cedía la plaza por la fuerza, pero sin compromiso. En su retirada, llevaba consigo el poder republicano, pero no lo dejaba caer de sus manos. Era compelido, pero no abdicaba. Tenía la testarudez del derecho. Esta fué, durante cinco años, el secreto de la fuerza de inercia o de la resistencia del viejo indio, que se retiraba de pueblo en pueblo, sin nunca encontrar ni un traidor ni un asesino en su sendero".

Como quiera que sea, el objeto obsesor, principal, casi único por el momento, para el supremo comandante del ejército francés, constituíalo la toma de la plaza de Puebla; como si en su ánimo hubiera arraigado la idea de tomar la revancha en el lugar mismo donde las tropas de Napoleón el Pequeño sufrieran el primer tremendo descalabro que, en 1862, les infligieron los republicanos que tuvieron por jefe a Zaragoza.

MUERTE EJEMPLAR DEL HEROE
Y AUSTERIDAD REPUBLICANA

En la ciudad misma de su memorable triunfo, el egregio defensor del territorio patrio, expiraba, o por mejor decir nacía a la glorificación de la posteridad, el cuatro de septiembre, o sea cuatro meses después de la batalla del Cinco de Mayo: fecha en que demostró al mundo el denuedo con que los mexicanos oponían su pecho y ofrendaban su sangre, decididos a malograr toda tentativa de avasallamiento, y a sufrir, antes que la sujeción, el holocausto.

Nada más expresivo, para demostrar la austeridad en que vivían y en que morían los grandes liberales de aquellos tiempos, que una carta que la viuda del general Zaragoza hizo pública, por fines de 1862, y que exhibe la indigencia en que los deudos del adalid de la segunda guerra de emancipación, quedaron al fallecer éste. Dice:

"Señores redactores de "EL MONITOR REPUBLICANO". casa, diciembre 22 de 1862.—La gloria que para su patria alcanzó mi inolvidable hijo Ignacio Zaragoza, excitó el entusiasmo y gratitud de sus conciudadanos, y un inmenso número de ellos contribuyó gustoso para el obsequio que se pensó hacerle con una espada de honor, que habría visto él como un irrecusable testimonio del reconocimiento público. Pero fallece mi citado hijo, cubriendo de luto a la República, y dejándome a mí entregada a la mayor consternación y a su pequeña hija en la orfandad más dolorosa; y entonces la opinión pública fija sus miradas sobre este vástago infeliz del soldado de la patria, y pide que la suma que se había reunido para la espada de honor le sea entregada para sus más precisas atenciones. Así se ejecutó en efecto, y he recibido la cantidad de MIL CUATROCIENTOS OCHENTA PESOS, CUARENTA Y CUATRO CENTAVOS.

"En el profundo dolor de que soy presa desde que una muerte prematura me arrebató a mi hijo, me ha servido como de consuelo esa infinita variedad de hechos con que el pueblo mexicano ha demostrado su eterno reconocimiento por sus servicios, a la vez que su profundo dolor por su inesperada muerte. Pero la tierna solicitud que se ha mostrado por el único ser que ha heredado su nombre y el gran tesoro de sus glorias,

ha acabado de llenar mi corazón de tales emociones y de un sentimiento tan profundo de gratitud, que no puedo resistir al deseo de manifestarlo públicamente al pueblo mexicano.

"No es otro, pues, el objeto de esta carta, que suplico a ustedes se sirvan insertar en las columnas de su apreciable periódico, para que por este medio el Gobierno Supremo de la República, las personas que se han servido contribuir para la espada de honor de mi hijo, y cuantos de algún modo han manifestado aprecio y consideración a su memoria, reciban la expresión sincera de gratitud y eterno reconocimientos, de que (quien) con este motivo se ofrece de ustedes, señores redactores, su afectísima servidora Q. B. S. MM. B.—M. DE JESUS SEGUIN DE ZARAGOZA".

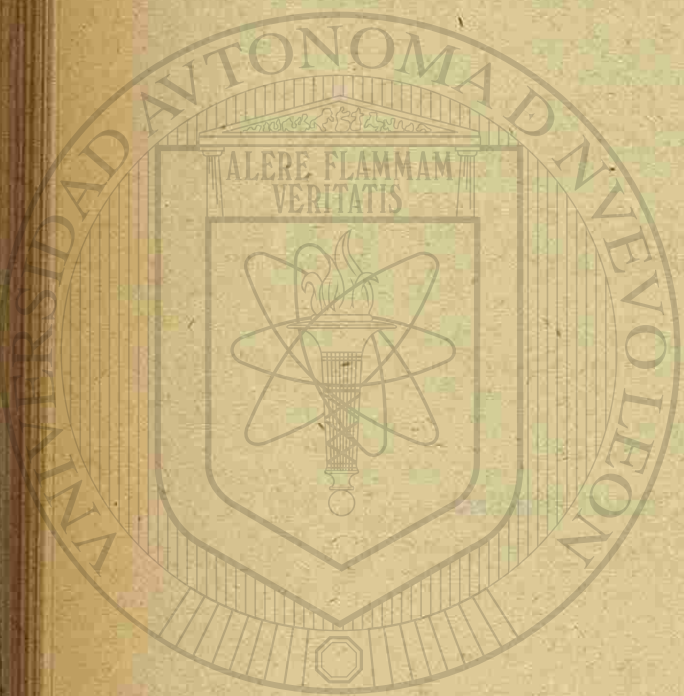
La historia abunda en hechos ejemplares de tan aquilatada calidad, en que es dable admirar la rectitud y la frugalidad de aquellos varones cuya penuria —Zaragoza, como hemos visto, dejaba "a su pequeña hija en la orfandad más dolorosa"—, es la más resplandeciente demostración de su buena fe, de su desinterés, de su patriotismo.

¡Y no fué el único de tan insignes y abnegados patricios que murió, si afligido de pobreza, nimbado de gloria!

FIN DEL TOMO PRIMERO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



TEXTOS LEIDOS PARA ESCRIBIR
"LA QUIMERA, EL TRONO Y EL SUPPLICIO"

- ARCHIVERO Leopoldo: COSAS DE ANTAÑO, en "El Universal".
- ARCHIVO HISTORICO DIPLOMATICO MEXICANO.—Segunda Serie.—Número 1.—La Misión Confidencial de don Jesús Terán en Europa. 1863-1866.
- BLASIO José Luis: MAXIMILIANO INTIMO — El Emperador Maximiliano y su Corte — Memorias de un secretario particular.
- BOEHN Max Von: LA MODA — Historia del Traje en Europa desde los orígenes del Cristianismo hasta nuestros días.
- CARDUCCI: POESIAS DE GIOVANNI CARDUCCI — I — Nuevas Rimas y Odas Bárbaras.—Traducción en verso castellano y prólogo por H. Giner de los Ríos.
- CORTI Egon Caesar Conte: MAXIMILIANO Y CARLOTA.—Versión del alemán por Vicente CARIDAD.
- CORTI Egon: MAXIMILIANO Y CARLOTA — Vida y Tragedia. DIAZ PORFIRIO, MEMORIAS.
- ENSEÑAT Juan B.: NAPOLEON II — Martirio de un Príncipe.
- ESCUADERO Angel: EL DUELO EN MEXICO.
- GAMBOA Federico: MI DIARIO.
- GONZALEZ ORTEGA José: EL GOLPE DE ESTADO DE JUAREZ — Rasgos Biográficos del General Jesús González Ortega.
- HUGO Víctor: NAPOLEON EL PEQUEÑO.
- IMBERT de Saint-Amand: NAPOLEON III.
- KERATRY Cte. E. de: LA CHUTE DE MAXIMILIEN.

- LEDUC Alberto, LARA PARDO Dr. LUIS: DICCIONARIO DE GEOGRAFIA, HISTORIA Y BIOGRAFIA MEXICANAS.
- LEIXNER Otto von: NUESTRO SIGLO.
- OLLIVIER Emile: L'EXPEDITION DU MEXIQUE — Récit extrait de "L'EMPIRE LIBERAL".
- PALEOLOGUE Maurice: ISABEL EMPERATRIZ DE AUSTRIA — La siniestra herencia de los Wittelsbach.—Traducción de José Ferrel.
- PEREZ VERDIA Luis: COMPENDIO DE LA HISTORIA DE MEXICO.
- POLA Angel: BIOGRAFIA DE MELCHOR OCAMPO, en "Biblioteca Reformista".—Vol. III.—MELCHOR OCAMPO.—Obras completas.—Tomo II.—Escritos Políticos.
- PREVIEL Armando: LA VIDA TRAGICA DE LA EMPERATRIZ CARLOTA.
- PREVISION Y SEGURIDAD — Almanaque anual para el taller, el hogar y el campo mexicanos.—Años de 1944 y 1945.
- PRIDA SANTACILIA Prado: SIGUIENDO LA VIDA DE JUAREZ.
- REINACH DE FOUSSEMAGNE H. de: CHARLOTTE DE BELGIQUE IMPERATRICE DU MEXIQUE.
- RIVA PALACIO Mariano, DE LA TORRE Rafael, ORTEGA Eulalio María, VAZQUEZ José María: MEMORANDUM SOBRE EL PROCESO DEL ARCHIDUQUE MAXIMILIANO DE AUSTRIA.
- RUIZ Lic. Eduardo: HISTORIA DE LA GUERRA DE INTERVENCIÓN EN MICHOACAN.
- SIMOND CH. et PINSOT M. C.: LA VIE GALANTE AUX TUILERIES SOUS LE SECOND EMPIRE.
- TORO Alfonso: HISTORIA DE MEXICO.
- LA IGLESIA Y EL ESTADO EN MEXICO.—Estudio sobre los conflictos entre el clero católico y los gobiernos mexicanos desde la independencia hasta nuestros días.
- ULTIMAS NOTICIAS DE EXCELSIOR — Sugerencias históricas.

- VALLE ARIZPE Artemio de: EL PALACIO NACIONAL DE MEXICO — Monografía histórica y anecdótica.
- VERACRUZ — Organó del Centro Veracruzano de Cultura.—Tomo I.—31 de mayo de 1944.—Núm. 3.
- VIGIL J. M.: México a Través de los Siglos.—Tomo V.
- ZAMACOIS Niceto: HISTORIA DE MEXICO — Algunas páginas desprendidas del tomo relativo.
- ZORRILLA José: DRAMA DEL ALMA — Algo sobre México y Maximiliano — Con notas en prosa y comentarios de un loco.



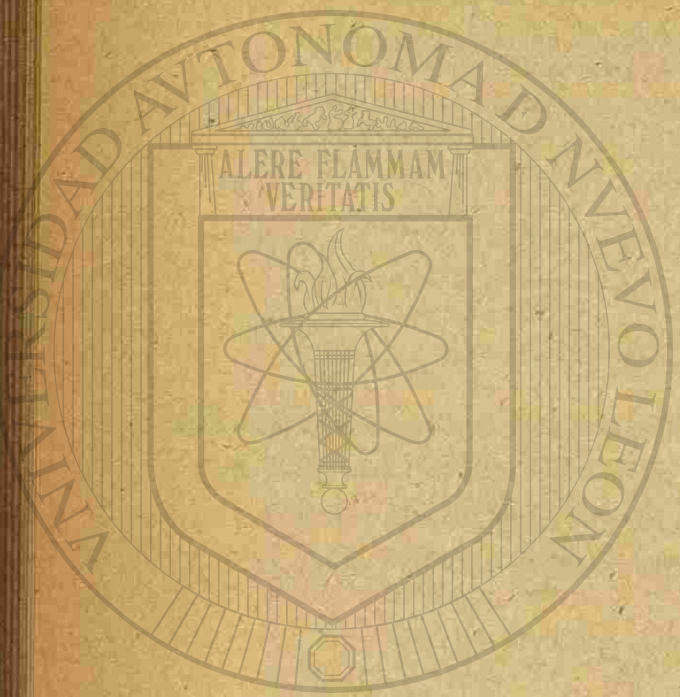
INDICE:

	Página
HISTORIA DE LA PRESENTE HISTORIA	9
ITINERARIO	19
CAPITULO I.—Los monarquistas, clase improductiva y opresora	25
“ II.—El clero católico, su relajamiento y venalidad	43
“ III.—El clero católico, su relajamiento y venalidad —Continuación—	61
“ IV.—Un ejército con jefes sanguinarios y felones. 77	
“ V.—Un ejército con jefes sanguinarios y felones. —Continúa y concluye—	94
“ VI.—Cábala de aventureros, bastardos y renegados	113
“ VII.—Cábala de aventureros, bastardos y renegados —Continúa—	129
“ VIII.—Cábala de aventureros, bastardos y renegados —Continúa y concluye—	141
“ IX.—El audaz que cambió un trono por un perjurio	155
“ X.—París, Babilonia del Sena	171
“ París, Babilonia del Sena —Continúa y concluye—	183
“ XI.—Especiosos pretextos para justificar la intervención	197

CAPITULO	XI.—Especiosos pretextos para justificar la intervención —Continúa y concluye—	209
	XII.—Caracteres de los plenipotenciarios y sus divergencias al hallarse en Veracruz	219
	XIII.—Por qué de la evacuación de Veracruz. Los invasores tratan con el gobierno	232
	Por qué de la evacuación de Veracruz. Los invasores tratan con el gobierno. —Continúa y concluye—	245
	XIV.—Ahóndanse diferencias y sobreviene la ruptura	255
	XV.—Los comisarios franceses pisotean la fé jurada	273
	XVI.—Ignacio Zaragoza y la batalla del Cinco de Mayo en Puebla	289
	Ignacio Zaragoza y la batalla del Cinco de Mayo en Puebla —Continúa y concluye—	303
	XVII.—Napoleón sextuplica su ejército y comete su mando a Forey	327
	Napoleón sextuplica su ejército y comete su mando a Forey —Continúa y concluye—	327
	XVIII.—"Para tal amo, tal criado"	337
	TEXTOS LEIDOS PARA ESCRIBIR "LA QUIMERA, EL TRONO Y EL SUPPLICIO"	355
	INDICE	359

Este libro se terminó de imprimir el 31 de Diciembre del año 1948 en los Talleres Gráficos de la "Editorial Offset Continente, S. A.", ubicados en las calles de Madrid Nos. 5 y 7 de la ciudad de México, D. F.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

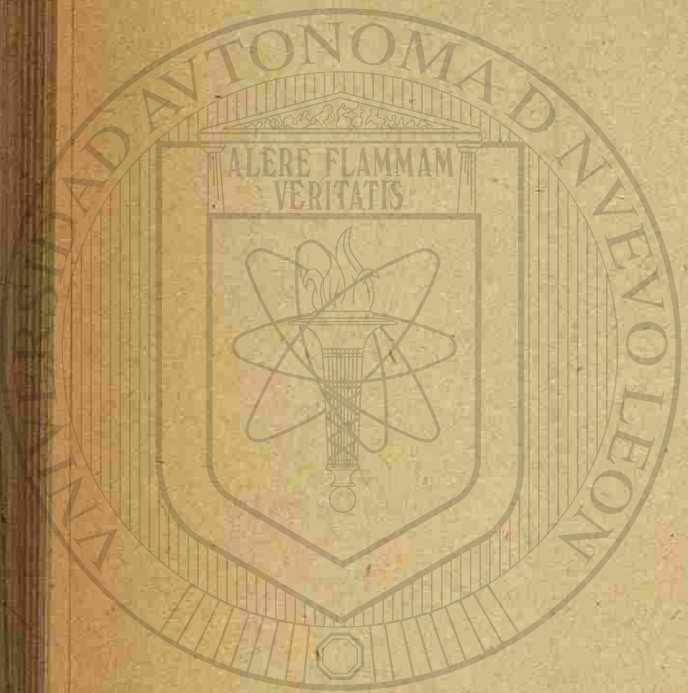


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



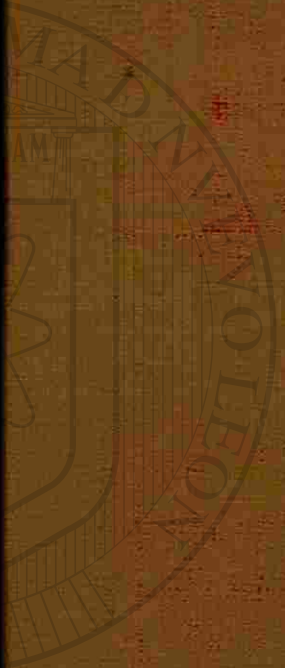


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA





UAB

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
BUARAMANGA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA